ODRES NUEVOS

AMADÍS DE GAULA

INTRODUCCIÓN Y VERSIÓN DE
ÁNGEL ROSENBLAT

CASTALIA
EDICIONES

ODRES NUEVOS

AMADÍS DE GAULA

INTRODUCCIÓN Y VERSIÓN DE
ÁNGEL ROSENBLAT

CASTALIA
EDICIONES

ODRES NUEVOS

AMADÍS DE GAULA

INTRODUCCIÓN Y VERSIÓN DE
ÁNGEL ROSENBLAT

ADICIONES A LA INTRODUCCIÓN POR
ALICIA REDONDO GOICOECHEA

CASTALIA
EDICIONES

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado

Diseño gráfico: RQ

Ilustración de cubierta: Caballero ecuestre medieval. Ilustración vectorial, en estilo deminiatura de libro. Dreamstime

Primera edición impresa: abril de 2023

Primera edición en e-book: julio de 2023

© de la edición: herederos de Ángel Roseblat

© de la presente edición: Edhasa, 2023

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante

alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-9740-924-7

AMADÍS DE GAULA

INTRODUCCIÓN

–Parece cosa de misterio ésta; porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y así me parece que, como dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna, condenar al fuego.

–No, señor –dijo el barbero–, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

–Así es verdad –dijo el Cura–, y por esta razón se le otorga la vida por ahora.

Don Quijote, I, cap. VI.

–Quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fue uno: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo.

Don Quijote, I, cap. XXV.

La literatura caballeresca, que en España se inicia gloriosamente con el Amadís de Gaula y se cierra de manera definitiva e implacable con el Quijote, llena un ciclo fundamental de la cultura

europea. Expresión fantástica de la mentalidad medieval, animó la imaginación de los lectores españoles en los siglos XIV, XV y XVI. Y aun cuando el espíritu del Renacimiento, con las armas nuevas de la razón y de la ciencia experimental, con un mejor conocimiento de la geografía y de la fauna del mundo, con otros ejércitos y otras instituciones, dio con ella por los suelos, persistió como fondo vivo en la sátira del Ariosto y de Cervantes. Nunca murió del todo, y hoy la curiosidad cervantina, la reconstrucción filológica del pasado y el cariño nuevo por los siglos medios de la vida europea han reavivado el interés por aquel mundo y la simpatía por sus héroes.

El Amadís se salvó siempre de la condena racionalista y moralizadora contra el género. Juan de Valdés, quizá el espíritu más fino de la época de Carlos V, que veía en la afición por los libros de caballerías una prueba de gusto estragado, consideraba el Amadís muy digno de ser leído. Ya se sabe que Cervantes –nada conciliador– lo libró del cruel auto de fe que el cura y el barbero hicieron de los cien libros de caballerías de la biblioteca de Don Quijote.

Condenados por todos, los libros de caballerías no dejaron de leerse. Los leían Carlos V y los caballeros y damas de la corte. Francisco I, prisionero en Madrid, se entretenía con el Amadís y lo hizo traducir al francés, con tanto éxito que durante el reinado de Enrique IV llegó a llamarse la Biblia del rey. «Diez años –vuelve a decir Juan de Valdés–, los mejores de mi vida que gasté en palacios y cortes, no me empleé en ejercicio más virtuoso que en leer estas mentiras, en las cuales tomaba tanto sabor, que me comía las manos tras ellas». Gustaba tanto de leerlos Santa Teresa en su infancia que con su hermano Rodrigo, en pocos meses, compuso uno «con sus aventuras y ficciones». Los leía con deleite en sus mocedades caballerescas Ignacio de Loyola. A pesar de los anatemas de autoridades seglares y eclesiásticas, la Inquisición no los prohibió nunca. Cuando más, una real cédula de 1531, reiterada después, prohibió que se trajesen a América, adonde llegaron, sin embargo, profusamente como mercancía clandestina.

Se leían con fruición en España y en toda Europa. Su influencia se extendió al romancero, a la lírica, al teatro, y se manifestó en las costumbres. El Amadís llegó a ser el código caballeresco de la vida

española y francesa en gran parte del siglo XVI. Sin duda por su influencia, pero ya con su ribete de ironía moderna, Carlos V, en un discurso pronunciado ante el Papa en 1536, desafió a Francisco I a un combate singular, para evitar víctimas inocentes, «armado o desarmado o en camisa, en una isla o ante sus ejércitos».

Un espíritu nuevo mató el género, transformado poco a poco en una especie de literatura folletinesca, de aventuras cada vez más hiperbólicas y estrafalarias. A las hazañas de Amadís siguieron las de sus hijos, nietos, bisnietos y tataranietos, «la infinita caterva de su linaje»: Esplandián, Florisando, Lisuarte de Grecia, Amadís de Grecia, Florisel de Niquea, Rogel de Grecia, Silves de la Selva, etc. Un total de doce libros de la serie del Amadís. Uno de los autores, en el libro octavo, se atrevió a hacer morir al héroe, con gran consternación del público, pero los continuadores, más generosos, lo dejaron con vida y llegaron a presentarlo dos veces centenario, rodeado de toda su estirpe. Materia abundante para la sátira despiadada de Cervantes.

El primero de la serie, el Amadís de Gaula, representa el momento culminante del género. No es mera obra de pasatiempo –como las otras–, y su éxito no está unido sólo a un instante: «Obra capital en los anales de la ficción humana –dice Menéndez Pelayo–..., es una de las grandes novelas del mundo, una de las que más influyeron en la literatura y en la vida. Y aun puede añadirse que en el orden cronológico es la primera novela moderna».

Desde mediados del siglo XIV hay alusiones al Amadís (hacia 1345 aparece mencionado en la traducción española del De regimine principum de Egidio Romano). Es posible que la versión original fuese de alrededor de 1300, cerrado ya el ciclo de la épica juglaresca y cantados los héroes peninsulares del mester de clerecía (Santo Domingo de Silos, San Millán de la Cogolla, Fernán González). La mirada literaria de España se dirige entonces hacia los grandes temas europeos: Carlomagno y sus pares Alejandro, el rey Apolonio, los héroes de la guerra de Troya, el rey Arturo (Artús) y los caballeros de la Tabla Redonda. Hay un anhelo de fantasía nueva, que anima o reanima aun los temas tradicionales. El Amadís surge así como una prolongación del amplio movimiento novelesco del ciclo bretón, que llevaba ya más de un siglo de brillante

floración en Francia y que estaba dando rica y hermosa materia fantástica a toda la literatura europea: Lanzarote del Lago y la reina Ginebra, Tristán y sus trágicos amores con Iseo (o Isolda), Percival, Galaz, el sabio Merlín, el hada Morgana.

Los héroes del Amadís son extranjeros. De los trescientos personajes que desfilan por la obra, sólo uno, Brián de Monjaste, buen caballero y valiente, sobrino del rey Perión, es hijo del rey Ladasán de España, y acude a la batalla con mil caballeros, «buena gente de guerra», muy bien «encabalgados», que le envía su padre (su nombre, tan poco español, es el mismo que el de Brián de Monjaspe, un caballero que aparece en la antigua versión portuguesa de la Demanda do Santo Graal); con ellos llega un caballero, pariente suyo, llamado Fileno. Las dueñas y doncellas, que pueblan las selvas o viven en los palacios, son también muy poco españolas. Y los fantásticos reinos e ínsulas en que se desarrolla la acción están más bien lejos de España: la pequeña y la Gran Bretaña, Gales[1], Irlanda, Escocia, Alemania, Bohemia, las islas de Romania, Constantinopla. El mundo caballeresco parece un vasto archipiélago de islas misteriosas y fantásticas, señoreadas por gigantes y seres míticos. En ellas tiene también sus castillos Urganda la Desconocida, hada protectora de Amadís.

Con todo, en España y en castellano dio la literatura caballeresca sus obras maestras. La novela de caballerías se convirtió, gracias a Amadís y su estirpe, en expresión del genio nacional. Aunque el género era importado, llegó a desarrollarse con tanto vigor que fue uno de los instrumentos fundamentales de la gran expansión literaria de España por Europa. Las obras españolas se tradujeron al francés, italiano, inglés, alemán, holandés, y hasta al hebreo, y en muchos países se las adaptó al gusto del público y se las continuó en series interminables. Ellas han fijado en el mundo la imagen de una España caballeresca. A lo cual también ha contribuido en gran parte Don Quijote de la Mancha.

No se conoce el autor del Amadís, y se ha sostenido empeñosamente el origen portugués: una versión de la canción de Leonoreta («Leonoreta, fin roseta...) se encuentra en un viejo cancionero gallego-portugués atribuida al trovador João Pires de Lobeira, de la Corte de don Denis, en la segunda mitad del siglo XII; una Crónica

portuguesa de 1450 lo atribuye a Vasco de Lobeira (hacia 1370); el mismo texto castellano habla de un episodio (los amores de Briolanja) modificado en una de las versiones para complacer al infante don Alfonso de Portugal (es posible que este don Alfonso no fuese el hijo de don Denis, que reinó de 1321 a 1357, sino el hermano de don Denis, cuñado del infante don Juan Manuel, que residió en Castilla desde 1263 o 1265 hasta 1312, y que este caso habría que pensar en una versión castellana); el sentimentalismo profundo de Amadís, que contrasta con la frivolidad amorosa de casi todos los demás caballeros, ha parecido a muchos, más de estirpe portuguesa que castellana. Es curioso, sin embargo, que no haya llegado hasta nosotros ningún texto portugués, y que en una época en que se multiplicaron las ediciones castellanas (por lo menos veinte en el siglo XVI), las traducciones a las lenguas más diversas y las continuaciones y adaptaciones (desde L'Amadigi de Bernardo Tasso hasta el Amadís teatral de Quinault con música de Juan Cristián Bach), no haya aparecido de un supuesto original portugués ni un solo manuscrito. Por el contrario, llama la atención que sea en Portugal donde Amadís haya tenido menos fecundidad.

El Amadís ha llegado hasta nosotros sólo en versión castellana. En 1956 ha dado a conocer Antonio Rodríguez Moñino cuatro hojas muy maltratadas, único resto de un manuscrito desconocido que se remonta hacia 1420. Seguramente el Amadís circuló por España en versiones diversas o en reelaboraciones diversas. Tenía entonces sólo tres libros. Poco después de 1492, Garci-Rodríguez de Montalvo (ediciones antiguas incurren en el lapsus de llamarle Garci-Ordóñez), regidor de Medina del Campo, «deseando –dice– que de mí alguna sombra de memoria quedase», corrigió esos tres libros, de los antiguos originales, «que estaban corruptos y mal compuestos en antiguo estilo, por falta de los diferentes y malos escritores, quitando muchas palabras superfluas y poniendo otras de más pulido y elegante estilo». Además, compuso el libro cuarto (también el quinto, o Sergas de Esplandián). Éste es el Amadís de Gaula que ha llegado hasta nosotros en ediciones repetidas desde la de Zaragoza, 1508 (hay alusiones a una de 1496, pero no se ha podido encontrar). Es el que, con otros de su género, enloqueció a Don Quijote.

El estilo responde al imperativo de la acción, que llega a ser

vertiginosa. La descripción no existe: el paisaje es un llano, una montaña o una floresta, en la que hay muchos árboles y, cuando más, «rosas y flores»; los castillos son altos, de espesos muros y fuertes torres, y están asentados sobre una alta peña; en los palacios hay toda la riqueza del mundo. La expresión más frecuente es la superlativa, sin matices: Oriana es «la sin par», y el que la ve queda espantado de su hermosura o la considera maravilla. No hay en la obra, a pesar de la presunción de Rodríguez de Montalvo, el menor deleite verbal. Pareciera que el propósito hubiese sido dar al lenguaje una transparencia tal que la imaginación no se detuviera en él y se desplazase rápidamente con el curso de la acción. Las mayores finuras se encuentran en los discursos y en el diálogo, que tiene con frecuencia una vivacidad dramática. Lo genial de la obra está en la acción. Todo está supeditado a ella, y en ella se dibujan los sentimientos y los caracteres.

El Amadís nos presenta una escala de valores humanos. La bondad de armas –que llama simplemente la bondad– es la condición suprema del hombre: los caballeros recorren a veces tierras lejanas, en actitud casi deportiva, sólo para probarse con otros caballeros y conquistar su fama al vencerlos. La belleza es la virtud suprema de la mujer. El hombre lucha por el señorío y por la fama. La mujer aspira también a la fama de su belleza y quiere imponerla en países extraños, a veces por las armas de su caballero (es el juicio de Dios). Pero todo es en última instancia una lucha entre buenos y malos. Buenos y malos, sin complejidades perturbadoras. Los buenos tienen belleza física, nobleza de origen y de sentimientos, lealtad al señor y a la palabra dada, espíritu de justicia, buenas maneras, generosidad. Los malos son soberbios, brutales, injustos y desmesurados física y moralmente. A la bondad de armas y belleza se une un amor leal, que anima todos los pensamientos y todos los actos: Amadís se retira a la Peña Pobre, a hacer vida de ermitaño, cuando le falta el aliento de su dama.

La bondad de armas, la belleza y la lealtad amorosa tienen validez absoluta y son mensurables. Ahí están, para ello, los recursos del sabio Apolidón: el arco de los leales amadores, la espada ardiente, el tocado de las flores y la cámara defendida de la Ínsula Firme. Las tres condiciones las reúne Amadís en grado sumo. A eso se agrega un destino romántico: al nacer lo han arrojado en un arca al mar, y

va a llegar, no por ser hijo de reyes, sino por sus obras, como simple caballero andante, a vencer, con los amigos y aliados que él ha sabido ganarse, a la mayor fuerza temporal de su tiempo –el Imperio de Roma aliado con el reino de la Gran Bretaña–, para transformarse en el árbitro del orbe cristiano. Es, además, magnánimo, justo, defensor de los débiles, tierno hasta derramar lágrimas, sufrido, discreto en el hablar, y hasta cantor y poeta en la intimidad; en suma, el ideal de caballero de todos los tiempos.

El triunfo de Amadís, su apoteosis, es inherente a su perfección, y tiene un valor edificante. También la obra triunfa porque alienta en ella un ideal de justicia. Su mundo quimérico de castillos e ínsulas, florestas y fuentes, gigantes y enanos, dueñas y doncellas; un mundo de hadas, encantamientos y hazañas sobrehumanas que exaltaba la imaginación de todos, desde el emperador hasta el ventero, estaba presidido por un ideal superior. El caballero era el brazo armado de Dios; era defensor del débil y campeón de un orden moral.

El Amadís no fue nunca una obra arcaica. Las refundiciones lo pusieron siempre al día y mantuvieron su popularidad. Cuando cesa esa labor se transforma en libro erudito. (Después de 1586 no se edita en castellano hasta 1837). Su extensión y su lenguaje le hacen perder el favor del público. ¿No es continuar legítimamente la tradición original el refundirlo hoy dándole las dimensiones y la expresión propias de la novela moderna? Con la máxima devoción por la obra, sólo hemos suprimido episodios secundarios en que no intervienen los personajes centrales y quitado frases o palabras que nos parecían superfluas y el tráfago muchas veces embarazoso de detalles menudos y de personajes insignificantes. Hemos resumido, además, lo que nos parecía profuso y procurado dar a cada capítulo una unidad de tipo moderno. Creemos no haberle quitado nada de valor y, desde luego, nos hubiera parecido una profanación agregarle nada de propia cosecha ni modificar el desarrollo de la acción. Hemos querido quitarle así al Amadís algo de su aire vetusto, arrancarlo del ámbito erudito y restituirlo con todo su valor al gran público, al que siempre perteneció.

ÁNGEL ROSENBLAT

ADICIONES A LA INTRODUCCIÓN DE ÁNGEL ROSENBLAT AL AMADÍS DE GAULA

Los veinte largos años que han transcurrido desde que A. Rosenblat terminó su introducción al Amadís de Gaula no han aportado descubrimientos críticos espectaculares, como nuevos hallazgos de versiones medievales, pero sí se ha avanzado en los caminos tan bien sintetizados por Rosenblat y se han abierto algunas nuevas sendas.

Prácticamente han desaparecido las críticas nacionalistas centradas en la discusión de la lengua y patria del Amadís medieval y se ha aceptado el texto como castellano al ser el único conservado. Los fragmentos publicados por A. Rodríguez Moñino, de comienzos del XV, no ofrecían lusismos en su lengua, si bien a Lapesa le sugerían un «ligero sabor occidental»[2]. Se ha seguido reflexionando sobre todo lo referente al desaparecido Amadís medieval, y se ha avanzado también en el estudio de las fuentes.

En los últimos años se percibe un claro deslizamiento hacia críticas centradas en el interior de la obra que estudian sus elementos, así como sus técnicas de composición. También aumentan los trabajos que tienen en cuenta contextos más amplios, no sólo hispánicos, sino también europeos, con los que relacionar nuestro texto. Finalmente, se han iniciado estudios a la luz de planteamientos teóricos nuevos, como el psicoanalítico y otros, de los que se pueden esperar aportaciones importantes y en los que queda mucho por hacer, pues todavía no se han aplicado al Amadís modelos fundamentales como, por ejemplo, los de Y. Lotman o M. Bakthine.

El primer trabajo crítico que hay que señalar cronológicamente es la culminación en cuatro volúmenes de la edición de E. B. Place sobre la primera edición[3], que, si bien significó un aporte decisivo en su momento, debe ser revisada especialmente en sus volúmenes III y IV, para los cuales Place no contó con la colaboración de S. Gili Gaya, y en cuyo texto se han detectado múltiples errores[4].

Una segunda ayuda imprescindible para el investigador es la aparición de la guía bibliográfica de D. Eisenberg, que abarca todo el género de los libros de caballerías hispánicos[5].

Los estudiosos de las fuentes del Amadís destacan las deudas de la obra con la materia artúrica o de Bretaña que, aunque transformada, constituye su magma literario fundamental; pero también se han ido rastreando parciales fuentes clásicas y de la materia de Troya[6], procedimientos narrativos tomados de la historiografía alfonsí[7], y últimamente se ha insistido sobre la presencia en la obra de numerosos materiales folklóricos probablemente filtrados a través de la materia artúrica[8].

Todo esto pone en evidencia los múltiples hilos literarios con los que está tejido nuestro relato[9]. Si en toda obra es difícil precisar lo que hay de tradición y lo que aporta de original (relación que constituye el eje de toda creación literaria), en el Amadís el problema se complica considerablemente. Las fuentes de las que hemos hablado hasta aquí son, fundamentalmente, las del Amadís medieval, y a veces olvidamos que, tal como la conocemos, la obra es una pura reelaboración de materiales literarios realizada a lo largo de más de doscientos años; que tuvo, por lo menos, tres versiones[10], y que lo único que conservamos de ellas (si exceptuamos los fragmentos publicados por A. Rodríguez Moñino) es la versión «aderezada» por Garci Rodríguez de Montalvo a finales del siglo XV, doscientos años posterior a las primeras alusiones a la obra.

Así pues, de las fuentes medievales hay que separar la tarea refundidora de Montalvo, labor dificilísima de precisar y que ha dado origen a opiniones contrarias que oscilan entre la alabanza y el menosprecio a la obra del refundidor. Quizás el esfuerzo reciente más meritorio en este sentido sea el de J. M. Cacho Blecua, que minusvalora la tarea del refundidor en cuanto a invención de materiales narrativos y la reduce a la redistribución de la obra en libros y capítulos, así como a la reelaboración del estilo. Juicio algo duro que quizás corresponde a la óptica de un medievalista[11].

La obra, pues, es una mezcla de elementos de procedencia muy diversa, lo cual genera tensiones entre los materiales medievales y los de origen renacentista que dan lugar, en algunos casos, a

contradicciones. Éstas se originan en parte porque Montalvo no borra del todo los elementos y datos que transforma, sino que los moraliza o los comenta como soluciones desechadas. Un caso extremo de esto es el motivo de la muerte o no de los protagonistas del relato, Amadís y Oriana, desenlace que define ideológicamente toda la concepción de la obra. Según varios críticos[12], el relato medieval acababa con la muerte de Amadís a manos de Esplandián y el suicidio de Oriana; el propio Montalvo lo comenta en Las sergas de Esplandián (1510), su segundo libro de caballerías y continuación crítica del Amadís[13]; pues bien, el refundidor transforma estas trágicas muertes medievales en una sucesión renacentista de temporalidades según la cual a Amadís le sustituye su hijo Esplandián y a éste el suyo, y ninguno muere nunca, con lo cual la carga moralizante que portaban estas muertes desaparece y es sustituida por una nueva visión didáctica, que distribuye Montalvo en comentarios y acotaciones a lo largo de la obra.

La abundancia de rasgos humanistas como el citado hace hablar a algunos críticos especialistas del Siglo de Oro de obra plenamente renacentista, lo que sin duda es excesivo[14]. Que hay elementos renacentistas es indudable y que el substrato mítico y el modelo histórico están fuertemente presentes también lo es, pero eso no nos debe hacer olvidar su filiación como obra fundamentalmente artúrica, si bien sus valores han evolucionado[15].

Lo que le queda a la crítica, si es que eso es posible, es precisar la calidad y cantidad de estas presencias en la obra, pero sin eliminar ninguna y, sobre todo, valorando la labor de los escritores antiguos y modernos que con múltiples fuentes supieron hacer una obra original y de indudable calidad literaria que no siempre ha sido bien entendida[16].

El juicio de valor sobre la obra se centra muchas veces en la consideración de su estructura. Los lectores y críticos del siglo XX, acostumbrados a estructuras novelescas muy trabadas, no sabemos, a veces, valorar la de algunas obras medievales –y el Amadís en su sistema de composición lo es–, que se organizan de una manera que hoy definiríamos como estructura abierta. Este modelo narrativo considera los capítulos como unidades autónomas que se enlazan, aparentemente, por el simple hecho de ir unos a continuación de

otros, lo que permite añadidos y supresiones, reelaboraciones en suma, que sin duda estaban presentes en el proyecto del primer autor. Sin embargo, sí que existe un sistema de entrelazamiento de los capítulos que consiste en la permanencia de ciertos hilos temáticos y formales, a veces no muy visibles, que dan continuidad y coherencia global al relato.

Han sido precisamente los escritores los que han llamado la atención sobre la modernidad de este tipo de estructura calificada por M. Vargas Llosa como modelo de novela total[17]. También para Frida Weber la estructura es el mayor mérito del Amadís, y a esta crítica se debe el primer trabajo sobre su organización narrativa[18], que puso de manifiesto la presencia en el libro de las técnicas estructurantes que usaban las obras historiográficas medievales. Éstas consistían en enlazar las diferentes unidades temáticas con nexos muy evidentes y reiterativos: «dexa» (de contar), «torna» (a contar), «sabéis», «habéis oído», «os diré», «¿Quién podría...?», «¿Qué vos diré...?». Estos nexos desvelan la presencia del oyente en el texto, resto de épocas orales, para el que se construye todo un sistema de líneas discursivas tendidas hacia el pasado o el futuro del relato. Este sistema constituye una ayuda infalible que permite recordar nombres y episodios y relacionar personajes o lugares. Estos nexos estructurantes primitivos aumentan, curiosamente, en los libros III y IV del Amadís (los que se consideran más retocados por Montalvo), donde conviven con otro recurso innovador como las transiciones sin nexo entre tema y tema que constituyen la fórmula más frecuente en los libros I y II.

Un trabajo sobre la narrativa medieval europea[19] destacó el uso del «entrelazamiento» de diferentes historias como uno de los sistemas más utilizados para organizar el relato en la novelística medieval. Este modelo a veces era usado de forma muy compleja, como en el Amadís[20], lo que invalida un extendido juicio de valor que considera a la estructura entrelazada como una mera yuxtaposición de elementos.

Este tipo de trabajos ha dado nuevo impulso a los estudios sobre la estructura del Amadís centrados hasta hace poco en la búsqueda de líneas estructurantes de tipo temático y que ahora intentan aunar lo temático y lo formal, como hace F. F. Curto Herrero[21]. Éste

considera que el Amadís está organizado en cuatro planos, que corresponden a los cuatro libros de que consta la obra. Cada libro, a su vez, está dividido en tres grandes secuencias semánticas que recuerdan a las definidas por Propp como: situación inicial negativa o de carencia, lucha por transformarla y solución positiva de la carencia o conflicto.

Los cuatro libros se organizan de dos en dos. Los dos primeros muestran la cualificación individual del héroe en dos aspectos: como perfecto caballero (libro I), y como el más leal enamorado (libro II); ambos libros desarrollan estos temas siguiendo el esquema: carencia-lucha-solución de la carencia. Los libros III y IV, a su vez, muestran la cualificación social del héroe siguiendo el mismo esquema. El eje organizador de ambos bloques narrativos son las dos profecías generales (en los libros I y II) que funcionan como núcleos temáticos generadores a los que el desarrollo de la acción da cumplimiento.

Toda la narración se organiza de forma abierta y episódica, como gradual ascenso hacia la fama, y progresa mediante dos ejes temáticos, que son el viaje y la Corte.

Los episodios se construyen, en cambio, a base de simetrías y, sobre todo, de contrastes como: bueno-malo, alegría-tristeza, etc., pues el modelo lógico que organiza el relato es el enfrentamiento de dualidades antitéticas.

En resumen: es una estructura basada en antítesis que se desarrolla en cada libro en tres etapas y que reúne un total de cuatro libros. Éstos se organizan en dos grandes bloques narrativos, cada uno de los cuales desarrolla una unidad temática. Este modelo de estructura es el que siguieron los libros de caballerías posteriores que solían cerrar el primer bloque temático, la cualificación individual del héroe, con el matrimonio secreto, como hace el propio Amadís, y el segundo bloque, la cualificación social del héroe con el matrimonio público y oficial que era a su vez, el cierre de la obra.

Otros críticos han buscado también las relaciones entre algunos motivos significativos y el funcionamiento de la obra: Eloy R. González insiste en el valor de las profecías y J. D. Fogelquist en el

modelo del género histórico como sistema organizador del relato[22].

De esta manera, parece que va retrocediendo una visión impresionista que lleva a valorar incorrectamente algunas obras literarias porque las juzgamos desde hoy y no en su momento histórico. Una parte de la narrativa medieval y aun del Siglo de Oro ha tenido que superar el peso negativo de utilizar unas estructuras diferentes a las de la novela moderna. Quizás por ello ha sido tan codiciado el puesto de «primera novela moderna» otorgado por M. Menéndez Pelayo al Amadís, por Dámaso Alonso al Tirant, y por la mayoría de los críticos al Lazarillo o al Quijote. Estas clasificaciones son imposibles de coordinar, pues se basan en conceptos de «novela moderna» diferentes en cada caso. De todas formas, lo importante es que esta valoración deje de ser el patrón para calificar a las obras medievales y renacentistas.

Sobre un aspecto tan importante del Amadís como es su estilo, apenas se ha dicho nada nuevo desde las breves pero lúcidas frases de A. Rosenblat; se le han dedicado pocos estudios, y los existentes no aportan datos de interés[23]. Sin embargo, es un elemento capital dentro de la obra, pues, como señaló S. Gili Gaya, su lengua ha sido la base fundamental para la creación de la prosa castellana del Siglo de Oro y casi todo su léxico es aún hoy de uso común, pues quedó fijada su utilización al ser considerado uso modélico[24].

Los valores fundamentales del Amadís son, como se ha dicho, los de la narrativa artúrica. Para ésta el soporte principal es el amor cortés, que ha sido descrito por Jean Frappier como una moral y un arte aristocrático que comprende mesura, sabiduría de vida, control de sí, moderación de los deseos y tendencia a la generosidad; todo un principio de ennoblecimiento y escuela de perfección que proviene de la dama[25]. A esta concepción básica femenina hay que añadir los valores caballerescos masculinos centrados en el valor y la habilidad guerrera. Ambos códigos aparecen resumidos por A. Rosenblat en la bondad de armas, la belleza y la lealtad amorosa, y se han puesto en relación con un tipo de sociedad aristocrática medieval centrada en un modelo caballeresco que defiende los intereses de la baja nobleza[26]. Pero como siempre en el Amadís hay que hacer la salvedad de las sucesivas reelaboraciones que van transformando estos valores y aportando nuevos.

Los códigos caballeresco y amoroso que funcionan en el Amadís son bastante diferentes a los de los primitivos relatos artúricos. Con respecto al amoroso, H. Hatzfeld lo ha encontrado tan diferente que habla de «sentimentalismo satírico»[27]; en lo que concierne al código caballeresco, convive el modelo medieval con el renacentista, sobre todo al final, en donde la obra se decanta hacia una defensa de la monarquía absoluta. Ésta cristaliza definitivamente en Las sergas de Esplandián, obra en la que Montalvo hace una crítica clara de la caballería bretona (véase nota 11).

Otro aspecto de este complejo mundo de valores, a veces en oposición unos con otros, es el substrato mítico que subyace en todo lo artúrico y que ha sido analizado en el Amadís desde perspectivas psicoanalíticas por Y. Russinovitch[28]; esta autora define la obra como una nueva encarnación del mito del eterno retorno y ve en ella un modelo para el desarrollo individual de los jóvenes, especie de novela de aprendizaje, en la que se muestra una forma de maduración de la personalidad desde la infancia hasta la plena madurez a través de la vida arquetípica de un héroe. Según esto, la lucha que el héroe mantiene contra sus enemigos no es otra cosa que enfrentamientos con personajes-símbolo que encarnan una parte de su ser negativo que debe vencer, único camino para conseguir una personalidad perfecta que aúne en equilibrio las fuerzas contradictorias inherentes a todo ser humano.

En el Amadís conservado este modelo de aprendizaje es francamente optimista, pues el caballero consigue vencer todas las dificultades, llega a ser rey, felizmente casado, y vive eternamente. Pero si pensamos en el Amadís medieval, en el que parece que todos los héroes morían violentamente, encontramos un modelo de vida que nos acerca mucho más al mundo mítico primitivo y al de la Edad Media, marcado siempre por la omnipresencia de la muerte, que al modelo de temporalidad gestado por los humanistas en el Renacimiento.

En este mundo de valores modélicos, fuertemente moralizante[29], el comportamiento de algunos héroes de nuestro relato puede ser parcialmente criticado (Oriana, Lisuarte, Galaor), pero Amadís encarna todos los atributos del héroe perfecto, pues por primera vez se dan en su máximo grado y en el mismo caballero la bondad de

armas de un Lanzarote y la fidelidad amorosa de un Tristán. Esta doble característica del héroe y de su mundo de valores genera los dos grandes temas que en su desarrollo y entrecruzamiento organizan la narración: el de las hazañas guerreras, cuantitativamente el más importante, pero al servicio del segundo, el tema amoroso, que con sus alternativas y variaciones hace progresar el relato.

Esta importancia capital de lo amoroso, en un héroe que usa el simbólico nombre de Amadís (el amante, el enamorado), es una de las características de la obra que la diferencia de los relatos medievales españoles caballerescos; este amor fiel era también el argumento que exhibían los defensores de una patria gallega o portuguesa.

Lo cierto es que Amadís es el típico héroe amante y luchador al que el triunfo acompaña siempre; y estas características lo alejan del lector adulto de nuestros días, acostumbrado al héroe duro y fracasado de la novela y para el que ese espacio de los héroes triunfantes y todopoderosos, más propio de los jóvenes, se circunscribe a ciertos géneros llamados para-literarios y sobre todo al ámbito de la televisión. Por otro lado, tampoco parece que los jóvenes lean hoy obras como el Amadís, reducido al círculo culto de unos pocos especialistas; por ello siguen estando de actualidad las palabras que Goethe dedicara al Amadís hace doscientos años: «Es una vergüenza encontrarse uno tan viejo sin haber conocido una obra tan excelente más que a través de las parodias que de ella se han hecho.»[30]

Esta necesidad de difusión, la misma que defendía A. Rosenblat hace veinte años, es la mejor justificación de una antología como la presente, que elimina tres cuartas partes del texto, pero a cambio es muy posible que consiga adeptos para el mundo mágico y lejano que el Amadís representa. Mundo en el que lo mágico positivo está encarnado por mujeres (Urganda la desconocida), y lo negativo, por hombres (Arcaláus), nueva muestra de la originalidad de sus valores dentro de la narrativa castellana[31].

ALICIA REDONDO GOICOECHEA

LIBRO PRIMERO

I

EL REY PERIÓN

Hubo en Bretaña, a principios de nuestra era, un rey cristiano llamado Garínter, de gran devoción y buenas maneras. Este rey tuvo dos hijas. La mayor casó con Languines, rey de Escocia, y la llamaron la Dueña de la Guirnalda porque su marido quiso que siempre cubriese sus hermosos cabellos con una rica guirnalda. La menor, llamada Elisena, mucho más hermosa que su hermana, nunca quiso casarse, aunque grandes príncipes se lo pidieron. Su retraimiento y vida santa hicieron que la llamasen Beata perdida. Todos consideraban que persona de su calidad, dotada de tanta hermosura y pedida en matrimonio por tantos grandes señores, no debía tomar ese estilo de vida.

El rey Garínter, de edad asaz avanzada, iba a veces a cazar al monte por dar descanso a su ánimo. Un día salía de una villa suya que se llamaba Alima y se desviaba de los cazadores para rezar sus horas en la floresta, cuando vio que un caballero libraba un duro combate contra otros dos. Conocía a los dos caballeros, que eran vasallos suyos, de gran soberbia y malas maneras, pero no al que combatía con ellos. Apartándose algo, miró el combate, en el cual los dos caballeros quedaron vencidos y muertos. El caballero vencedor se dirigió entonces al rey y le dijo:

–Buen hombre, ¿qué tierra es ésta en la que así asaltan a los caballeros andantes?

–No os maravilléis de eso –dijo el rey–. Como en otras tierras, hay aquí buenos y malos caballeros. Y esos que decís han hecho enormes agravios al mismo rey, que no ha podido hacer justicia porque estaban muy bien emparentados.

–Pues a ese rey vengo a buscar desde lejanas tierras –contestó el caballero–, y le traigo nuevas de un gran amigo. Decidme dónde

puedo encontrarle.

–Sabed que yo soy el rey que buscáis.

El caballero se quitó el escudo y el yelmo, y fue a abrazarlo. Era el rey Perión de Gaula.

Ambos se alegraron del encuentro. Iban a reunirse con los demás cazadores para acogerse a la villa, cuando se encontraron con un ciervo que huía. Lo persiguieron a todo el correr de sus caballos, pero en eso salió un león de unas espesas matas, alcanzó al ciervo y lo mató, abriéndolo con sus fuertes uñas.

Con el escudo como defensa y la espada en la mano, fue hacia el león, sin detenerse ante las voces del rey Garínter. El león dejó su presa, se le enfrentó, lo derribó y estuvo a punto de matarle. Pero el rey, sin perder sus fuerzas, le dio con la espada en el vientre y lo hizo caer muerto. El rey Garínter, espantado, decía:

–Con razón tiene fama de ser el mejor caballero del mundo.

Hicieron cargar en dos palafrenes el león y el ciervo, y los llevaron a la villa. Cuando llegaron al palacio, ya sabía la reina el huésped que tenía. Las mesas estaban puestas, y en la más alta se sentaron los reyes, y en otra, Elisena, la hija del rey Garínter. Como la infanta era muy hermosa, y el rey Perión también, y además se había divulgado por todas partes del mundo la fama de sus grandes hazañas, en cuanto se miraron se sintieron dominados por un gran amor. Ambos estuvieron todo el tiempo de la comida como sin sentido.

Levantaron las mesas, y la reina se quiso acoger a su cámara. Elisena se puso en pie y se le cayó de la falda un hermoso anillo que se había quitado del dedo. Se inclinó para recogerlo, pero el rey Perión, que estaba junto a ella, quiso alcanzárselo. En el suelo se encontraron sus manos, y el rey tomó la de Elisena y se la apretó. Elisena se puso encarnada, y mirando al rey con ojos amorosos, le dio las gracias.

Elisena se fue detrás de su madre, tan turbada que casi no veía. Con lágrimas en los ojos descubrió su secreto a Darioleta, su doncella, y

le preguntó cómo podría saber si el rey Perión amaba a otra mujer. La doncella, temerosa de tan repentina mudanza y sintiendo piedad por sus lágrimas, le dijo:

–Señora, bien veo que el tirano amor no ha dejado en vuestro juicio lugar para la razón. Haré lo que mandéis.

Darioleta se dirigió hacia la cámara del rey Perión y vio que su escudero le aprontaba las ropas para vestir.

–Amigo –le dijo–, yo serviré a vuestro señor.

El escudero, creyendo que eso se hacía para más honra del rey, le dio los paños y se marchó. Darioleta entró en la cámara. El rey estaba en la cama, y en cuanto la vio reconoció a la doncella de Elisena. Estremeciéndose el corazón, le dijo:

–Buena doncella, ¿qué queréis?

–Daros de vestir, señor.

–Eso al corazón había de ser, que de placer y alegría está muy despojado.

–¿De qué manera podría hacerlo?

–He venido a esta tierra –dijo el rey– en entera libertad, temiendo sólo las aventuras de las armas. Y al entrar en casa de vuestros señores estoy herido de herida mortal. Si tenéis para mí, buena doncella, alguna medicina, recibiréis mi galardón.

–Si supiese qué mal es, señor, me tendría por muy contenta de poder servir a tan alto hombre y tan buen caballero.

–Yo os lo diré si me prometéis no descubrirlo.

–Decidlo sin recelo.

–Pues os digo que, apenas vi la gran hermosura de Elisena, quedé atormentado de cuitas y congojas. Si no hallo algún remedio, no me podré salvar de la muerte.

La doncella se alegró al oírlo y le dijo:

–Señor, si me prometéis como rey mantener la verdad y como caballero tomar a Elisena por mujer, yo haré que vuestro corazón quede satisfecho, y también el de ella, que tanto o más que el vuestro está herido de la misma cuita y dolor.

El rey tomó la espada, y poniendo la mano derecha en la cruz, dijo:

–Juro por esta cruz y espada con que recibí la orden de caballería hacer lo que vos me pedís, siempre que vuestra señora Elisena me lo demande.

La doncella volvió a su señora y le contó lo que había hablado con el rey. Elisena, con gran alegría y abrazándola, le dijo:

–¿Cuándo veré la hora de tener en mis brazos a aquel que me habéis dado por señor?

–Yo os lo diré. Dejádmelo a mí.

Cuando fue de noche, Darioleta llamó aparte al escudero del rey Perión y le dijo:

–Amigo, decidme si sois hidalgo.

–Sí soy, y aun hijo de caballero. ¿Por qué lo preguntáis?

–Porque quiero saber, por la fe que debéis a Dios y a vuestro señor, una cosa. ¿Cuál es la doncella que vuestro señor ama con extremado amor?

–Mi señor ama a todas, pero no conozco ninguna a la que quiera de la manera que decís.

En esto llegó el rey Garínter, y al ver que Darioleta hablaba con el escudero la llamó y le dijo:

–Tú ¿qué tienes que hablar con el escudero del rey?

–Por Dios, señor, yo os lo diré; él me llamó y me dijo que su señor acostumbra dormir solo y que se siente embarazado con vuestra

compañía.

El rey se dirigió hacia donde estaba su huésped y le dijo:

–Señor, yo tengo muchas cosas que hacer en mi hacienda y me levanto a la hora de los maitines. Por no daros enojo, tengo por bien que quedéis solo en la cámara.

–Haced, señor, lo que más gustéis –dijo el rey Perión.

Cuando Darioleta vio que los reposteros sacaban la cama del rey, fue a contárselo a la infanta.

–Amiga –le dijo Elisena–, creo que esto, que al presente parece yerro, será algún día servicio de Dios. Y decidme lo que debo hacer, que la gran alegría que tengo me quita el juicio.

Cuando la gente de palacio dormía, Elisena y Darioleta salieron a la huerta. A Elisena le temblaba el cuerpo. Cuando llegaron a la puerta de la cámara, el rey Perión, vencido por el sueño, se había dormido. Y soñaba que alguien entraba por una puerta falsa, le metía las manos por los costados, y sacándole el corazón lo arrojaba al río. Y él decía: «¿Por qué cometéis esa crueldad?». Y le contestaban: «Eso no es nada. Os queda otro corazón que os arrancaré también, aunque no por mi voluntad». El rey despertó despavorido y se comenzó a santiguar. Al sentir pasos en la cámara, temió una traición, y, saltando del lecho, tomó la espada y el escudo. Darioleta le dijo:

–¿Qué es eso, señor? Dejad vuestras armas, que poca defensa son contra nosotras.

El rey, al ver a Elisena, echó la espada y el escudo al suelo, se cubrió con su manto y tomó a su señora en sus brazos.

Darioleta cogió la espada del rey en señal de la promesa que le había hecho, y salió a la huerta. El rey contempló a su amiga, y, a la luz de tres hachas que en la cámara ardían, le pareció que reunía toda la hermosura del mundo.

Estuvo el rey Perión diez días en el palacio, al cabo de los cuales acordó, forzando su voluntad y las lágrimas de su señora, partir

para su tierra. Despedido del rey Garínter y de la reina, quiso ceñir su espada y no la halló. Y aunque le dolía mucho, porque era buena y hermosa, no osó preguntar por ella y mandó a su escudero que le buscase otra. Antes de marcharse, Darioleta habló con él y le recordó la gran cuita y soledad en que dejaba a su amiga. El rey le dijo:

–Yo os la encomiendo como a mi propio corazón.

Y sacando de su dedo un hermoso anillo, de dos iguales que traía, se lo dio para que Elisena lo llevase por su amor.

II

AMADÍS SIN TIEMPO

Elisena quedó en gran soledad. Dejó de comer y de dormir, y fue perdiendo su hermoso color. Aunque se sentía sin culpa ante Dios, sabía que era culpable ante el mundo. Fue pasando el tiempo y comprendió que iba a ser madre. No podía comunicárselo a su amigo, que por ganar honra y fama iba de unas partes a otras como caballero andante, y nunca se detenía en ninguna. Darioleta puso para remediarlo su esfuerzo y su discreción.

Había en el palacio del rey Garínter una cámara apartada, que daba al río. Elisena se la pidió a sus padres para poder entregarse a la vida solitaria y para rezar sin que nadie la molestase. Se la otorgaron, creyendo que su intención era reparar el cuerpo con más salud y el alma con vida más estrecha.

Llegó el tiempo de dar a luz. Su corazón estaba en gran amargura y su angustia se doblaba al no poder gemir ni quejarse. Al cabo tuvo un hijo. La doncella lo tomó en sus brazos y le pareció que hubiera podido llegar a ser hermoso. Lo envolvió en ricos paños y acercó un arca que había preparado.

–¿Qué queréis hacer? –preguntó Elisena.

–Ponerlo aquí y echarlo al río.

La madre lo tenía en sus brazos y repetía:

–¡Mi hijo pequeño! ¡Mi hijo pequeño!

La ley establecía que cualquier mujer, por grande que fuese su estado o señorío, perdía en esas circunstancias la vida. La doncella tomó tinta y pergamino y escribió: «Éste es Amadís sin Tiempo, hijo de rey». Y decía sin Tiempo porque creía que moriría, y Amadís,

porque era el nombre de un santo a quien ella lo encomendó. Cubrió la carta con cera y la ató al cuello del niño junto con el anillo del rey Perión. Colocó entonces al niño dentro del arca y puso a su lado la espada que había quitado al rey. Cerró el arca y la calafateó para que no pudiese entrar agua. Y tomándola en sus brazos y abriendo la puerta, la colocó en el río y dejó que la llevasen las aguas.

Del río pasó al mar, que estaba a media legua de allí. A esta sazón amanecía. Y acaeció uno de esos hermosos milagros que suele hacer el Señor. En una barca iba un caballero escocés, llamado Gandales, con su mujer, que había dado a luz un hijo. Iban de Bretaña a Escocia. Cuando aclaró, vieron el arca, y el caballero ordenó que se la trajesen. Al abrirla, vio al niño. Por los paños, por el anillo y por la espada, le pareció de buen lugar y maldijo a la madre que lo había desamparado tan cruelmente. Lo tomó en sus brazos y rogó a su mujer que lo hiciera criar.

III

EL SUEÑO DEL REY PERIÓN

El rey Perión estaba atormentado por la soledad y por el sueño que había tenido. Cuando llegó a su reino, llamó a todos los señores y mandó que los obispos acudiesen con los clérigos más sabios de sus tierras. El rey habló con ellos de las cosas del reino, pero siempre con semblante triste, lo que daba a todos gran pesar. Cuando despachó los negocios, se quedó con tres clérigos. Los llevó a la capilla y les hizo jurar que le dirían la verdad, sin ocultarle nada, por grave que fuese. Entonces les contó el sueño.

Uno de ellos, llamado Ungán el Picardo, que era el que más sabía, dijo:

–Señor, los sueños son cosa vana y por tal deben tenerse. Pero si os place que expliquemos el vuestro, dadnos un plazo.

–Así sea. Tomad doce días.

Se apartaron, sin poderse ver ni hablar, y volvieron el día señalado. Cuando estuvieron de nuevo reunidos, habló Alberto de Campania:

–Señor, yo te diré lo que entiendo. La cámara cerrada era tu reino, y por alguna parte de él entrará alguien, y así como te sacara el corazón y lo echaba al río, así te tomará villa o castillo y lo pondrá en poder de quien no lo podrás recobrar.

–¿Y el otro corazón que también perdería?

–Parece que otro entrará también en tu reino, obligado por alguien que se lo mande, y te tomará también una parte. Y eso es todo lo que sé, señor.

El rey mandó que hablase el segundo, que se llamaba Antales.

Estuvo de acuerdo en todo, sólo que sus suertes indicaban que el mal estaba hecho, y por la persona más querida, lo cual le sorprendía, porque no se había perdido hasta entonces nada en el reino. El rey sonrió y ordenó que hablase el tercero. Ungán el Picardo bajó la cabeza y sonrió. Era de natural esquivo y triste, y sonreía pocas veces. El rey lo notó y le dijo:

–Maestro, decid lo que sepáis.

–Señor, he visto cosas que no debo manifestar sino a ti solo.

Cuando quedaron solos, el maestro dijo:

–Sabe, señor, que sonreí porque tuviste en poco las palabras de Antales. Ahora te quiero decir lo que tienes encubierto. Tú amas, y la que amas es maravillosamente hermosa. En la cámara en que estabais encerrado, ella quiso quitar de vuestro corazón y del suyo las cuitas y congojas. Y el corazón que sacaba significa hijo o hija que habrá de vos.

–¿Y qué significa que lo echaba al río?

–Así será echado el hijo que de vos tendrá.

–¿Y el otro corazón que me queda?

–Debéis entender lo uno por lo otro. Tendréis otro hijo y lo perderéis, contra la voluntad de aquella que os hará perder el primero.

Cuando el rey salió de palacio, se encontró con una doncella muy bien ataviada, que le dijo:

–Sabe, rey Perión, que cuando recobres lo que has perdido, el señorío de Irlanda perderá su flor.

El rey no la pudo detener, y quedó pensativo.

IV

EL DONCEL DEL MAR

Gandales y su mujer criaban con mucho cuidado al niño que habían recogido, al que llamaron el Doncel del Mar. Era cada día más hermoso y todos se maravillaban al verlo.

Un día cabalgaba Gandales por el campo, cuando se encontró con una doncella extraña que le dijo:

–¡Ay, Gandales, si muchos altos hombres supieran lo que sé yo, te cortarían la cabeza!

–¿Por qué? –preguntó él.

–Porque guardas la muerte de ellos.

–¡Doncella, por Dios, decidme qué es eso!

La doncella desapareció sin contestar. Gandales quedó muy pensativo, y al continuar su camino vio que ella volvía en su palafrén gritando:

–¡Ay, Gandales, socorredme!

Detrás de ella corría un caballero con la espada en la mano. Gandales espoleó a su caballo, se interpuso entre ambos y dijo:

–Caballero, ¿qué queréis de la doncella?

–¡Cómo! –contestó él–. ¿Queréis ampararla cuando por engaño me trae perdido el cuerpo y el alma?

–De eso no sé nada –contestó Gandales–. Pero la he de amparar porque las mujeres no deben castigarse de esa manera aunque lo merezcan.

–Ahora lo veremos –contestó el caballero.

Se dirigió a una arboleda donde estaba una hermosa doncella que le dio un escudo y una lanza, y fue contra Gandales. Del encuentro, los escudos de los dos caballeros volaron en pedazos. Los caballos juntaron sus cuerpos con tanta bravura que cayeron al suelo, y los caballeros con ellos. Cada uno se levantó lo más pronto que pudo, y la batalla prosiguió. Pero la doncella que había huido se interpuso entre ambos. El caballero que la perseguía se apartó, y ella le dijo:

–Volved a mi obediencia.

–Lo haré con gusto, como a la cosa que más amo en el mundo –contestó el caballero, arrojando las armas e hincándose de rodillas ante ella.

–Decid entonces a la doncella que está en la arboleda –ordenó ella– que se marche; que, si no, le abriréis la cabeza.

El caballero obedeció y dijo:

–Vete, mala mujer, que me maravillo de que no te abra la cabeza.

La doncella de la arboleda comprendió que habían encantado a su amigo, y, llorando, subió a su palafrén y se marchó. Gandales estaba maravillado. Se dirigió a la doncella que él había protegido y le preguntó por qué había dicho que él guardaba la muerte de muchos hombres. Se apartó con él, y con la promesa de guardar el secreto, le dijo:

–Aquel que hallaste en el mar será flor de los caballeros de su tiempo, hará temblar a los fuertes y acabará con honra hazañas en que otros fracasaron. Hará tales cosas que nadie creerá que pudiesen haber sido hechas por mano de hombre. Hará de los soberbios buenos y será cruel con los malos. Será el caballero más leal en el amor. Y sabe que viene de reyes por ambas partes, y que yo soy Urganda la Desconocida.

Gandales la miró. Antes le había parecido muy joven y ahora la vio tan vieja que se maravilló de que se pudiese sostener en el palafrén. Se comenzó a santiguar y dijo:

–Os ruego, por Dios, que os acordéis del doncel, que está desamparado y sólo me tiene a mí.

–Ese desamparado –dijo Urganda– será amparo de muchos.

Urganda tomó el yelmo y el escudo de su amigo para llevárselos. Gandales la volvió a mirar y le pareció el caballero más hermoso que jamás había visto.

Cuando Gandales volvía para su castillo, se encontró con la otra doncella, que lloraba junto a una fuente. Ella le reconoció y le dijo:

–¿Qué es eso, caballero? ¿No os hizo matar aquella alevosa?

–Alevosa no es, y si fueseis caballero os haría pagar la locura que dijisteis.

–¡Ay, cómo sabe engañar a todos!

–¿Y qué engaño os hizo?

–Que me tomó aquel hermoso caballero que, por su gusto, más haría vida conmigo que con ella. Pero ya me vengaré.

–Desvarío es –dijo Gandales– querer enojar a quien sabe hasta lo que pensáis.

–Muchas veces los que más saben caen en los lazos más peligrosos.

Cuando Gandales llegó al castillo, tomó al doncel en sus brazos y lo comenzó a besar, derramando lágrimas.

–Mi hermoso hijo, ¿querrá Dios que yo alcance vuestro buen tiempo?

El doncel tenía tres años y su hermosura se consideraba maravilla. Al ver llorar a Gandales quiso limpiarle los ojos con las manos. Desde entonces, Gandales le cuidó con más voluntad.

Cuando tuvo cinco años, Gandales le hizo un arco, y otro a su hijo Gandalín. Así lo fue criando hasta la edad de siete años.

A esta sazón el rey Languines, que recorría el reino con toda su corte, llegó al castillo de Gandales, donde lo agasajaron mucho. Gandales encerró al Doncel del Mar, a Gandalín y a otros donceles en un patio, para que el rey no los viese. La reina, aposentada en lo alto de la casa, miraba por la ventana, cuando vio a los donceles que tiraban con los arcos, y entre ellos al Doncel del Mar, tan apuesto y hermoso que quedó maravillada. Y llamando a sus dueñas y doncellas, les dijo:

–Venid y veréis a la criatura más hermosa que nunca se ha visto.

Mientras lo miraba, el Doncel del Mar tuvo sed. Dejó su arco y sus saetas en tierra y fue a beber a una fuente. Un doncel mayor que él cogió el arco y quiso tirar, mas Gandalín no se lo permitió. El doncel le empujó reciamente y Gandalín gritó:

–¡Socorro, Doncel del Mar!

El Doncel del Mar dejó de beber y se dirigió hacia el doncel mayor. Cogió el arco que éste había dejado en el suelo, le increpó por haber pegado a su hermano y, dándole un golpe, le hizo huir. El ayo, que acudió en ese momento con la correa en la mano, le dijo:

–¡Cómo, Doncel del Mar! ¿Osáis pegar a los mozos? ¡Ahora veréis cómo os castigaré!

El Doncel del Mar se hincó ante él y le dijo:

–Señor, más quiero que me peguéis a mí y no que nadie delante de mí se atreva a pegar a mi hermano.

Y le vinieron las lágrimas a los ojos. La reina vio todo esto y se maravilló. En ese momento entraron el rey y Gandales. La reina preguntó:

–Decid, Gandales, ¿es vuestro hijo ese hermoso doncel?

–Sí, señora.

–Pues ¿por qué lo llamáis el Doncel del Mar?

–Porque nació en el mar, cuando yo venía de Bretaña.

El rey miró al doncel y le pareció hermoso. Se lo pidió a Gandales para hacerlo criar.

–Doncel del Mar, ¿queréis ir con el rey? –preguntó Gandales.

–Iré donde me mandéis, y que vaya mi hermano conmigo.

–Tampoco yo quedaré sin él –dijo Gandalín.

El rey se alegró, llamó a su hijo Agrajes, y le dijo:

–Hijo, ama mucho a estos donceles, que yo amo mucho al padre.

A Gandales le vinieron las lágrimas a los ojos. El rey se rió, y entonces Gandales, apartando al rey y a la reina, les dijo:

–Señores, sabed la verdad de este doncel.

Y les contó toda la historia. El rey se alegró mucho y dijo:

–Si Dios puso tanto cuidado en conservarlo, razón es que lo pongamos nosotros en criarlo.

–Yo quiero que sea mío –dijo la reina–. Cuando sea mayor, será vuestro.

El rey se lo otorgó. La reina hizo criar al Doncel del Mar como si fuese hijo propio. Su ingenio era tal y su condición tan noble que aprendía todas las cosas mejor que nadie. Amaba la caza, y por su gusto habría cazado siempre, tirando con su arco y cebando los canes. Pero la reina estaba tan contenta con él que no dejaba que se alejase de su presencia.

V

GALAOR

El rey Perión estaba en su reino cuando llegó una doncella que le entregó una carta de Elisena. Le decía que el rey Garínter había muerto, y que su hermana, casada con Languines, rey de Escocia, quería quitarle las tierras.

–Ir y decir a vuestra señora –dijo el rey– que voy allá sin detenerme un solo día.

El rey preparó la gente necesaria y se dirigió a Bretaña. Supo que Languines tenía todo el señorío de la tierra, salvo las villas que el rey había dejado a Elisena. Ella estaba en Arcarte, y el rey se dirigió allá. Se amaban como antes y fue grande la alegría de encontrarse. El rey le dijo que llamase a amigos y parientes porque la quería tomar por mujer.

El rey Languines acudió con todos los grandes hombres de su reino. Celebradas las bodas y fiestas, los reyes emprendieron el regreso. El rey Perión y Elisena llegaron a la ribera de un río, donde pensaban descansar. El rey se apartó siguiendo el curso del río y anduvo tanto que llegó a una ermita. Ató el caballo a un árbol y entró a orar. En el interior vio a un hombre viejo, vestido con el hábito de una orden, el cual le preguntó:

–Caballero, ¿es verdad que el rey Perión se ha casado con la hija del rey nuestro señor?

–Verdad es.

–Mucho me place –dijo el hombre–. Porque sé que ella le ama con todo su corazón.

–¿Cómo lo sabéis?

–Por su boca –dijo el buen hombre.

El rey, pensando saber lo que deseaba, se dio a conocer, y le pidió que le dijese todo lo que sabía de ella. Pero el hombre le contestó:

–Gran yerro sería si yo manifestase lo que he sabido en confesión. Sólo puedo decir que os ama con amor verdadero y leal. Pero quiero contaros lo que me dijo, cuando llegasteis a estos reinos, una doncella que parecía muy sabia: que de Gran Bretaña saldrían dos dragones que tendrían su señorío en Gaula y sus corazones en la Gran Bretaña, y de allí irían a devorar las bestias de las otras tierras, y contra unas serían bravos y feroces y contra otras mansos y humildes.

El rey Perión quedó maravillado. Se despidió del ermitaño y volvió a las tiendas donde había dejado a la reina. Contó a Elisena las declaraciones de los clérigos sobre su sueño, y le preguntó si había tenido un hijo. La reina tuvo vergüenza y lo negó.

Cuando llegaron a Gaula, todos se alegraron con la reina, que era noble señora. Tuvo un hijo y una hija: Galaor y Melicia. Cuando el niño tuvo dos años y medio sucedió lo siguiente: la corte estaba en Bangil, junto al mar. El rey miraba por la ventana hacia la huerta, donde estaba la reina con sus dueñas y doncellas, y junto a ellas, el niño. En eso, por una puerta que daba al mar, vieron aparecer un gigante con una enorme maza en la mano, tan descomunal y monstruoso que todas se espantaron. Unas huyeron a ocultarse entre los árboles, otras se dejaron caer en tierra, tapándose los ojos para no ver. El niño le recibió sonriendo y tendió hacia él los brazos con estas palabras:

–La doncella me lo había dicho.

El gigante tomó al niño en sus brazos, y, entrando en una barca, se internó en el mar. La reina dio grandes gritos, pero en vano. El rey, con gran pesar por no haber podido socorrer a su hijo, bajó a consolar a la reina, que se desesperaba con el recuerdo del otro hijo, al que había arrojado al mar. El rey la hizo acoger a su cámara y, cuando la vio más sosegada, le dijo:

–Ahora veo que es verdad lo que los clérigos me dijeron. Éste era el

segundo corazón.

El gigante se llamaba Gandalac y era natural de Leonís. Tenía dos castillos en una isla, y no era tan malo como los otros gigantes. Había poblado la isla con cristianos y ayudaba con sus limosnas a un ermitaño de santa vida. Llevó allí al niño y, entregándoselo, le dijo:

–Amigo, os doy este niño para que lo crieis y le enseñéis todo lo que conviene a un caballero. Y sabed que es hijo de rey y reina.

–¿Y por qué cometéis esta crueldad?

–Os lo diré. Iba yo a entrar en una barca para combatir con Aldabán, el gigante que mató a mi padre y me quitó la peña de Galtares, cuando encontré a una doncella que me dijo: «Eso que quieres lo hará mejor que tú el hijo del rey Perión de Gaula, que tendrá más fuerza y ligereza». Le pregunté si decía verdad y me dijo que yo lo vería cuando se juntaran las dos ramas de un árbol que ahora están partidas.

VI

ORIANA, LA SIN PAR

Reinaba entonces en la Gran Bretaña un rey llamado Falángriz. Este rey murió sin dejar heredero, y los señores ofrecieron el trono a su hermano Lisuarte, gran caballero en armas y en discreción, casado con Brisena, hija del rey de Dinamarca, la doncella más hermosa de todas las islas del mar.

Lisuarte, con gran flota, se dirigió a su reino. En Escocia le recibió con muchos honores el rey Languines. Como el mar estaba agitado, dejó allí a su hija Oriana, llamada la Sin Par, porque en su tiempo no hubo ninguna que la igualase en hermosura. Oriana, que había nacido en Dinamarca, tenía entonces diez años, y el rey Languines y la reina se alegraron de tomarla a su cuidado. Su padre embarcó con mucha prisa porque tenía enemigos en la Gran Bretaña, donde llegó a ser rey después de gran esfuerzo.

El Doncel del Mar tenía entonces doce años, aunque parecía mayor. Cuando llegó Oriana, la reina se lo ofreció para que la sirviese, y ella contestó que le placía. El doncel guardó esta palabra en su corazón toda la vida.

Un día, sintiendo el doncel que podía tomar armas, se dirigió hacia el rey, que estaba en la huerta, y arrodillándose le dijo:

–Señor, si os agradase, sería tiempo de que yo fuese caballero.

–¿Cómo, Doncel del Mar? ¿Ya os esforzáis por ser caballero? Sabed que quien quiere tener este nombre de caballero debe hacer cosas muy peligrosas; y si por miedo deja de hacerlas, más le valdría la muerte.

–Si no tuviese el propósito de cumplir lo que habéis dicho, no se esforzaría mi corazón por serlo.

El rey mandó que le preparasen las armas y todo lo necesario, y comunicó la nueva a Gandales. Estaba un día la hermosa Oriana con otras dueñas y doncellas en el palacio, y con ellas el Doncel del Mar, cuando le anunciaron a él que una doncella extraña quería verle. A Oriana se le estremeció el corazón, y le dijo:

–Doncel del Mar, quedad aquí y que entre la doncella.

Era una doncella que le enviaba Gandales, con la espada, el anillo y la carta envuelta en cera que había encontrado en el arca. El doncel comenzó a desenvolver la espada y se asombró de que no tuviese vaina. Oriana tomó la cera, sin pensar que hubiese nada en el interior, y se la pidió como regalo. A él le hubiera agradado más darle el anillo, pero en eso entró el rey.

–¿Qué os parece esa espada, Doncel del Mar? –le preguntó.

–Señor, me parece muy hermosa, mas no sé por qué está sin vaina.

El rey lo apartó y le contó su historia. El doncel dijo:

–Ahora, señor, me conviene más que antes la caballería, para ganar honra y prez, como si todos los de mi linaje hubiesen muerto.

Entró entonces un caballero, que le dijo al rey:

–Señor, el rey Perión de Gaula ha venido a vuestra casa.

El rey Languines salió a su encuentro, dispuesto a hacerle los honores. Después de saludarle, le preguntó:

–¿Cómo habéis venido, señor, a estas tierras de manera tan imprevista?

–Vengo a buscar amigos –dijo el rey Perión–. El rey Abies de Irlanda, aliado con Daganel, ha invadido con grandes fuerzas mi tierra. He perdido ya mucha gente, y necesito ahora a mis parientes y amigos.

–Mucho me pesa vuestro mal, hermano, y yo os ayudaré.

Agrajes, el hijo del rey, ya se había armado caballero.

Arrodillándose ante su padre, le dijo:

–Señor, os pido un don.

El rey, que lo amaba como a sí mismo, le contestó:

–Hijo, pide lo que quieras.

–Os ruego, señor, que me dejéis ir a defender a la reina, mi tía.

–Lo otorgo –dijo el rey–, y enviaré contigo lo mejor de mi reino.

El Doncel del Mar miraba al rey Perión y deseaba que le armase caballero. Vio a la reina muy triste por las desventuras de su hermana, y dirigiéndose a Oriana, e hincando las rodillas en el suelo, le dijo:

–Si me otorgáis, yo seré caballero e iré en ayuda de la hermana de la reina.

–¿Y si no os lo otorgase? –respondió Oriana con gran sobresalto.

–No iría, porque mi corazón, sin vuestro favor, no podría sostenerse en ningún peligro.

Ella sonrió y le dijo:

–Si así os he ganado, quiero que seáis mi caballero y ayudéis a la hermana de la reina.

Oriana y la infanta Mabilia decidieron pedirle al rey Perión que le armase caballero. Gandalín, que le prometió no separarse de él, llevó sus armas a la capilla mientras la reina cenaba. Levantados los manteles, el doncel fue a la capilla, se armó por entero, salvo la cabeza y las manos, e hizo su oración ante el altar. Cuando la reina se fue a dormir, Oriana, Mabilia y algunas doncellas fueron a velar sus armas. Antes del alba, cuando el rey Perión iba a marcharse, la infanta Mabilia le hizo llamar y le dijo que Oriana, la hija del rey Lisuarte, quería pedirle un don. Oriana, señalando hacia el altar, donde el doncel estaba arrodillado, le dijo:

–Hacedme caballero a ese doncel.

El rey miró al doncel y quedó maravillado de su hermosura. Se dirigió a él y le preguntó:

–¿Queréis recibir orden de caballería?

–Quiero –dijo él.

–¡En el nombre de Dios! Y Él mande que seáis afortunado en honra, como lo sois en hermosura.

Y calzándole la espuela derecha, le dijo:

–Y ahora sois caballero.

Tomó la espada y se la dio. El doncel la ciñó muy apuestamente. El rey le dijo:

–Este acto de armaros caballero quisiera haberlo hecho con más honra. Espero que vuestra fama será tal que dará testimonio de la grandeza de vuestro linaje.

Mabilia y Oriana besaron las manos del rey, el cual encomendó el doncel a Dios y emprendió su camino. Cuando el Doncel del Mar se quiso despedir, Oriana lo llamó aparte y le dijo:

–Doncel del Mar, no creo que seáis hijo de Gandales. Decidme lo que sepáis.

El Doncel del Mar le contó lo que el rey le había dicho. Ella se alegró y lo encomendó a Dios. A la puerta del palacio le esperaba Gandalín, que le tenía la lanza, el escudo y el caballo.

VII

EL DONCEL DEL MAR, CABALLERO NOVEL

El Doncel del Mar anduvo mucho. Después de mediodía entró en una floresta, y, ya muy tarde, oyó a su derecha unas voces quejumbrosas. Atraído por ellas, encontró un caballero muerto. Poco después vio otro, mal herido, y junto a él una mujer que le golpeaba con los puños en las heridas y le hacía dar voces. El doncel se acercó y le dijo:

–Quitaos, dueña, que no os conviene lo que hacéis.

Ella se apartó. El caballero herido le contó sus desventuras:

–Yo era rico y de alto linaje cuando casé por amor con esa mujer. Anoche se iba con el caballero que yace ahí. A él le maté en batalla y a ella le dije que la perdonaría si juraba que no me haría más deshonra. Ella lo juró, pero al ver que yo me desangraba, quiso matarme. Os ruego que me llevéis cerca de aquí, donde mora un ermitaño que cuidará de mi alma.

La mujer llamó en tanto a tres hermanos suyos, y les dijo que el doncel había matado al caballero y se llevaba moribundo a su señor. Cuando el Doncel del Mar, después de haber dejado al herido en la ermita, volvía a su camino, oyó unas voces:

–Volved, traidor.

–Mentís –dijo–. Traidor no soy, y antes me defenderé contra vosotros de traición. Venid como caballeros.

Enfrentó al que iba delante, y con la lanza le atravesó el escudo, e hiriéndole en el brazo lo arrojó al suelo con el caballo. Echó mano a la espada y fue contra los otros dos, que le acometieron con sus lanzas y le atravesaron el escudo, mas no el arnés. A uno de ellos le

dio un golpe encima del escudo, se lo cortó hasta la embrazadura y le hirió en el hombro abriéndole carne y huesos. Cuando retiró la espada, cayó el caballero al suelo. Al tercero le dio tal golpe encima del yelmo, que lo obligó a abrazarse al cuello del caballo y dejarse caer.

La mujer quiso huir, mas el doncel dijo a Gandalín que la detuviese. Le dijeron por qué le habían atacado, y el doncel se santiguó. Los caballeros vencidos juraron que llevarían al herido y a la mujer a la corte del rey Languines, y contarían lo que les había acontecido con un caballero novel que había salido ese día de palacio.

El Doncel del Mar dio su escudo y su yelmo a Gandalín y siguió su camino. A poco vio venir en un palafrén a una doncella que llevaba una lanza con una banda trenzada en el asta. A ella se unió otra que venía por otro camino, y juntas se dirigieron al doncel. La que llevaba la lanza le dijo:

–Señor, tomad esta lanza, y os digo que antes del tercer día daréis con ella tales golpes que libraréis la casa de donde primero salisteis. Os la doy por algunas mercedes que de vos espero. La primera será que haréis tal honra a un amigo vuestro, que se verá por ella en el mayor peligro en que se ha visto un caballero desde hace más de diez años.

–Esa honra no haré yo a un amigo –contestó el doncel.

–Yo sé bien que así será.

Y, dando con las espuelas al palafrén, la doncella desapareció. La otra doncella quedó con él y le dijo:

–Caballero, soy de tierra de Dinamarca. La doncella que os ha traído la lanza me ha dicho que era para el primer caballero del mundo y que os hiciese saber que ella es Urganda la Desconocida y que os ama mucho. Si queréis, os acompañaré hasta el tercer día.

El doncel lo consintió. Por la noche llegaron a un castillo, donde los recibieron muy bien. A la mañana siguiente siguieron el camino, y, después de andar tres leguas, vieron otro castillo, muy hermoso, sobre el río. Para llegar a él había que atravesar un puente levadizo

que terminaba en una alta y hermosa torre. Iba la doncella delante, y detrás, el Doncel del Mar. Cuando la doncella entró, seis peones armados de capellinas y corazas la detuvieron y le dijeron:

–Doncella, tendréis que jurar. Si no, moriréis.

–¿Qué debo jurar?

–Jurad que no amaréis a vuestro amigo jamás si no os promete que ayudará al rey Abies contra el rey Perión.

La doncella comenzó a dar voces de que la querían matar. El Doncel del Mar acudió y dijo:

–¡Villanos! ¿Quién os mandó poner manos en doncellas?

Se acercó al mayor de ellos, le quitó el hacha, y dándole un golpe con la contera de la lanza, lo derribó a tierra. Los otros salieron a su encuentro, mas dio a uno tal golpe que le hendió en dos, e hirió a otro en el hombro y le abrió los huesos. Los demás huyeron.

Siguieron por el puente, y la doncella dijo:

–Se oye gran ruido de gente.

–No temáis. Donde maltratan a las mujeres, no puede haber hombre que valga.

Cuando llegaron a la puerta del castillo vieron a un escudero que venía llorando y decía:

–¡Ay, Dios, van a matar al mejor caballero del mundo!

El Doncel del Mar se adelantó y vio en muy mal trance a un caballero, en el que reconoció al rey Perión. Su caballo estaba muerto, y dos caballeros y diez peones luchaban contra él. Le golpeaban por todos partes, y los caballeros le decían:

–Jurad. Si no, sois muerto.

–¡Fuera, gente mala! –gritó el doncel–. No pongáis mano en el mejor caballero del mundo, que todos moriréis.

Uno de los caballeros y cinco peones se apartaron hacia él y le dijeron:

–Os conviene jurar; si no, moriréis.

–¿Jurar contra mi voluntad? Nunca, si Dios quiere.

Dieron voces para que cerrasen las puertas del castillo y comenzó la batalla. El doncel dio al caballero un golpe de lanza en el escudo, y por las ancas del caballo le hizo dar de cabeza en el suelo. Dejando a los peones, se dirigió hacia el otro caballero, le atravesó con la lanza el escudo y el arnés, y se la metió por los costados. El rey Perión se esforzó entonces en su defensa y dio con su espada grandes golpes en la gente de a pie. Mas el Doncel del Mar entró tan violentamente entre ellos con su caballo, repartiendo con su espada golpes tan mortales, que los más quedaron tendidos en el suelo y los otros salieron huyendo hacia el muro. El doncel tomó uno de los caballos y se lo ofreció al rey, diciéndole:

–Cabalgad, señor, que poco me gusta este lugar ni los que en él están.

Salieron del castillo. El Doncel del Mar seguía con el yelmo puesto. El rey le preguntó:

–¿Quién sois, amigo, que me socorristeis estando a punto de la muerte?

El doncel no quería darse a conocer. El rey se lo rogó, y la doncella le quitó el yelmo. El rey lo reconoció y lo abrazó. El doncel dijo:

–Señor, no quería que me conocieseis hasta serviros en vuestra guerra de Gaula.

Llegaron al cruce de dos caminos. El rey tomó el de la izquierda, que conducía a Gaula. El doncel continuó por la derecha. La doncella de Dinamarca se separó poco después para reunirse con su señora Oriana. Y el Doncel del Mar siguió por donde le llevaba su ventura.

VIII

EL CABALLERO GALPANO

El Doncel del Mar divisó el castillo del caballero Galpano, el señor más valiente y temido de aquellas tierras. Cuando se acercó al castillo, vio salir una doncella de hermosos cabellos, que daba muestras de gran dolor.

–Señor –dijo ella–, yo traía un mensaje de mi señor, y me tomaron allí cuatro peones y me entregaron al señor del castillo, que me escarneció y me hizo jurar que no tendría otro amigo mientras él viviese.

El doncel la llevó donde estaban los peones y les dijo:

–Traidores, ¿por qué hicisteis mal a esta doncella?

–Os lo diremos por las armas.

El doncel echó mano a la espada, y a uno de los peones, que alzaba el hacha para herirle, le dio un golpe y le cortó el brazo; a otro le hirió en la cara, y los demás huyeron hacia el río. Entró el doncel en el castillo y se encontró con un caballero armado.

–¿Sois vos el que forzó a esta doncella? –preguntó el doncel.

–No, pero como si lo fuese.

El caballero se lanzó a todo el correr de su caballo, pero le falló el golpe. El doncel le hirió en el escudo con tanta fuerza, que el hierro de la lanza le atravesó las espaldas. El caballero cayó muerto al suelo. En eso vino contra el doncel otro caballero, que le clavó la lanza en el escudo. El hierro se detuvo en el arnés, que era fuerte; el doncel le dio con la lanza en el yelmo y el caballero cayó a tierra. A sus gritos salieron de una cámara tres peones armados. Hirieron al

caballo del doncel, y lo derribaron, pero él se levantó con fiereza. Con la lanza, hirió en la cara al caballero que se le enfrentó, y el hierro salió por la oreja. Y volviéndose a los peones, que le golpeaban por la espalda y por la cabeza, le dio a uno un golpe de espada que le hendió desde la cabeza hasta el pecho. Los otros dos salieron huyendo y diciendo a voces:

–¡Venid, señor, que nos matan a todos!

El Doncel del Mar saltó en uno de los caballos, y al perseguir a los peones se encontró con un caballero desarmado que le dijo:

–¿Habéis venido aquí a matar a mis hombres?

La doncella, dirigiéndose al doncel, le dijo:

–Señor, ése es el que me ha escarnecido.

–Caballero soberbio, lleno de villanía –le dijo el doncel–. Ahora pagaréis vuestra maldad. Armaos en seguida, porque, si no, os mato desarmado, que con los villanos como vos no debiera haber templanza.

–Matadle, señor –dijo la doncella–, y no dejéis que haga más daño.

El caballero dijo:

–Esperadme y no huyáis.

Volvió montado en un caballo blanco y todo armado, y dijo al doncel:

–Caballero mal andante, en mala hora visteis a esa doncella, porque aquí perderéis la cabeza.

–Cuide cada uno la suya –contestó el doncel, con saña–, y el que no sepa cuidarla que la pierda.

Saltaron los caballos y se dieron con las lanzas en los escudos. Los hierros atravesaron los arneses y penetraron en las carnes. El encuentro fue tan violento que ambos cayeron al suelo. Pero el doncel mantuvo las riendas y el caballero Galpano quedó

maltrecho. Echaron mano a la espada y se acometieron. La lucha fue larga y dura. Los escudos saltaban en astillas, caían las piezas de los arneses, se rompían los yelmos. El suelo estaba rojo. Galpano tenía una herida en la cabeza, y la sangre le cubría los ojos. Quiso apartarse para limpiárselos, pero el doncel le dio un golpe en el yelmo que le hizo hincar las rodillas. Se levantó de nuevo, pero el doncel lo tenía a su merced. Estaba tan cansado que apenas podía tener la espada, y no atinaba más que a cubrirse con el escudo. El doncel se lo hizo saltar del brazo, y entonces Galpano quiso huir a la torre, donde había hombres suyos. El doncel lo alcanzó en las gradas, lo cogió por el yelmo y lo derribó. Con la espada le separó la cabeza del cuerpo, para que no infamase doncellas ni humillase a caballeros.

El doncel quiso huir a la torre, pero vio que habían levantado la escalera. Montó en el hermoso caballo de Galpano, y dijo a la doncella:

–Vámonos de aquí.

Ya en el camino, le preguntó para qué caballero llevaba el mensaje cuando la detuvieron los peones del castillo.

–Para Agrajes, hijo del rey de Escocia.

–¡Bendito sea Dios –dijo él–, porque es el mejor caballero mancebo que yo conozco!

El Doncel del Mar estaba herido y perdía sangre. A la hora de vísperas llegó a una fortaleza, y un caballero desarmado salió a su encuentro y le preguntó:

–Señor, ¿dónde recibisteis esas heridas?

–En un castillo que acabo de dejar.

–A ese caballo, ¿cómo lo tenéis?

–Lo tengo a cambio del mío, que me mataron.

–¿Y el caballero de quién era?

–Perdió la cabeza en el combate.

–¡Ay, señor, sed bienvenido! Ese traidor que matasteis me ha tenido bajo juramento un año y medio sin tomar armas. Por vos he recobrado mi honra.

En la fortaleza pusieron al Doncel del Mar en un rico lecho, y una doncella, sobrina del caballero, curó sus heridas.

IX

EN LA CORTE DEL REY PERIÓN

Cuando el Doncel del Mar estuvo curado de sus heridas, se puso de nuevo en camino con Gandalín, que nunca se apartaba de él. Era un domingo del mes de abril, y entraron por una floresta llena de pájaros y flores. Se acordó de su amiga y comenzó a decir:

–¡Ay, Doncel del Mar, sin linaje y sin bien! ¿Cómo has osado poner tu corazón en quien vale más que las otras en bondad, hermosura y linaje? ¡Desdichado de mí que no sé quién soy y moriré amándola sin atreverme a decírselo!

Iba tan embargado en su dolor que no vio que un caballero armado oía su lamentación y se le paraba delante.

–Caballero –le dijo–, me parece que amáis más a vuestra amiga que a vos mismo. Quiero que me digáis quién es para amarla yo, ya que vos no sois digno de tan alta y hermosa señora.

–No lo sabréis de ninguna manera, y si la amarais vos, no os sería de provecho.

–Es preciso que me digáis lo que os pregunto. De lo contrario tendréis que combatir conmigo.

–Más me place eso que decirlo.

El doncel se aprestó al combate. Llegó entonces una doncella que preguntaba por él, para darle nuevas de Agrajes. El doncel le dijo:

–Aguardad, que yo os diré dónde está el Doncel del Mar.

El caballero daba voces de desafío. El doncel se dirigió a su encuentro. La lanza del caballero saltó en pedazos por el aire. El

Doncel del Mar le acertó de lleno, y dio con él y con su caballo en tierra. El caballo quiso huir, pero el doncel lo tomó y entregándoselo al caballero, le dijo:

–Tomad, señor, y no queráis saber nada de nadie contra su voluntad.

Y volviéndose hacia la doncella, le preguntó qué mensaje le enviaba Agrajes, porque él era el Doncel del Mar.

–Agrajes –le dijo la doncella– está cerca de aquí con sus caballeros, dispuesto a entrar en el mar y pasar a Gaula. Pero quiere antes saber de vos, para que paséis con él.

Guiado por la doncella, vio pronto las tiendas y los caballeros del príncipe. Cuando estaba ya cerca, oyó detrás de él unas voces:

–Volved, caballero, que todavía me tenéis que decir lo que os he preguntado.

A su encuentro venía el caballero con el que había torneado, y otro con él. Traían las lanzas bajas y querían alcanzarle a todo el correr de sus caballos. El doncel tomó sus armas y fue contra ellos. Desde las tiendas de Agrajes le vieron tan bien puesto en la silla que quedaron maravillados.

Los dos caballeros le hirieron con las lanzas en el escudo, y se lo atravesaron, pero no el arnés, que era fuerte, y las lanzas se quebraron. El doncel dio fuertemente en el escudo del caballero con el que había torneado y lo derribó al suelo, quebrándole un brazo. Perdió su lanza, y echando mano a la espada fue contra el otro y le dio un golpe en el yelmo, y con la espada se lo arrancó de la cabeza. Alzó de nuevo la espada para herirle, pero el otro se defendió con el escudo. Pasó entonces la espada a la mano izquierda, y con la derecha le tomó rápidamente el escudo y se lo arrancó. Le dio luego un golpe en la cabeza y lo hizo caer aturdido a tierra. El doncel entregó las armas a Gandalín y se dirigió a las tiendas.

Agrajes había visto la lucha y se acercó para ver quién era el que vencía de esa manera a dos caballeros. Ambos se reconocieron y se

abrazaron.

Al día siguiente cabalgaron y llegaron al puerto, donde embarcaron para Gaula. Por tierra se dirigieron luego a Baladin, un castillo desde el cual el rey Perión sostenía la guerra.

El rey se alegró mucho con la llegada de los caballeros, y los alojó en el castillo. La reina Elisena hizo decir a su sobrino Agrajes que la fuese a ver, y él llevó consigo al Doncel del Mar y a otros dos caballeros. El rey Perión reconoció al doncel y, señalándoselo a la reina, dijo:

–Señora, aquí veis al buen caballero del cual os hablé, que me sacó del mayor peligro en que nunca me había visto.

El Doncel del Mar hincó ante ella las rodillas, y le dijo:

–Señora, yo soy criado de vuestra hermana y por ella vengo a serviros.

La reina se lo agradeció, y al mirarle y verle tan hermoso se acordó de los hijos que había perdido y le vinieron las lágrimas a los ojos. El Doncel del Mar le dijo:

–Señora, no lloréis, que pronto recobraréis vuestra alegría con la ayuda de Dios, del rey, de este caballero sobrino vuestro y de todos nosotros.

X

LA GUERRA DE GAULA

El rey Abies de Irlanda y su primo Daganel tuvieron nuevas de la llegada de los caballeros a la corte del rey Perión. El rey Abies dijo:

–El rey Perión querrá batalla.

–No lo creo –dijo Daganel–, porque os teme.

Galaín, duque de Normandía, propuso un plan:

–Cabalguemos esta noche Daganel y yo para presentarnos al alba frente al castillo de Baladin con regular número de gente. El rey Abies quedará con el resto de la gente escondido en la floresta de Galpano. Nosotros haremos salir al rey Perión del castillo y mostrando algún temor trataremos de atraerle a la floresta, donde se verá perdido con todos los suyos.

Por la mañana, el rey Perión y la reina fueron a ver al Doncel del Mar, que se levantaba. Vieron que tenía los ojos enrojecidos y que las lágrimas corrían por su faz. La reina llamó a Gandalín y le preguntó si el doncel había tenido algún motivo de queja.

–Señora –contestó Gandalín–, aquí recibe mucha honra, pero siempre llora cuando duerme, como ahora veis.

En eso se oyeron voces de que había enemigos frente al castillo, y todos gritaban: «¡Armas, armas!».

El rey y el Doncel del Mar se armaron. En la puerta del castillo encontraron a Agrajes, que se lamentaba de que no le abriesen, porque era un caballero vivo de corazón y acometedor. El rey mandó abrir la puerta y todos los caballeros salieron.

Los enemigos eran tantos que a algunos parecía locura acometerlos. Agrajes espoleó a su caballo y el Doncel del Mar también. Todos se movieron a la par.

Daganel y Galaín salieron a su encuentro. El Doncel del Mar se enfrentó a Galaín y le dio tal golpe con la lanza que lo derribó a él y al caballo. Se le quebró la lanza y echó mano a la espada. Con ella se lanzó contra los enemigos como león sañudo, dando golpes por todas partes, derribando a los unos y dejando a los otros muertos o heridos. Pero al cabo su caballo ya no pudo moverse y él se encontró en gran peligro. Agrajes, que lo vio, se acercó con algunos de los suyos, haciendo gran daño en los contrarios.

El rey Perión llegó con gente muy esforzada. Daganel se le enfrentó muy animosamente. Los unos y los otros se mezclaron en el combate. El Doncel del Mar hacía cosas extrañas, derribando y matando a cuantos hallaba ante sí, y se metía entre los enemigos. Agrajes decía a grandes voces:

–¡Mirad al mejor caballero que nunca se vio!

Cuando Daganel vio que el doncel desbarataba a su gente, quiso herirle el caballo para que cayese entre los suyos. Mas no pudo, y el doncel le dio un golpe en el yelmo y se lo hizo saltar de la cabeza. El rey Perión, que acudía en auxilio del Doncel del Mar, le dio a Daganel con la espada y le hendió la cabeza hasta los dientes.

Algunos huyeron a la floresta en busca de socorro. Pronto apareció el rey Abies de Irlanda con todos los suyos. Entró en la batalla diciendo a voces:

–¡A ellos! No quede hombre con vida, y pugnad por entrar con ellos en el castillo.

El rey Perión y los suyos sintieron espanto, porque estaban ya cansados y no tenían lanzas. El rey Abies era uno de los mejores caballeros del mundo, y el más temido. El Doncel del Mar comenzó a decir:

–¡Ahora es menester mantener vuestra honra!

Hizo reunir a todos los suyos, que andaban esparcidos por el campo. Los de Irlanda llegaron con gran impulso. El rey Abies no dejó caballero sobre su silla mientras le duró la lanza; luego echó mano a la espada y comenzó a dar golpes con tal bravura que espantaba a sus enemigos y animaba a los suyos. Los caballeros del rey Perión comenzaron a retirarse hacia el castillo.

El Doncel del Mar vio que la batalla terminaba mal, y para que los suyos no huyesen en desorden luchaba con más saña y mejor que antes, metiéndose entre los de Irlanda, hiriendo y matando. Agrajes y el rey Perión, que le veían en peligro, quedaron siempre con él, y los tres fueron el amparo de los suyos. El rey Abies, viéndose victorioso, hizo que su gente se adelantase para entrar detrás de los fugitivos en el castillo, donde esperaba ganar la guerra. No pudieron entrar, sin embargo. Un caballero de Irlanda se acercó al rey Abies y le dijo:

–¿Veis aquel caballero del caballo blanco? No hace sino maravillas, y ha matado a vuestros capitanes y a otros muchos.

Lo decía por el Doncel del Mar, que montaba en el caballo blanco de Galpano. El rey Abies se aproximó a él y le desafió:

–Habéis matado al caballero que yo más amaba en el mundo. Si queréis combatir conmigo, lo pagaréis caro.

–Para combatir con vos –contestó el Doncel del Mar– no es hora. Vos tenéis mucha gente y descansada, y nosotros poca y cansada. Mas si queréis vengar como caballero a ese que decís y mostrar la gran valentía de que sois loado, escoged de los vuestros los que más os gusten y yo mismo de los míos. Así ganaríais más honra que viniendo con mucha gente y sobrada soberbia a tomar lo ajeno sin causa ninguna.

–Pues decid de cuántos queréis que sea la batalla.

–Si en mí lo dejáis –dijo el doncel–, os propongo otro partido, que quizá os agrade más. Tenéis saña contra mí por lo que he hecho y yo contra vos por lo que hacéis en esta tierra. Y como no hay razón para que ningún otro padezca, sea la batalla entre nosotros dos.

El rey Abies hizo llamar diez de sus mejores caballeros para que asegurasen el campo, y otros diez el Doncel del Mar. El combate quedó concertado para el día siguiente, contra la voluntad de los dos combatientes. El día estaba muy avanzado y era preciso preparar las armas y curar las heridas. Las gentes de ambas partes estaban además maltrechas y necesitaban reposo. El Doncel del Mar entró en el castillo con el rey Perión y con Agrajes. Llevaba la cabeza descubierta, y todos decían:

–¡Ay, buen caballero, Dios te ayude y dé honra para acabar lo que has comenzado! ¡Ay, qué hermosura de caballero!

Por la mañana, después de oír misa en compañía del rey y de la reina, se armó el Doncel del Mar con armas nuevas, hermosas y fuertes, y cabalgó en un nuevo caballo. El rey Perión le llevaba el yelmo; Agrajes, el escudo, y un caballero anciano, llamado Aganón, la lanza. El escudo tenía el campo de oro, y en él estaban pintados dos leones azules en actitud de morderse.

Al llegar al campo, vieron al rey Abies sobre un caballo negro. En su escudo había un caballero que cortaba la cabeza a un gigante. Era una hazaña que el rey había realizado. Los combatientes tomaron sus armas y los demás salieron del campo, encomendándolos a Dios.

Se acometieron a todo el correr de los caballos. Quebraron las lanzas, y los caballos se juntaron con tanta violencia que los dos caballeros cayeron al suelo, y todos creyeron que habían muerto. Tenían trozos de lanza metidos por los escudos y hasta por las carnes. Mas como ambos eran ligeros y vivos de corazón, se levantaron enseguida, se arrancaron el hierro de la lanza, y echando mano a la espada fueron uno contra el otro. La lucha parecía desigual, porque el rey Abies llevaba un palmo de estatura a cualquier caballero, y sus brazos parecían de gigante. Los golpes de espada eran tan vivos y repetidos que parecía que luchaban veinte caballeros. Los escudos saltaban en rajas. Se abollaban los yelmos, se desguarnecían los arneses. Y ellos perdían tanta sangre que era maravilloso que se sostuviesen. Así continuaron hasta mediodía sin mostrar flaqueza ni cobardía. Mas el sol les calentaba las armas y ponía en ellos cansancio. El rey Abies se apartó un poco y dijo:

–Enderecemos nuestros yelmos y dejemos el combate para después, que aunque te odio por la muerte de Daganel, te tengo en más que a ningún caballero con quien he combatido hasta ahora. Pero eso no te salvará, porque me pone en vergüenza que dure tanto el combate.

–¿Eso te pone en vergüenza, rey Abies –dijo el doncel–, y no el venir con soberbia a hacer mal? Mira que los hombres, y más los reyes, no han de hacer lo que pueden, sino lo que deben. Porque el daño que quieran hacer puede recaer al fin sobre ellos y hacerles perder la vida. Y así como ahora quieres descansar, así lo quisieran otros a quienes hasta ahora apremiabas. No lo conseguirás.

–Te costará la cabeza –exclamó el rey, tomando su espada y los restos del escudo.

Se acometieron con más saña que antes, y combatieron como si comenzase la lucha. El rey Abies, muy diestro en el manejo de las armas, combatía con mucha cordura, atajando los golpes e hiriendo donde más podía dañar. Pero las acometidas rápidas y los golpes continuados del doncel le desconcertaban y le hacían perder terreno. El doncel acabó por deshacerle todo el escudo y cortarle las carnes. La sangre le salía por todos lados, y la espada se le revolvía en las manos. Volvió las espaldas buscando algún refugio, pero al ver que no le quedaba sino la muerte, tomó la espada con ambas manos y se lanzó sobre el doncel esperando darle encima del yelmo. El doncel atajó el golpe con el escudo, y la espada penetró tanto que no volvió a salir. Apartándose el doncel, le dio con la espada en la pierna y se la cortó. El rey quedó tendido en el campo, y el doncel se abalanzó sobre él diciéndole:

–¡Muerto eres, rey Abies, si no te das por vencido!

–Muerto soy, mas no vencido –contestó el rey–. Y creo que me mató mi soberbia. Te ruego que permitas a mis caballeros que sin daño lleven mi cuerpo a mi reino. Yo perdono a todos y mando que se devuelva al rey Perión todo lo que le tomé. Te ruego que me traigas un confesor.

El Doncel del Mar sintió gran piedad. El rey recibió los sacramentos y poco después expiró. Sus vasallos recogieron el cuerpo con

grandes llantos. El rey Perión, Agrajes y otros caballeros sacaron al Doncel del Mar del campo con las honras que se otorgan a los vencedores.

XI

EL ANILLO DEL REY

Después de la victoria sobre el rey Abies, se acercó una doncella al Doncel del Mar. Le traía nuevas de la princesa Oriana. El rey Lisuarte, su padre, había enviado tres naves y cien caballeros para llevarla a su reino y rogar al rey Languines que enviase con ella a la infanta Mabilia. Oriana recogía sus joyas para el viaje cuando vio la cera que le había entregado el doncel. Al apretarla contra el pecho, la cera se resquebrajó, y vio que había en el interior una carta que decía: «Éste es Amadís sin Tiempo, hijo de rey». La doncella traía la carta al Doncel del Mar. Él la tomó en sus manos y no entendió nada, pero sintió gran turbación. La doncella le dijo:

–Esa carta, en que está escrito vuestro nombre, la llevabais al cuello cuando os pusieron en el mar. La princesa Oriana se alegra de que seáis hijo de rey y os manda que vayáis a la Gran Bretaña, donde ella está, y tratéis de vivir en la corte de su padre.

El Doncel del Mar volvió a leer la carta y vio que su nombre era Amadís. El rey Perión y Agrajes le aguardaban. Al entrar en el castillo, todos decían:

–¡Bienvenido el caballero por quien todos tenemos honra y alegría!

En palacio le aguardaban la reina y todas sus dueñas y doncellas. La reina le quitó las armas.

Pronto estuvo curado de sus heridas. Un día pasaba por una sala del palacio, cuando vio que Melicia, la hija del rey, estaba llorando. Le preguntó qué pasaba y la niña le dijo:

–Señor, he perdido un anillo que el rey me dio para que lo guardara mientras él duerme.

–Pues yo os daré –dijo él– otro tan bueno o mejor.

El rey despertó y pidió el anillo. Melicia le dio el que tenía, y él se lo puso en el dedo, creyendo que era el suyo. Pero en un extremo de la cámara encontró el que su hija había perdido. Vio que los dos eran iguales y comprendió que el que llevaba puesto era el que había dado a Elisena cuando era su amiga.

El rey preguntó a la niña quién le había dado el anillo, y cuando ella se lo dijo, sospechó de la reina. Tomó su espada, entró en la cámara de la reina y, cerrando la puerta, le dijo:

–Señora, vos me dijisteis siempre que habíais perdido el anillo que os di, y ahora el Doncel del Mar se lo ha dado a Melicia. Decidme cómo lo ha tenido; y si me mentís, vuestra cabeza lo pagará.

La reina cayó a sus pies y le contó lo que siempre le había negado. El rey dijo:

–Creo que éste es nuestro hijo.

Fueron ambos a la cámara del doncel, que dormía sosegadamente. A su cabecera tenía una espada, que el rey reconoció. La reina lloraba, y tomando al doncel por la mano, lo despertó:

–¡Ay, amigo, socorredme con vuestra palabra! Decidme de quién sois hijo.

–No lo sé –dijo él–. A mí me encontraron en el mar.

La reina cayó a sus pies toda turbada, y le dijo llorando:

–Hijo mío, aquí ves a tu padre y a tu madre. Yo, como mala madre, te puse en el mar y Dios ha querido que vivieras.

El Doncel del Mar se arrodilló ante sus padres, les besó las manos y dio gracias a Dios, que le había salvado de tantos peligros para darle honra y ventura.

El rey Perión mandó llamar cortes para que todos viesen a su hijo. Hubo grandes fiestas y mucha alegría, y el rey concedió grandes mercedes.

XII

LA ESPADA DE GALAOR

El ermitaño criaba a Galaor, que a los dieciocho años era fuerte y valiente. Leía siempre los libros que le daba el buen hombre sobre los hechos antiguos de los caballeros, y quería ser caballero él también. Pero no sabía si podía serlo.

–Hijo mío –le dijo el ermitaño, con lágrimas en los ojos–, mejor sería que tomaseis un camino más seguro para vuestra alma.

–Mi señor, mal podría seguir lo que tomase contra mi voluntad. Si Dios me diere ventura, sería caballero en su servicio.

El ermitaño vio que no podía ser de otro modo, y le dijo que era hijo de rey y de reina.

Cuando el gigante supo el propósito de Galaor, acudió enseguida a verlo. Lo encontró hermoso y más valiente de lo que podía esperarse por sus años, y le dijo:

–Sé que queréis ser caballero. Haré que lo seáis a vuestra honra.

Lo llevó a su castillo, preparó para él armas especiales, le dio dos esgrimidores para que lo aleccionasen y le hizo aprender todo lo necesario. Después de un año, el gigante le preguntó quién quería que lo hiciese caballero.

–El rey Lisuarte –contestó Galaor.

Galaor y el gigante se pusieron en camino, y al quinto día llegaron al castillo de Bradoíd, el más hermoso de toda aquella tierra. Estaba asentado en una alta peña, aislada de un lado por una corriente de agua, y del otro, por un tremedal. De la parte del agua no se podía entrar más que en barca, y por la otra iba una ancha calzada, pero

al llegar al tremedal había un estrecho puente levadizo. A la entrada del puente se veían dos altos olmos.

Cuando llegaron Galaor y el gigante avanzaba por la calzada, sobre un caballo blanco, un caballero cuyas armas representaban leones. El puente estaba levantado, y el caballero dio voces a los del castillo. En el puente aparecieron dos caballeros armados y diez peones sin armas. Le preguntaron qué quería.

–Entrar en el castillo –dijo el caballero.

–Eso no puede ser si antes no combatís con nosotros.

–Haced bajar el puente.

Los peones bajaron el puente, y uno de los caballeros, con la lanza baja, fue contra el caballero de los leones. Éste salió a su paso y se encontraron ambos con sus armas. El caballero del castillo quebró su lanza, y el otro le dio con tal fuerza que lo derribó, haciendo caer sobre él el caballo. Se volvió entonces contra el otro. Los caballos chocaron reciamente, y el del castillo recibió un golpe tan fuerte que cayó con el caballo al agua, muriendo ahogado.

El caballero de los leones se adelantó, y entonces los peones levantaron el puente para encerrarle dentro. Tres caballeros muy bien armados se lanzaron contra él y le dieron golpes tan recios que hicieron arrodillar al caballo y casi lo derribaron. Pero quebraron las lanzas. Él, en cambio, clavó a uno la lanza por los costados, sin que le aprovechase la armadura, y echó mano a la espada para herir a los otros. La batalla era peligrosa, mas el caballero de los leones, que se veía en peligro de muerte, dio a uno tal golpe de espada en el brazo derecho, que lo hizo caer a tierra. El otro huyó diciendo a grandes voces:

–¡Socorro, que matan a vuestro señor!

Cuando el caballero de los leones supo que era el señor del castillo, puso empeño en vencerle. Le dio un golpe encima del yelmo, y el caballero perdió los estribos y hubiera caído si no se abrazara al cuello del caballo.

–¡Muerto sois si no os dais preso! –le dijo.

–Merced, buen caballero, no me matéis –dijo él, con gran miedo–. Tomad mi espada, me doy por vencido.

–Si no queréis morir –dijo el caballero de los leones, que vio salir del castillo caballeros armados y peones–, ordenad que todos se vuelvan y que bajen el puente.

Cuando bajó el puente, entró por él una doncella, que puso en gran pavor al caballero del castillo. Era Urganda la Desconocida. El caballero de los leones, que había acudido allí guiado por ella, ordenó que le diesen lo que pedía. Trajeron enseguida a un caballero que estaba preso en el castillo y a una doncella que le había llevado allí. Urganda hizo un encantamiento, y a la doncella le pareció que tenía a cada lado un hacha ardiendo. Para apagar el ardor se arrojó al agua.

Galaor, que lo había visto todo, dijo al gigante:

–Quiero que éste me haga caballero. El rey Lisuarte es renombrado por su grandeza, pero éste lo será por su esfuerzo.

Y, acercándose al caballero de los leones, lo saludó y le dijo:

–Señor, os pido un don.

–Si es justo, os lo concedo.

–¡Os ruego que me hagáis caballero sin más tardar, y excusaré de ir a pedírselo al rey Lisuarte!

–Amigo, gran desvarío sería dejar al mejor rey del mundo por un pobre caballero como yo.

Entonces se acercó Urganda la Desconocida, y apartando al caballero de los leones, le dijo:

–Señor, ¿qué os parece ese doncel?

–Parece el más hermoso que nunca vi, y me pide un don que ni para él ni para mí está bien.

–Pues os digo que se lo concedáis, que la orden de caballería será mejor empleada en él que en ningún caballero del mundo, salvo en uno solo.

–Si es así, vamos a una iglesia.

–No es necesario –dijo Galaor–, que ya he oído misa y he visto el cuerpo verdadero de Dios.

–Eso basta –dijo el caballero de los leones, y calzándose la espuela derecha y besándole en las mejillas, agregó–. Ahora sois caballero. Tomad la espada que más os guste.

–Vos me la daréis –contestó Galaor–, que ninguna otra podría agradarme.

El caballero llamó a su escudero para que le trajese una espada, pero Urganda dijo:

–Os dará la que está colgada de aquel árbol, que es la que mejor os servirá.

Todos miraron al árbol, pero no vieron espada alguna. Ella comenzó a reír y agregó:

–Por Dios, hace diez años que está allí y nadie la ha visto. Ahora la verán todos.

Volvieron a mirar y vieron colgada de una de las ramas una espada hermosa y reluciente, con una vaina ricamente labrada de seda y oro. El caballero de los leones la tomó, se la ciñó a Galaor, y dijo:

–Tan hermosa espada conviene a tan hermoso caballero.

Cuando el caballero de los leones se alejó, Urganda se acercó a Galaor y le dijo:

–Os ha armado caballero Amadís de Gaula, vuestro hermano. Porque sois hijo del rey Perión y de la reina Elisena.

XIII

EL GIGANTE ALDABÁN

Galaor fue a reunirse con el gigante, que estaba escondido en la ribera de un río, y le contó cómo le habían armado caballero. El gigante se alegró y le dijo:

–Alguna vez me oísteis decir que el gigante Albadán mató a traición a mi padre y le tomó la peña de Galtares, que debe ser mía. Nadie mejor que vos puede restituírmela, y os lo demando como merced.

–Antes pido yo esa merced –contestó Galaor–, y si salgo vivo en la batalla, estoy dispuesto a hacer todas las cosas que sean en vuestra honra hasta pagar la gran deuda que tengo con vos.

Se encaminaron hacia la peña de Galtares, y Galaor se apartó del gigante. A dos leguas de la peña, pasó la noche en casa de un ermitaño, con el que se confesó. Cuando le dijo la batalla que iba a hacer, el ermitaño quedó muy espantado:

–¿Quién os pone en tal locura? Diez caballeros juntos de esta comarca no lo osarían, ¿y vos queréis perder el cuerpo y el alma siendo tan joven? Los que de este modo se ponen en la muerte, pudiéndolo excusar, ellos mismos se matan.

Y al ver que no había razones capaces de hacerle desistir, llorando lo encomendó a Dios. Por la mañana, después de haber oído misa, Galaor se armó y se dirigió hacia la peña. Era muy alta y con fuertes torres que hacían más hermoso el castillo. Galaor halló cerrada la puerta y llamó a grandes voces:

–Decid a Albadán que ha venido un caballero de Gandalac a combatir con él. Y si tarda, no saldrá ni entrará nadie en el castillo.

Los hombres que aparecieron encima de la puerta se rieron:

–Eso durará poco, porque huirás o perderás la cabeza.

Poco después salió el gigante en su caballo. Parecía tan descomunal que no había hombre que osase mirarle. Unas hojas enormes de hierro le cubrían desde la garganta hasta la silla. Llevaba un gran yelmo de color claro, y en la mano, una gran maza de hierro.

El mismo Galaor sintió miedo al verle, pero lo fue perdiendo a medida que el gigante se acercaba. El gigante le dijo:

–Mal caballero, ¿cómo osas venir a tu muerte? Porque no volverá a verte el que aquí te envió. Ya verás cómo sé dar con la maza.

Galaor contestó con saña:

–Te venceré con lo que traigo en mi ayuda, que es Dios y la razón.

El gigante se lanzó contra él y parecía que avanzaba una torre. Galaor soltó el caballo a todo correr, y con la lanza baja le dio en el pecho con tal fuerza que le hizo perder uno de los estribos. Pero se le quebró la lanza. El gigante alzó la maza para golpear a Galaor en la cabeza, pero sólo le alcanzó en el brocal del escudo y se lo hizo caer a tierra, y casi a Galaor con él. El golpe fue tan fuerte que el brazo no pudo sostener la maza y ésta fue a dar en la cabeza del propio caballo, el cual cayó sobre el gigante. Galaor se lanzó sobre él, pero su caballo tropezó con el del gigante y fue a caer del otro lado. El gigante se desprendió del suyo y tomó de nuevo la maza. Galaor echó mano a la espada que le había dado Urganda; y dando con todas sus fuerzas en el mango de la maza, lo cortó por entero, y al gigante no le quedó más que un trozo en la mano. Con ese trozo le dio el gigante tal golpe a Galaor en el yelmo que le hizo poner una mano en tierra y el yelmo se le torció en la cabeza. Pero, como era ligero y de corazón vivo, se levantó enseguida y, desviándose del gigante, le dio con la espada en el brazo y se lo cortó hasta el hombro; y luego en la pierna, y se la cortó cerca de la mitad.

El gigante comenzó a dar grandes gritos y quiso abrazarse a Galaor con saña, pero la herida de la pierna le obligó a sentarse en el suelo. Galaor volvió a acometerle, y el gigante, al querer atajarse el golpe, perdió los dedos con la mitad de la mano. El gigante se desplomó, y Galaor le cortó la cabeza.

XIV

LA AVENTURA DEL ENANO

Galaor puso en libertad a diez caballeros que estaban atados a una cadena, y a dos de ellos les encomendó que entregasen el castillo al gigante Gandalac. Una doncella había presenciado el combate, enviada por su señora. Galaor quiso saber el nombre de la señora, y la doncella le contestó:

–Seguidme y os la mostraré de aquí a cinco días.

Se pusieron en marcha. A la entrada de la floresta Brananda, que parte el condado de Clara y de Gresca, había un cruce de dos caminos. La doncella se adelantó por uno de ellos, y Galaor, sin advertirlo, por el otro. Pronto oyó voces que pedían socorro. Galaor se puso el yelmo y, tomando la lanza y el escudo, cabalgó hacia ellas. Encima de un caballo vio a un enano feo, y con él cinco peones armados de capellinas y de hachas. El enano, con un palo, golpeaba a la doncella. Galaor tomó la lanza en la mano izquierda, y con la derecha le arrebató el palo y le dio con él tal golpe que le hizo caer al suelo sin sentido. Con la lanza hirió a uno de los peones en el pecho y persiguió a los otros, que huyeron por unas matas espesas. Cuando volvió, encontró al enano, que mientras huía azotando a su rocín, le dijo:

–Caballero, en mala hora llegasteis aquí.

Prosiguieron el camino y llegaron a un río que había que atravesar en barca. La doncella pasó primero, y mientras Galaor esperaba, llegó el enano diciendo:

–Ahora, don traidor, vais a morir, y me dejaréis la doncella que me habéis tomado.

Galaor vio que contra él venían tres caballeros bien armados en

buenos caballos. Uno de ellos dijo:

–¡Cómo! ¿Vamos a pelear tres caballeros contra uno solo? Yo no quiero ayuda ninguna.

Y atacó con valor. Galaor fue también contra él y se encontraron con las lanzas. El caballero le atravesó el escudo, pero sin herirle. Galaor, en cambio, lo arrojó de la silla. Los otros dos quedaron maravillados y fueron de consuno contra él. Uno de ellos erró el golpe y el otro dio en el escudo. Galaor le dio a este último tal golpe que el yelmo le salió de la cabeza, perdió los estribos y estuvo a punto de caer. El otro volvió contra Galaor y le dio con la lanza en el pecho, pero quebró la lanza. Galaor sintió el golpe, pero no le falló el arnés. Echaron mano a las espadas. Y el enano decía a grandes voces:

–¡Matadle el caballo y no huirá!

Galaor se abalanzó sobre el que había perdido el yelmo y le hendió la cabeza hasta las quijadas. El otro salió huyendo y arrojó el escudo y las armas. Galaor no quiso perseguirle, y fue a coger al enano para colgarlo por una pierna, pero éste huyó lo más rápido que pudo. Iba recobrando el sentido el primero de los caballeros, y Galaor le preguntó por qué le habían acometido sin razón. El enano les había hecho creer a los tres que Galaor había matado a sus hombres y le había tomado por fuerza una doncella.

Galaor le devolvió su caballo y le encomendó que castigase al enano. Pasó al otro lado del río y prosiguió su camino. Cerca de la hora de vísperas, vieron en un valle un hermoso castillo, que era de la madre de la doncella. Cuando salieron de la floresta oscurecía. Dejaron el camino y llegaron, ya entrada la noche, a una hermosa ciudad. La doncella lo condujo al alcázar. Galaor penetró por un muro y descendió a la huerta. Allí esperó a la doncella, que volvió acompañada por otra.

Las dos lo condujeron al interior, lo desarmaron y lo cubrieron con un manto. Luego lo llevaron a una cámara de ricos paños, donde una hermosa doncella peinaba sus cabellos. Cuando vio a Galaor, puso en su cabeza una hermosa guirnalda y se dirigió a él, diciéndole:

–Amigo, sed bienvenido, como el mejor caballero que conozco.

–Señora –dijo él–, sed muy bien hallada, como la más hermosa doncella que yo nunca he visto.

La doncella que le había guiado hasta allí le dijo:

–Señor, aquí veis a mi señora, y he cumplido mi promesa. Sabed que se llama Aldeva, que es hija del rey de Serolís y la crio aquí la duquesa de Bristoya. Amadla, que ambos sois hijos de reyes.

XV

DARDÁN EL SOBERBIO

Después de que Amadís armó caballero a Galaor, Urganda la Desconocida le dijo:

–Sabed que es vuestro hermano Galaor, que el gigante tomó siendo niño. Por amor vuestro y suyo he guardado tanto tiempo la espada, y os digo que hará con ella el mejor comienzo de caballería que nunca hizo caballero en la Gran Bretaña.

A Amadís se le llenaron los ojos de lágrimas, y quiso ir en su busca. Pero Urganda le dijo:

–No conviene que le busquéis. Es menester que pase antes lo que está ordenado.

Amadís se despidió de Urganda y tomó el camino de Vindilisora, donde estaba a la sazón el rey Lisuarte. Cuando anocheció, vio a lo lejos una luz, que parecía estar sobre los árboles. Fue hacia ella, esperando encontrar alojamiento, y llegó a una hermosa fortaleza. Oyó voces de hombres y de mujeres que cantaban y estaban alegres, y llamó a la puerta. Le preguntó un caballero desde las almenas:

–¿Quién sois que a tal hora llamáis?

–Soy un caballero extraño –respondió.

–Así parece, que descansáis de día y andáis de noche para no tener que combatir. A esta hora no hallaréis más que diablos.

–Alguna vez habréis visto andar de noche a caballeros que también andan de día.

–Marchaos, que aquí no entraréis.

–Querría, antes de marcharme, saber cómo os llamáis.

–Os lo diré con tal de que cuando me halléis combatáis conmigo. Me llamo Dardán, y no podréis tener noche tan mala que no sea peor el día que os encontréis conmigo.

–Pues yo quiero –dijo Amadís– que nos alumbren con esas candelas y que combatamos enseguida.

–¡Cómo! –dijo Dardán–, ¿para luchar con vos voy a tomar armas de noche? Mal haya quien espuelas calce o arnés vista por ganar honra.

Y se apartó del muro. Amadís se alejó con gran saña, y buscó refugio en la floresta. A poco andar se encontró con dos doncellas que iban con un escudero. Le dijeron que el señor del castillo se llamaba Dardán el Soberbio, y le ofrecieron albergue en unas tiendas que tenían cerca de allí.

Las doncellas iban también a la corte del rey Lisuarte. Yendo juntos, aparecieron de pronto dos caballeros armados. Uno de ellos dijo al otro:

–¿Cuál de esas doncellas queréis vos?

–Yo tomaré ésta.

–Pues yo tomaré esta otra.

Cada uno tomó la suya, pero Amadís les dijo:

–¿Qué es eso, señores? ¿Qué queréis de las doncellas?

–Hacer de ellas nuestras amigas.

–¿Tan fácilmente las queréis llevar, sin preguntárselo?

–¿Quién nos lo impedirá?

–Yo, si puedo –dijo Amadís–. Y os conviene dejar las doncellas.

Los caballeros se dispusieron a la lucha, y Amadís tomó su yelmo,

su escudo y su lanza. Uno de los caballeros y Amadís se acometieron a todo correr de sus caballos, y se dieron con las lanzas furiosamente. El caballero quebró su lanza, y Amadís le dio tal golpe que lo derribó del caballo, cabeza abajo, con las piernas por el aire. Acudió entonces el otro caballero y le dio un golpe tan recio que le atravesó el escudo y le hirió, pero se le quebró la lanza. Amadís erró su golpe, y los caballos tuvieron un encuentro violento. Entonces, con su escudo, Amadís empujó al caballero y lo arrojó al suelo. Tomó a las doncellas y prosiguió su camino.

Llegaron a una ribera y armaron las tiendas. Amadís iba a descender del caballo cuando llegaron los dos caballeros diciendo:

–Atreveos a defender a las doncellas con la espada. Si no, nos las llevaremos.

–No las llevaréis en tanto pueda defenderlas. Y venid uno a uno.

Amadís entregó la lanza a Gandalín, tomó la espada y se dirigió a uno de ellos, el que se preciaba de combatir mejor. Comenzaron el combate, y al rato estuvo el caballero tan maltrecho que el otro acudió en su socorro. Cuando lo vio Amadís, les dijo:

–¿No mantenéis la palabra? Os digo que no os precio en nada.

El caballero llegó descansado, y como era valiente, dio fuertes golpes con su espada, pero Amadís le dio con todas sus fuerzas encima del yelmo. La espada bajó de soslayo por el hombro y le cortó las correas del arnés, abriéndole carne y huesos. Y volviéndose hacia el otro, le atravesó el escudo y le cortó la mano. El caballero dejó caer la espada y el escudo diciendo:

–¡Ay, señor, muerto soy!

–No os quiero quitar la vida –dijo Amadís–. Jurad que nunca tomaréis dueña o doncella contra su voluntad.

Amadís y las doncellas continuaron su camino, y al día siguiente llegaron a Vindilisora. Amadís no quería que nadie le conociese y quedó en un lugar encubierto. Estableció su tienda en la ribera y se apartó con Gandalín para observar la ciudad desde un otero. Por

allí pasaba un camino y, sentándose al pie de un árbol, miró las torres y los altos muros. Y dijo en su corazón:

–¿Dónde está ahora la flor del mundo? ¡Ay, ciudad, cómo estás ahora enaltecida por estar en ti la señora que no tiene par en hermosura y en bondad!

Después de haber loado a su señora, sintió tal pena que los ojos se le anegaron en lágrimas, y quedó absorto, como sin sentido. Gandalín vio venir por el camino muchas dueñas y caballeros y quiso apartarle, pero él no oía nada. Y, al ver que suspiraba fuertemente y tenía la faz toda mojada de lágrimas, le dijo:

–Señor, mucho me pesa vuestro dolor. Amor tan entrañable es mala ventura. Yo creo que no hay mujer tan buena ni tan hermosa que no esté a la par de vuestra bondad.

Amadís replicó con gran saña:

–¡Vete, loco sin sentido! ¿Cómo osas decir tal desvarío? ¿Había de valer yo ni nadie tanto como la que es todo el bien del mundo? Si otra vez lo dices, no darás ni un paso conmigo.

Gandalín contestó:

–Limpiad vuestros ojos, y que no os vean los que allí vienen.

Entonces vio Amadís las dueñas y caballeros que se acercaban. Subió en su caballo y cabalgó a su encuentro. Acompañaban a una dueña asaz hermosa que lloraba desconsoladamente. Amadís le dijo:

–Dueña, Dios haga que estéis alegre.

–Y a vos os dé honra, que alegría no podré tener si Dios no pone remedio.

–Dios lo ponga, pero ¿qué cuitas tenéis?

–Amigo –dijo ella–, todo cuanto tengo está puesto a prueba en un combate que sostendrá mañana contra mi derecho el mejor caballero que hay en Gran Bretaña.

–¿Y quién es?

–Dardán el Soberbio. Perderé cuanto tengo si en la casa del rey no hay quien se atreva a defender mi derecho.

–Mucho me placería hacerlo a mí –dijo Amadís–, tanto por vos como por luchar contra vuestro enemigo.

Amadís se retiró a su tienda, donde le dijeron que Dardán ya estaba en la ciudad. La justa sería al día siguiente, y Dardán sostendría a una dueña, a la cual amaba, en sus falsos derechos sobre las tierras de otra dueña. Amadís descansó toda la noche.

Cuando salía el sol, el rey Lisuarte, con gran acompañamiento de caballeros, fue a un campo que había entre la ciudad y la floresta. Acudió allí Dardán, bien armado, sobre un hermoso caballo. Conducía por las riendas el palafrén de su amiga, que iba ricamente ataviada. Se detuvo ante el rey Lisuarte y le dijo:

–Señor, mandad entregar a esta dueña lo que debe ser suyo. Y si hay caballero que diga que no, combatirá conmigo.

El rey Lisuarte mandó llamar a la otra dueña y le dijo:

–Dueña, ¿tenéis quien combata por vos?

–Señor, no –dijo ella llorando.

El rey sintió gran pesar, porque era buena dueña y las tierras eran suyas. Dardán se paró a esperar en la plaza. Si no acudía ningún caballero, el rey tenía que concederle su derecho, como era costumbre.

Amadís salió de la floresta montado en un caballo blanco y todo armado. Entró en el campo y se dirigió hacia Dardán. El rey y todos los demás se maravillaron al verlo. Nadie sabía quién era, pero todos decían que nunca habían visto un caballero que pareciese tan hermoso. El rey preguntó a la dueña:

–¿Quién es aquel caballero que quiere defender vuestra razón?

–Así me ayude Dios, que no lo sé.

Amadís dijo a Dardán:

–Dardán, mantened la razón de vuestra amiga, que yo defenderé a la otra dueña, con la ayuda de Dios. Vengo a cumplir mi promesa.

–¿Y qué me prometisteis?

–Que combatiría con vos si me decíais vuestro nombre la noche que acudí a vuestro castillo.

–Ahora os precio menos que antes –contestó Dardán.

–Y ahora no me importa lo que me digáis, porque voy a vengarme, si Dios me da ventura.

Se acercaron el rey y los caballeros, y Dardán preguntó a la dueña:

–Este caballero quiere la batalla por vos. ¿Le otorgáis vuestro derecho?

–Se lo otorgo –contestó la dueña–, y Dios le dé buen galardón.

El rey vio que el escudo de Amadís estaba perforado por muchos lados y que tenía los bordes cortados de golpes de espada. Amadís podía pedir otro escudo, pero tenía tanto deseo de combatir que no paró mientes. Todos se apartaron del campo.

Dardán y Amadís iniciaron el combate. Los caballos eran corredores y ligeros, y los caballeros, de gran fuerza. Se acometieron con violencia; quebraron las lanzas, y los caballos se juntaron con tal brío y chocaron los escudos con tal bravura que era maravilla. Del primer encuentro Dardán cayó a tierra, pero mantuvo las riendas y, como era ligero, se levantó enseguida y echó mano a la espada. Cuando Amadís volvió hacia él, lo encontró ya en actitud de defenderse, y echó también mano a la espada. Se acometieron tan bravamente que todos se espantaban. La gente de la ciudad ocupaba las torres, los muros y todas las partes altas, y en las ventanas de la reina había muchas dueñas y doncellas. Amadís y Dardán se golpeaban en los yelmos, que eran de fino acero, y hacían salir llamas. Y de los arneses caían a tierra las piezas y mallas y saltaban trozos de los escudos. Se golpeaban por todas partes, y cada uno mostraba su fuerza y denuedo. El rey Lisuarte dijo:

–Ésta es la batalla más brava que se ha visto. En la puerta de mi palacio haré representar la figura del vencedor, para que la vean todos aquellos que quieran obtener honra.

Los caballeros luchaban sin descanso. Amadís, que tenía saña contra Dardán y que esperaba servir a su señora en la corte del rey, comenzó a cargar grandes y duros golpes. Todos vieron que Dardán llevaba la peor parte. El caballero extraño mejoraba en fuerza y ardimiento, y sus golpes eran más fuertes y firmes que al comienzo. Sólo su caballo mostraba menos valor y tropezaba. Dardán creyó que combatiría mejor a pie, y en voz alta dijo a Amadís:

–Caballero, nuestros caballos están ya cansados, y esto prolonga la lucha. Si hubiéramos combatido a pie, ya os habría vencido.

–Si crees que te defiendes mejor a pie –contestó Amadís, airado–, apeémonos, aunque no me parece que un caballero deba dejar su caballo mientras pueda estar sobre él.

Se apearon. Cada uno recogió los restos del escudo, y la lucha prosiguió más tenaz que antes. El caballero extraño llevaba gran ventaja. Se acercaba más y daba mejores golpes y más continuados, sin dejar que su enemigo tomara aliento. Y le hacía ir de un extremo a otro del campo, y hasta hincarse de rodillas con sus golpes. Todos decían:

–Ha sido locura de Dardán apearse del caballo.

El caballero extraño traía a Dardán a su voluntad, y éste ponía todo su esfuerzo en defenderse de los golpes. Fueron acercándose a las ventanas de la reina. Las doncellas decían:

–¡Santa María, Dardán muere!

Amadís reconoció la voz de la doncella de Dinamarca. Miró hacia arriba y vio a Oriana. La espada se le revolvió en la mano y todas las cosas desaparecieron de su vida. Dardán vio que su enemigo miraba hacia otro lado, y tomando la espada con ambas manos le dio tal golpe en el yelmo que se lo torció en la cabeza. Amadís enderezó el yelmo, pero recibía golpes por todas partes, porque su pensamiento estaba en mirar a su señora. Dardán comenzó a

mejorar y la doncella de Dinamarca dijo:

–¡En mala hora miró aquel caballero hacia acá!

Amadís sintió vergüenza, se volvió hacia Dardán y le dio encima del yelmo tal golpe que lo obligó a apoyarse con las manos en tierra. Lo tomó entonces por el yelmo, y tiró tan recio que se lo arrancó de la cabeza, y con él le dio un golpe que lo dejó aturdido. Y, poniéndole el pomo de la espada en el rostro, le dijo:

–¡Dardán, muerto eres si no renuncias a la demanda!

–¡Ay, caballero, merced!

La amiga de Dardán se acercó, y al verlo tan maltrecho le dijo:

–Dardán, de hoy en adelante no me mires como amiga, ni tú ni ningún otro, sino el buen caballero que acaba de ganar este combate.

–¡Cómo! –dijo Dardán–. Soy vencido y escarnecido por tu causa, ¿y ahora quieres desampararme por aquel que vino a tu daño y en mi deshonra? Por Dios, bien eres mujer si tal haces. Yo pagaré tu traición.

Y, echando mano a su espada, le dio con ella tal golpe que le echó la cabeza a los pies. Y cuando vio su obra exclamó:

–¡Ay, desdichado, qué he hecho, que he matado lo que más amaba en el mundo!

Y, tomando la espada, se la clavó a sí mismo. Así murió, por sus propias manos, Dardán el Soberbio.

XVI

EN LA CORTE DEL REY LISUARTE

Después de vencer a Dardán el Soberbio, Amadís se retiró ocultamente a la floresta y envió a Gandalín al palacio del rey para que tratase de ver a la doncella de Dinamarca. El rey y los caballeros de la corte seguían hablando del caballero extraño. Oriana pensó enseguida que aquel caballero era Amadís, y envió a su doncella para que lo buscase.

Gandalín y la doncella se encontraron y se reconocieron. Él le dijo:

–Mi señor es el que venció a Dardán, y envía a preguntar qué debe hacer.

–Mi señora –contestó ella– se alegrará de su llegada. Sígueme.

Y, entrando en el palacio, dijo a Oriana en voz alta:

–Señora, aquí tenéis a un escudero que os trae nuevas de la reina de Escocia.

Oriana reconoció a Gandalín y, apartándolo, le preguntó por su señor.

–Señora, le he dejado en la floresta –contestó Gandalín–. Y será de él lo que vos queráis, como que es todo vuestro. Por Dios, señora, tened piedad de él, que muchas veces temí que cayera muerto, porque teñía el corazón deshecho. Si tuviere ventura, sería el mejor caballero que haya llevado armas. Os digo, señora, que más le valiera haber muerto en el mar, donde fue arrojado de niño.

Oriana, retorciéndose las manos y derramando lágrimas, dijo:

–¡Por Dios, amigo Gandalín, cállate ya, no me digas más, que Dios

sabe lo que sufro! Tú me culpas a mí porque conoces su cuita y no la mía.

–Haced lo que debéis, si le amáis.

Oriana le señaló la huerta que estaba debajo de su ventana y dijo:

–Que venga esta noche muy oculto y entre en la huerta. Aquí debajo está la cámara donde dormimos Mabilia y yo. Cerca del suelo hay una ventana pequeña con una reja de hierro, y por ella hablaremos.

Y, sacando de su dedo el anillo más hermoso que llevaba, se lo entregó para Amadís. Gandalín salió y encontró a su señor como si esperase de él la vida o la muerte.

–Señor –le dijo–, las nuevas son mejores de lo que esperáis. Vuestra señora os envía este anillo.

Con lágrimas de alegría escuchó Amadís el relato de Gandalín. Tomó el anillo, y besándolo lo apretó contra su pecho. Y tomándolo de nuevo se lo puso en el dedo, y quedó sin poder hablar.

–Señor –le dijo Gandalín–, alegraos, que tanta tristeza os destruye y puede hacer daño a vuestro amor.

A la hora convenida, Amadís se levantó. Gandalín tenía los caballos ensillados. Se armó, por lo que podría acontecer, y fueron cabalgando hasta un arboleda que había junto a la puerta. Por una abertura que las aguas habían hecho en el muro entraron en la huerta, y Gandalín llamó muy suavemente a la ventana. Oriana, que estaba despierta, se acercó a Mabilia y le dijo:

–Creo que ha llegado vuestro primo.

–Mi primo es –dijo Mabilia–, pero creo que tenéis más parte en él que todo su linaje.

Tomaron unas candelas y abrieron la ventana. Amadís vio a su señora y le pareció que no había tal hermosura en ninguna mujer del mundo. Estaba vestida con unos paños de seda india, con flores de oro bordadas. Sus hermosos cabellos estaban sueltos, y los cubría

una rica guirnalda. Amadís estaba tembloroso de emoción. Oriana se aproximó a la ventana y le dijo:

–Señor, sed muy bienvenido a esta tierra, donde tanto os hemos aguardado. Hemos tenido noticias de vuestra ventura en las armas y del descubrimiento de vuestros padres.

–Señora –dijo Amadís, poniendo en sus palabras más esfuerzo que para una batalla–, estoy subyugado. Os demando piedad para mi atribulado corazón.

–Señor –dijo Oriana–, os digo que no hacéis bien en tomar tanto pesar, porque con ello se pueden descubrir nuestros amores y porque ponéis en peligro vuestra vida. Por el señorío que sobre vos tengo, os mando que tengáis templanza en vuestra vida, y así la pondréis también en la mía.

–Señora –dijo él–, en todo haré lo que mandéis, salvo en el pensamiento, para el que no bastan mis fuerzas.

–Tampoco os digo –dijo Oriana– que del todo lo dominéis, sino que obréis con mesura. Os mando que quedéis con mi padre si él os lo ruega, y que en adelante habléis conmigo sin embarazo, diciéndome las cosas que más os agraden.

Acudió Mabilia a la ventana y le dijo:

–Señor, sed bienvenido, que nos habéis dado gran placer.

Mientras hablaban, se acercó Gandalín. Comenzaba a amanecer. Amadís tomó las manos de Oriana, y, besándoselas muchas veces y cubriéndolas con sus lágrimas, partió de allí.

Por la tarde, Amadís, que estaba en su tienda, supo que la dueña por la cual él había combatido estaba en prisión. El rey, con mucha saña, hacía buscar por todas partes al caballero extraño, y creía que ella lo tenía oculto. Amadís decidió presentarse al rey al día siguiente.

Por la mañana se armó, y subiendo en su caballo entró en la ciudad y se dirigió al palacio. Todos decían al verle:

–Éste es el caballero que venció a Dardán.

El rey salió a su encuentro, le dio la bienvenida y le condujo a palacio. Todos se maravillaron de su gran hermosura y de que siendo tan joven hubiese podido vencer a Dardán. Cuando supieron que era Amadís, el hijo del rey Perión de Gaula, se acercaron a verle, porque tenían noticias de sus hechos de armas. La reina le dijo:

–Caballero, el rey, mi señor, quisiera mucho que quedarais con él. Yo os ruego que seáis mi caballero, y de mi hija, y de todas estas dueñas que aquí veis.

Oriana le hizo seña de que aceptase, y todas las dueñas se acercaron a rogárselo. Amadís dijo:

–Señora, quién podría negarse a vuestro mandado y al de estas señoras?

El rey se alegró mucho. Así quedó Amadís en la corte del rey Lisuarte.

XVII

LAS HAZAÑAS DE GALAOR

Galaor se separó de Aldeva, se volvió a armar y salió a la huerta del alcázar. Se encontró entonces con el enano, que empezó a dar voces:

–Caballero, en mala hora habéis entrado aquí, que os haré morir a vos y a la alevosa que aquí os trajo.

A las voces del enano, acudió gente por todos lados. Galaor saltó el muro y subió en su caballo. Se abrieron las puertas del alcázar y salió el enano con gente armada. Galaor, con gran saña, se metió entre ellos para matar al enano. Pero vio que no podría avanzar porque recibía golpes de todos lados. Mató a dos caballeros, pero se le quebró la lanza. Echó mano a la espada, y comenzó a repartir golpes, hiriendo y matando a los que se le ponían delante, pero le mataron el caballo. Nadie se atrevía a acercarse. El enano pensó herirle desde su caballo, pero Galaor se lo contuvo por el freno, y con la espada dio al enano en el pecho, derribándolo y haciéndole salir sangre por las orejas y narices. Entonces saltó encima del caballo, dispuesto a enfrentarse a todos, pero se le soltó la rienda y el caballo salió a toda carrera. Cuando recobró las riendas y quiso volver, vio que desde la torre le hacían señas de que se alejase.

A la hora de vísperas encontró en la floresta a un escudero montado en un rocín. Galaor le dijo:

–Buen escudero, ¿sabríais decirme dónde podrían curarme una herida?

–Un lugar conozco –dijo el escudero–, pero allí no podrían ir hombres como vos porque saldrían escarnecidos.

–Dejemos eso. ¿Habría allí quien me curase esta herida?

–Antes creo que hallaríais quien os hiciese heridas nuevas.

–Mostrádmelo y veré de qué me queréis asustar.

–Eso no haré si no lo quiero.

–Sí lo querrás, porque, si no, dejarás aquí la cabeza –dijo Galaor echando mano a la espada.

–Os guiaré –dijo el escudero– para que vuestra locura sea castigada.

Llegaron a una hermosa fortaleza, en un valle cubierto de árboles. Galaor se acercó a la puerta y vio un caballero armado y cinco peones también armados. Dirigiéndose al caballero, dijo Galaor:

–Señor, ando malherido y querría que me curasen.

–Entrad –dijo el caballero.

Galaor pasó adelante, y por un lado le acometieron los peones y por el otro el caballero. Pero él arrancó un hacha a uno de los peones, y volviéndose al caballero le dio con ella tal golpe que ya nadie podría curarlo. Y acometiendo a los peones mató a tres de ellos. Los otros huyeron. El escudero de Galaor tomó un escudo y un hacha y le dijo:

–Señor, contra los peones os ayudaré, pero no contra caballeros, porque así no podría nunca ser armado caballero.

Siguieron adelante, y vieron venir dos caballeros y diez peones. El escudero que había guiado a Galaor daba voces:

–Matadle, matadle, pero conservad el caballo para mí.

Galaor, con gran enojo, acometió a los caballeros. Quebraron las lanzas, pero el que recibió el golpe de Galaor no volvió a tomar armas en la vida. Galaor volvió contra el otro la espada, y del primer golpe lo derribó del caballo. Volvió enseguida contra los peones y vio que su escudero había matado ya a dos de ellos. Él le dijo:

–¡Mueran todos, que son traidores!

Ninguno escapó. El escudero que estaba en la ventana subió por una escalera a una torre dando grandes voces:

–Señor, armaos; que, si no, sois muerto.

Galaor se dirigió hacia la torre, y tuvo que apearse para pasar por un portal. Antes de llegar a la torre vio a un caballero bien armado. Al pie de la torre tenían listo su caballo. Galaor cogió el caballo por las riendas, porque él estaba sin el suyo. El caballero le dijo:

–¿Sois vos el que ha matado a mis primos y a la gente de este castillo?

–No sé por quién lo decís –dijo Galaor–, mas os aseguro que aquí he hallado la gente peor y más falsa que nunca vi.

–El que matasteis vale más que vos, y lo pagaréis caro.

Se acometieron a pie y libraron un duro combate, porque el señor del castillo era buen caballero. Pero no pudo soportar los fuertes y continuos golpes de Galaor, y comenzó a huir hacia un portal, para saltar por una ventana. Galaor lo perseguía, y entonces él dio el salto. Pero, por el peso de las armas, no cayó donde quería, sino en unas piedras. La altura era tan grande que se hizo pedazos.

Galaor se volvía ya, maldiciendo al castillo y a sus moradores, cuando oyó voces desde una cámara:

–¡Señor, no me dejéis aquí!

Se acercó y derribó la puerta. En el interior vio a una dueña que tenía una gruesa cadena al cuello. Quebró el candado, la sacó de la cámara y vio que era hermosa.

–Señora –le dijo–, os he sacado de cautiverio, y ahora caigo yo en él si no me socorréis.

–Os socorreré en todo lo que me mandéis, señor.

Aquella noche se albergaron en la floresta, en las tiendas de unos cazadores. La dueña curó las heridas de Galaor. Era hija de Telois, el flamenco, a quien el rey Lisuarte había dado el condado de Clara.

Vivía con su madre en un monasterio y el señor del castillo la pidió en casamiento. Su madre no quiso dársela, y entonces él se la llevó violentamente para encerrarla en aquella áspera prisión, hasta que sus padres y ella misma le rogasen que la tomara por mujer. Galaor la condujo al monasterio donde estaba su madre.

XVIII

ARCALÁUS, EL ENCANTADOR

A la corte del rey Lisuarte llegaron nuevas de las hazañas de Galaor, y Amadís salió en su busca. Seguía su camino, cuando vio venir una dueña con dos doncellas. Detrás iban cuatro escuderos que llevaban en andas a un caballero malherido. Había luchado con un caballero que al pie de un puente no dejaba pasar a nadie que viniese de casa del rey Lisuarte porque este rey albergaba al que había matado a Dardán.

Amadís, que vio que el caballero iba herido por su causa, quiso vengarlo. Se encontró con el caballero del puente, y de un golpe le hizo saltar el yelmo, y de otro, por el cuello, le dejó con la cabeza colgando sobre el pecho.

Atravesó el puente, y entró en una hermosa vega, grande y maravillosa, donde se deleitó con las hierbas. Iba pensando en sus amores, cuando se encontró con un enano deforme, que iba en un palafrén. Le preguntó por Galaor.

–No sé, señor –le dijo el enano–, mas os puedo conducir al mejor caballero que hay en esta tierra.

Pensando que sería Galaor, Amadís le pidió que le guiase por el camino más directo y le prometió en cambio el don que le demandara. Conducido siempre por el enano, se encontró al día siguiente con un caballero que combatía contra otros dos. Los apartó de la lucha con buenas razones, pero cuando supieron que él había vencido a Dardán, lo acometieron entre los tres. Amadís echó mano a la espada, y muy sañudo dio a uno de ellos tal golpe en el yelmo, que se lo hizo saltar, y luego le hendió la cabeza hasta el cuello. Al otro le alcanzó en el hombro y le cortó las armas, la carne y los huesos hasta la espalda. El tercero huyó sin combatir. El enano iba muy contento.

Al día siguiente encontraron dos caballeros que huían. Un caballero, Angriote de Estraváus, defendía el paso de un valle. Por imposición de su dama, obligaba a todos los caballeros a presentarse en la corte del rey Lisuarte a declarar que la amiga de Angriote era más hermosa que la propia. Amadís luchó con él y lo venció, porque combatía por la hermosura de Oriana. Pero la lucha fue brava, y rompieron varias veces las lanzas. Al cabo, Angriote, al verse en peligro de muerte, se dio por vencido. Con el tiempo llegó a ser gran amigo de Amadís.

Amadís anduvo cinco días sin hallar aventura, y al fin vio un hermoso y fuerte castillo. Cuando atravesó la puerta, miró a todos lados y no vio nada. El enano le dijo:

–Señor, tomad vuestras armas.

–¿Será menester en este sitio despoblado?

–Sí, porque no dejan salir fácilmente a los que aquí entran. Señor, yo vi aquí al caballero más bravo y más fuerte que conozco. Y en aquella puerta mató a mi señor, sin merced. Ya traje a otros caballeros para vengarle, pero recibieron muerte o vil prisión. Os pido la cabeza de aquel traidor.

–Eres fiel a tu señor –contestó Amadís–, mas no debieras traer aquí a los caballeros sin decirles antes con quién van a combatir.

–Señor, si lo dijera, nadie osaría venir.

–¿Sabes cómo se llama?

–Arcaláus, el encantador.

Se acercaba la noche y vieron unas gradas que conducían a un sitio subterráneo. El enano pugnaba por marcharse, y tenía tanto miedo que renunció al don con tal de que le dejasen marchar. Amadís descendió por las gradas, acompañado por Gandalín. Se halló en un llano oscuro, y avanzando en la oscuridad topó con una pared. Palpando con las manos, dio en una barra de hierro en que colgaba una llave. Abrió con ella un candado y oyó una voz que decía:

–¡Ay, Dios! ¡Hasta cuándo seguirá esto! ¡Ay, muerte, por qué tardas

tanto!

Amadís puso atención y no oyó más. Continuó andando por la cueva, el yelmo en la cabeza, el escudo al cuello y la espada desnuda en la mano, y se halló pronto en una hermosa cámara alumbrada por una lámpara. Vio allí seis hombres armados que dormían teniendo junto a sí los escudos y las hachas. Amadís tomó una de las hachas y pasó adelante. Oyó entonces más de cien voces que decían:

–¡Dios, envíanos la muerte para que no tengamos que sufrir más!

Al ruido de las voces, despertaron los carceleros y uno de ellos dijo al otro:

–Levántate y haz callar a esa gente a azotes, que no nos dejan dormir.

En eso vieron a Amadís, que iba delante. Uno de los carceleros, que tenía el cuerpo y la fuerza de un gigante, dijo:

–Dejadme solo con este mal andante caballero, que yo lo pondré con los que allá están encerrados.

Y tomando un hacha y una adarga amenazó a Amadís con la muerte si no dejaba las armas. Amadís sintió gran saña. Ambos alzaron las hachas al mismo tiempo. El carcelero dio a Amadís un golpe encima del yelmo y el hacha penetró en él, y Amadís le descargó el hacha en la adarga y se la clavó, y echando mano a la espada, le cortó el hacha por el mango. El carcelero, que era valiente, cogió a Amadís entre sus brazos y trató de derribarlo. Pero Amadís le dio con el pomo de la espada en el rostro y le rompió una quijada, dejándolo aturdido en el suelo, donde le dio un golpe en la cabeza. Envainó la espada, tomó de nuevo el hacha clavada en la adarga y se dispuso a luchar con los otros, que se abalanzaron sobre él. A uno le hizo saltar los sesos de un golpe, al otro le abrió los costados y al tercero lo derribó al suelo. El último le pidió que le perdonase la vida.

–Pues dejad las armas –dijo Amadís–, y mostradme esa gente que da voces.

Tomó las llaves y abrió la puerta de la cámara. Una dueña que estaba dentro creyó que era el carcelero y dijo:

–¡Por Dios, tened compasión de mí y dadme la muerte! ¡Oh, rey, en mala hora me amasteis, que tan caro me cuesta vuestro amor!

–Dueña –dijo Amadís–, no soy el que pensáis, sino alguien que os sacará de aquí.

Mandó traer lumbre y vio a la dueña con una gruesa cadena al cuello y los vestidos rotos. Amadís la miraba con piedad, y ella dijo:

–Señor, aunque así me veáis, he vivido de otro modo, como hija de rey.

Amadís hizo que le quitasen la cadena y le trajesen un manto, y quiso conducirla afuera con ánimo de volver enseguida para poner en libertad a los demás. Llegó en eso un hombre, que dijo al que llevaba las candelas:

–Pregunta Arcaláus si el caballero que acá entró está muerto o preso.

El carcelero empezó a temblar y se le cayeron las candelas. Amadís y la dueña subieron por las gradas y salieron al patio. Amadís buscó a Gandalín, pero no lo halló. Oyó entonces unas voces, y vio que el enano estaba colgado de una viga, y debajo de él ardía un fuego que despedía malos olores. Cerca de allí estaba Gandalín atado a un poste. Amadís cortó las cuerdas con la espada, y puso en libertad a ambos. Se dirigió hacia la puerta, y vio que estaba cerrada y que no podía salir. No quiso volver por los presos por temor de que la dueña recibiese daño de Arcaláus. Tomó su caballo, que había encerrado, y se dispuso a esperar hasta que fuese de día. La dueña comenzó a contarle su historia:

–Señor, este Arcaláus era gran enemigo del rey, y como no podía tomar venganza en él, decidió tomarla en mí, sabiendo el pesar que le causaba. Un día que yo me encontraba con mucha gente, me tomó por encantamiento y huyó conmigo, metiéndose en un aire tan oscuro que nadie nos pudo ver. Y así me trajo a la cámara donde me encontrasteis, diciendo que se alegraba de verme padecer

y de que el rey no supiese nada de mí.

–Decidme, si os place, quién es ese rey.

–No sé si tendréis noticia de él. Es Arbán de Norgales.

–Es el caballero del mundo al que más aprecio –dijo Amadís.

La dueña se llamaba Grindalaya. Cuando llegó la mañana, Amadís vio en la ventana a un caballero, que le dijo:

–¿Sois vos el que mató a mi carcelero y a mis hombres?

–¿Sois vos –dijo Amadís– el que injustamente mata a caballeros y prende a dueñas y doncellas? Os tengo por el caballero más desleal y más cruel del mundo.

–Aún no conocéis toda mi crueldad. Yo haré que la conozcáis y que no trabajéis por enmendarla.

Arcaláus apareció muy bien armado y encima de un gran caballo. Amadís lo miraba y consideraba que debía de tener gran fuerza. Arcaláus le dijo:

–¿Qué miras?

–Miro que podrías ser hombre muy señalado si tus malas obras y tu deslealtad no lo estorbasen.

Arcaláus fue contra él con la lanza baja y le dio un golpe en el escudo, pero se le rompió la lanza. Y se juntaron los caballos y se acometieron los caballeros tan bravamente, que cayeron al suelo. Pero se levantaron enseguida, como esforzados que eran, y comenzaron con las espadas una dura batalla, que duró mucho, porque ambos eran de gran fuerza y denuedo. Arcaláus se apartó algo y dijo:

–Caballero, estás en trance de muerte, y no sé quién eres. Dímelo, porque no pienso en vencerte, sino en matarte.

–Mi muerte –dijo Amadís– está en la voluntad de Dios, y la tuya en la del diablo, que ya está cansado de sostenerte. Y debes saber que

me llamo Amadís de Gaula y soy caballero de la reina Brisena. Y ahora, a dar fin a la batalla, porque no te daré más descanso.

Arcaláus tomó de nuevo su escudo y su espada, y ambos se dieron fuertes y duros golpes. El sitio estaba sembrado con trozos de los escudos y las mallas de las armas. Arcaláus iba perdiendo sus fuerzas, y, al querer dar un golpe en el yelmo de Amadís, se le escapó la espada de la mano. Al ir a levantarla, le dio Amadís tal golpe que lo obligó a apoyarse con las manos en el suelo. Se volvió a levantar, pero recibió otro golpe. Al verse en peligro de muerte, comenzó a huir. Amadís corrió tras él, pero Arcaláus entró en una cámara guardada por una dueña y desde allí desafió a Amadís.

–¡Cómo! –dijo Amadís–. ¿No sales a combatir? ¿Crees que te vas a amparar ahí?

Amadís puso delante de sí el escudo y entró en la cámara, levantando la espada para herirlo. Pero perdió las fuerzas y cayó al suelo como muerto. Arcaláus dijo:

–No quiero que mueras de otra muerte que de ésta.

Y dirigiéndose a una dueña que allí estaba, le preguntó:

–¿Os parece que me vengaré bien de este caballero?

–Me parece que os vengaréis a vuestra voluntad –dijo ella.

Arcaláus desarmó a Amadís y se puso sus armas. Dio orden a la dueña de que nadie le tocase hasta que dejase de vivir, y se dirigió al patio, donde dijo a Grindalaya:

–Ahora buscad otro que de aquí os saque.

Hizo encerrar en la prisión al enano y a Gandalín, al que dijo:

–Si te matase, no te daría pena. Allí dentro la tendrás mayor que la misma muerte.

Dirigiéndose a la dueña que estaba en la cámara y que era su mujer, le dijo:

–Cuando ese caballero haya muerto, haced que esta dueña vuelva a la cárcel de donde él la sacó. Yo iré a casa del rey Lisuarte y diré que vencí a este caballero y que había sido condición de la batalla que el vencedor cortase la cabeza al vencido y lo fuese a proclamar en la corte antes de quince días. Así quedaré con la mayor gloria y alteza en armas que haya tenido un caballero en todo el mundo.

XIX

EL ARCA DE URGANDA

Grindalaya hacía gran duelo, y decía a la mujer de Arcaláus y a las dueñas que estaban con ella:

–¡Ay, mis señoras! ¿No veis qué hermosura de caballero y en qué tierna edad era ya uno de los mejores caballeros del mundo? ¡Malhaya los que saben de encantamientos que tanto daño pueden hacer!

La mujer de Arcaláus se distinguía por su virtud y piedad, como su marido por la crueldad. Le pesaba lo que su marido hacía, y rogaba siempre a Dios que lo corrigiese. Mientras trataba de consolar a Grindalaya, vio que entraban por la puerta dos doncellas. Llevaban muchas candelas encendidas y las colocaron en los rincones de la cámara, sin que nadie pudiese evitarlo. Una de las doncellas sacó un librito de una pequeña arca que llevaba bajo el brazo, y comenzó a leer. Enseguida respondieron a coro muchas voces en la misma cámara, y salió rodando por el suelo otro librito, como si lo llevase el viento. Se detuvo a los pies de la doncella y ella lo tomó, lo partió en cuatro y lo quemó en los rincones de la cámara. Y tomando a Amadís por la mano derecha, le dijo:

–¡Señor, levantaos!

–¡Santa María! –dijo Amadís, poniéndose en pie–. ¿Qué ha sido esto, que ya me creía muerto?

–Antes querrá Dios –contestó la doncella– que por vuestra mano mueran otros que más lo merecen.

Las doncellas se marcharon por donde habían venido. Amadís preguntó por Arcaláus, y Grindalaya le dijo que había salido con sus armas y su caballo. Él tomó a su vez las armas de Arcaláus y se

dirigió a libertar a los presos, entre los que estaban Gandalín y el enano. Los hombres de Arcaláus huyeron. Gandalín, atado a una cadena, ya tenía por muerto a Amadís. Había allí ciento quince hombres, entre ellos treinta caballeros.

Salieron todos, y al ver de nuevo el sol y el cielo, se hincaron de rodillas para dar gracias a Dios. Más parecían muertos que vivos. Un caballero grande y bien formado se le acercó y le dijo:

–Señor, ¿quién diremos que nos salvó de esta cruel cárcel?

–Sabed, señor, que me llamo Amadís, hijo del rey Perión de Gaula y caballero de la reina Brisena.

–Pues yo –dijo el caballero– soy de la casa del rey Lisuarte, donde he estado en más honra que aquí. Me llamo Brandoibás.

Cuando Amadís lo oyó, tuvo alegría y lo fue a abrazar, pues muchas veces había oído al rey y a los caballeros de la corte loar sus virtudes y caballerías. Todos los presos se presentaron ante Amadís y le dijeron:

–Señor, aquí estamos a vuestra merced. ¿Qué nos mandáis?

–Amigos –dijo él–, que cada uno vaya donde más le agrade.

–Señor –le dijeron–, aunque no nos conozcáis ni sepáis de qué tierras somos, todos os conocemos, y si hubiese ocasión de ayudaros, no esperaremos vuestro mandato, que sin él acudiremos dondequiera que os encontréis.

Al día siguiente, Brandoibás y Grindalaya se encaminaron a la corte del rey Lisuarte, y Amadís se apartó para ir en busca de Galaor. El enano quiso que le tomase a su servicio, y Amadís lo aceptó. Siguieron andando y encontraron llorando a una de las doncellas que le habían desencantado. Amadís, que llevaba las armas de Arcaláus, le preguntó por qué lloraba, y ella contestó:

–Lloro por una arquita que me tomó el caballero que allí va y por la que salvó su vida el mejor caballero que hay en el mundo. Y lloro por mi compañera, que otro caballero lleva a la fuerza para deshonrarla.

Amadís alcanzó al caballero y le dijo:

–Caballero, no es cortés hacer que la doncella vaya llorando detrás de vos. Os aconsejo que le devolváis su arca.

El caballero comenzó a reír, y Amadís le dijo:

–¿Por qué os reís?

–Me río de vos –dijo él–, que os tengo por loco al dar consejo a quien no os lo pide ni hará lo que le digáis.

–Podría ser –dijo Amadís– que os conviniese más entregar el arca.

–Parece que me amenazáis –dijo el caballero.

–Os amenaza vuestra soberbia.

El caballero puso el arca sobre un árbol y dijo:

–Si vuestra osadía es como vuestras palabras, venid por ella.

Amadís, que ya estaba con saña, fue contra él y lo encontró tan violentamente que lo derribó a tierra, y al caballo sobre él. Y entregando el arca a la doncella fue en busca de la otra.

Encontró un caballo atado a los árboles y vio enseguida a un caballero que forcejeaba con una doncella. Amadís se acercó dando voces, y cuando el caballero lo vio fue a tomar sus armas y subiendo a caballo dijo:

–Si no me vengo de vos, en la vida volveré a llevar armas.

–El mundo perdería muy poco –dijo Amadís–, pues con tal vileza las usáis contra las mujeres.

Los dos se acometieron. El caballero quebró su lanza, y Amadís lo lanzó por encima del arzón trasero y lo hizo caer sobre el yelmo, más muerto que vivo. Y al acercarse con su caballo y verlo tan maltrecho, dijo:

–Así perderéis el celo deshonesto.

Amadís se quitó el yelmo y la doncella lo reconoció. Le preguntó Amadís cómo había ido a socorrerle al castillo, y ella le dijo:

–Mi tía, Urganda la Desconocida, trabajó hace diez días para que yo llegase allí en aquella hora para libraros.

–Dios se lo agradezca –dijo Amadís–, y yo la serviré mientras viva en lo que mandare y quisiere.

XX

LA DONCELLA VENGATIVA

Galaor estuvo quince días en el monasterio, y, curado ya de sus heridas, se puso de nuevo en camino. Andando a la ventura, se encontró a mediodía en un valle, en el que había una fuente. Junto a ella vio a un caballero armado, pero sin su caballo, de lo que se maravilló. Y le dijo:

–Señor, ¿cómo vinisteis aquí a pie?

–Yo iba por esta floresta –le respondió el caballero– y unos hombres me mataron el caballo. He llegado hasta aquí muy cansado, y así tendré que volver a mi castillo.

–Volveréis –dijo Galaor– en el palafrén de mi escudero.

–Muchas gracias –dijo–, pero antes que nos vayamos quiero que probéis la gran virtud de esta fuente. No hay ponzoña en el mundo que tenga fuerza contra esta agua. Muchas veces sucede que vienen aquí a beber bestias ponzoñosas y revientan enseguida. Todas las personas de esta comarca acuden a curarse aquí sus enfermedades.

–Maravilla es lo que decís –dijo Galaor–, y yo quiero probar esas aguas.

–Venid a beber, que yo os tendré el caballo.

Galaor se acercó a la fuente a beber y su escudero también, dejando las armas junto a un árbol. Cuando Galaor levantó la cabeza, vio que el caballero, con su yelmo, su escudo y su lanza, cabalgaba en su caballo y se alejaba diciéndole:

–Quedaos ahí hasta que podáis engañar a otro.

–Caballero –dijo Galaor–, no sólo es esto engaño, sino deslealtad, y yo os lo probaré si me aguardáis.

–Eso quede para cuando tengáis otro caballo y otras armas.

Y espoleando el caballo, se alejó de allí. Galaor quedó con gran saña. Subió en el palafrén de su escudero y siguió el camino del caballero. Llegó a un cruce de caminos y no supo por dónde seguir. A poco vio venir una doncella con gran prisa en un palafrén, y cuando estuvo cerca, le dijo:

–Doncella, ¿visteis por ventura a un caballero en un caballo bayo que lleva un escudo blanco con una flor bermeja?

–¿Para qué le queréis? –dijo la doncella.

–Me tomó vilmente el caballo y las armas.

–¿Y qué le haríais así desarmado? Según creo, no os tomó las armas para devolvéroslas.

–Sólo quiero encontrarme con él –dijo Galaor.

–Si me otorgáis un don –dijo ella–, yo os conduciré.

Galaor se lo otorgó y siguieron el camino juntos. La doncella le condujo por diversos sitios, e iba siempre delante porque el palafrén de Galaor, que le conducía a él y a su escudero, no iba tan deprisa. De pronto la perdieron de vista y así anduvieron parte del día.

La doncella era amiga del caballero de la fuente y se adelantó para avisarle de que conducía a Galaor y que podía quitarle las otras armas que llevaba. El caballero le dijo que le condujese a la tienda, donde le podría matar o escarnecer sin peligro. Volvió la doncella y condujo a Galaor. El caballero de la fuente estaba a la puerta de la tienda, y cuando Galaor descendió del palafrén, le dijo:

–No habéis hecho bien en venir, porque entregaréis esas armas o moriréis.

–De un caballero tan desleal no temo nada –dijo Galaor.

El caballero alzó la espada para herirle, pero Galaor, que era ligero y de gran esfuerzo, hizo que el golpe diese en el vacío, y entonces él le dio con la espada un golpe en el yelmo que le hizo hincarse de rodillas en el suelo. Le arrancó entonces el yelmo de la cabeza y lo hizo caer tendido. El caballero dio grandes voces. Cuando la doncella lo oyó, se aproximó diciendo:

–Deteneos, caballero, que os he pedido un don.

Pero Galaor le había herido ya con tanta saña que lo dejó muerto. Cuando la doncella lo vio, comenzó a decir:

–¡Ay, desdichada, que pensando engañar a otro, me engañé a mí!

Y volviéndose hacia Galaor, dijo:

–De mala muerte seáis muerto, que matasteis lo que yo más amaba en el mundo. Pero moriréis, porque el don que me prometisteis os lo pediré donde perdáis la vida. Y si no me lo concedéis, os lo pregonaré por todas partes.

–Si yo hubiese sabido que tanto os había de pesar –dijo Galaor–, no lo hubiese matado, aunque bien lo merecía.

Galaor se alejó en su caballo. Había andado bastante cuando volvió la cabeza y vio que la doncella le seguía siempre. Galaor la aguardó y le dijo:

–Doncella, ¿adónde queréis ir?

–Con vos –dijo ella– hasta que me deis el don que me prometisteis y en ello perdáis la vida.

–Mejor sería –dijo Galaor– que me pidieseis cualquier otra cosa, y no eso que decís.

–Sólo quiero vuestra alma por la suya, o quedaréis por traidor y falso.

Galaor siguió su camino y la doncella tras él, denostándole todo el tiempo. Y así anduvieron tres días, hasta llegar a la floresta de Angaduza.

XXI

BRIOLANJA

Amadís se despidió de las doncellas y anduvo hasta mediodía. Después de atravesar una floresta, se halló en un llano. Delante vio una hermosa fortaleza, y por el camino una carroza, la mayor y más hermosa que nunca había visto. Llevábanla doce caballos e iba cubierta con un rico terciopelo de color bermejo. Guardaban la carroza ocho caballeros armados. Amadís se acercó. A su encuentro salió un caballero, que le dijo:

–Apartaos, caballero, y no seáis osado de aproximaros.

–No lo hago por mal –dijo Amadís.

–Como quiera que sea –dijo el otro–, no sois tal que debáis ver lo que ahí va. Si porfiáis, os costará la vida, que aquí hay caballeros que solos os lo impedirán, cuanto más todos de consuno.

–No lo sé –dijo Amadís–; mas, con todo, veré lo que va en la carroza.

Tomó sus armas, y fueron contra él dos caballeros. Derribó a uno, mientras el otro quebraba la lanza en su escudo; se volvió entonces contra el segundo con tal fuerza que dio con él y con el caballo en el suelo.

Se aproximó a la carroza, pero vio venir contra él a otros dos caballeros a todo el correr de sus caballos. A uno le cortó la armadura y le hirió las carnes, y al otro le dio con la espada en el yelmo y lo dejó abrazado al cuello del caballo. Cuando los otros cuatro vieron vencidos a sus acompañantes, quedaron espantados y fueron juntos contra él. Antes de que llegasen, Amadís derribó a tierra al que aún se sostenía y se volvió hacia ellos. Iba a herir con la espada al que avanzaba delante, pero con la carrera los caballos

chocaron. Se encontraron con los escudos y los yelmos tan fuertemente que el caballero cayó al suelo sin sentido. Los otros tres le dieron grandes golpes, pero a uno de ellos le dio con la espada en la mano y le hizo saltar la lanza, y al otro le hirió en la garganta y dio con él en tierra, muerto. Luego alejó lo más que pudo a los otros dos, y a uno de ellos le arrancó el yelmo con un golpe de espada. Cuando Amadís le vio la cara, tuvo pena, porque era viejo, y le dijo:

–Señor, ya debíais dejar esto, que, si hasta ahora no ganasteis honra, la edad os excusa de ganarla en adelante.

–Antes al contrario –dijo él–; que a los mancebos les conviene ganar honra y prez, y a los viejos, sostenerla en lo que pudieren.

Amadís admitió que tenía razón, y, al dirigirse hacia el otro caballero, vio que huía hacia el castillo. Fue hacia la carroza y levantó el paño. Había allí un monumento de mármol, y a sus pies una imagen de rey con la corona y los paños reales, pero con la cabeza hendida hasta el cuello. Y además, en un lecho, una dueña, y junto a ella una niña que le pareció la más hermosa que había visto en sus días. Amadís dijo a la dueña:

–Señora, ¿por qué tiene esa figura la cabeza partida?

–¿Qué es eso, caballero? –dijo la dueña–. ¿Quién os autorizó a ver esto?

–Yo, señora –dijo él–, que tuve ganas de ver lo que aquí había.

–Y nuestros caballeros –dijo ella–, ¿qué hicieron?

–Más mal que bien –dijo Amadís.

La dueña alzó el paño de la carroza y vio que unos estaban en el suelo muertos y los otros corrían detrás de sus caballos. Muy turbada, maldijo al caballero por lo que había hecho. Amadís dijo:

–Señora, vuestros caballeros me acometieron. Decidme, si os place, lo que os pregunto.

La dueña se negó, y al verla Amadís con tanto enojo, siguió su camino, inquieto por lo que había visto. El enano, que iba siempre

con él, le dijo:

–Si ella hubiera sido un caballero armado, os lo habría tenido que decir.

Había andado una legua cuando oyó voces para que esperase. Era el caballero viejo que venía desarmado, de parte de la dueña, a pedirle que se albergase esa noche en el castillo para enmendar la descortesía que había tenido con él. Se lo rogó el caballero con tanta insistencia que Amadís aceptó. Le preguntó por qué la figura de piedra tenía la cabeza partida, pero él no se lo quiso decir. Al llegar cerca del castillo, el caballero se adelantó a avisar a la dueña. Amadís anduvo más despacio. Sobre la puerta había una torre, y en una ventana vio a la dueña con la niña hermosa. La dueña le dijo:

–Entrad, caballero, que os agradecemos mucho vuestra venida.

–Señora –dijo él–, más me agrada daros placer que enojo.

Entró en el castillo, y siguiendo adelante oyó muchas voces, y de pronto salieron contra él caballeros armados y gente a pie, diciendo:

–Entregaos preso o sois muerto.

–Jamás entraré en prisión de gente tan alevosa.

Se puso el yelmo, pero no alcanzó a tomar el escudo. Comenzaron a darle golpes por todas partes. Mientras se sostuvo su caballo, se defendió bravamente, derribando ante sus pies a los que alcanzaba. Cuando se vio en situación apurada, se fue hacia un cobertizo y desde allí hizo maravillas. Vio que prendían al enano y a Gandalín, y cobró más ánimo para defenderse. Pero la gente era mucha y los golpes tan continuados que a veces le hacían hincarse de rodillas en tierra. Había matado ya a seis y herido a muchos otros, pero no podía escapar de la muerte. La niña hermosa, que miraba la batalla, tuvo piedad y llamó a su doncella.

–Soltad mis leones –le dijo– para que maten a los que tan maltrecho tienen al mejor caballero del mundo. Yo os lo mando, y os libraré de culpa.

La doncella fue a soltar los leones, que estaban metidos en una

jaula. Salieron al patio mientras la doncella daba voces. La gente empezó a huir, pero a los que pudieron alcanzar los despedazaron con sus agudas y fuertes uñas. Amadís, al ver que la gente huía hacia las torres y que los leones se entretenían con los que tenían delante, fue a la puerta del castillo y la cerró por fuera, dejando a los leones dentro. Se sentó en una piedra, muy cansado, su espada desnuda en la mano. Los leones andaban por el patio y la gente no osaba bajar. La dueña del castillo se puso a la ventana y dijo:

–Señor, aunque os hemos tratado muy mal, vuestra humilde cortesía venza nuestra culpa. Abrid la puerta a los leones, para que quedemos fuera de peligro y os hagamos la enmienda del yerro que hemos cometido. Os quiero también decir que mi intención era teneros preso en fuertes cárceles.

–Eso, dueña –respondió Amadís con mucha calma–, no debía hacerse como lo hicisteis. Voluntariamente sería vuestro, como lo soy de todas las dueñas y doncellas que necesitan mi servicio.

–Pues, señor –dijo ella–, ¿nos abriréis la puerta?

–No –dijo Amadís–. De mí no tendréis esa cortesía.

La dueña se retiró llorando de la ventana, y la hermosa niña le dijo:

–Señor, aquí hay quienes no tienen la culpa del mal que recibisteis, y aun merecen gracias por lo que no sabéis.

Amadís se aficionó mucho a ella, y dijo:

–Hermosa amiga, ¿queréis que os abra la puerta?

Amadís la iba a abrir, pero la niña le dijo:

–Caballero, aguardad un poco, y yo diré a la dueña que os conceda seguridades.

La dueña se las dio y prometió que le entregaría a Gandalín y al enano. El caballero viejo que le había llamado le ofreció un escudo y una maza para matar a los leones al abrir la puerta.

–Eso quiero yo –dijo Amadís– para otra cosa, y Dios no me ayude si

hiciera mal a quien tan bien me ayudó.

–Señor, bien seréis leal con los hombres si así lo sois con las fieras.

Tomó la maza y el escudo que arrojaron desde la ventana y envainó lo que le quedaba de la espada. Así fue a abrir la puerta, quedando recostado hacia un lado. Los leones, cuando vieron abierta la puerta, salieron saltando al campo.

La dueña y sus caballeros bajaron y le hicieron grandes honras. Le trajeron además a Gandalín y al enano. Amadís dijo entonces a la dueña:

–Señora, yo perdí aquí mi caballo. Mandad que me den otro por él; si no, me iré a pie.

–Señor –dijo la dueña–, desarmaos y descansaréis aquí, pues es tarde. Caballo tendréis, que sería injusto que tal caballero fuese a pie.

Amadís aceptó, se quitó las armas y se puso un manto. Cuando le vieron la dueña y la niña, quedaron maravilladas de su hermosura y de que siendo de edad tan tierna hubiese hecho cosas tan extrañas en armas. Amadís miró a la niña, que le pareció hermosa, y preguntó a la dueña:

–Decidme, señora, si os place, ¿por qué la figura que he visto en la carroza tiene la cabeza partida?

–Caballero –dijo ella–, os lo diré si me prometéis hacer en ello lo que debáis.

–Señora –dijo él–, no es justo que se prometa hacer lo que no se sabe. Si es cosa que toque a caballero y que se deba hacer con razón, por mí no quedará.

La dueña mandó que se retiraran todos y, quedándose con Amadís y con la niña, dijo:

–Señor, la figura de piedra que habéis visto se hizo en recuerdo del padre de esta hermosa niña, que era rey de Sobradisa y yace ahora en el monumento que está en la carroza. Estaba el rey sentado en su

silla real en una fiesta, cuando se acercó a él su hermano Abiseos, le dijo que esa corona podía estar igualmente en su cabeza, y, sacando una espada que traía debajo del manto, le hendió la cabeza. Como había preparado la traición desde antes, estaban allí muchos caballeros amigos suyos. El rey no tenía más hijos que esta niña, mi sobrina. Abiseos tuvo pronto en su poder todo el reinado, y el caballero viejo que conocéis pudo huir con la hija. Después hice traer el cuerpo del padre, y cada día lo pongo en la carroza y voy con él al campo. He jurado que no podrá verlo sino el que lo logre por la fuerza de las armas. Si vos, buen caballero, no queréis en cosa tan justa emplear vuestra valentía y el esfuerzo de vuestro corazón, continuaré así hasta que encuentre a otros dos caballeros para que combatan con Abiseos y sus dos hijos, Darasión y Dramás. Porque ellos han decidido luchar de consuno si se les demandare batalla.

–Dueña –dijo Amadís–, hacéis bien en querer vengar la mayor traición de que nunca oí hablar, y si pudieseis concertar que viniesen a la batalla uno a uno, yo la tomaría sobre mí con la ayuda de Dios.

–No lo harán –dijo la dueña–. Si estuviereis vivo y en vuestro libre poder dentro de un año, yo tendré aquí a los otros dos caballeros, y vos seréis el tercero.

–Me place –dijo Amadís–, pero no os preocupéis de buscarlos, que yo os traeré tales para ese plazo, que mantendrán muy bien todo derecho.

Amadís pensaba en su hermano Galaor y en Agrajes, su primo. La dueña y la niña se lo agradecieron, y le dijeron que tuviese por cierto que aquel rey y sus hijos eran de los caballeros más valientes y esforzados que había en el mundo.

Después de comer condujeron a Amadís a una hermosa cámara, donde sólo quedó con él la doncella que había soltado los leones, que le dijo cómo lo había hecho por mandato de la niña, su señora. Amadís se maravilló mucho y dijo:

–Yo creo que tendrá dos cosas muy extremadas: será muy hermosa y de gran seso. Decidle que se lo agradezco mucho, y que me tenga

por su caballero.

Al día siguiente, después de oír misa, Amadís subió en un caballo nuevo y se iba a marchar. Entonces llegó Briolanja, que así se llamaba la niña, con una rica espada que había sido de su padre, y le dijo:

–Señor, llevad por mi amor esta espada, y Dios os ayude con ella.

–Señora –dijo Amadís sonriendo–, tenedme por vuestro caballero para hacer todo lo que sea en vuestra honra.

El enano, que todo lo miraba, pensó que Amadís amaba a aquella hermosa niña, y dijo:

–Señora, no ganasteis poco al ganar tal caballero.

XXII

LAS DOS RAMAS DEL ÁRBOL

Amadís anduvo sin encontrar aventuras hasta llegar a la floresta de Angaduza. El enano iba delante. Por el camino vieron acercarse a un caballero y a una doncella. El caballero echó mano a la espada y quiso cortar la cabeza al enano. Con gran miedo, el enano se dejó caer del rocín y dio voces llamando a Amadís, el cual se acercó y dijo:

–¿Qué es eso, caballero? ¿Por qué queréis matar a mi enano? Yo lo ampararé.

–Me pesa que lo amparéis –dijo el caballero–, mas es necesario que le corte la cabeza.

–Antes tendréis que luchar conmigo –dijo Amadís.

Tomaron sus armas y se acometieron a todo el correr de sus caballos. Con las lanzas se atravesaron los escudos y las lorigas. Los caballeros y los cuerpos y los yelmos chocaron con tal fuerza que ambos cayeron al suelo. Pero se levantaron enseguida y continuaron luchando a pie con sus espadas. La lucha era cruel, y cada uno se espantaba del otro. Ninguno de los dos había hallado hasta entonces quien pusiese su vida en tal peligro.

Continuaron así sin reposo durante gran parte del día. Sus escudos estaban cortados por muchas partes, y también los arneses, quedándoles ya muy poca defensa. Las espadas llegaban con daño a las carnes. Los yelmos estaban cortados y abollados por todas partes. Y sintiéndose ellos muy cansados, se apartaron algo, y dijo el caballero a Amadís:

–Caballero, dejadme hacer del enano lo que quiero, que luego os lo enmendaré.

–A ese enano –dijo Amadís– lo ampararé de todas maneras.

–Entonces –dijo el caballero–, o moriré o tendrá su cabeza aquella doncella que me la pidió.

Volvieron a luchar con gran saña. El caballero que quería matar al enano era bravo, mas Amadís peleaba con gran denuedo. Cada uno quería probar al otro su esfuerzo y valentía. El caballero estaba muy maltrecho, pero seguía combatiendo con bravura.

Un caballero armado que pasó al acaso se detuvo junto a la doncella y se comenzó a santiguar, porque nunca había visto una lucha tan reñida y tan brava. Y preguntó a la doncella si sabía quiénes eran los dos caballeros.

–Sí lo sé –dijo ella–, porque yo los hice juntar, y mucho me gustaría que uno de ellos muriese, y aún más que muriesen ambos.

–No es buen deseo –dijo el caballero–. Antes hay que rogar a Dios que conserve a tan buenos caballeros. ¿Por qué los odiáis tanto?

–Aquel que tiene el escudo más entero –dijo la doncella– es el hombre a quien más odia mi tío Arcaláus, y se llama Amadís. Y el otro con quien combate es Galaor, y mató al hombre que yo más amaba. Me había otorgado un don, y cuando conocí al otro caballero, le pedí la cabeza de aquel enano. Y Galaor por darme el don y Amadís por defender al enano van a llegar a la muerte.

–¡Maldita mujer –dijo el caballero–, que pensó tal traición para hacer morir a los dos mejores caballeros del mundo!

Y desenvainando la espada, le dio tal golpe, que le hizo caer la cabeza a los pies del palafrén. Y dijo:

–¡Toma este galardón por tu tío Arcaláus, que me tuvo en la prisión de donde me sacó aquel buen caballero!

Y dando voces, se dirigió a Amadís:

–¡Deteneos, señor, que ése es vuestro hermano Galaor!

Amadís dejó la espada y el escudo y se dirigió hacia Galaor:

–¡Ay, hermano, bienaventurado sea el que hizo que nos conociésemos!

–¡Ay, desdichado! –decía Galaor–, ¿qué he hecho contra mi hermano y señor?

E hincándose de rodillas, le pidió perdón llorando. Amadís lo alzó, lo abrazó y le dijo:

–Hermano, por bien empleado tengo el peligro que con vos pasé, pues fue ocasión de probar vuestra alta bondad.

XXIII

EL DOLOR DE ORIANA

Una mañana que el rey Lisuarte, acompañado de muchos caballeros, cabalgaba entre el palacio y la floresta, vio venir un caballero. Todos reconocieron enseguida el caballo y las armas de Amadís. Pero quedaron atónitos cuando vieron que las llevaba Arcaláus, que se acercó al rey con el rostro descubierto, y dijo:

–Señor, he dado mi palabra de venir a contaros cómo maté en batalla a un caballero. Quedó convenido entre ambos que el vencedor cortase la cabeza al vencido y se presentase ante vos. Yo le dije que si él vencía, mataría a Arcaláus, y él dijo que se llamaba Amadís de Gaula y era caballero de la reina. Él recibió la muerte, y yo, la honra de la batalla.

–¡Santa María! –dijo el rey–. ¡Ha muerto el mejor caballero del mundo!

El rey comenzó a llorar, y con él todos los que allí estaban. Arcaláus se marchó por donde había venido, con gran enojo, maldecido por todos. El rey volvió a palacio, y las nuevas llegaron pronto a la reina. Las dueñas comenzaron a llorar, y Oriana, que estaba en su cámara, envió a su doncella para que preguntase qué era aquel llanto. La doncella volvió golpeándose el rostro con las manos y gimiendo. Oriana se estremeció y dijo:

–¡Ay, santa María! ¿Ha muerto Amadís?

–¡Ay, señora, ha muerto!

Oriana cayó al suelo desvanecida. La doncella llamó a Mabilia, que se mesaba los cabellos con gran dolor. Mabilia mandó cerrar la puerta, tomó a Oriana en sus brazos y le echó agua fría en el rostro y en el pecho. Cuando Oriana recobró el sentido, dijo:

–¡Ay, amiga! No estorbéis mi muerte si deseáis mi descanso. ¡Ay, flor y espejo de toda la caballería! ¡Tan extraña es tu muerte que no sólo yo, sino todo el mundo, pierde un gran capitán en las armas y en las virtudes! En la tierra fría está tu morada, donde se apagará tu gran fuego de amor.

Volvió a perder el sentido y cayó al suelo. Parecía muerta. Sus hermosos cabellos estaban revueltos. Las manos apretaban el corazón. Mabilia quiso morir también. La doncella le dio ánimos, y entre las dos tendieron a Oriana en su lecho. Oriana comenzó a suspirar y a mover los brazos, como si le arrancasen el alma. Cuando abrió los ojos, Mabilia le dijo:

–¡Ay, señora, os dejáis morir por nuevas que pueden no ser verdad! Ese caballero pudo haber robado las armas y el caballo a Amadís, al que Dios no hizo tan sin ventura como para sacarlo tan pronto del mundo. Lo que hacéis es perderos para siempre.

Oriana tenía los ojos clavados en la ventana donde había hablado tantas veces con Amadís. Con voz muy débil se seguía lamentando, y pedía la muerte para que su alma se juntase con la de su amigo. Pasaron así el día y la noche en gran fatiga, y Oriana perdió el sentido varias veces.

Al día siguiente entró por la puerta del palacio Brandoibás, que conducía por la mano a Grindalaya. El rey se alegró mucho de verle, y él contó cómo estaba libre gracias a Amadís.

–¡Por la fe que a Dios debéis –dijo el rey, poniéndose en pie–, decidme si Amadís vive!

–¡Por la fe de Dios, que yo lo dejé vivo y sano no hace aún diez días!

Brandoibás contó todo lo que había sucedido en el castillo. El rey mandó que lo contase también a la reina y a las dueñas. Grindalaya fue a la cámara de Oriana y contó cómo Amadís había entrado en la cárcel, había matado a los carceleros y la había sacado a ella de la prisión, y la batalla que había tenido con Arcaláus. La mucha tristeza se tornó en gran alegría. Oriana dijo:

–¡De mala muerte muera el traidor de Arcaláus, que nos supo dar tanto pesar!

Pocos días después llegó también a la corte el enano de Amadís, que trajo nuevas de su señor y de Galaor. Después del duro combate que habían tenido, Baláis de Carsante, que era el caballero que los había separado, los condujo a su castillo. La reina preguntó cómo era Galaor. El enano dijo:

–Señora, es uno de los caballeros más hermosos del mundo, y si lo veis junto a mi señor, os será difícil saber cuál es el uno y cuál el otro.

XXIV

LA ENCRUCIJADA DE LOS CABALLEROS

Cuando Amadís y Galaor estuvieron curados de sus heridas, tomaron, en compañía de Baláis de Carsante, el camino de Vindilisora, donde estaba la corte del rey Lisuarte. Al cabo de cinco días llegaron a una encrucijada en la que había un gran árbol. Debajo del árbol, en un rico lecho, yacía un caballero muerto. Ardía un cirio a sus pies y otro a su cabecera, y no era posible apagarlos. El caballero muerto tenía puestas sus armas, y se veía que había recibido muchos golpes en la cabeza; por la garganta tenía metido un trozo de lanza, y parecía como si quisiese arrancárselo con ambas manos. Galaor dijo:

–¡Juro no partir de aquí hasta saber quién es este caballero y por qué le mataron, y vengarlo si es de justicia!

–Mucho me pesa lo que juráis –dijo Amadís–, porque temo que os tengáis que detener mucho.

–Hecho está –dijo Galaor, descendiendo del caballo y sentándose junto al lecho.

Amadís y Baláis hicieron lo mismo. Pronto vieron venir por uno de los caminos a un caballero y dos escuderos. El caballero llevaba en su caballo a una doncella que lloraba fuertemente, y él le daba golpes en la cabeza. Cuando pasaron junto al árbol, la doncella dijo:

–¡Ay, buen caballero, si estuvieras vivo no consentirías que me llevasen de esta manera!

El caballero le dio un golpe en el rostro hasta hacerle salir sangre, y pasó adelante con tal rapidez que era maravilla. Amadís dijo:

–¡Nunca vi caballero tan villano!

Y dirigiéndose a Galaor, le dijo:

–Hermano, si tardo, id a Vindilisora, que yo iré allí si puedo.

Tomó sus armas y, acompañado por Gandalín, se fue detrás del caballero.

Galaor y Baláis quedaron en la encrucijada. Cuando fue de noche, se acercó por el camino que había tomado Amadís un caballero armado que venía gimiendo, y dijo a Galaor y a Baláis:

–¡De mala muerte muera un caballero que anda por este camino, que parece que todos los diablos van con él!

–¿Qué hizo? –dijo Galaor.

–Le pregunté adónde iba tan veloz, y como no quiso responder, le tomé el caballo por el freno para obligarle a decírmelo o combatir conmigo. Me dijo que tardaría más en contestarme que en librarse de mí. Corrimos el uno contra el otro, y de un golpe dio conmigo y con mi caballo en tierra, y me dejó la pierna como veis.

Galaor y Baláis se rieron, y entonces él, con gran ira, se acercó a los caballos y dio al de Galaor un golpe que le hizo romper las riendas y huir por el campo. Quiso hacer lo mismo con el de Baláis, pero los caballeros acudieron con sus lanzas y se lo impidieron.

–¡No me ayude Dios –dijo Baláis– si no dais vuestro caballo por el que espantasteis!

Y salió detrás del caballero. Galaor quedó solo con el muerto. Al cabo, vencido por el sueño, se quedó dormido. Cuando despertó, no vio la luz de los cirios, y el muerto había desaparecido. Galaor dijo:

–No sé sino dormir. Mas yo me daré el castigo que merece mi descuido, y tendré que andar buscando a pie lo que habría sabido aquí sin trabajo.

Oyó un relincho y se encaminó en su dirección, pero no vio nada. Volvió a oír relinchos más lejos y siguió andando. Cuando fue de día se encontró con dos caballeros armados. Le dijeron que pasada la medianoche habían visto a tres doncellas y diez escuderos que

llevaban unas andas. Siguió andando y se encontró con una doncella, que le llevó en su palafrén hasta un castillo. Allí vio que yacía en medio del patio el caballero muerto. Galaor se acercó a un anciano, el cual le dijo:

–El caballero muerto se llamaba Antebón y era natural de Gaula. Vino a esta tierra y se casó con la dueña que llora ahora junto a él y que es la señora de este castillo. Antebón acostumbraba ir muchas veces al árbol de la encrucijada, porque siempre pasan por allí muchos caballeros andantes, e hizo tantas cosas en armas, que era muy loado en estas tierras. Pero Antebón tenía una hermosa hija, llamada Brandueta, de la que estaba enamorado un caballero llamado Palingues, que tiene una fortaleza cerca de aquí. Un día que Antebón estaba junto al árbol, vino Palingues a este castillo, tomó violentamente a Brandueta y se la llevó sin que nadie pudiera impedírselo. La doncella no hacía sino llorar, y él le dijo: «¿Por qué no me queréis tomar en casamiento? ¿No soy caballero y no tengo más riqueza y estado que vuestro padre?». La doncella le dijo que había jurado no amar sino a un caballero que fuera tan loado en armas como su padre. Entonces él quiso mostrar que era más esforzado que Antebón. Salió armado de su castillo y llegó al árbol de la encrucijada. Vio a Antebón a pie y sin las armas. Acercándose a él sin hablarle, le hirió con la lanza en el cuello y lo hizo caer. Luego lo mató a golpes. Desde entonces, todos los días colocamos su cuerpo bajo el árbol de la encrucijada, por si alguno de los caballeros que pasan quisiera vengarlo. Siempre quedan con él cuatro escuderos, salvo anoche, que huyeron porque Palingues los amenazó.

Galaor se ofreció a vengar aquella muerte. El anciano lo tomó por la mano y, haciendo callar a todos, dijo a la dueña:

–Señora, este caballero dice que vengará la muerte de vuestro marido.

–¡Ay, buen caballero! –dijo ella–. Dios os dé el galardón, que él no tiene en esta tierra pariente ni amigo que quiera vengarlo.

–Señora –dijo Galaor–, tendré más gusto en hacerlo por ser él de mi misma tierra.

Le dieron caballo y dos doncellas que le guiasen. Después de mucho andar llegaron a una fortaleza sobre una peña muy alta. La puerta estaba cerrada. Galaor llamó, y acudió un hombre armado, que le dijo:

–Esta puerta sólo es para que salgan los que están dentro.

La entrada era por la torre. Galaor dejó el caballo a las doncellas. Desde lo alto comenzaron a desenvolver una devanadera, y soltaron un cesto grande atado a unas recias cuerdas. Sólo en ese cesto se podía entrar. Galaor dijo:

–Si yo entro en el cesto, ¿me pondréis a salvo?

–Sí –contestaron–, mas luego no os aseguramos.

–Pues tirad –dijo Galaor entrando–, que en vuestra palabra confío.

Cuando el cesto estuvo en lo alto de la torre, Galaor saltó rápidamente. Ellos le dijeron:

–Caballero, jurad que ayudaréis al señor de este castillo contra los que demandaron la muerte de Antebón.

–Antes le haré conocer la gran traición que cometió –dijo Galaor.

–¿Cómo sois tan osado? –dijeron los caballeros–. Estáis en nuestro poder y le amenazáis. Cara pagaréis vuestra locura.

Y echando mano a las espadas fueron contra él muy airadamente. Galaor desenvainó su espada. Las doncellas que estaban al pie de la torre oían los golpes en los yelmos y en los escudos. Galaor dio a uno de los caballeros con todas sus fuerzas encima del yelmo, y la espada penetró dos dedos en la cabeza. Al retirarla, dio con él en el suelo, donde lo mató. Cuando el otro se vio solo, quiso huir, mas Galaor lo alcanzó, y tomándolo por el brocal del escudo lo derribó a sus pies, y en el suelo le dio tales golpes de espada que lo dejó muerto. Envainó la espada y bajó por una escalera al patio. Vio entonces a una doncella hermosa, que estaba diciendo:

–¿Por qué huyes, Palingues, si eres tan esforzado que mataste a mi padre en batalla, como dices?

Galaor vio a un caballero armado que quería abrir la puerta de otra torre. Al no poder huir, se volvió contra Galaor y le dio un gran golpe encima del brocal del escudo, de modo que la espada quedó allí sin poder salir. Galaor le hirió en descubierto en el brazo hasta el codo. Palingues quiso huir a una cámara, pero quedó atravesado en la puerta. Galaor lo tomó por una pierna y lo arrastró, y, quitándole el yelmo, le hendió la cabeza hasta los dientes, diciendo:

–¡Toma esto por la traición que cometiste al matar a Antebón!

La doncella, al oír estas palabras, se acercó a él y le dijo:

–¡Ay, buen caballero, Dios os haga vivir con honra, que vengasteis a mi padre y la fuerza que a mí se me hizo!

–¡Amiga –dijo Galaor, tomándola por la mano–, debiera tener vergüenza quien a tan hermosa señora hiciese penar! Así me ayude Dios, que valéis más para ser servida que enojada.

Galaor hizo entrar a las doncellas que le habían conducido, las cuales abrazaron a su señora con gran placer. Se quitó entonces el escudo y el yelmo, y quedaron maravilladas de verle tan joven y tan hermoso. Brandueta se enamoró de él y quiso saber quién era. Cuando Galaor se lo dijo, se alegró, porque su padre hablaba siempre de él y de Amadís, los hijos de su rey.

Brandueta quería ver a su madre, y aunque era tarde se pusieron enseguida en camino. Llegaron al castillo ya muy entrada la noche. La señora del castillo recibió a Galaor en sus brazos, diciendo:

–Señor, este castillo es vuestro y todos haremos lo que mandéis.

Lo hizo desarmar y lo llevó a una rica cámara, donde había un lecho de hermosos paños. Allí pasó esa noche a su placer, porque Brandueta, considerando que si le dejaba solo no se cumplía la gran honra que él merecía, fue a acompañarle y estuvo con él hasta cerca del amanecer.

XXV

LA DONCELLA RAPTADA

Amadís alcanzó al caballero que maltrataba a la doncella y le dijo:

–Os conviene dejar esa doncella.

–Más os conviene a vos volver por donde habéis venido.

–Ahora lo veremos.

Bajaron las lanzas y se dieron con ellas en los escudos. El caballero cayó a tierra. Amadís iba a herirle desde su caballo, pero el otro le pidió merced.

–Pues jurad –le dijo Amadís– que jamás haréis nada contra la voluntad de una dueña o doncella.

–Lo juro –dijo el caballero.

Amadís se aproximó para tomarle el juramento, pero el caballero, que tenía la espada en la mano, le hirió con ella el caballo y le hizo caer. Amadís se levantó enseguida y corrió hacia él con tal saña que de un golpe que le dio en el yelmo, bajo la visera, le hendió la cabeza hasta las narices. El caballero cayó al suelo. No contento aún Amadís, le cortó en dos la cabeza.

Gandalín tomó a la doncella en su palafrén y se dirigieron hacia un castillo. Cerca de medianoche llegaron a una ribera, y como la doncella tenía sueño, acordaron dormir allí. Pusieron en el suelo el manto de Gandalín y ella se acostó encima. Amadís, echado sobre su yelmo, se durmió junto a ella; Gandalín, del otro lado. Cuando los tres dormían, acertó a pasar un caballero, que se acercó con su caballo y puso el pomo de la lanza entre los brazos de la doncella. Ella despertó soñolienta, y creyendo que era Amadís, dijo:

–¿Queréis, señor, que andemos?

–Quiero –dijo el caballero.

La tomó por el brazo, la puso delante de sí y comenzó a cabalgar. Ella se dio cuenta de su error y empezó a dar voces. El caballero se alejó a toda carrera.

Amadís despertó a las voces de la doncella. Se colocó el yelmo, tomó el escudo y la lanza y se fue cabalgando por donde había visto desaparecer al caballero. Pronto se encontró entre unos árboles espesos, fuera del camino, y aunque era el caballero más sufrido del mundo, tenía gran saña contra sí mismo.

Anduvo parte del día por el campo y por fin oyó sonar un cuerno. Atraído por el ruido, llegó a un hermoso castillo situado en un otero. El muro era alto, las torres fuertes y la puerta estaba bien cerrada. Los veladores, que estaban en lo alto, le dijeron que no habían visto a ninguna doncella. Amadís rodeó el castillo, y por el otro lado vio abierta una pequeña puerta. El caballero que le había llevado la doncella estaba de pie mientras le desensillaban el caballo para pasarlo al interior. Amadís le desafió, pero el caballero le dijo que si quería entrar tendría que atenerse a la costumbre del castillo, y para ello aguardar al día siguiente. El caballero cerró la puerta y Amadís quedó con Gandalín debajo de irnos árboles.

Cuando amaneció, se abrió la puerta. Amadís se acercó, y vio un caballero armado, en un gran caballo. El portero le dijo:

–Si queréis entrar, la costumbre es que combatáis antes con este caballero. Si os vence, tenéis que hacer el mandado de la señora de este castillo o poneros en una dura prisión. Si vencéis, tendréis que combatir en la otra puerta con dos caballeros, y dentro del castillo con tres, y si vencéis a todos, además de ganar gran prez en armas, os concederán lo que demandáis.

–Lo cobráis caro –dijo Amadís–, mas como quiera que sea, quiero llevar a la doncella que acá me tienen, si puedo.

Entró por la puerta. El caballero armado le acometió con la lanza, pero él con la suya lo derribó a tierra, quebrándole el brazo

derecho. Y poniéndole la lanza en el pecho, le dijo:

–Sois muerto si no os dais por vencido.

El caballero le pidió merced y le mostró el brazo. Amadís siguió adelante y se encontró en la otra puerta con dos caballeros armados. Cubriéndose con su escudo, bajó la lanza y fue corriendo contra ellos. A uno lo derribó con el caballo y lo dejó sin sentido en el suelo. Y volviéndose hacia el otro, le dio con la lanza en el yelmo y se lo arrancó de la cabeza. Ambos echaron mano a la espada y Amadís dijo:

–Caballero, es locura combatir con la cabeza desarmada.

–Mi cabeza la cuidaré yo –dijo el caballero– mejor que vos la vuestra.

Amadís le dio entonces encima del escudo un golpe tan fuerte que el caballero perdió los estribos y estuvo a punto de caer. Cuando lo vio tan embarazado, le dio de plano con la espada en la cabeza y lo dejó aturdido. Y acercándose a él y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

–Mal cuidasteis la cabeza, caballero, que si no os doy de plano, la perdíais para siempre.

El caballero no quiso hacer más locuras; dejó caer la espada, y le dejó pasar adelante. Al llegar a la otra puerta, Amadís vio sobre el muro dueñas y doncellas que decían:

–Si este caballero pasa el puente, habrá hecho la mayor hazaña del mundo.

Salieron contra él tres caballeros muy bien armados y en hermosos y grandes caballos. Le dijeron que se diese preso o aceptase el mandado de la señora del castillo, Amadís dijo:

–No me entregaré en tanto pueda defenderme, y la voluntad de la señora no sé cuál es.

Los tres fueron de consuno contra él tan bravamente que parecía que lo iban a derribar con el caballo. Pero Amadís clavó a uno la

lanza por los costados, y echando mano a la espada, repartió con ella tales golpes que hizo huir a los otros dos hacia el castillo. Amadís los persiguió y llegó a una puerta donde había unas veinte dueñas y doncellas. La más hermosa le dijo:

–Deteneos, caballero, que mucho habéis hecho.

–Señora –dijo Amadís–, que se den por vencidos.

La dueña le preguntó qué demandaba, y él pidió la doncella que le habían tomado. La dueña dijo:

–Que venga el caballero y diga su razón, y vos, la vuestra. Cada uno tendrá su derecho, y en tanto descended del caballo y sentaos.

Acudió un caballero armado, que traía descubierta la cabeza y las manos. Era grande y de gran fuerza. Y dirigiéndose a Amadís, dijo:

–Caballero, me dicen que demandáis una doncella que traje aquí. Ella quiso venir conmigo y no tengo por qué entregarla.

–Pues mostrádmela –dijo Amadís.

–No tengo por qué –dijo el caballero–, mas si decís que no debe ser mía, os probaré lo contrario en batalla.

–Eso me place –dijo Amadís.

La dueña, que se llamaba Grovenesa, y era la que amaba a Angriote de Estraváus, quiso evitar la batalla. El caballero era Gasinán, su tío. Mas él no quería dejar la doncella. Le trajeron un gran caballo, y Amadís subió en el suyo y tomó sus armas. Las dueñas se apartaron.

Los caballeros se acometieron a todo el correr de sus caballos, las lanzas bajas. Rompieron las lanzas y chocaron con los escudos y los yelmos tan bravamente que era maravilla. Gasinán, que era menos fuerte, cayó de la silla, mas se levantó enseguida, y echando mano a la espada, subió a un pilar de piedra que había en medio del patio. Amadís se acercó, y entonces Gasinán hirió al caballo de Amadís en la cara. Amadís, con gran saña, le quiso dar un golpe con todas sus fuerzas, pero la espada dio en el pilar y se cortó en tres. Amadís se

vio en peligro de muerte, y descendió del caballo lo más pronto que pudo. Gasinán dijo:

–Otorgadme la doncella; si no, moriréis.

–Eso no será –dijo Amadís– si no dice ella que le place.

Gasinán comenzó entonces a darle golpes de espada por todos lados, mas Amadís se cubría muy bien con su escudo, y algunas veces se los devolvía con la empuñadura de la espada. Así anduvieron mucho tiempo, y las dueñas y doncellas se espantaban de cómo Amadís podía defenderse. Mas se vio desguarnecido por muchos lugares de la loriga y menguado de su escudo, lo que le ponía en peligro de muerte. Entonces se abalanzó con gran saña contra Gasinán y se abrazó a él tratando de derribarlo. Estaban cerca de una columna de piedra, y Amadís, que tenía más fuerza de lo que podía pensarse, aunque no era de gran cuerpo, puso toda la que tenía y tiró a Gasinán contra ella, dejándolo aturdido en el suelo. Amadís le tomó la espada, le cortó los lazos del yelmo, y cuando Gasinán recobró el sentido, le dijo:

–Me hicisteis gran pesar sin derecho, y ahora me vengaré. Levantó la espada, pero Grovenesa empezó a dar grandes voces pidiendo merced, y acudió llorando.

Amadís hizo ademán de querer cortarle la cabeza, pero luego dijo:

–Dueña, en el mundo no hay más que dos cosas por las cuales dejaría de hacerlo. Me daréis la doncella y me juraréis, como leal dueña, que iréis a la corte del rey Lisuarte y allí me daréis el don que yo os demande.

Gasinán recobró el sentido, y al verse en peligro dijo:

–¡Ay, sobrina! No dejéis que me maten.

La dueña juró lo que le pedían, y entonces Amadís dejó al caballero y dijo:

–Yo cumplo lo que os prometí, y ahora cumplid vos, y no temáis que os pida nada contra vuestra honra.

La dueña hizo venir a la doncella raptada, que se hincó de rodillas ante Amadís, y dijo:

–Señor, mucho afán habéis puesto por mí, y aunque Gasinán me trajo con engaño, veo que me quiere bien.

–Amiga –dijo Gasinán–, os ruego que quedéis conmigo.

–Así lo haré –dijo ella–, si le place a este caballero.

–Escogéis a uno de los mejores caballeros que podríais encontrar –dijo Amadís–. Pero si no es de vuestro agrado, decídmelo ahora y no me culpéis de lo que os avenga.

–Señor –dijo ella–, os agradezco que me dejéis aquí.

XXVI

LA CORONA Y EL MANTO

El rey Lisuarte, con las nuevas que tenía de Amadís y de Galaor, decidió llamar a cortes a todos sus caballeros, y mandó a la reina que enviase por las doncellas más hermosas y de más alto estado, porque quería hacer a todos muchos honores y conceder grandes mercedes. Las cortes debían reunirse en la ciudad de Londres el día de Santa María del mes de septiembre.

Estaban todos en palacio, hablando con gran alegría de las cosas que en las cortes se iban a ordenar, sin pensar en las asechanzas de la fortuna, cuando entró una doncella extraña, muy bien ataviada, con un gentil doncel. Se acercó al rey y dijo:

–Señor, bien se ve que sois rey en el cuerpo, mas no sé si lo seréis por el corazón.

–Doncella –dijo él–, eso lo podréis saber cuando queráis.

–Señor –dijo la doncella–, yo quiero probar vuestro esfuerzo y os recordaré vuestra palabra. He oído decir que vais a tener cortes, y allí, delante de muchos caballeros, quiero ver si con razón debéis ser señor de tan gran reino y de tan famosa caballería.

La doncella se despidió y se marchó. Muchos temieron que pusiese al rey en gran peligro, y no tuvieron por bien que tan alto príncipe diese su palabra sin más deliberación a una mujer extraña.

Quería la reina acogerse a su palacio, cuando entraron tres caballeros, dos de ellos armados y el tercero desarmado, grande y bien hecho, la cabeza cana pero de buen color, y hermoso para su edad. El caballero desarmado traía en la mano una arqueta pequeña. E hincando las rodillas ante el rey, le dijo:

–Dios os salve, señor. He oído decir que tendréis cortes en Londres, y como a príncipe que ha hecho la mayor promesa del mundo, os traigo lo que os corresponde.

Abrió la arqueta y sacó de ella una corona de oro bien trabajada y con tantas piedras y aljófar que todos quedaron maravillados. El rey la miraba mucho, con deseos de tenerla, y el caballero le dijo:

–Creed, señor, que ninguno de los que hoy saben trabajar oro y colocar piedras la sabría hacer. Y además de su hermosura tan extraña, tiene una virtud de más precio, y es que el rey que en su cabeza la pusiere, será mantenido y acrecentado en su honra hasta el día de su muerte, como lo fue aquel para el cual fue hecha. Y si vos, señor, quisierais tenerla, os la daré por algo que sea reparo de mi cabeza, que estoy en peligro de perder.

–Señor –dijo la reina–, mucho os conviene la joya y dad por ella todo lo que el caballero os pidiere.

–Y vos, señora –dijo el caballero–, me compraréis un hermoso manto que aquí traigo.

Y sacó de la arqueta el manto más rico y mejor trabajado que nunca se había visto, que, además de las piedras y el aljófar de gran valor que tenía, llevaba representadas todas las aves y animales del mundo de manera tan sutil que parecía maravilla.

–Señora –dijo el caballero–, difícilmente se podría hallar ahora quien hiciese otro semejante. Y aún más os digo, que conviene más a mujer casada que soltera, pues tiene tal virtud que el día que se lo pusiera no puede haber entre ella y su marido ninguna congoja.

La reina, que amaba mucho al rey, dijo:

–Caballero, os daré por ese manto lo que queráis.

–Demandad, caballero –dijo el rey–, lo que queráis por el manto y la corona.

–Señor –dijo el caballero–, no me puedo detener más. Estaré con vos en las cortes de Londres y os dejo la corona y el manto con la condición de que me deis allí por ellos lo que os demandare o me

los devolváis.

Los reyes se lo prometieron delante de todos los caballeros y él dijo:

–¿Oísteis bien, caballeros y dueñas, que el rey y la reina prometen que me devolverán mi corona y mi manto o me darán lo que yo les pidiere? Adiós, que yo voy ahora a la prisión más dura que nunca tuvo un hombre.

Uno de los caballeros que le acompañaban se quitó el yelmo y pareció joven y hermoso. El otro no se lo quiso quitar, y tuvo todo el tiempo la cabeza baja, y parecía tan grande que no había en casa del rey caballero que se le igualase. Así se fueron los tres, dejando en poder del rey el manto y la corona.

XXVII

LA LLEGADA A LA CORTE

Amadís, Galaor y Baláis se volvieron a encontrar en el árbol de la encrucijada y se dirigieron a la corte del rey Lisuarte, donde fueron recibidos por el rey, la reina y todos los caballeros con tanta honra y alegría como nunca lo había sido ningún caballero en parte alguna. Y salía tanta gente a verlos, que apenas se podía andar por las calles o entrar en el palacio. Todos, al ver a Amadís y a Galaor desarmados y tan hermosos y apuestos, maldecían a Arcaláus. Agrajes los tenía abrazados y se alegraba con ellos. El rey los condujo a la cámara de la reina, y cuando entraron, Amadís vio a Oriana, su señora, y se le estremeció el corazón. A ella le vinieron las lágrimas a los ojos.

Amadís hincó las rodillas ante la reina, y tomando a Galaor por la mano, dijo:

–Señora, aquí veis al caballero que me enviasteis a buscar.

La reina alzó a Amadís por la mano y lo abrazó. El rey dijo:

–Señora, quiero que me deis a Galaor, ya que Amadís es vuestro.

–Señor –dijo ella–, nunca tan gran don se dio en la Gran Bretaña. Mas es de derecho, pues sois el mejor rey que en ella reinó.

Y dirigiéndose a Galaor, dijo la reina:

–Amigo, ¿qué os parece que haga?

–Señora –dijo él–, me parece que toda cosa que pida tan gran rey se le debe dar, y yo estoy para serviros en lo que mande mi hermano y señor.

Amadís le rogó que aceptase, y así pasó Galaor a ser vasallo del rey. Oriana, Mabilia y Olinda estaban juntas. Mabilia le pidió a Agrajes que llamase a Amadís, y puso de un lado a Oriana con Amadís y del otro a Olinda con Agrajes, y dijo:

–Ahora estoy entre las cuatro personas del mundo que más amo.

A Amadís le saltaba el corazón en el pecho y se acercó con mucha humildad. Oriana le tendió las manos por entre las puntas del manto, le apretó las suyas y le dijo:

–¡Amigo, qué dolor me hizo pasar aquel traidor que trajo las nuevas de vuestra muerte!

Amadís bajó los ojos y no osaba mirarla. Le parecía tan hermosa que el sentido alterado le hizo morir la palabra en la boca. Oriana, que tenía los ojos fijos en él, lo notó y dijo:

–¡Ay, amigo, cómo no os iba a amar si os aman todos los que os conocen!

–Señora –dijo Amadís–, de la dolorosa muerte que padezco por vos cada día pido que os doláis, que de la otra, si me viniere, tendría gran descanso y consolación. Si mi triste corazón no se sostuviese con el gran deseo de serviros, ya estaría del todo deshecho y consumido.

Cuando Amadís decía estas palabras, las lágrimas caían por su rostro, sin que pudiera evitarlo. Ella le dijo:

–¡Por Dios, amigo, no me habléis de vuestra muerte! Si yo tengo amor al mundo, lo tengo por vos, que en él vivís. Creo bien vuestras palabras, y si vuestra pena parece mayor que la mía, es porque el amor y el dolor se muestran más en vos que en mí. Yo os prometo que si la fortuna me muestra alguna vía de descanso, aunque sea con peligro, yo no vacilaré para no veros padecer tan graves y crueles dolores.

Amadís suspiró y quiso hablar, mas no pudo. Ella le tomó la mano, se acercó a él y le dijo:

–Señor, yo cumpliré la promesa que os doy, y, en tanto, acudid a las

cortes que hará el rey mi padre.

La reina llamó a Amadís y lo sentó junto a Galaor. Las dueñas y doncellas los miraban. Galaor era algo más blanco; Amadís tenía los cabellos crespos y rubios y el rostro algo más encendido; era además más fuerte de miembros. Oriana y Mabilia pidieron a la reina que les enviase a Galaor. Ella lo tomó por la mano y le dijo:

–Aquellas doncellas os quieren ver, y sabed que una es mi hija, y la otra, vuestra prima.

Galaor se acercó a ellas y cuando vio la gran hermosura de Oriana quedó espantado. No podía pensar que nadie alcanzase tanta perfección. Comprendió entonces la afición de Amadís por la corte del rey Lisuarte.

XXVIII

LAS CORTES DE LONDRES

El rey Lisuarte quería que en las cortes de Londres fuese notoria a todo el mundo la grandeza de su estado. Mas allí le sobrevinieron las primeras acechanzas de la fortuna, que pusieron su persona y sus reinos en peligro de perderse. El rey emprendió el camino con todos los caballeros, y la reina con sus dueñas y doncellas. Por el camino hicieron grandes justas y fiestas. El rey había mandado que llevasen tiendas para aposentarse en las vegas, cerca de las riberas y de las fuentes.

En Londres hallaron tanta gente que parecía que todo el mundo estaba reunido allí. El rey y la reina se alojaron en sus palacios, y con ellos Amadís, Galaor, Agrajes, Galvanes sin Tierra, tío de Agrajes, y los caballeros más preciados. En la ciudad y en palacio se celebraron danzas y juegos, y las calles estaban atestadas de gente que quería ver a Amadís y a Galaor.

Acudió a estas cortes un señor, más grande por su estado que por sus virtudes. Se llamaba Barsinán y era señor de Sansueña. No era vasallo del rey Lisuarte, pero un día, estando en sus tierras, se le presentó Arcaláus el encantador y le dijo:

–Señor, podrías ser rey sin gran afán ni trabajo.

–Yo tomaría cualquier trabajo –dijo Barsinán– con tal de serlo.

–Haré que lo seáis si me hacéis mayordomo mayor.

–Decidme de qué manera.

–Yo os lo diré. Id a las cortes del rey Lisuarte con gran compañía de caballeros. Yo prenderé al rey de modo que ninguno de los suyos pueda socorrerle, y también a su hija Oriana, que os daré por mujer.

Al cabo de cinco días enviaré a la corte la cabeza del rey. Entonces pugnaréis por tomar su corona, y como la hija estará en vuestro poder, no habrá nadie que os lo pueda impedir.

–Si eso hacéis –dijo Barsinán–, seréis el hombre más rico y poderoso de mi reino.

Cuando Barsinán acudió a las cortes, el rey Lisuarte salió a recibirle con gran compañía de caballeros y dio orden de que aposentasen a todos y les diesen todo lo necesario. Barsinán le dijo al rey:

–Señor, vengo a estas grandes cortes para serviros.

–Amigo –dijo el rey–, mucho os lo agradezco, y me placerá tomar aquí vuestro consejo, porque con la misma voluntad con que partisteis de vuestra tierra para visitarme, guiaréis vuestro consejo para mi provecho y honra.

–De eso podéis estar seguro –dijo Barsinán–, que yo os daré consejo según el propósito y el deseo que me hizo venir aquí.

El rey mandó armar tiendas para él y la reina y cedió su palacio a Barsinán. Al día siguiente, el rey se vistió los paños adecuados para las fiestas y mandó que le trajesen la corona que le había dejado el caballero y que avisasen a la reina para que vistiese el manto.

La reina abrió la arqueta con la llave que siempre tenía en su poder y no halló nada dentro. Muy maravillada, se comenzó a santiguar y llamó al rey. Él, muy contrariado, le dijo:

–¿Cómo habéis guardado tal mal cosa que tanto nos convenía?

–Señor –dijo ella–, no sé qué decir. La arqueta estaba cerrada y la llave la he tenido siempre yo, sin haberla confiado a nadie. Sólo os puedo decir que esta noche se me presentó una doncella que me pidió la llave. Yo se la entregué y abrió la arqueta y se puso el manto y la corona. Y sentí gran placer en verla, y ella me dijo: «El que tenga esta corona reinará antes de cinco días en la tierra del poderoso que ahora trata de conquistar tierras ajenas». Volvió a cerrar la arqueta, me devolvió la llave y desapareció, llevándose la corona y el manto. Y no sé decir si fue sueño o fue realidad.

El rey quedó maravillado y le pidió que no lo contase a nadie. Salieron ambos de la tienda y se fueron a palacio, acompañados de muchos caballeros y de dueñas y doncellas. El rey se sentó en una rica silla y la reina en otra más baja, ambas puestas en un estrado de paños de oro. Del lado del rey estaban los caballeros, y muy cerca de él los cuatro que más quería: Amadís, Galaor, Agrajes y Galvanes sin Tierra. Detrás de ellos, el rey Arbán de Norgales, armado, con la espada en la mano, acompañado de doscientos caballeros también armados.

Después de comer, el rey se reunió con los principales señores y tomó consejo sobre la manera de dar más honra a los caballeros de la corte. Luego todos juraron ante la reina que defenderían a las dueñas y doncellas contra cualquier agravio que se les hiciera. Estaban todos con gran placer en compañía del rey, cuando entró una doncella asaz hermosa, vestida de luto, que hincó las rodillas ante el rey y le dijo:

–Señor, todos tienen alegría, excepto yo, que tengo gran pesar y tristeza.

–Amiga –dijo el rey–, ¿qué tristeza es ésa?

–Señor, mi padre y mi tío están en prisión porque mataron a un caballero.

–¿Y por qué lo mataron? –dijo el rey.

–Porque se alababa –dijo ella– de que él solo combatiría contra ellos dos, y los desafió con tanto orgullo y soberbia que tuvieron que aceptar el combate, en el que quedaron vencedores, y el otro, muerto. Esto sucedió ante el castillo de Galdenda, y la dueña del castillo, que tenía a aquel caballero para hacer una batalla, prendió a mi padre y a mi tío hasta que le trajesen dos caballeros, cada uno de los cuales fuese tan bueno y tan probado en armas como el muerto.

La doncella lloraba muy amargamente y el rey se apiadó y le dijo:

–Decidme si está lejos ese castillo.

–Se puede ir y venir en cinco días –dijo la doncella.

–Pues escoged aquí los dos caballeros que más os agraden.

–Señor –dijo ella–, yo soy de lejanas tierras y no conozco a ninguno. Si os place, rogaré a la reina mi señora que me aconseje.

La reina hizo llamar a Amadís y a Galaor, y dijo:

–Este caballero es mío y se llama Amadís, y el otro es del rey y se llama Galaor, y os digo que son los mejores que hay aquí y en cualquier lugar.

–¡Cómo! –dijo la doncella–, ¿vos sois Amadís, el caballero sin par? Por Dios, que ahora estoy segura de alcanzar lo que deseo.

Amadís dirigió su mirada hacia Oriana por saber si se lo permitía, y ella, por piedad hacia la doncella, dejó caer los guantes en señal de consentimiento.

Amadís y Galaor, conducidos por la doncella, anduvieron todo el día y entraron en la floresta que se llamaba Malaventurada, porque nunca entró en ella caballero andante que tuviese buena ventura. Siguieron el camino durante la noche, con luna clara. La doncella no hacía más que andar, y Amadís le dijo:

–Doncella, ¿no queréis que descansemos?

–Sí –dijo ella–, pero más adelante, donde hallaremos unas tiendas con gente que se alegrará de veros.

La doncella se adelantó para hacer que preparasen el albergue, y los caballeros llegaron poco después a dos tiendas que estaban junto al camino. La doncella, que los esperaba, les dijo:

–Señores, descabalgad y descansaréis en esta tienda, que habéis tenido una larga jornada.

Los sirvientes les tomaron los caballos y las armas. Amadís les dijo:

–¿Por qué nos lleváis las armas?

–Para ponerlas en la tienda donde dormiréis –dijo la doncella.

Se sentaron a esperar, y al rato entraron por la puerta unos quince hombres, entre caballeros armados y peones con hachas, diciendo:

–Entregaos presos o sois muertos.

–¡Por Santa María, hermano! –dijo Amadís–. ¡Ésta es la mayor traición del mundo!

No tenían sus armas para defenderse. Los hombres les pusieron las lanzas al pecho. Amadís estaba tan airado que la sangre le salía por las narices y los ojos.

–¡Ay, traidores! –dijo–. Si tuviésemos nuestras armas, otra cosa sería.

Galaor desafió a los caballeros y Amadís dijo que prefería la muerte. Uno de los caballeros se volvió hacia la puerta y dijo:

–Señora, no quieren entregarse. ¿Hay que matarlos?

–Aguardad –dijo ella–. Si no hacen mi voluntad, cortadles la cabeza.

La dueña entró en la tienda. Era hermosa, y dirigiéndose a Amadís y a Galaor les dijo:

–Sed mis presos; si no, moriréis.

–Mandadnos dar nuestras armas y caballos –dijo Galaor–, y si vuestros hombres no nos pueden prender, vendremos a ponernos en vuestra prisión por nuestra voluntad.

–No os creeré esta vez –dijo ella–, mas os aconsejo que seáis mis presos.

Ellos vieron que no podían hacer otra cosa. La doncella que los había conducido hasta allí estaba desconsolada y ocultó sus nombres. La dueña les dijo:

–Caballeros, ahora que sois mis presos os quiero proponer algo para que podáis elegir entre la libertad o una prisión más dura que la

muerte.

–Si es para nuestra vergüenza –dijo Amadís–, antes sufriremos la muerte.

–Nada sé de vuestra vergüenza –dijo ella–, mas os mandaré soltar si os presentáis al rey Lisuarte y le decís que por mandato de Madásima, la señora de Gantasi, abandonáis su casa porque tiene en ella al que mató al buen caballero Dardán.

–Dueña –dijo Galaor–, el rey es bueno y leal, y de ninguna manera lo haremos.

La dueña mandó a un caballero que les atase las manos. El caballero dijo:

–Lo haré con gusto, y, si lo mandáis, les cortaré la cabeza.

Cuando iba a coger a Amadís por los brazos, él los retiró. El caballero le quiso pegar en la cabeza, pero Amadís le dio un golpe en el pecho y lo derribó. En la tienda hubo gran revuelo y todos se abalanzaron para matarle, llegando uno a herirle por la espalda. Pero un caballero viejo que allí estaba echó mano a su espada e hizo que se apartasen, y dirigiéndose a la dueña le dijo:

–¡Cómo, señora! Tenéis a estos caballeros en vuestra prisión ¿y permitís que los maten?

–¿Por qué no van a matar al caballero más loco del mundo?

–Señora –dijo Galaor–, no permitiremos que ate nuestras manos nadie más que vos, que sois dueña y hermosa, y ya que somos vuestros presos, estamos dispuestos a obedeceros.

La dueña les tomó entonces las manos y las hizo atar reciamente. Los pusieron en dos palafrenes, y seguidos a pie por Gandalín y el escudero de Galaor, que iban también atados, anduvieron toda la noche por la floresta.

El caballero viejo, que era el padre de la doncella que los había conducido y sabía quiénes eran, deseaba salvarlos de la muerte. Se acercó a Amadís y le dijo:

–¿Os sentís mal de vuestra herida?

–No me duele la herida. Me duele más el que una doncella que nos trajo en su ayuda nos haya hecho tan gran traición.

–Es verdad que fuisteis engañados, y yo quisiera repararlo de alguna manera. Os voy a dar un consejo. Si saben quiénes sois, no hay nada que os salve de la muerte. Poned buen semblante y acercaos a la dueña y requeridla de amores, que por vuestra bondad y hermosura podrá ser que lograseis la libertad. Y hacedlo pronto, porque ha enviado a preguntar quiénes sois.

–Que suceda lo que Dios quiera –dijo Amadís, pensando en Oriana–, pero eso no será nunca, aunque ella me lo ruegue. Hablad, si queréis, que este otro caballero, que podría hacerlo con más derecho.

Galaor aceptó con gran alegría, y entonces el caballero se dirigió a la dueña y le dijo:

–Señora, lleváis preso al más hermoso caballero que yo nunca he visto, y si le honráis y mostráis buena cara podría ser que le atrajeseis a lo que queréis mejor que de otro modo.

La dueña se acercó a Galaor, lo miró con más detenimiento y le dijo:

–Caballero, ¿cómo os va?

–Señora, como no os iría si estuvieseis en mi poder, que mejor os serviría como a mi señora que estando metido en dura prisión.

–Caballero –dijo la dueña, contenta de la respuesta–, si yo os tomase como amigo y os pusiese en libertad, ¿dejaríais al rey Lisuarte e iríais a decírselo?

–Sí –dijo Galaor–, y también lo haría aquel otro caballero.

–Pues quiero –dijo ella– que todo se otorgue ante una dueña que nos dará hoy albergue. Y en tanto, si me prometéis que no os marcharéis, os desatarán las manos.

Les soltaron las manos y desataron a los escuderos. Al ponerse el sol llegaron a un castillo, y delante de la señora, que era amiga de Madásima, prometieron que en el plazo de diez días cumplirían lo que ella les pedía. A la mañana siguiente les devolvieron sus caballos y armas. Amadís y Galaor se encaminaron a Londres, donde esperaban cumplir su promesa sin faltar a su honra.

XXIX

LA PALABRA DEL REY

Estaba el rey Lisuarte con la reina Brisena y con muchos caballeros y dueñas y doncellas en palacio, cuando entró el caballero que le había dejado la corona y el manto, e hincando las rodillas, dijo:

–Señor, ¿cómo no lleváis la hermosa corona que os dejé? ¿Y vos, señora, el rico manto?

El rey no respondió, y el caballero dijo:

–Mucho me place que no os agraden, pues me evitan perder la cabeza o pediros el precio que me habíais de dar. Y ya que así es, mandad que me los devuelvan, porque no puedo detenerme.

–Caballero –dijo el rey–, la corona y el manto no os los puedo dar porque los he perdido.

El caballero comenzó a dar señales de gran dolor y a lamentarse en alta voz. Las lágrimas caían por sus barbas, que eran blancas como la nieve. El rey se apiadó de él y le dijo:

–Caballero, no temáis por vuestra cabeza, que he prometido daros todo lo que pidáis.

El caballero se dejó caer a sus pies para besárselos, pero el rey lo alzó por la mano. El caballero dijo:

–Dios sabe, señor, que mi pensamiento no era demandar lo que ahora pediré, pero no hay otro precio en el mundo. Yo sé que os será muy difícil cumplir vuestra palabra y a mí el reclamarlo.

–Pedid –dijo el rey–, que no habrá en mi corte cosa tan cara que no os la dé.

–Gracias, señor –dijo el caballero–, pero antes tenéis que asegurarme que nadie en vuestra corte se opondrá a que se cumpla vuestra palabra.

El rey lo consideró justo. Entonces el caballero dijo:

–Señor, yo no puedo salvarme de la muerte más que si me devolvéis mi corona y mi manto o me dais vuestra hija Oriana. Y yo más querría que me devolvieseis lo que os di.

–¡Ay, caballero! –dijo el rey–. Mucho me habéis pedido.

Todos tuvieron gran pesar, pero el rey, que era el caballero más leal del mundo, dijo:

–No os pese, que más me conviene la pérdida de mi hija que la pérdida de mi palabra, porque lo uno daña a pocos y lo otro daña a todos, ya que las gentes, si no están seguras de la verdad de sus señores, muy mal podrían conservar entre ellas el verdadero amor.

La reina y las dueñas y doncellas hacían el mayor duelo del mundo, pero el rey mandó llamar a su hija, hizo que la reina se acogiese a su cámara, ordenó a todos los suyos que no llorasen y dijo:

–De mi hija será lo que Dios quiera.

Oriana llegó ante el rey atónita, y cayendo de rodillas le dijo:

–Padre y señor, ¿qué queréis hacer de mí?

–Lo hago –dijo el rey– por no quebrar mi palabra.

Oriana cayó sin sentido. El caballero la tomó en sus brazos y llorando la puso en un palafrén y dijo:

–Dios sabe que en toda esta corte no hay un caballero a quien pese más que a mí.

El rey mandó llamar a la doncella de Dinamarca y le dijo:

–Id con vuestra señora y no la abandonéis en el bien ni en el mal.

El rey los acompañó un trecho. Los que llevaban a Oriana se internaron en la floresta, y siguiendo con gran prisa dejaron el camino y entraron en un hondo valle.

El rey volvía a palacio con unos veinte caballeros, cuando vio venir una doncella. Cabalgaba en un palafrén y llevaba una hermosa espada y una lanza con el asta pintada. Acercándose al rey, le dijo:

–Dios os dé alegría y el corazón que me prometisteis en Vindilisora ante vuestros caballeros.

El rey la reconoció y dijo:

–Doncella, yo necesitaría más alegría de la que tengo, pero recuerdo bien lo que os dije, y lo cumpliré.

–Señor –dijo ella–, acudo a vos con esa esperanza, como al rey más leal del mundo. Vengadme, señor, de un caballero que está en la floresta, que mató a mi padre a traición y me forzó a mí y sólo puede morir si el hombre más honrado del reino de Londres le da un golpe con esta lanza y otro con esta espada. Si os atrevéis a cumplir vuestra palabra, tendréis que ir solo, porque yo le prometí llevar hoy un caballero para combatir con él, con la condición de que si mi caballero era vencido yo le perdonaba, y si vencía haría él mi voluntad.

–En nombre de Dios –dijo el rey–, quiero ir con vos.

El rey se armó, y dejando su espada, que era la mejor del mundo, ciñó la que le entregaban. Prohibió a sus caballeros que le siguieran, y se dejó guiar por la doncella, que le llevaba el yelmo y la lanza. Pronto se apartaron del camino y entraron en la floresta. Cerca de unos árboles vio el rey, sobre un caballo negro, a un caballero con el escudo y el yelmo verdes. La doncella dijo:

–Señor, tomad vuestro yelmo, que aquél es el caballero que os dije.

El rey se puso el yelmo, tomó la lanza y dijo:

–Caballero soberbio, estad en guardia.

El rey y el caballero se acometieron con las lanzas bajas a todo el

correr de los caballos. Las lanzas se quebraron, pero el rey apenas sintió la suya en la mano. Ambos echaron mano a las espadas, pero la del rey se quebró enseguida y el hierro cayó al suelo. Entonces conoció que le habían traicionado. El caballero comenzó a darle golpes a él y al caballo. El rey sólo podía defenderse, y al ver que su caballo iba a morir, con gran rapidez se abrazó al caballero. Ambos cayeron al suelo, pero el caballero debajo. El rey le quitó la espada y comenzó a darle golpes con todas sus fuerzas. La doncella dio grandes voces:

–¡Ay, Arcaláus, que matan a tu primo!

El rey oyó un gran estruendo, y al levantar la cabeza vio venir contra él a diez caballeros. Uno iba delante, gritando:

–Rey Lisuarte, muerto eres, y ni un día más te pondrás la corona en la cabeza.

El rey quedó espantado, pero dijo:

–Todos moriréis a mis manos por traidores.

El caballero que iba delante se abalanzó sobre el rey a todo el correr de su caballo, y de una lanzada en el escudo lo derribó al suelo. Pero el rey se levantó dispuesto a luchar hasta la muerte. Con la espada dio un golpe en las piernas del caballo y se las cortó. El caballo cayó y el caballero quedó debajo. Pero todos se precipitaron sobre él, y aunque se defendía bravamente, lo acometían por todos lados. Dos caballeros que estaban desmontados se abrazaron a él y le quitaron la espada, el escudo y el yelmo. Luego le echaron una gruesa cadena a la garganta y le hicieron cabalgar en un palafrén.

Siguieron andando y encontraron a Arcaláus, que conducía a Oriana y a la doncella de Dinamarca.

–¡Ay, traidor! –dijo el rey–. Aunque voy herido, te mostraría que eres traidor si te atrevieras a combatir conmigo.

–Por vencer a tal caballero –dijo Arcaláus– no ganaría yo más honra.

Arcaláus envió un doncel para que dijera a Barsinán que había

llegado la hora de hacerse rey. Luego envió al rey Lisuarte con diez caballeros al castillo de Daganel, y él con otros cuatro llevó a Oriana hasta monte Aldín.

XXX

EN BUSCA DE ORIANA

Volvían Amadís y Galaor a Londres, cuando se encontraron con Ardián, el enano, que había salido en busca de su señor para darle las nuevas de la corte. Amadís tomó a toda carrera el camino que le indicaron. Galaor le seguía. En la floresta encontraron a unos leñadores que escondidos en unas matas habían visto lo que le había pasado al rey, y habían oído el nombre de Arcaláus. Amadís dijo a Galaor que fuese detrás del rey, y él, hiriendo su caballo con las espuelas, tomó el camino de Oriana.

Se ponía el sol, y el caballo de Amadís no podía marchar más. Estaba con gran congoja, cuando vio a la derecha del camino un caballero muerto, y junto a él un escudero que tenía un gran caballo por las riendas. Amadís se acercó y le dijo:

–¿Quién mató a ese caballero?

–Lo mató –dijo el escudero– un traidor que allá va y lleva por la fuerza a la más hermosa doncella del mundo. Lo mató sólo porque preguntó quién era. Y ahora no tengo quien me ayude a llevármelo de aquí.

–Te dejaré mi escudero para que te ayude –dijo Amadís–, y dame ese caballo, que te prometo darte dos mejores por él.

El escudero aceptó, y Amadís siguió su camino. Ya cerca del amanecer llegó a una ermita y preguntó si habían pasado cinco caballeros que llevaban a dos doncellas.

–Señor –dijo el ermitaño–, no pasaron, pero un doncel que ha venido de aquel castillo que veis allá delante me ha dicho que ha llegado a él Arcaláus el encantador, que lleva dos doncellas por la fuerza.

–Por Dios –dijo Amadís–, a ese traidor busco yo.

Mientras daban cebada a su caballo, Amadís preguntó al ermitaño de quién era el castillo. El ermitaño le dijo:

–De un caballero que se llama Grumén, primo hermano de Dardán, aquel que murió en la corte del rey Lisuarte.

Amadís se aproximó al castillo y vio que tenía el muro alto y las torres espesas. Anduvo alrededor y vio que no había más que una puerta. No se oía ningún ruido, y Arcaláus no habría aún salido. Amadís se retiró hacia unas peñas, y apeándose del caballo lo tomó por las riendas y se quedó quieto, teniendo siempre los ojos en la puerta.

Rompía el alba, y para no despertar sospechas, Amadís se retiró hacia un valle y se subió en un otero cubierto de espesas matas. Desde allí vio que salía por la puerta un caballero que miró hacia todos lados y volvió a entrar. Poco después salían Arcaláus y sus cuatro caballeros, todos muy bien armados. Entre ellos estaba Oriana. Amadís dijo:

–¡Ay, Dios, ayúdame en su defensa!

Le vinieron las lágrimas a los ojos, y descendiendo del otero lo más pronto que pudo se fue detrás de ellos. Cuando los vio en un sitio llano se acercó y dijo:

–Arcaláus, no te conviene llevar a tan gran señora.

Oriana reconoció su voz y se estremeció. Arcaláus y los suyos se abalanzaron sobre él. Arcaláus iba delante y Amadís con su lanza lo derribó por las ancas del caballo. Se volvió hacia Grumén, el señor del castillo, y le clavó la lanza con tal fuerza que el hierro y el fuste salieron del otro lado. Echó mano a la espada y se metió entre ellos con tal bravura y con tanta saña que la doncella de Dinamarca le dijo a Oriana:

–¡Señora, mirad las maravillas que hace!

–¡Ay, amigo! –dijo Oriana–. ¡Dios os ayude y guarde!

El escudero que conducía el palafrén de Oriana salió huyendo. Amadís le cortó a uno de los caballeros el brazo y a otro le hendió la cabeza hasta el cuello. El último, cuando vio tal destrucción, huyó. Amadís iba a perseguirle, cuando oyó voces de su señora. Arcaláus se había levantado, había subido en su caballo y llevaba a Oriana en sus brazos para alejarse de allí. Amadís salió detrás de él y lo alcanzó. Alzó la espada para herirlo, pero temió matar también a su señora. Le dio a Arcaláus sin mucha fuerza en las espaldas y le derribó un trozo de la loriga. Arcaláus dejó caer a Oriana y salió huyendo. Amadís le dijo:

–¡Vuelve, Arcaláus, y verás si estoy muerto como dijiste!

Pero el caballo de Arcaláus corría a toda carrera. Amadís no quiso alejarse de Oriana. Volvió a donde ella estaba, y descendiendo del caballo se hincó de rodillas, le besó las manos y le dijo:

–¡Pensé que nunca os volvería a ver!

Oriana estaba espantada y se abrazó a él, temblando por los caballeros que estaban muertos en el suelo. La doncella de Dinamarca fue a tomar el caballo de Amadís y recogió del suelo la espada de Arcaláus. Se la mostró a Amadís y le dijo:

–¡Mirad, señor, qué hermosa espada!

Era la espada con que le habían echado en el mar y que Arcaláus le había quitado en su castillo.

Amadís se sentó junto a su señora, que no tenía fuerzas para levantarse. Llegó Gandalín, que había dejado al caballero muerto en una ermita y había andado toda la noche. Grande fue su alegría al encontrar a su señor. Pusieron a Oriana en el palafrén, la doncella de Dinamarca subió en uno de los caballos y emprendieron el camino de regreso.

Entraron en un bosque muy espeso, a una legua de la ciudad. Oriana sintió sueño, porque no había dormido en las noches pasadas. Amadís dijo:

–Señora, vamos a aquel valle y dormiréis.

Desviándose del camino, hallaron un hermoso arroyo, y en la orilla hierba fresca. Amadís bajó a Oriana del palafrén y le dijo:

–Señora, aquí podréis dormir hasta que pase el calor. Y en tanto enviaré a Gandalín a la ciudad para que nos traiga de comer.

–¿Y quién se lo dará? –dijo Oriana.

–Se lo darán –dijo Amadís– a cambio del caballo, y volverá a pie.

–Eso no será –dijo Oriana–. Que lleve este anillo, que nunca nos servirá tanto como ahora.

Y sacándoselo del dedo, se lo dio a Gandalín. Cuando él se marchaba, le dijo en voz baja a Amadís:

–Señor, quien buen tiempo tiene y lo pierde, tarde lo recobra.

Oriana se echó en el manto de la doncella en tanto que Amadís se desarmaba. La doncella se alejó para dormir en unas matas espesas. Amadís volvió, y cuando vio a su señora tan hermosa y en su poder, se sintió turbado y no osó mirarla. Allí, en aquella verde hierba, más por la gracia y comedimiento de Oriana que por la desenvoltura u osadía de Amadís, se convirtió en dueña la más hermosa doncella del mundo. Y las encendidas llamas de sus amores fueron desde ese día más ardientes, como suele acaecer en los sanos y verdaderos amores.

XXXI

GALAOR, CABALLERO DEL REY

Galaor se apartó de Amadís y anduvo hasta la hora de vísperas. Creyó que el rey no estaría lejos, cuando se encontró con un caballero bien armado en un gran caballo, que salió a su paso y le dijo:

–Deteneos, caballero, y decidme qué os hace correr tanto.

–Por Dios, dejadme, que no me puedo detener.

–No pasaréis de aquí hasta que me lo digáis o luchéis conmigo.

Galaor pasó adelante. El caballero le siguió y le dijo:

–Huis porque habéis hecho algún mal. Aguardad, que quiero saberlo.

Y echó a correr detrás de Galaor con la lanza baja. Galaor se echó el escudo a las espaldas, y cuando el otro le acometió se apartó y lo dejó pasar. El caballero volvió contra él a toda carrera, y Galaor se apartó de nuevo y siguió su camino. Cuando el caballero vio que se había alejado, tomó por un atajo y saliendo a su encuentro le dijo:

–Cobarde sin corazón, escoged entre combatir conmigo, volver por vuestro camino o decirme lo que pregunto.

–Si queréis saber por qué tengo prisa, seguidme y lo sabréis.

–Os digo que no pasará el tercer día sin que lo sepa.

Galaor siguió su camino y el caballero detrás de él. A la media legua vieron a un caballero armado que iba a pie detrás de un caballo y a otro caballero que se alejaba de allí a toda prisa. El caballero que seguía a Galaor conocía al que había sido

desmontado; le ayudó a tomar el caballo y le contó lo que le pasaba.

–O es el caballero más cobarde del mundo –dijo el otro–, o va a acometer algún gran hecho. Quiero dejar mi venganza para ver lo que pasará.

Galaor iba ya muy lejos. Se hizo de noche y en la floresta perdió el rastro. No sabía qué dirección tomar y rogó a Dios que le guiase. Anduvo toda la noche, pensando que los caballeros que conducían al rey se habrían desviado para dormir, pero no oyó nada. Subió en un otero y vio en un valle un fuego pequeño. Se encaminó hacia él y se encontró con arrieros, que al verle armado tomaron lanzas y hachas. Galaor les dijo que nada temiesen, y les pidió cebada para el caballo. Le ofrecieron de comer, pero no quiso. Sólo se acostó un rato para descansar.

Se levantó antes del alba y desde un otero comenzó a mirar alrededor. Los dos caballeros que le seguían y que le habían perdido de vista durante la noche, lo vieron. Cuando ellos se acercaron, Galaor descendió del otero a todo correr. El caballero que había sido derribado dijo:

–Ya nos vio y huye. Debe de ser por alguna mala aventura, y Dios no me ayude si no lo alcanzo y le doy su merecido.

Galaor no se preocupaba por ellos. Por un paso que daba salida a la floresta había visto cinco caballeros armados y luego otros cinco. En medio iban hombres desarmados. Galaor fue hacia ellos como quien ha ofrecido su vida por salvar la ajena. Cuando estuvo cerca vio al rey con la cadena al cuello y sintió tal pena que sin temer la muerte se lanzó hacia los cinco que iban delante y dijo:

–¡Traidores, por vuestro mal pusisteis mano en el mejor hombre del mundo!

Ellos volvieron contra él, pero Galaor hirió al primero en el pecho, y el hierro y el asta le salieron por las espaldas. Los otros le dieron tan fuerte con las lanzas que hicieron hincar de rodillas su caballo. Uno le metió la lanza entre el pecho y el escudo, pero Galaor se la pudo arrancar y con ella le perforó a uno la pierna y la clavó en las

carnes del caballo. Echó mano a la espada y vio que todos iban contra él, pero se metió entre ellos con tal bravura que no había hombre que no se espantase de verle.

Los dos caballeros que le habían seguido quedaron maravillados y comprendieron que sin razón le habían culpado de cobarde. A todo correr de sus caballos fueron en su ayuda. El primero era Ladasín, el esgrimidor, y el otro, Guilán, el cuidador, dos grandes caballeros del rey Lisuarte. Galaor tenía ya el yelmo abollado y abierto por muchos lugares, el arnés completamente roto y el caballo herido y a punto de caer. Ladasín y Guilán acometieron con tanto esfuerzo, y ellos y Galaor hicieron cosas tan extrañas, que en poco tiempo los enemigos quedaron muertos o vencidos.

El primo de Arcaláus quiso matar al rey Lisuarte. Pero el rey había bajado ya del palafrén y tomado un escudo y una espada. Cuando vio caer la espada sobre su cabeza, levantó el escudo. La espada entró por el brocal y la punta le cortó el cuero y penetró hasta el hueso. Pero el rey hirió el caballo del primo de Arcaláus con su espada, y el caballo cayó con su caballero. Galaor acudió a pie dispuesto a cortarle la cabeza, pero el rey dio voces para que no lo matase.

Ladasín y Guilán, que habían perseguido a un caballero que huía, volvieron, y cuando vieron al rey, al que Galaor había sacado ya la cadena, quedaron espantados, porque nada sabían de lo que había pasado en la corte. Bajaron de sus caballos y fueron a besarle las manos. El primo de Arcaláus les dijo que la prisión del rey y de Oriana se debía a consejo de Barsinán, que quería ser rey de Gran Bretaña. Sin detenerse, el rey y sus caballeros tomaron el camino de Londres.

XXXII

LAS ESPERANZAS DE BARSINÁN

Los leñadores llegaron a Londres y contaron la prisión del rey. Todos los caballeros se armaron y salieron en su busca. El rey Arbán de Norgales estaba hablando con la reina cuando llegó un doncel y le dijo:

–Señor, ¿qué hacéis? Armaos, que ya no queda caballero en la corte, pues todos han salido con gran prisa.

–¿Por qué?

–Porque dicen que diez caballeros llevan preso al rey.

La reina cayó sin sentido. Arbán la dejó en manos de sus dueñas y doncellas, y se fue a armar. Cuando subía en su caballo, oyó decir que se había perdido el alcázar y pensó que no debía desamparar a la reina.

La ciudad estaba revuelta. Arbán se quedó ante el palacio de la reina con doscientos caballeros armados, y envió a averiguar lo que pasaba.

Barsinán había ocupado el alcázar y degollaba o arrojaba desde los muros a los que habían resistido. Tenía consigo seiscientos caballeros bien armados, y dejando una parte de la gente para que guardase el alcázar salió a prender a la reina y tomar la corona real. Ante el palacio se encontró con Arbán y le dijo:

–Arbán, hasta ahora has sido el caballero más sensato que he conocido. Trata de no perder el seso en adelante.

–¿Por qué me lo dices? –dijo Arbán.

–El rey Lisuarte está preso y me enviarán su cabeza antes de cinco días. En esta tierra no hay nadie que pueda ser rey y lo seré yo. La tierra de Norgales que tienes en señorío te la otorgo, porque eres buen caballero. Apártate y tomaré la corona, que al que esté contra mí le haré cortar la cabeza.

–Yo estaré contra ti mientras viva –dijo Arbán–, porque no traicionaré a mi señor ni podré estar jamás con el que procura su muerte.

–¡Cómo! –dijo Barsinán–. ¿Piensas evitar que yo sea rey de Londres?

–Un traidor no será nunca rey de Londres –dijo Arbán.

Comenzó la batalla. Los caballeros de ambas partes se acometieron bravamente. Todos pugnaban por vencer y matar. Arbán fue defensor de todos los suyos y no hacía sino ir delante de todos, derribando e hiriendo a los contrarios y poniendo su vida al punto de la muerte. Así combatieron hasta que llegó la noche. La batalla no se decidió, porque las calles eran estrechas. Barsinán tuvo que acogerse al alcázar. Muchos de sus caballeros estaban muertos, otros, heridos. Arbán animaba a los suyos, que habían tenido grandes pérdidas.

La reina, que estaba como muerta, mandó llamar a Arbán. Acudió armado como estaba, y al presentarse ante la reina se quitó el yelmo. Tenía cinco heridas en el rostro y en la garganta, y la cara llena de sangre, pero parecía más hermoso. La reina le dijo, llorando:

–¡Ay, buen sobrino, Dios os asista! ¿Qué será del rey y de nosotras?

–Señora, del rey tendremos buenas nuevas, y no temáis a los traidores, porque contáis con la lealtad de vuestros vasallos, que os defenderán muy bien.

–Yo os veo tal –dijo la reina– que no creo que podáis tomar armas, y no sé lo que harán los otros sin vos.

–No temáis, señora –dijo Arbán–, que mientras tenga aliento, jamás dejaré las armas.

Arbán y sus caballeros descansaron esa noche. Barsinán le ofreció al día siguiente una tregua de cinco días para saber qué había sido del rey, porque según sus noticias el rey había muerto y él iba a casarse con Oriana. Arbán no quiso darle tregua, y ese día Barsinán atacó el palacio tres veces, sin resultado.

En tanto, Amadís y Oriana volvían a Londres. Amadís le preguntó a Oriana qué le decía Arcaláus cuando la llevaba a la fuerza al castillo. Ella dijo:

–Me decía que no me quejara, que antes de quince días sería reina de Londres y me daría a Barsinán por marido. Arcaláus sería mayordomo mayor de la corte por haberle cortado la cabeza al rey.

Apresuraron la marcha. Por el camino iban encontrando grupos de caballeros que habían salido en busca del rey. Cerca de la ciudad se encontraron con Grumedán, el buen caballero que había criado a la reina. Don Grumedán se acercó a Oriana llorando y dijo:

–Señora, ¡qué buen día con vuestra venida! Pero, por Dios, ¿qué nuevas hay del rey?

Oriana le contó lo que había pasado. Amadís la dejó en manos de don Grumedán y se dirigió a Londres. Antes de entrar en la ciudad encontró a un escudero que enviaba el rey para dar nuevas de su libertad. Amadís entró en la ciudad encubiertamente y se presentó ante Arbán. Grande fue la alegría de los defensores de la reina cuando lo vieron.

–¿Qué nuevas traéis? –dijo Arbán.

–Todas a vuestro placer. Vamos a ver a la reina y las oiréis.

Entraron en palacio, y Amadís, que llevaba por la mano al escudero del rey, se dirigió a la reina y le dijo:

–Señora, este escudero deja al rey libre y sano, y yo he dejado a Oriana en manos de Grumedán.

Amadís cambió sus armas para que no lo conociesen, e hizo derribar las barreras. Barsinán y los suyos acudieron creyendo que iban a tomar el palacio, porque eran muchos. Barsinán iba delante y

esperaba llegar hasta la reina. Amadís salió a su encuentro con un escudo despintado y un yelmo herrumbrado, pero llevando ceñida la buena espada del rey. Se aproximó a Barsinán y le dio con la lanza en el escudo. El hierro entró por la carne y se quebró. Echando mano a la espada, le dio con ella un golpe en el yelmo y lo dejó aturdido, y con la misma espada le hirió en el brazo y en la pierna. Barsinán quiso huir, pero no pudo y cayó al suelo. Amadís se volvió hacia los otros, y al que alcanzaba lo dejaba muerto. Cuando vieron las maravillas que hacía, le dejaron el campo libre. Arbán y sus caballeros le seguían. Los enemigos tuvieron que acogerse al alcázar. Barsinán, que todavía respiraba, fue llevado al palacio.

El rey Lisuarte volvía a Londres, y traía consigo a todos los caballeros que encontraba, entre ellos a Agrajes y a Galvanes. Pronto encontró a don Grumedán, que llevaba a Oriana. Cuando llegó a Londres, le acompañaban más de dos mil caballeros. Mandó cercar el alcázar, y a la vista de sus defensores hizo quemar a Barsinán y al primo de Arcaláus. A los cinco días los defensores, que no tenían provisiones, se entregaron a la merced del rey. Las fiestas, que habían sido interrumpidas, siguieron, de noche en la ciudad y de día en los campos.

XXXIII

EL CABALLERO VICTORIOSO

Cuando llegó el plazo de diez días, se presentó en la corte la dueña ante la cual Amadís y Galaor, por mandado de Madásima, habían prometido alejarse del rey Lisuarte. Cuando el rey lo oyó, tuvo gran pesar. Galaor le dijo:

–No os pese, señor, que el remedio vendrá más pronto de lo que creéis.

Y volviéndose a su hermano Amadís, le dijo:

–Vos me prometisteis que haríais en esto lo mismo que yo.

–Es verdad –dijo Amadís.

Galaor contó al rey la traición que le habían hecho a él y a Amadís para tomarles presos. Y, delante de la dueña, dijo de modo que todos lo oyeran:

–Señor, yo me despido de vos y de vuestros caballeros como he prometido, y dejo vuestra compañía por Madásima, la señora del castillo de Gantasi.

Amadís hizo lo mismo, y entonces Galaor preguntó a la dueña:

–¿Hemos cumplido la promesa?

–Todo lo que habéis prometido lo habéis cumplido.

–Pues ahora os podéis ir.

Y, volviéndose hacia el rey, le dijo:

–Señor, hemos cumplido con Madásima, pero, como no nos ha

puesto ningún plazo para volver aquí, podemos hacerlo siempre que nos plazca, y lo hacemos ahora mismo.

El rey y todos los caballeros se alegraron. El rey se volvió a la dueña y le dijo:

–Según la traición hecha a estos caballeros, no estaban obligados a más, y ni siquiera a tanto, pues es muy justo que los que quieren engañar queden engañados.

Amadís siguió en la corte y veía muchas veces a Oriana, su señora, que era el fin de todos sus deseos. Como se acercaba el plazo para la batalla con el rey Abiseos y sus dos hijos, en defensa de la hermosa Briolanja, destronada injustamente, le contó a su señora lo que había pasado en el castillo de Grovenesa y le pidió licencia para vengar a Briolanja y restituirla en su reino. Oriana se la acordó con muchas lágrimas. Acompañado de Galaor y de Agrajes, se puso en camino.

Habían andado una media legua, cuando Amadís preguntó a Gandalín si traía las tres piezas de la espada que le había regalado Briolanja y que se había quebrado en la batalla con Gasinán. Gandalín las había olvidado y el enano se ofreció a irlas a buscar.

El enano llegó al aposento de Amadís, tomó las piezas de la espada y las guardó en su tabardo. Cuando volvió a pasar bajo las ventanas de la reina, oyó que le llamaban. Eran Oriana y Mabilia, que le preguntaron si no salía con su señor.

–Sí, salgo –dijo él–. He tenido que volver por esto que aquí veis.

El enano mostró los trozos de la espada y le preguntaron:

–¿Para qué quiere tu señor la espada quebrada?

–¿Para qué? –dijo él–. Porque la preciaba más que las dos mejores que pudieran darle. Y es por la persona que se la dio.

–¿Y quién es ella?

–Es por la misma por la que va a dar la batalla, que aunque vos sois hija del mejor rey del mundo y con tanta hermosura, más querrías

lo que ella ganó que todas las tierras de vuestro padre.

–¿Y qué ganó? –dijo Oriana–. ¿Por ventura ganó a tu señor?

–Sí, tiene su corazón enteramente, y él quedó como su caballero para servirla.

El enano dio un azote a su rocín y se alejó. Alcanzó pronto a Amadís y no le dijo nada. En el camino encontraron una doncella que les aconsejó que se desviasen, porque desde hacía quince días no pasaba por allí caballero andante que no fuese muerto o herido por el mejor caballero que ella había conocido. Quisieron saber quién era, e iban ya a salir de la floresta sin encontrar a nadie, cuando vieron a un caballero muy corpulento en un hermoso caballo ruano, y junto a él un escudero que tenía cuatro lanzas. Cuando se acercaron, salió a su paso el escudero y dijo:

–Señores, aquel caballero os manda decir que ha guardado esta floresta contra todos los caballeros andantes durante quince días, en los cuales siempre ha sido vencedor. Con deseo de justar se ha quedado aquí un día y medio más del plazo, y cuando se quería ir vio que veníais. Si os place justar con él, lo hará siempre que no sea con la espada, porque con ella ha hecho mucho mal sin quererlo.

Agrajes se puso el yelmo, tomó el escudo y dijo:

–Decidle que esté en guardia, que por mí no quedará.

Agrajes y el caballero se acometieron con las lanzas en los escudos, y Agrajes cayó al suelo con tanta facilidad que quedó maravillado y con gran vergüenza. Galaor tomó sus armas para vengarle y el caballero de la floresta tomó otra lanza. En el primer encuentro quebraron las lanzas y se juntaron los escudos y los caballos. El golpe fue tan grande que el caballo de Galaor, que era más flaco, cayó a tierra con su señor. Amadís se comenzó a santiguar, y, tomando sus armas, dijo:

–Ahora se puede loar de haber vencido a los dos mejores caballeros del mundo.

Cuando Amadís se acercó, vio que Galaor, de pie y con la espada en

la mano, desafiaba al caballero a luchar contra él sin caballo. El caballero se reía, y Amadís le dijo que estuviese en guardia. En el primer encuentro las lanzas volaron por el aire en pedazos y se juntaron los escudos y los yelmos. Amadís y su caballo cayeron a tierra, y al caballo se le quebró la espalda. El caballero de la floresta cayó, pero mantuvo las riendas en la mano y volvió a cabalgar enseguida. Amadís le dijo:

–Caballero, os conviene justar otra vez, ya que ambos hemos caído.

–No me place justar más –dijo el caballero.

–No es justo –dijo Amadís.

–Como queráis –dijo él–, pero, según lo que os mandé decir, no estoy obligado a más.

Y saliendo de la floresta, se alejó lo más rápido que pudo.

Amadís y sus compañeros quedaron muy avergonzados y no sabían quién era el caballero que se había marchado con tanta gloria. Amadís no se decidió a seguirle porque temió no llegar a tiempo para la batalla prometida. Galaor, que no podía sentir alegría hasta hallar al caballero, obtuvo permiso de Amadís, con la promesa de acudir a Sobradisa lo más pronto que pudiese.

XXXIV

DON FLORESTÁN

Galaor anduvo cuatro días con gran saña, y en ellos murieron casi todos los caballeros que combatieron con él. Le conducía la doncella que le había advertido el peligro antes de justar. Finalmente llegó a casa de un caballero de unos setenta años, que le recibió con gran honra, como a todos los caballeros andantes. Y el caballero dijo a Galaor:

–Tengo dos hijos que siempre han salido en busca de aventuras y han ganado mucha honra y prez. Pero ahora están heridos. Anoche pasó por aquí un caballero que justó con ellos y los derribó uno a uno. Muy avergonzados, le siguieron hasta un río, donde el caballero quería tomar una barca, y le dijeron que mantuviese la batalla con la espada. El caballero dijo que tenía prisa, y no lo quería hacer. Pero mis hijos le dijeron que no le dejarían entrar en la barca. Una dueña que iba con él les pidió que no detuviesen a su caballero, pero ellos dijeron que no le dejarían pasar de ninguna manera hasta que probase con ellos la espada. La dueña propuso que combatiera con el mejor de los dos, y que si lo venciese que cesara la demanda. Pero ellos dijeron que si vencía a uno tendría que combatir con el otro. El caballero dijo entonces con gran saña: «Entonces venid ambos, ya que no puedo librarme de vosotros». Echó mano a la espada, los derribó a ambos de los caballos y los dejó muy malheridos en el campo, después de lo cual se metió en la barca y siguió su camino.

Galaor preguntó qué armas llevaba el caballero, y le dijeron que el escudo era bermejo con dos leones pardos, lo mismo que el yelmo, y que iba en un caballo ruano. Galaor dijo:

–Ese caballero busco yo, y si lo encuentro vengaré a vuestros hijos o moriré.

–Señor –dijo él–, yo os rogaría que dejaseis esta aventura tan peligrosa, que, si mis hijos lo pasaron mal, ello se debe a su gran soberbia.

Galaor se armó muy temprano, pasó el río en la barca y llegó a una hermosa fortaleza. La doncella que le guiaba entró en ella y volvió poco después con otra doncella, muy hermosa, que dijo a Galaor:

–Esta doncella me dice que queréis saber quién es un caballero de armas bermejas con leones pardos. Nadie en estos tres años ha podido saberlo, y os será muy difícil alcanzarlo por las armas, porque no hay caballero como él en todas estas islas.

–Doncella –dijo Galaor–, más me placerá saberlo por las armas que de otra manera.

–Pues yo se lo mostraré antes del tercer día.

Se pusieron en camino y llegaron al mar. Entraron en una barca y se dirigieron a la isla Gravisanda. La doncella le dijo a Galaor:

–La señora de esta isla tiene a este caballero por amigo desde hace medio año. Había venido de tierras extrañas y ganó aquí un torneo. Ahora lo tiene siempre consigo, y como él quiere ir en busca de aventuras, ella hace venir aquí a algunos caballeros. Las armas y el caballo del vencido los da a su amigo; a los muertos los entierran en la isla y a los demás los echan fuera. La dueña es muy hermosa y se llama Corisanda. Por un don que él había prometido a una doncella, guardó la floresta quince días, y Corisanda, aunque contra su voluntad, le dio un mes de plazo para ir y volver.

Cuando llegaron era ya de noche. Por la mañana se pusieron en camino, y desde un llano vieron un hermoso castillo. Se aproximaron y llegaron a una columna de piedra, encima de la cual había un cuerno. La doncella dijo a Galaor:

–Sonad ese cuerno y vendrá el caballero.

Galaor así lo hizo, y enseguida salieron del castillo algunos hombres que armaron una tienda, y después unas diez dueñas y doncellas, entre ellas una ricamente ataviada, señora de las otras. Galaor

esperó, y viendo que no salía el caballero preguntó la causa a la doncella.

–No saldrá –dijo ella– hasta que aquella dueña se lo mande.

–Pues os ruego –dijo él– que le digáis que le mande venir porque tengo en otras partes mucho que hacer y no puedo detenerme.

La doncella así lo hizo, y cuando la dueña lo oyó dijo:

–¿En tan poco tiene a nuestro caballero? Pues se irá más pronto y peor de lo que piensa.

El caballero salió del castillo armado y a pie. Sus hombres le traían el caballo, el escudo, la lanza y el yelmo. La dueña le dijo:

–¿Veis aquí un caballero que piensa terminar con vos enseguida? Hacedle conocer su locura.

Lo abrazó y lo besó. El caballero subió en el caballo, tomó sus armas y fue descendiendo por la cuesta paso a paso. Parecía tan apuesto que era maravilla.

Galaor y el caballero dejaron correr los caballos y se dieron con las lanzas en los escudos. Las lanzas se quebraron y los dos quedaron heridos. Galaor echó mano a la espada, pero el caballero le dijo:

–Caballero, por lo que más améis, justemos otra vez.

Galaor aceptó, aunque le pesaba, porque su caballo no era tan bueno. Tomaron otras lanzas y volvieron a encontrarse en los escudos con tanta fuerza que el caballo de Galaor hincó las rodillas y casi cayó, y el caballero extraño perdió los estribos y tuvo que abrazarse al cuello del caballo, de lo que tuvo vergüenza. Ambos echaron mano a la espada, y el caballero dijo:

–Vos deseáis la batalla de las espadas, y yo la temía más por vos que por mí, como ahora veréis.

Se acometieron tan bravamente que daba espanto. Se tiraban golpes tan fuertes que las cabezas se juntaban con los pechos. Saltaban los arcos de acero de los yelmos, los escudos quedaban deshechos,

caían las mallas de los arneses y el hierro se clavaba en las carnes. Cada uno se maravillaba de la resistencia del otro. El caballo de Galaor comenzó a cansarse y no podía moverse, y Galaor sentía gran saña, porque temía por culpa de su caballo perder la batalla. El caballero extraño le daba grandes golpes y se apartaba de él. Cuando Galaor lo alcanzaba, le hacía sentir la espada en las carnes, pero su caballo andaba ya como ciego. Galaor se vio en gran apuro y dijo:

–O combatimos a pie o me dais un caballo que me sirva. Si no, mataré el vuestro, muy a mi pesar.

–Haced lo que queráis –dijo el caballero–, que ya me da vergüenza de que la batalla dure tanto.

Galaor fue a darle con la espada, pero al tenerlo cerca se abrazó a él, y clavando las espuelas en el caballo lo arrancó de la silla. Ambos cayeron al suelo. Se levantaron y siguieron combatiéndose a pie en forma tan brava y cruel que parecía que la batalla apenas comenzaba. Galaor, con menor temor que antes, se juntaba con él siempre que quería y daba golpes más seguros. Cuando vio que mejoraba, se apartó algo y dijo:

–Caballero, deteneos. Si queréis decirme vuestro nombre, tendré gran placer en dar por terminada la batalla.

–No me place dejar de esta manera la batalla, porque nunca tuve más ganas de combatir que ahora y nunca me sentí mejor que ahora en una batalla.

–Pues yo os juro –dijo Galaor– que no os dejaré hasta que sepa quién sois y por qué os encubrís.

–Antes moriré que decírselo a nadie, a no ser a dos caballeros que a ellos no podría ni debería negarlo si lo quisieran saber.

–¿Quiénes son esos caballeros que preciáis tanto?

–Tampoco eso sabréis de mí.

–Yo sabré lo que pregunto, o uno de nosotros morirá.

Se acometieron de nuevo con saña, olvidando las heridas. Por más fuerza y denuedo que puso el caballero extraño, ya no pudo resistir los golpes de Galaor, que despedazaban sus carnes. Por las heridas se le iba la sangre, y el campo estaba ya tinto de ella. Cuando lo vio así Corisanda, la señora de la isla, fue hacia él corriendo como loca y dijo a Galaor:

–Deteneos, no hagáis daño a este caballero, porque nada os salvará de la muerte.

–No sé nada de mi muerte, pero no lo dejaré si no sé cómo se llama, por qué se encubre tanto y quiénes son los dos caballeros que más precia en el mundo.

–¡Maldito sea –dijo la dueña– quien os enseñó a manejar espada! Yo os diré lo que queréis saber. Nuestro caballero se llama Florestán y se encubre porque tiene en estas tierras dos hermanos de tal bondad de armas que no se atreve a presentarse a ellos hasta que haya hecho proezas dignas de juntarse con las suyas. Esos caballeros están ahora en la corte del rey Lisuarte y se llaman Amadís y Galaor.

–¡Ay, santa María! –dijo Galaor–. ¿Qué he hecho?

Galaor rindió su espada y dijo:

–Buen hermano, tomad esta espada y la honra de la batalla.

–¡Cómo! –dijo él–. ¿Soy yo vuestro hermano?

–Sí, que yo soy Galaor.

Florestán se hincó de rodillas ante él y dijo:

–Perdonadme, señor. Si erré al combatir con vos fue para que sin vergüenza pudieseis llamarme vuestro hermano.

Florestán era hijo del rey Perión y de la hija del conde de Zelandia. Su madre se había enamorado del rey en los tiempos en que era mancebo y con su esforzado corazón buscaba aventuras por las tierras de Alemania.

XXXV

EL REINO DE SOBRADISA

Amadís y Agrajes llegaron al castillo de Torín, donde estaban Grovenesa y la hermosa Briolanja. Muchas dueñas y doncellas salieron a su encuentro, llevando a la niña, que parecía una estrella luciente, mucho más hermosa que antes.

–¿Qué os parece? –dijo Amadís a Agrajes.

–Me parece –dijo Agrajes– que si Dios ha querido hacerla hermosa, muy por entero cumplió su voluntad.

Briolanja miró a Amadís y le pareció el caballero más hermoso del mundo. No tenía él entonces más de veinte años, y las cicatrices de la cara aumentaban su hermosura. Ella lo miró con tanta afición que se enamoró de él, y por largo tiempo no pudo apartar su imagen del corazón.

Llevando a Grovenesa y a Briolanja, con dos doncellas y cinco caballeros para que las sirviesen, se pusieron en camino para el reino de Sobradisa. Briolanja vestía paños negros, pues así lo había prometido hasta que su padre fuese vengado. Le pidió un don a Amadís, y Grovenesa otro a Agrajes, y ellos lo concedieron, aunque luego les pesó, y era que cualquier cosa que pasase no se apartarían del camino hasta vengar la afrenta en que estaban. A los doce días, ya de noche, llegaron al reino y se albergaron en un pequeño castillo de una dueña criada por el padre de Grovenesa.

A la mañana siguiente enviaron a una doncella a la ciudad de Sobradisa, donde estaba Abiseos con sus hijos Darasión y Dramís. La doncella, ricamente ataviada, llegó a palacio y dijo que no descendería del palafrén si el rey no la tomaba bajo su guarda. Cuando le fue concedida la protección real, dijo:

–Señor, el mensaje que os traigo requiere la presencia de los grandes señores de vuestro reino. Hacedlos venir y lo sabréis.

El rey mandó que los llamasen, y cuando estuvieron reunidos, la doncella dijo:

–Briolanja, a quien tenéis desheredada, os envía esta carta. Mandadla leer.

El rey, cuando oyó nombrar a su sobrina, tuvo vergüenza. Los naturales del reino sintieron gran piedad y rogaron a Dios por ella. La carta era credencial, y la doncella dijo:

–Señor, matasteis al padre de Briolanja, a ella la habéis desheredado y habéis dicho muchas veces que vos y vuestros hijos defenderíais por las armas lo que habíais hecho. Briolanja os manda decir que si mantenéis vuestra palabra, traerá aquí tres caballeros que tomarán por ella la batalla y os harán conocer vuestra deslealtad.

Darasión, el hijo mayor de Abiseos, que era muy violento, se levantó y dijo:

–Si Briolanja tiene esos caballeros, yo acepto la batalla, y si yo no lo hiciere, prometo ante esos caballeros darle a Briolanja mi cabeza para que la mande cortar por la de su padre.

–Darasión –dijo la doncella–, respondéis como caballero de gran esfuerzo, pero, si es por denuedo y no por saña, haced que vuestro padre dé a los caballeros seguridades de que cualquier cosa que en la batalla os sobrevenga no tendrá que temer más que a vosotros.

Darasión se arrodilló ante su padre y dijo:

–Señor, ya veis lo que he dicho. Aunque no hubiéramos hecho ninguna promesa, debemos aceptar este desafío porque, según me dicen, estos caballeros son de los locos de la casa del rey Lisuarte que tienen en gran estima las cosas propias y desprecian las ajenas.

El rey amaba a este hijo más que a sí mismo, y aunque temía la batalla, dio las seguridades que le pedían. La batalla quedó concertada para el día siguiente.

Cuando la doncella, a su regreso, contó que Darasión tenía por locos a los caballeros del rey Lisuarte, Amadís sintió gran saña. Vio que la ira le dominaba y le pesó. Briolanja, que no apartaba de él los ojos, le dijo:

–Ya sabéis, señor, la muerte de mi padre y el tiempo que me tienen desheredada. Tened piedad de mí, que en Dios y en vos dejo toda mi suerte.

Amadís, que tenía el corazón dispuesto a la virtud y a la blandura, sintió pesar por aquella hermosa doncella y dijo:

–Mi buena señora, yo espero de Dios que mañana vuestra gran tristeza se torne en gran claridad de alegría.

Por la mañana oyeron misa con gran devoción en la ermita de las tres fuentes y se dirigieron hacia la ciudad de Sobradisa. El rey Abiseos con sus hijos y con muchos caballeros salieron al camino. Amadís conducía por las riendas el palafrén de Briolanja, y cuando llegaron le quitó el antifaz, para que todos pudiesen ver el hermoso rostro de su señora. Todos la bendijeron con gran amor y rogaron a Dios que la ayudase. Abiseos, a pesar de su codicia y maldad, se avergonzó al verla, pero enseguida, con dureza, dijo:

–Ved qué fuerza tiene, que al cabo de tanto tiempo no pudo encontrar más que dos caballeros que vienen aquí engañados a recibir muerte o deshonra.

Amadís tuvo tal saña cuando lo oyó, que parecía que la sangre le iba a salir por los ojos. Levantándose en los estribos, y en voz alta para que todos lo oyesen, dijo:

–Abiseos, veo que mucho te pesa la venida de Briolanja por la gran traición que hiciste al matar a su padre, que era tu hermano mayor y señor natural, y si en ti hubiese tanta virtud y conocimiento que reconocieras tu gran maldad y le restituyeras a ella lo suyo, estarías a tiempo para pedir perdón a Dios y salvar tu alma.

Darasión intervino con gran ira antes de que su padre pudiese contestar:

–Loco de la casa del rey Lisuarte, nunca pensé que delante de mí nadie osase tanto, pero no tardaré en vengarme, y si el corazón os llega a faltar y queréis huir, os haré castigar de tal manera que sufran por vos todos los que lo vean.

–Ármate y ven a la batalla –dijo Agrajes–, ya que quieres sostener la traición de tu padre.

–Di lo que quieras –dijo Darasión–, que dentro de poco tu lengua será enviada a casa del rey Lisuarte para que tus semejantes moderen sus locuras.

Abiseos y sus hijos se armaron y fueron a una plaza destinada desde antiguo para estas lides. Amadís y Agrajes entraron en el campo. Cuando Darasión vio que no eran más que dos, dijo a voces:

–¿Qué es eso? Sé que debíais venir tres. El tercero habrá huido. Llamadle, y no nos detengamos.

–No tengáis pena por el tercero –dijo Amadís–, que aquí hay quien puede excusarlo, y yo confío en Dios que pronto también al segundo querréis ver fuera. Y ahora guardaos.

Dramís, el hermano menor, un valiente caballero, tal que no había dos en aquella tierra que mantuviesen el campo contra él, enderezó hacia Amadís. Se clavaron las lanzas en los escudos tan bravamente que los hierros llegaron a los costados. Dramís quebró su lanza, pero Amadís le abrió el pecho, le hirió en el corazón y lo derribó del caballo con tanto estruendo como si derribase una torre. Agrajes tuvo el encuentro con Darasión y le hizo perder uno de los estribos, pero no caer. Abiseos fue contra Agrajes, pero le falló el golpe, y al ver caído a su hijo fue con saña contra Amadís, con deseo de vengarse. Apretó recio la lanza en la mano y le dio tan duramente que le metió el hierro por el brazo.

Briolanja, que veía la batalla, sintió que le faltaba la lumbre de los ojos. Hubiera caído del palafrén si no la socorrieran. Pero Amadís, que no se espantaba, apretó bien el puño en la buena espada con que le habían echado al mar, y dio a Abiseos tal golpe encima del yelmo, que la espada penetró en el hueso y le hizo caer sin sentido al suelo. Todos quedaron espantados de que de dos golpes hubiera

terminado con dos caballeros tan fuertes.

Agrajes combatía con Darasión bravamente. Amadís se acercó y le dijo:

–Ya ves, Darasión, que te gustaría ver al segundo fuera.

Darasión no contestó, pero se cubrió con el escudo. Amadís iba a herirle, pero Agrajes se interpuso y le dijo:

–Bastante habéis hecho. Dejádmelo a mí, que con tanta soberbia amenazó que me arrancaría la lengua.

Amadís, que iba con gran saña, no oyó a Agrajes, y dio a Darasión un golpe tan grande en el escudo que se lo derribó al suelo. Pero Darasión hirió al caballo de Amadís, y el caballo se espantó tanto que sacó a Amadís de allí sin que lo pudiese contener. Amadís tiró con toda su fuerza de las riendas y se le quedaron en las manos. Vio que el caballo le iba a sacar del campo, y para evitarlo le dio con la espada un golpe entre las orejas y le hendió la cabeza. El caballo cayó desplomado, y Amadís quedó muy quebrantado con la caída.

Se levantó enseguida y fue contra Abiseos, que se había levantado y acudía en ayuda de su hijo. Agrajes dio un golpe tan fuerte con la espada en el yelmo de Darasión que no la pudo retirar. Darasión comenzó a darle grandes golpes con la suya, pero Agrajes, al verse sin espada, con gran rapidez se abrazó a él. Darasión arrojó la espada de la mano y le apretó fuertemente con sus brazos. Cayeron abrazados al suelo, y cuando así estaban llegó Abiseos y comenzó a dar golpes a Agrajes y estuvo a punto de matarlo.

Mas Amadís se acercaba en ese momento. Abiseos dejó a Agrajes. Amadís le dio un golpe en el escudo y casi lo derribó. Cuando Agrajes vio cerca a Amadís, se esforzó por levantarse, y también Darasión. Agrajes tomó del suelo la espada de Darasión y éste arrancó con fuerza la que tenía incrustada en el yelmo. Agrajes perdía sangre de una herida que tenía en el cuello y todas sus armas estaban enrojecidas. Amadís creyó que la herida era mortal y con gran piedad le dijo:

–Descansad, buen primo, y dejadme solo con estos traidores.

–Señor, no tengo herida como para dejar de ayudaros.

–Pues a ellos –dijo Amadís.

Amadís creía que Agrajes estaba en peligro, y con el pesar le creció la ira. Daba golpes con tal fuerza que pronto Abiseos y Darasión tuvieron las armas hechas pedazos y también las carnes, y huían de acá para allá, con miedo a la muerte. Abiseos vio llegar su última hora, tomó la espada con ambas manos y con todas sus fuerzas dio un golpe terrible a Amadís encima del yelmo, tan fuerte que le derribó el canto, y, al bajar la espada al hombro izquierdo, le cortó el arnés y le penetró en las carnes. Amadís sintió mucho el golpe, pero no tardó en darle el pago. Con toda su fuerza dio con la espada en el brazo desventurado que había asesinado a su hermano y señor, y se lo arrancó del hombro. Amadís le dijo:

–Abiseos, ¿ves al que te puso en gran altura y que te pondrá ahora en la hondura del infierno?

Abiseos ya no podía contestar. Agrajes tenía en tierra a Darasión y le cortó la cabeza. Los vencedores fueron a besar la mano a Briolanja, la reina. Y todos los señores del reino acudieron con alegría a dar la obediencia a su señora natural.

XXXVI

LA FUENTE DE LOS TRES OLMOS

Galaor y Florestán estuvieron en el castillo de Corisanda hasta que curaron de sus heridas, y entonces se encaminaron a Sobradisa con el deseo de llegar antes de que se librase la batalla. En el camino, Florestán le pidió un don a Galaor.

–¿Le pesará a mi buen hermano y señor?

–No le pesará –dijo Florestán.

–Pues pedid lo que buenamente pueda cumplir.

–Os pido que no combatáis en este camino, suceda lo que suceda, hasta que veáis que yo no puedo hacerlo.

–Me pesa lo que pedís –dijo Galaor.

–No os pese, que toda la honra que yo pudiese ganar será tanto vuestra como mía.

Anduvieron cuatro días sin encontrar aventura, y al cabo llegaron a una torre. Los recibió en la puerta un caballero que les dio amable hospitalidad. Era hombre de hablar muy razonado, pero de pronto se ponía triste. Galaor le dijo:

–Señor, nos parece que no estáis muy alegre, y si vuestra tristeza se puede remediar con nuestra ayuda, decídnoslo, que haremos vuestra voluntad.

–Así lo creo, como buenos caballeros –dijo–, pero mi tristeza es de amor y no os puedo decir más.

A la mañana siguiente los siguió el caballero, que iba desarmado en un caballo grande y hermoso. Llegaron a la Fuente de los Tres

Olmos, así llamada por tres grandes olmos que allí había. Junto a la fuente vieron tres hermosas doncellas muy bien ataviadas, y encima de un olmo, a un enano.

Florestán se adelantó y saludó muy cortés a las doncellas. Una de ellas le dijo:

–Dios os dé salud, caballero; si sois tan esforzado como hermoso, mucho os favoreció Dios.

–Si bien os parece la hermosura –dijo Florestán–, mejor os parecería la fuerza si la necesitaseis.

–Quiero ver si bastará para sacarme de aquí.

–Ya que vos lo queréis, no se necesita gran fuerza para ello.

Mandó a sus escuderos que la pusiesen en un palafrén, pero el enano que estaba sobre el olmo comenzó a dar grandes voces:

–Salid, caballero, salid, que se llevan a vuestra amiga.

Salió del valle un caballero bien armado encima de un gran caballo y dijo a Florestán:

–¿Qué es eso, caballero? ¿Quién os manda poner mano en mi doncella?

–No creo que sea vuestra, pues me pide que la lleve.

–Aunque ella lo otorgue –dijo el caballero–, no os lo consentiré yo, que la defendí contra mejores caballeros que vos.

–No sé –dijo Florestán–, pero si no retiráis esas palabras, la llevaré.

–Antes sabréis cómo son los caballeros de este valle y cómo defienden a las que aman.

El caballero y Florestán se acometieron y se hirieron con las lanzas en los escudos. El caballero rompió su lanza, y Florestán le hizo dar con el brocal del escudo en el yelmo y lo derribó de la silla. Al caer se le rompió la espada y quedó en el suelo, como muerto. Florestán

le puso la lanza en el rostro y dijo:

–¡Muerto sois!

–¡Ay, señor, merced! –dijo el caballero–. Ya veis que estoy como muerto.

–No basta. Otorgad la doncella como mía.

–La otorgo, y maldita sea ella y el día en que la vi, que tantas locuras me ha hecho cometer.

Florestán le dejó, y, dirigiéndose a la doncella, le dijo:

–Sois mía.

–Bien me ganasteis –dijo ella–, y podéis hacer de mí lo que queráis.

Iban a marcharse cuando otra de las doncellas que estaban junto a la fuente le dijo a Florestán:

–Caballero, hace un año que estamos juntas y nos pesa separarnos así.

–Si queréis venir en mi compañía, os llevaré, porque doncella tan hermosa como ésta no la dejaré yo aquí.

–Tampoco yo me tengo por tan fea –dijo ella– que no pueda un caballero hacer algo por mí. No sé si lo osaréis.

–¡Cómo! ¿Creéis que tendría miedo?

Florestán mandó que la pusiesen en un palafrén, y el enano volvió a dar voces. Apareció otro caballero muy bien armado, y detrás de él un escudero que llevaba dos lanzas. El caballero dijo a Florestán:

–Caballero, ganasteis una doncella; y no contento aún, queréis otra. Ahora perderéis las dos, y con ellas la cabeza, que no conviene a caballero de tal linaje como vos tener mujer tan alta.

–Caballeros hay en mi linaje –dijo Florestán– que valen mucho más que vos.

Se acometieron a todo el correr de los caballos, y el caballero dio un golpe de lanza a Florestán en el escudo, pero el hierro se detuvo en el arnés, que era fuerte y con buena malla, y se quebró. A Florestán le falló el golpe y pasó adelante. El caballero tomó otra lanza. Florestán tuvo gran saña de que le hubiese pasado eso delante de su hermano, y fue contra el caballero y le dio tan fuerte en el escudo que se lo atravesó y el brazo en que lo traía. La lanza llegó hasta la loriga, y Florestán empujó tanto que arrojó al caballero a las ancas. El caballo se espantó y dio con su dueño en el campo. Florestán vio que no bullía pies ni manos, y dijo a la doncella:

–Mía sois, que vuestro amigo no os defenderá.

Florestán miró a la tercera doncella, que quedaba sola junto a la fuente, y al verla muy triste, le dijo:

–Doncella, si por mí fuese no os dejaría ahí sola.

La doncella miraba al caballero desarmado que había guiado a Galaor y a Florestán y le dijo:

–Os aconsejo que os marchéis, que bien sabéis que los dos caballeros que os acompañan no bastan para defenderos del que ahora vendrá, y, si os alcanza, nada os salvará de la muerte.

–Con todo –dijo él–, quiero ver lo que pasará, que mi caballo es muy bueno y mi torre está muy cerca.

–¡Ay! –dijo ella–. No sois más que tres, y vos desarmado, y bien sabéis que contra él es como nada.

Florestán, cuando esto oyó, tuvo más interés en llevarse a la doncella, y la hizo subir en un palafrén como a las otras. El enano que estaba encima del olmo le dijo:

–En mala hora lo hacéis, que ahora vendrá quien vengará a los otros dos.

Y dando grandes voces, dijo:

–Venid, señor, que tardáis demasiado.

Salió enseguida del mismo valle un caballero que traía las armas guarnecidas con oro y venía en un caballo bayo tan grande y tan fiero que hubiera bastado para un gigante. El caballero era además muy grande y parecía tener gran fuerza y valentía. Detrás de él venían dos escuderos armados de arneses y capellinas, y traían en las manos hachas grandes y tajantes. El caballero dijo a Florestán:

–No huyas, que no te aprovechará, porque de todos modos has de morir, y es mejor que mueras como esforzado que como cobarde.

Florestán, con gran saña, le dijo:

–Ven, cosa deforme y sin razón, que no te temo, como a una gran bestia sin corazón ni esfuerzo.

–¡Ay! –dijo el caballero–. ¡Estuvieran ahí los cuatro de tu linaje que más precias para cortarles la cabeza contigo!

–Guárdate de mí solo, que yo haré con la ayuda de Dios que ellos queden excusados.

Se acometieron a todo el correr de los caballos, las lanzas bajas, bien cubiertos con los escudos y con gran saña. El encuentro fue violento y las lanzas atravesaron los escudos y la malla de los arneses. El caballero perdió los estribos y hubiera caído de la silla si no se abraza a la cerviz del caballo. Florestán fue con su caballo hacia uno de los escuderos y le cogió el hacha con tanta fuerza que lo derribó a él y a su caballo, y volvió hacia el caballero, que se estaba enderezando en la silla y al que su escudero había alcanzado la otra hacha. Los dos alzaron las hachas y se dieron con toda la fuerza en el yelmo. Florestán sintió tan terriblemente el golpe que los carrillos se le juntaron con el pecho. El caballero quedó tan trastornado que dejó el hacha clavada en el yelmo de Florestán y no pudo levantar la cabeza del cuello del caballo. Florestán, cuando así lo vio, le hirió en descubierto entre el yelmo y el cuello de la loriga. La cabeza del caballero cayó a los pies de su caballo.

Florestán se aproximó a las doncellas. La primera de ellas le dijo:

–Caballero, no creí que diez caballeros nos ganaran como nos ganasteis vos solo. Es justo que por vuestras nos tengáis.

El caballero que había guiado a Galaor y a Florestán, y que era joven y hermoso, se acercó a Florestán y le dijo:

–Señor, yo amo a esta doncella con gran amor y ella a mí. Desde hace un año el caballero que matasteis la tenía aquí a la fuerza, sin que me la dejase ver.

–¡Ay, señor! –dijo la doncella–. Yo os ruego que me deis a él, que le amo.

–En el nombre de Dios –dijo Florestán–, os dejo libre para que hagáis vuestra voluntad.

Galaor tomó en lugar del suyo el gran caballo bayo del vencido, que le pareció el más hermoso que había visto en la vida, y se pusieron en camino. Las doncellas eran jóvenes y hermosas. Florestán tomó para sí la primera y dijo a la otra:

–Haced por este caballero lo que él quiera, que yo os lo mando.

–¡Cómo! –dijo ella–. ¿A este que vale menos que una mujer me queréis dar, que os vio en tal peligro y no os ayudó? Más parece que lleva las armas para otro.

–Doncella –dijo Florestán–, os juro por la fe de Dios que os doy el mejor caballero que hay en el mundo, después de Amadís, mi señor.

La doncella miró a Galaor y lo vio tan hermoso y tan joven que quedó maravillada. Galaor preguntó:

–¿Cómo estabais junto a esa fuente?

–Os lo diré. Alumás, aquel gran caballero que murió en la batalla, amaba a la doncella que defendió contra vos, la cual no le quería. Como era el mejor caballero de estas tierras, la tomó por la fuerza, y para no enojarla le dijo: «Amiga, para que me queráis como el mejor caballero del mundo, yo haré por vuestro amor esto que oiréis. Sabed que hay un caballero renombrado en todas partes como el mejor que existió jamás, y se llama Amadís de Gaula. Este caballero mató en la corte del rey Lisuarte a un primo mío, Dardán. Yo buscaré a Amadís y le cortaré la cabeza, y ganaré toda su fama. Y en tanto pondré para que os guarden a las dos doncellas más

hermosas de esta tierra, y les daré por amigos los dos mejores caballeros de mi linaje. Os sacaremos a las tres a la Fuente de los Tres Olmos, que es paso de muchos caballeros andantes, y si os quieren tomar, veréis hermosas justas». En esa fuente nos ha tenido un año, y hemos visto hasta hoy grandes hechos de armas.

Galaor y Florestán condujeron a las doncellas hasta el castillo de una tía de ellas, y se encaminaron a Sobradisa, adonde llegaron después de la batalla. Amadís, al ver a Florestán tan grande y hermoso, derramó lágrimas de alegría y fue a abrazarle. Florestán hincó las rodillas y le quiso besar las manos, pero Amadís lo levantó y lo besó y le pidió que le contase su vida y sus hazaña.

LIBRO SEGUNDO

I

LA ÍNSULA FIRME

Amadís pensaba siempre en Oriana, y su corazón estaba siempre atormentado por grandes angustias y congojas. Pidió licencia a Briolanja, y emprendió con sus hermanos y con su primo el camino de regreso.

La fortuna llevó a los caballeros a una ermita, donde entraron a hacer la oración. Allí vieron a una hermosa doncella, a la que cuidaban dos doncellas y cuatro escuderos. Cuando los caballeros salieron, la doncella, que los esperaba en el camino, les preguntó adónde iban.

–A casa del rey Lisuarte –dijo Amadís–, y si allá os place ir, os acompañaremos.

–Mucho os lo agradezco, pero yo voy a otra parte. Como os vi armados como caballeros que buscan aventuras, acordé esperaros por si querría alguno de vosotros ir a la Ínsula Firme a ver las maravillas y cosas extrañas que allí hay, que yo voy allá y soy la hija del gobernador.

–¡Oh, santa María! –dijo Amadís–. Muchas veces oí hablar de las maravillas de esa ínsula, y me tendría por dichoso de verlas.

–No os pese, señor, de haber tardado tanto, que muchos tuvieron ese deseo y no salieron de allí tan alegres como entraron.

–Así he oído. Mas decidme: ¿nos apartaríamos mucho de nuestro camino si allá fuésemos?

–Dos jornadas, hacia el mar.

Los cuatro caballeros decidieron acompañar a la doncella a la ínsula

Firme. Florestán dijo a Amadís:

–Señor, ¿sabéis algo de esa ínsula? Aunque he andado por muchas tierras, no he oído hasta ahora nada.

–Algo me contó un caballero. Pero esta doncella nos lo dirá mejor.

–Lo haré con gusto –dijo ella–, y os contaré todo lo que oí de los que conservan el recuerdo de la historia.

Hubo en Grecia un rey, casado con una hermana del emperador de Constantinopla. Tuvo dos hijos muy hermosos, especialmente el mayor, llamado Apolidón, al que nadie en su tiempo igualaba en fortaleza de cuerpo y en esfuerzo de corazón. Este hijo se dedicó a toda clase de ciencias, y con su ingenio sutil, que muy pocas veces se une con la gran valentía, alcanzó tanto de ellas que resplandecía entre todos los hombres de su tiempo como la clara luna entre las estrellas. Dominaba en especial las artes de la nigromancia, con las que se hacen las cosas que parecen imposibles.

El rey, siendo ya muy rico en dinero y pobre en vida, según su gran vejez, y viéndose en el extremo de la muerte, mandó que el reino quedase para su hijo Apolidón, por ser mayor, y sus grandes tesoros y libros, que eran muchos y de gran valor, para el otro. Pero el hermano menor, no contento con su suerte, se quejaba con lágrimas de que quedaba casi desheredado.

El padre, con gran angustia en el corazón, no podía hacer nada; pero aquel famoso Apolidón, que tenía corazón para los actos virtuosos como para los grandes peligros, viendo la tristeza del padre y la poquedad del hermano, dijo que tomaría él los tesoros y los libros y dejaría a su hermano el reino. El rey, muy consolado y con lágrimas de piedad, le dio su bendición.

Apolidón tomó los tesoros y los libros, hizo aparejar algunas nave con bastimentos y armas, y con caballeros escogidos se hizo a la mar, a donde le llevase la ventura. Tuvo viento próspero y su flota llegó al Imperio de Roma, en los tiempos en que era emperador el Siudán. Las grandes hazañas que había hecho en otras tierras, por las que era muy ensalzado, y las nuevas que allí hizo le ganaron el amor de una hermana del emperador, llamada Grimanesa, conocida

en aquel tiempo entre todas las mujeres por su fama y hermosura.

Apolidón no tenía esperanza de que su amor fuese consentido, y entonces Grimanesa salió de los palacios del emperador y se embarcó en la flota de su amigo. Navegaron por el mar y llegaron a la Ínsula Firme, señoreada por un bravo gigante. Apolidón, sin saber qué tierra era, mandó armar una tienda y un rico estrado, para que su señora, que sufría del mar, pudiese reponerse. Pero enseguida llegó el gigante y puso a todos en gran sobresalto.

Apolidón, para salvar a su señora, combatió con el gigante, y con su sobrada valentía lo dejó muerto en el campo. Así quedó como libre señor de la ínsula. Allí no temió al emperador de Roma ni a nadie en el mundo, y amado por sus súbditos vivió con su amiga Grimanesa dieciséis años con gran placer.

Al cabo de esos años, murió el emperador de Grecia sin heredero. Los griegos, que conocían las virtudes de Apolidón y sabían que era de la sangre y linaje de los emperadores, lo eligieron emperador. Aunque Apolidón tenía en aquella isla todos los deleites y sabía que de los grandes señoríos antes se alcanzan fatigas y trabajos que placer, siguió sin embargo la naturaleza de los hombres, cuyo deseo nunca está satisfecho, y acordó con su amiga aceptar tan gran imperio. Pero ella, con pena de dejar una cosa tan señalada como aquella isla, donde tales y tan grandes cosas habían hecho, rogó a Apolidón estableciese antes de su partida que aquel lugar no fuese señoreado sino por personas que en fortaleza de armas, en lealtad de amores y en hermosura se pareciese a ambos.

Apolidón levantó un arco a la entrada de una huerta en la que había árboles de todas clases, e hizo cuatro cámaras ricas, de extraña labor. La huerta estaba cercada de tal modo que sólo se podía entrar pasando bajo el arco. Encima de él puso una estatua de cobre con una trompa en la boca. Y en el interior de una de las cámaras puso dos estatuas, que lo representaban a él y a Grimanesa, la imagen viva de los dos, y junto a ellas una piedra de jaspe muy clara. En lo alto colocó un pilar de hierro con la siguiente inscripción: «De aquí en adelante no pasará ningún hombre ni mujer que hubiesen engañado a quienes primero comenzaron a amar, porque tañerá la trompa con son espantoso y arrojará humo y llamas que le lanzarán de aquí como muerto. Pero si viniere aquí un caballero, una dueña

o una doncella que por su lealtad sean dignos de acabar esta aventura, entrarán sin dificultad, y la imagen hará dulce son. Y verán nuestras imágenes, y sus nombres aparecerán escritos en el jaspe, sin que se sepa quién los escribe».

Apolidón tomó por la mano a su amiga y la hizo pasar debajo del arco. La imagen hizo un dulce son, y en el jaspe aparecieron sus imágenes y sus nombres. Grimanesa quiso que lo probasen sus dueñas y doncellas y algunos caballeros, pero la imagen hizo un son espantoso y fueron despedidos sin sentido fuera del arco. Grimanesa sabía que no corrían ningún peligro y se reía de ellos. Al cabo dijo:

–¿Y qué será de aquella rica cámara en que tuvimos tanto deleite y placer?

–Vamos allá y lo veréis.

Apolidón hizo poner una columna de mármol a cinco pasos de la puerta y otra de cobre a otros cinco pasos, y dijo a Grimanesa:

–En esta cámara no podrá entrar nadie hasta que venga tal caballero que me sobrepase en bondad de armas o tal mujer que os sobrepase a vos en hermosura.

Y puso encima una inscripción que decía: «De aquí en adelante pasarán los caballeros según la bondad de sus armas. El que sobrepase a Apolidón entrará en la rica cámara y será señor de esta ínsula. Y las dueñas y doncellas entrarán si sobrepasan en hermosura a Grimanesa».

Con su gran sabiduría, Apolidón hizo un encantamiento para que nadie pudiera aproximarse hasta doce pasos de la cámara, y mandó que la ínsula tuviese un gobernador que la rigiese y percibiese las rentas y las reuniese para aquel caballero que tuviere la ventura de entrar en la cámara y ser señor de la ínsula. Y mandó que a los vencidos en el arco de los leales amadores los echaran fuera sin honra, y que el caballero que al probar la cámara no pudiese llegar a la columna de cobre, dejara allí las armas; que el que pasase algo la columna dejara sólo la espada, y los que llegasen a la columna de mármol, dejaran sólo el escudo. Y aquellos que, a pesar de pasar esta columna no lograran entrar, dejaran las espuelas, y que las

doncellas y dueñas no dejasen nada, pero que se escribiesen sus nombres en el sitio adonde habían llegado. Y dijo:

–Cuando esta isla tenga señor, se deshará el encantamiento para los caballeros, que podrán circular libremente y entrar en la cámara, pero no para las mujeres hasta que venga aquella que entre por su gran hermosura y se albergue dentro de la rica cámara con el caballero que haya ganado el señorío de la ínsula.

Después de eso, Apolidón y Grimanesa partieron en sus naves a Grecia, donde fueron emperadores y dejaron el imperio a sus hijos.

II

EL ARCO Y LA CÁMARA

Cuando la doncella terminó, los caballeros quedaron maravillados de oír cosas tan extrañas y desearon probar fortuna. Sus fuertes corazones no estaban satisfechos más que cuando emprendían sin temor las cosas en que los otros habían fracasado. Anduvieron hasta que se puso el sol, y llegaron a un valle, donde vieron tiendas y gente.

La doncella se acercó a un caballero ricamente vestido, llamado Isanjo, que era su padre y gobernador de la ínsula, y le contó el propósito de los cuatro caballeros. El gobernador acudió a recibirlos y ofrecerles hospitalidad. Al día siguiente subieron al castillo, que era un arco de tierra firme rodeado por el mar. Entraron por la única puerta que había y vieron un gran palacio con las puertas abiertas. En el interior se veían muchísimos escudos colocados de tres maneras diversas: un centenar de ellos estaban apoyados en una columna, a distinta altura; en otra columna había unos diez escudos, y encima de ellos otros dos, uno de los cuales estaba más alto que el otro. Amadís preguntó por qué los habían puesto así, y le dijeron que era según la bondad del caballero que los había llevado y según el sitio adonde había llegado en la cámara maravillosa. Se acercó y vio allí los escudos de Arcaláus, del rey Abies de Irlanda y de don Cuadragante, un hermano de este rey.

Los caballeros fueron a probar el arco de los leales amadores. Agrajes descendió del caballo y encomendándose a Dios, dijo:

–Amor, si os he sido leal, acordaos de mí.

Cuando llegó al arco, la imagen comenzó un son tan dulce que todos sintieron gran deleite. Se aproximó a las imágenes que representaban a Apolidón y a Grimanesa y miró en el jaspe; junto al nombre de Madanil de Borgoña y de Bruneo de Bonamar, que

habían ya triunfado en esa prueba, vio el suyo.

Amadís preguntó a sus hermanos si querían someterse a aquella prueba y le dijeron que no estaban sojuzgados al amor y no la acabarían. Entonces entregó sus armas a Gandalín y fue hacia el arco, seguro de no haber sido infiel a su señora ni en el pensamiento. Cuando estuvo bajo el arco, la imagen comenzó a hacer un son mucho más dulce que hasta entonces y comenzó a arrojar por la boca flores muy hermosas de agradable perfume que cubrieron el campo, cosa que no había pasado nunca. Se acercó a la imágenes de Apolidón y Grimanesa, y las estuvo contemplando con mucha afición, y le parecieron hermosas y tan frescas como si estuviesen vivas. Agrajes, que algo sabía de sus amores, le abrazó, y tomados de la mano anduvieron mirando aquel lugar, que era muy deleitoso.

En tanto, Galaor y Florestán fueron con el gobernador Isanjo a ver la cámara maravillosa. Florestán dijo:

–Hermano, ¿qué pensáis hacer?

–Nada –dijo Galaor–. Nunca me han gustado las cosas de encantamientos.

–Pues yo quiero ver lo que puedo hacer.

Se encomendó a Dios y entró, llevando el escudo delante y la espada en la mano. Por todas partes empezaron a darle golpes de espada y de lanza que ningún hombre habría podido sufrir. Como era valiente, siguió adelante dando golpes de espada a diestro y siniestro, y le parecía que había hombres armados, pero que la espada no cortaba. Pasó la columna de cobre y llegó a la de mármol, pero junto a ella cayó sin sentido, como muerto, y fue lanzado hacia afuera.

Galaor sintió mucho pesar y quiso tener también su parte de peligro. Tomó sus armas, y encomendándose a Dios entró en la cámara. De todas partes recibía duros golpes, pero pasó adelante hasta la columna de mármol y se asió fuertemente a ella y se detuvo, pero cuando dio un paso adelante recibió tales golpes que cayó a tierra y fue lanzado fuera sin sentido.

Amadís y Agrajes, después de andar por la huerta, llegaron al jaspe y leyeron con gran placer: «Éste es Amadís de Gaula, el leal enamorado». En eso llegó Ardián, el enano, dando voces:

–¡Señor, señor, que mueren vuestros hermanos!

Amadís y Agrajes encontraron a Galaor y a Florestán sin sentido. Agrajes, que era muy impetuoso, desenvainó la espada y entró repartiendo golpes en la cámara, pero cayó entre las dos columnas y tuvo la misma suerte que los otros. Amadís comenzó a maldecir el haber ido allí, y dirigiéndose a Galaor, que estaba recobrando el sentido, le dijo:

–Hermano, no puedo excusarme de poner mi cuerpo en el mismo peligro que vosotros.

Galaor quería detenerlo, pero Amadís tomó sus armas y entró enseguida, pidiendo a Dios que le ayudase. Se detuvo y dijo:

–¡Oh, mi señora Oriana! De vos me viene todo el esfuerzo. Acordaos, señora, de mí, ahora que tanta falta me hace.

Pasó adelante y recibió golpes por todas partes. Llegó a la columna de mármol y siguió adelante. Había gran ruido de voces, como si el mundo se viniese abajo. Y había voces que decían: «Si a este caballero rechazáis, no habrá en el mundo otro que pueda entrar». Amadís no dejaba de seguir adelante, cayendo a veces de rodillas y otras apoyándose con las manos en el suelo. Había perdido la espada y no la podía recobrar, pero llegó a la puerta de la cámara. Sintió entonces que una mano le tomaba la suya y le metía dentro, y en el interior una voz que le decía: «¡Bienvenido el caballero que, sobrepasando en bondad a aquel que hizo este encantamiento, será señor de esta ínsula!». Aquella mano le pareció grande y dura, como de hombre viejo. Cuando estuvo en la cámara, la mano le soltó y no la vio más, pero se sintió descansado, como si hubiese recobrado sus fuerzas. Se quitó el escudo y el yelmo, metió la espada en la vaina y le agradeció a Oriana la honra que por ella había ganado.

Todos los del castillo oyeron las voces y acudieron a él, diciendo:

–¡Señor, a Dios gracias, ya tenemos lo que tanto deseábamos!

Galaor y Florestán, que habían recobrado el sentido, tuvieron gran alegría y se hicieron conducir a la cámara, donde admiraron las hermosas labores y grandes riquezas. Allí se habían albergado Apolidón y su amiga. Era todo tan maravilloso, que no se comprendía ni siquiera cómo se había podido hacer. Desde el interior se podía ver claramente todo lo que pasaba fuera de la cámara.

Al día siguiente acudieron todos los señores de la ínsula a besar la mano de Amadís y tomarle por señor. Y todos se alegraban de ser vasallos del mejor caballero que había habido en el mundo en los últimos cien años, y esperaban tener buena ventura y con su ayuda dominar otras tierras.

III

LA VENGANZA DE ORIANA

Cuando el enano le dijo a Oriana que Amadís había entregado su corazón a Briolanja, ella cobró el color de la muerte y quedó con el corazón ardiendo en ira. Recordaba el interés con que Amadís le había pedido licencia para ir a la lucha contra el rey Abiseos, y comenzó a quejarse con palabras amargas. Se retorcía las manos, y el corazón se le cerró hasta el punto de no poder derramar una lágrima, lo cual la hizo más cruel y rigurosa. Los consejos de Mabilia y de la doncella de Dinamarca la ponían en mayor alteración.

Desde aquel día cambió su condición acostumbrada. Su pasión aumentaba; se apartaba de todos y estaba casi siempre sola, pensando cómo podría vengarse y dar la pena merecida a aquel que causaba la suya. Sola en su cámara, escribió a Amadís la siguiente carta:

«Mi rabiosa queja me hace declarar lo que el triste corazón no puede encubrir contra vos, el falso caballero Amadís de Gaula. Ya conozco la deslealtad y poca firmeza que habéis mostrado hacia mí, la más desdichada de todas las mujeres del mundo, que os amaba sobre todas las cosas. Y pues mi sojuzgado corazón no puede tomar otra venganza, quiero apartar todo el mal empleado amor que había puesto en vos. ¡Oh, qué mal empleé mi corazón, que en pago de mis suspiros y pasiones he sido burlada y desechada! Y pues este engaño ya es manifiesto, no aparezcáis ante mí en parte donde yo me encuentre, porque estad seguro de que el encendido amor que por vos sentí se ha tornado, por vuestro merecimiento, en rabiosa y cruel saña. Con vuestra quebrantada fe y sabios engaños id a engañar a otra desdichada mujer como yo, que así me dejé vencer por vuestras engañosas palabras, de las cuales no recibiré ninguna excusa. Sin veros plañiré con mis lágrimas mi desastrada aventura,

y con ellas daré fin a mi vida».

Acabada la carta la cerró, puso el sello que Amadís bien conocía, y en el sobrescrito agregó: «Yo soy la doncella herida de punta de espada en el corazón y vos sois el que me heristeis».

Llamó en secreto a un doncel que se llamaba Durín, hermano de la doncella de Dinamarca, y le mandó que no descansase hasta llegar al reino de Sobradisa, y que entregase la carta a Amadís, y que observase el semblante de él al leerla y no aceptase respuesta, aunque quisiese dársela.

Durín cumplió la orden de Oriana. Llegó a Sobradisa y luego, siguiendo los pasos de Amadís, a la ínsula Firme, a tiempo de ver la prueba del arco y la entrada de Amadís en la cámara de Apolidón.

Cuando las cosas estuvieron sosegadas, Gandalín le anunció a Amadís la llegada de Durín. Amadís llevó a Durín a una huerta muy deleitosa, apartado de todos. Durín le dijo:

–Señor, vengo a vos por mandato de mi señora Oriana con esta carta.

Amadís tomó la carta, y, aunque su corazón sentía gran alegría, encubrió sus sentimientos. Pero cuando leyó las palabras que en ella venían, se vio que estaba herido de muerte, y sus lágrimas y suspiros mostraron que estaba deshecho su corazón. No se pudo tener de pie y se sentó en la hierba. Tomó la carta, que se le había caído de la mano, y entonces vio el sobrescrito, y su cuita fue mayor, y perdió el sentido. Cuando lo recobró, volvió a tomar la carta y la guardó en el pecho diciendo:

–Vos sois la causa de mi doloroso fin, e iréis conmigo para que me sobrevenga más pronto.

Y dirigiéndose a Durín, le dijo:

–Pues llevaréis mi mandado.

–No puedo, señor, que me lo prohibieron.

–Y Mabilia y tu hermana, ¿no te dijeron nada para mí?

–No sabían mi venida, porque mi señora me mandó que nada les dijese.

–¡Ay, santa María, ahora veo que mi desventura no tiene remedio!

Amadís se acercó a una fuente y se lavó la cara y los ojos. Mandó llamar a Gandalín y a Isanjo, y, con promesa de que no dirían nada a nadie, mandó a Isanjo que mantuviese secretamente abierta la puerta del castillo y a Gandalín que sacase sus armas y caballo sin que nadie lo sintiese. Mientras iban ellos a cumplirlo, Amadís quedó pensando en un sueño que había tenido la noche anterior.

Se hallaba armado y a caballo en un otero cubierto de árboles. Alrededor había mucha gente que daba muestras de gran alegría. De la gente se apartó un hombre que le dijo: «Señor, comed esto que traigo en la faltriquera». Y le hizo comer la cosa más amarga que podía hallarse. Sintiéndose con ello muy desconsolado, soltó las riendas y se dejó llevar por el caballo. Y parecía que la gente se ponía triste y hacía gran duelo, pero el caballo se alejaba cada vez más y le ocultaba entre los árboles. Y buscando descanso, dejó el caballo y las armas y se fue a sentar en unas piedras rodeadas de agua. Entonces se acerró a él un anciano en hábito de una orden, y con gran piedad le tomó por la mano y le dijo unas palabras en una lengua extraña. En eso despertó.

Amadís había tomado el sueño como cosa vana, pero ahora veía que ocultaba una verdad. Llevó a Isanjo consigo, y seguido de Gandalín y de Durín salió del castillo y se dirigió a la ermita que estaba al pie de la peña. Iba suspirando y gimiendo con tanto dolor que daba pena. Entró en la ermita y llorando dijo su oración:

–Virgen María, consoladora y reparadora de los atribulados, a vos me encomiendo, Señora, para que me socorráis, para que vuestro glorioso Hijo tenga piedad de mí, y si no quiere remediar mi cuerpo, que tenga piedad de mi alma.

Al salir hizo prometer a Isanjo que haría lo que le mandaba, como leal caballero, y entonces, volviéndose a Gandalín, lo tomó en sus brazos, y llorando fuertemente lo tuvo así largo rato sin poder hablar. Luego le dijo:

–Mi buen amigo Gandalín, tú y yo fuimos criados juntos; nuestras vidas siempre han estado unidas y jamás estuve en afán o peligro en que tú no tuvieras tu parte. Tu padre me sacó del mar como pequeña cosa y me crio como a hijo, y tú, mi leal amigo, nunca pensaste más que en servirme. Cuando esperaba que Dios me daría alguna honra para satisfacer algo de tu merecimiento, me ha sobrevenido esta desventura, más cruel que la misma muerte. Ahora es preciso que nos separemos, y no tengo para dejarte más que esta ínsula, y mando a Isanjo y a todos que en cuanto tengan noticias de mi muerte te tomen por señor, y como este señorío ha de ser tuyo, mando que lo disfruten tu padre y tu madre mientras vivan, y que después quede libre para ti. Esto por haberme criado, que mi ventura no me dio tiempo para satisfacerlos en todo lo que merecen y en lo que yo deseaba.

Luego dijo a Isanjo que de las rentas de la ínsula tomase lo necesario para hacer en aquella ermita un monasterio a la Virgen, en el que pudiesen vivir treinta frailes. Gandalín le dijo:

–Señor, nunca habéis tenido una pena que yo no compartiese. Ahora no me separaré de vos por ninguna causa, y si vos morís, yo no quiero vivir. De vuestra muerte no quiero honra ni señorío, y este que me dais dadlo a alguno de vuestros hermanos, que yo no lo tomaré ni lo necesito.

–Cállate, por Dios –dijo Amadís–, no digas tal locura y no me hagas sufrir, pues nunca lo hiciste, y cúmplase mi voluntad, que mis hermanos pueden ganar tierras y señoríos para sí y aun para dar a los demás.

Entonces le dijo a Isanjo:

–Mi buen amigo, mucho me pesa no poderos honrar como lo merecéis, pero os dejo entre caballeros que lo harán por mí.

–Señor –dijo Isanjo llorando–, os ruego que me llevéis con vos.

–Amigo mío –dijo Amadís–, esta dolencia mía no la puede socorrer sino Dios, y quiero que Él sólo me guíe con su piedad.

Dirigiéndose a Gandalín, le dijo:

–Amigo mío, si quieres ser caballero, quiero que lo seas con mis armas, pues tan bien las cuidaste, y que te haga caballero mi hermano Galaor. Sírvele en mi lugar, pues es a quien yo amé siempre sobre todos los de mi linaje. Y dile que por él llevo gran pesar en mi corazón y que le encomiendo a Ardián, mi enano; que lo lleve consigo y no lo desampare.

Amadís abrazó a Gandalín y al gobernador, y los encomendó a Dios. Prohibió que le siguiesen, y espoleando a su caballo y sin tomar el yelmo ni el escudo ni la lanza, se encaminó hacia la montaña.

IV

BELTENEBROS

Amadís anduvo sin rumbo hasta después de medianoche. Su caballo llegó a un arroyo y se detuvo a beber. Las ramas de los árboles le lastimaron el rostro, y entonces recobró el sentido y miró en derredor. No vio más que matorrales, y creyendo que estaba en un sitio muy apartado, se apeó del caballo y atándolo a un árbol se sentó en la hierba. Había llorado tanto que estaba sin fuerzas y quedó adormecido.

Gandalín, que había quedado junto a la ermita llorando con gran pesar, decidió seguirle y llevarle sus armas. Durín se ofreció a acompañarle. La ventura los llevó hasta donde estaba Amadís. Gandalín oyó relinchar el caballo y se acercó muy encubiertamente. Le quitó los frenos y lo dejó pacer en las verdes ramas.

Amadís despertó de pronto sobresaltado, y vio que se ocultaba la luna. Con fuertes gemidos estuvo lamentando su desventura. Gandalín y Durín oían sus lamentos, pero no osaban aparecer ante él. En eso pasó por el camino un caballero que iba diciendo:

–¡Amor, amor, mucho os tengo que agradecer el bien que de vos me viene y la alteza en que me habéis puesto! Me habéis hecho amar a la hermosa reina Sardamira, y ahora me ponéis en mayor bienaventuranza al hacerme amar a la hija del mejor rey del mundo, la hermosa y sin par Oriana.

Gandalín se acercó a Amadís y vio que estaba levantado y buscaba su caballo. Amadís tardó en reconocerle, pero luego le dijo:

–¿Quién te mandó venir habiéndotelo prohibido? Dame mi caballo y sigue tu camino; si no, harás que te mate a ti y me mate yo.

–Señor, por Dios –dijo Gandalín–, dejad eso y decidme si habéis

oído las locuras que dijo un caballero que pasó por aquí.

–Sí lo oí –dijo Amadís–, y quiero mi caballo para marcharme.

–¡Cómo! –dijo Gandalín–. ¿No haréis nada contra él?

–¿Y qué tengo yo que hacer?

–Combatir con él, y hacedle conocer su locura.

–¿Te has vuelto loco? –dijo Amadís–. ¿No sabes que yo no tengo seso ni corazón ni esfuerzo, que todo lo he perdido al perder la merced de mi señora? De ella y no de mí me venía todo, y ahora ella me lo ha quitado, y cualquier caballero de la Gran Bretaña podría vencerme sin esfuerzo. ¡Si soy ahora el caballero más vencido y desesperado que hay en el mundo!

–Señor –le dijo Gandalín–, mucho me pesa que os falte en esta hora vuestro corazón, y, por Dios, hablad en voz baja, que aquí está Durín, que oyó las palabras del caballero y creo que viene por ver lo que hacéis y poderlo contar a quien lo envió.

–Dame el caballo y mis armas y guíame.

Encontraron enseguida al caballero, que estaba descansando bajo un árbol. Amadís se acercó y le dijo:

–Caballero, conviene que os levantéis para que veamos si sabéis defender un amor de que tanto os loáis.

–¿Quién eres tú? –dijo el caballero–. Ahora verás cómo sé mantener mi amor, y si osas combatir conmigo quedaréis espantados tú y todos los desamparados por el amor.

–Ahora lo veremos –dijo Amadís–, pues yo soy uno de esos desamparados, que por más servicios que le hice me dio mal galardón y nunca hallé en él verdad que no hallase siete veces más mentira. Venid y veamos si ganó más en vos que perdió en mí.

El caballero subió en su caballo, tomó sus armas y dijo:

–Si el amor os desamparó, hizo bien, pues no merecíais que os

favoreciese. Y marchaos de aquí, que solamente de veros tengo gran enojo, y cualquier arma que en vos pusiese la despreciaría por ello.

–Vos no sabéis defender el amor más que con palabras –dijo Amadís al ver que el caballero se quería marchar–, y sois un cobarde.

–¡Cómo! ¿Crees que me voy por temor? Ya se ve que quieres tu daño. Guárdate, si puedes.

Se acometieron a todo el correr de los caballos y se dieron con las lanzas en los escudos. El caballero enamorado cayó a tierra, pero mantuvo las riendas y volvió a cabalgar enseguida. Amadís le dijo:

–Si no mantenéis mejor el amor con la espada, mal empleado está en vos el galardón que os ha dado.

El caballero no respondió, pero echó mano a la espada y fue con gran saña contra Amadís. Le dio un golpe en el brocal del escudo de soslayo, y cuando quiso sacar la espada no pudo. Amadís apretó su espada en la mano, se puso en pie en los estribos y le dio un golpe con todas sus fuerzas en el yelmo. La espada le cortó el casco, y al bajar cortó el cuello del caballo. El caballero cayó sin sentido y el caballo sobre él. Cuando Amadís vio que el caballero recobraba el sentido, le dijo:

–Caballero, cuanto el amor ganó en vos y vos en él, que sea vuestro y suyo, que yo me quiero ir.

Llamó a Durín y le dijo:

–Vete y saluda a Mabilia, mi buena prima, y a la buena doncella de Dinamarca, tu hermana, y diles que se duelan de mí, que voy a morir y siento gran pesar por ellas, que tanto me amaron y tanto hicieron por mí sin haber recibido de mí ningún galardón.

Abrazó a Durín llorando, le besó la falda del arnés y lo encomendó a Dios. Comenzaba a salir el alba, y dijo a Gandalín:

–Si quieres ir conmigo, no me estorbes en nada que diga o haga.

Amadís se desvió del camino y tomó un valle que conducía a una montaña. A mediodía llegó el caballo a la ribera de un arroyo y se

detuvo sin poder andar más. Amadís salió de su ensimismamiento y miró alrededor. No vio poblado ninguno, y entonces se apeó y bebió. Gandalín se aproximó, y tomando los caballos se los llevó para que paciesen la hierba. Al volver encontró a Amadís tan desmayado que parecía más muerto que vivo. No osó decirle nada y se echó junto a él.

Amadís se levantó cuando el sol se iba a poner, dio con el pie a Gandalín y le dijo:

–¿Duermes?

–No duermo, que estoy pensando en dos cosas que os atañen y que os diría si quisieseis oírme.

–Ve y ensilla los caballos –dijo Amadís–, que quiero irme para que no me encuentre nadie.

–Señor –dijo Gandalín–, estáis en un lugar apartado, y si no dais algún descanso a vuestro caballo, no os podrá llevar.

–Haz lo que quieras –dijo Amadís llorando–, que echado o andando no he de tener descanso.

Gandalín fue a cuidar los caballos, y cuando volvió le rogó que comiese algo. Amadís no quiso aceptar, y entonces le dijo:

–Señor, ¿queréis que os diga las dos cosas en que pensaba?

–Di lo que quieras, que nada me importa lo que se diga o se haga, y sólo quiero vivir hasta llegar a confesarme.

–Señor, os ruego que me oigáis. Yo he pensado mucho en la carta que Oriana os envió y en las palabras que dijo el caballero que vencisteis. Como la firmeza de muchas mujeres es liviana y mudan su querer de unos en otros, puede ser que Oriana finge enojo contra vos. La segunda es que la tengo por tan buena y tan leal que no habría procedido así si no le hubiesen dicho alguna cosa falsa; y como nunca la engañasteis, se ha de saber la verdad, por donde no solamente se arrepentirá de lo que hizo, sino que os pedirá perdón. ¿No es mejor que esperando este remedio comáis y toméis algún consuelo para sostener la vida, en vez de morir perdiéndola a ella y

la honra de este mundo y aun el otro?

–Por Dios, cállate –dijo Amadís–, que has dicho tal locura y mentira que con ello se enojaría todo el mundo. Tú me lo dices para confortarme. Pero no pienses que lo lograrás. Oriana, mi señora, nunca erró en cosa alguna, y si yo muero es porque con ello cumplo su voluntad y mandado; y si no viese que me lo has dicho para consolarme, te cortaría la cabeza, que me has causado gran enojo. No oses decirme nada parecido en adelante.

Gandalín se adormeció, pues hacía dos días que no dormía. Cuando Amadís vio que dormía sosegadamente, ensilló su caballo, escondió la silla y el freno del de Gandalín entre unas espesas matas, y tomando sus armas se metió por lo más espeso de la montaña.

Anduvo toda la noche y el día siguiente hasta la hora de vísperas. Entró entonces en una vega que se extendía al pie de una montaña, y vio dos altos árboles junto a una fuente. Fue a dar agua a su caballo, y encontró a un monje de barbas blancas, con un hábito muy pobre de lana de cabras, que daba de beber a un asno. Amadís le preguntó si era monje de misa y contestó que lo era desde hacía cuarenta años. Entonces le dijo:

–Os ruego que os quedéis aquí esta noche por el amor de Dios, que necesito hacer penitencia.

–En el nombre de Dios –dijo el buen hombre.

Amadís puso las armas en tierra y desensilló el caballo. Se hincó de rodillas ante el monje y le comenzó a besar los pies. El monje lo tomó por la mano, lo sentó junto a sí y vio que era el caballero más hermoso que había visto en la vida, aunque estaba descolorido y tenía la cara y el pecho bañados en lágrimas. El monje le dijo:

–Caballero, parece que tenéis gran pesar, y si esas lágrimas son de arrepentimiento por algún pecado, en buena hora habéis venido aquí. Y si es por cosas temporales, propias de vuestra edad y hermosura, acordaos de Dios y demandadle merced.

El monje le echó la bendición y escuchó toda su historia. Luego le dijo:

–Según vuestro entendimiento y vuestro linaje, no os debéis perder por ninguna cosa, y menos por cosas mudables de mujeres. Os ruego que no penséis en vuestra muerte, y que por amor de Dios dejéis esa locura.

–Buen señor –dijo Amadís–, he de vivir muy poco, y os ruego por el Señor tan poderoso a quien servís que me llevéis con vos. Las armas y el caballo quedarán aquí, y os seguiré a pie haciendo la penitencia que me mandéis. Y si no lo hacéis, andaré perdido por esta montaña, sin hallar quien me remedie.

El monje, que lo vio tan apuesto y de tan buen corazón para el bien, le dijo:

–Señor, sois tan bueno, tenéis señorío sobre tantas gentes y sois tan leal mantenedor de la justicia que sería gran daño y pérdida para el mundo que fueseis desamparado. Yo no sé quién es la mujer que os ha traído a este estado, pero me parece que si una sola mujer reuniese la suma de toda la bondad y hermosura que hay en todas las otras, ni aun por ella se debiera perder un hombre como vos.

–Buen señor –dijo Amadís–, yo sólo os pido consejo para mi alma y que me llevéis con vos. Si no lo hacéis, no tengo más remedio que morir en esta montaña.

El monje comenzó a llorar, y las lágrimas caían por sus largas y blancas barbas. Y le dijo:

–Hijo mío, yo habito en un lugar muy esquivo: una ermita, en una peña muy alta, metida siete leguas en el mar, y la peña es tan estrecha que no puede llegar a ella ningún navío más que en verano. Allí vivo desde hace treinta años y me mantengo de limosnas.

–Me place –dijo Amadís– pasar con vos la poca vida que me queda, y os ruego por amor de Dios que me lo otorguéis. Y ahora mandadme, padre, que en todo os obedeceré.

El monje le dio la bendición, dijo las vísperas, y, sacando de una alforja pan y pescado, le dijo que comiese. Amadís no quería, aunque había pasado días sin comer, pero el monje se lo ordenó.

Cuando fue la hora de dormir, el buen hombre se echó sobre su manto. Amadís, a sus pies, pasó la noche revolviéndose y dando suspiros, y ya cansado y vencido por el sueño se adormeció.

Y soñó que estaba encerrado en una cámara oscura, en la que no se veía nada, y no hallando salida le dolía el corazón, y le parecía que su prima Mabilia y la doncella de Dinamarca acudían a él y delante de ellas había un rayo de sol que alumbraba la cámara, y que ellas le tomaban por las manos y le decían: «Señor, salid y venid a este gran palacio». Y él sentía gran placer, y al salir veía a su señora Oriana cercada de una gran llama de fuego, y él daba grandes voces para que la socorriesen. Y pasaba por en medio del fuego sin sentir nada, y tomándola en sus brazos la ponía en una huerta, la más verde y lozana que nunca había visto.

A las grandes voces que daba Amadís, despertó el monje, le tomó por la mano y le preguntó qué pasaba.

–He tenido en sueños tal cuita –dijo Amadís– que por poco hubiera muerto.

–Bien pareció por vuestras voces –dijo el monje–, pero es tiempo ya de que partamos.

El monje subió en su asno y se puso en camino. Amadís quiso seguirle a pie, pero le ordenó que tomara su caballo, y así siguieron juntos. Amadís le rogó que no dijese a nadie quién era ni nada de sus cosas, que no le llamase por su nombre, y que después de muerto lo hiciese saber a sus hermanos para que lo llevasen a su tierra.

–Vuestra muerte y vuestra vida –dijo el monje– están en las manos de Dios, y no habléis más de ello, que Él os dará remedio si le amáis y servís como debéis. Decidme qué nombre os place.

–El que queráis.

El monje lo estuvo mirando, y al verlo hermoso y de buen talle y con tanta pena, le dijo:

–Os quiero poner un nombre conforme con vuestra persona y con la

angustia en que estáis. Y como vuestra vida está en gran amargura y en tinieblas, quiero que os llaméis Beltenebros.

Llegaron al mar cuando era ya noche cerrada, y encontraron una barca para pasar a la ermita. Amadís dio su caballo a los marineros, y ellos le dieron una piel y un tabardo de gruesa lana parda. El monje le dijo:

–Mi morada se llama la Peña Pobre porque nadie puede vivir en ella sino en gran pobreza. Y yo me llamo Andalod y pasé mi juventud en muchas vanidades, hasta que acordé retraerme a este lugar tan solitario, de donde no he salido en treinta años más que ahora, que he ido al entierro de una hermana mía.

V

PATÍN, HERMANO DEL EMPERADOR DE ROMA

Patín, hermano del emperador de Roma, era el mejor caballero de aquellas tierras y el heredero del imperio. Amaba a Sardamira, la reina de Cerdeña, una doncella apuesta y hermosa, sobrina de la emperatriz. Obtuvo de ella promesa de casamiento, y muy orgulloso de ello, le dijo:

–He oído decir que el rey Lisuarte tiene una hija muy loada en el mundo por su gran hermosura. Iré a su corte y diré que no es tan hermosa como vos, y combatiré con los dos mejores caballeros que sustenten lo contrario, que me dicen que allí los hay muy preciados. Y si no los venzo en un día, quiero que aquel rey me haga cortar la cabeza.

–No hagáis eso –dijo la reina–, que si aquella doncella es hermosa no me quita a mí la parte que Dios me ha dado, si alguna tengo. En cosa de más razón podéis mostrar vuestra gran bondad.

–Lo haré en vuestro servicio y por el gran amor que os tengo, en señal de que, así como sois la mujer más hermosa del mundo, sois amada por el mejor caballero que en él podría hallarse.

Patín llegó a la Gran Bretaña, y el rey Lisuarte lo recibió con grandes honores. La reina le hizo sentar entre ella y su hija Oriana. Cuando Patín vio a Oriana, aunque estaba muy menoscabada de su hermosura, quedó espantado, y su corazón mudó de tal manera que apartando al rey y a la reina, la demandó en casamiento. El rey le dijo:

–Mucho os lo agradecemos, pero yo y la reina hemos prometido a nuestra hija que no la casaríamos contra su voluntad. Hablaremos con ella antes de responderos.

El rey le dio esa respuesta para no airarle, pero estaba decidido a no entregarla a nadie que la sacase de aquella tierra, donde había de ser señora. Patín quedó contento de la respuesta y esperó cinco días. El rey y la reina, teniéndolo por desvarío, no dijeron nada a Oriana. Patín preguntó un día al rey qué había de su casamiento, y él le dijo:

–Yo hago lo que puedo, pero es preciso que habléis con mi hija y le roguéis que haga mi mandado.

Patín fue a hablar con Oriana y le dijo:

–Señora, yo os quiero rogar una cosa que será en vuestra honra y provecho.

–¿Qué cosa es?

–Que hagáis el mandado de vuestro padre.

Ella, que no sabía de qué se trataba, dijo:

–Lo haré con gusto, que sé bien que con ello ganaré, como decís, honra y provecho.

Muy alegre de la respuesta de Oriana, se despidió del rey para probar aventuras y ver las maravillas de la Gran Bretaña. Por esa razón iba pregonando su buena ventura por los caminos, hasta que encontró a Patín. Durín, al tomar el camino de regreso, lo encontró herido en el suelo. Se había quitado el yelmo, y tenía la cara y el cuello cubiertos de sangre. Cuando Durín se acercó, Patín le preguntó si sabía dónde podrían curarle sus heridas.

–Sí sé –dijo Durín–, pero los que están allí tienen ahora tal tristeza que no se fijarán en vos.

–¿Por qué?

–Porque un caballero, que ganó el señorío de la Ínsula Firme, partió con tanto pesar que se teme su muerte.

–¿Cómo? ¿Ya tiene señor la Ínsula Firme? Por Dios, que iba a ella por ganar el señorío.

–Si de vuestra bondad de armas no traéis una buena parte encubierta –dijo Durín–, la que mostrasteis no os hubiera alcanzado. Y sabed que el caballero que os venció es el que ganó allí el señorío.

Patín quiso tomarle el caballo por las riendas, pero Durín partió rápidamente y siguió su camino con gran prisa, para que Oriana supiese las desventuradas nuevas de Amadís y pudiese remediar el mal que había hecho.

VI

EL CABALLERO DESAPARECIDO

Cuando Gandalín despertó y no vio a Amadís, comenzó a dar voces y a buscar su caballo. No encontró la silla ni el freno y maldijo el día en que había nacido. Cuando los encontró, anduvo cinco días, albergando en yermo y en poblado, en busca de su señor. Al sexto día llegó a la fuente donde Amadís había encontrado al monje. Vio allí una tienda y dos doncellas. Gandalín les preguntó si habían visto a un caballero con un escudo de oro en que estaban representados dos leones cárdenos. Ellas le dijeron:

–No hemos visto al caballero, pero hemos hallado el escudo y estas armas junto a la fuente.

Gandalín comenzó a lamentarse y a mesar sus cabellos, y se dejó caer al suelo como muerto. Las doncellas le dijeron:

–Buen escudero, no os desesperéis, que mejor es buscarlo hasta saber su muerte o su vida. Los buenos se deben esforzar con las grandes cuitas y no dejarse morir como desesperados.

Le contaron que Guilán el cuidador las había libertado con otras veinte de la prisión de Gandinos el follón, y que al pasar por la fuente habían encontrado las armas de Amadís. Guilán las dejó allí al cuidado de las armas, con el propósito, si no encontraba a Amadís, de llevárselas a la reina Brisena.

Durín llegó en tanto a la corte. Cuando Oriana lo vio, el corazón empezó a saltarle en el pecho. Durín le contó que había presenciado el triunfo de Amadís en el arco de los leales amadores y en la cámara defendida. Se alegró, pero cuando supo lo que había pasado después, se quebró la braveza de su corazón y se sintió sojuzgada por la bondad. No pudo sufrir el dolor, y sintiendo que la culpa era suya, quedó como muerta. Durín llamó a Mabilia y a la doncella de

Dinamarca para que la socorriesen.

Oriana recobró el sentido y comenzó a lamentarse. Mabilia y la doncella de Dinamarca, cuando supieron lo que había pasado, hicieron que escribiese una carta con palabras muy humildes para que Amadís la perdonase y fuese a buscarla al castillo de Miraflores, donde ella enmendaría el yerro. Oriana encomendó la carta a la doncella de Dinamarca, que partió en busca de Amadís con su hermano y con un sobrino llamado Enil.

Poco después llegó a la corte Guilán el cuidador, que entregó las armas de Amadís a la reina Brisena y contó a la reina y al rey todo lo que sabía. Todos sintieron gran pesar. Oriana se acogió a su cámara, llorando su desventura.

VII

LA PEÑA POBRE

Beltenebros estaba en la Peña Pobre. Andalod, el ermitaño, le hizo sentar un día a su lado y le pidió que le contara el sueño de la Fuente de la Vega, que le había hecho dar tan fuertes voces. Después de oírlo, Andalod pensó un rato, y luego, con semblante alegre, le dijo:

–Beltenebros, mi buen hijo, mucho me alegra el sueño. Sabed que la oscura cámara de la que no podíais salir es vuestra pena. Las doncellas que abren la puerta son vuestras amigas, que hablan con la que amáis y que os sacarán de aquí. El rayo de sol es nueva que recibiréis y que os hará partir. El fuego que rodeaba a vuestra amiga es la gran cuita de amor en que está por vos y de la cual la libraréis cuando os vea. Y la hermosa huerta adonde la llevabais muestra el placer que tendréis con su vista. Bien sé que según mi hábito no debía hablar de semejantes cosas, pero entiendo que sirvo mejor a Dios diciéndoos la verdad.

Beltenebros hincó las rodillas y rogó a Dios que hiciese verdaderas las palabras de aquel santo. Sus nuevas esperanzas no le quitaron, sin embargo, las angustias. Cuando se acordaba de los placeres y honras que había tenido en el mundo, llegaba a tal desesperación que su vida estaba en gran peligro. El ermitaño le socorría con sus consejos y le hacía ir a pescar.

De noche, Beltenebros dormía en una huerta, debajo de unos árboles muy espesos, para llorar sin que nadie le oyese. Y recordando la lealtad que siempre había tenido a su señora y todo lo que había hecho por ella, para recibir al cabo tan mal galardón, compuso la siguiente canción:

Pues se me niega victoria

do justo me era debida.

Allí do muere la gloria

es gloria morir la vida,

y con esta muerte mía

morirán todos mis daños,

mi esperanza y mi porfía.

El amor y sus engaños.

Mas quedará en mi memoria

lástima nunca perdida.

Que por matarme la gloria,

me mataron gloria y vida.

Una noche, llorando muy tristemente debajo de aquellos árboles, oyó tañer unos instrumentos. Quedó maravillado y se levantó para ver qué era. Junto a la fuente encontró a dos doncellas, que tañían y cantaban con gran placer. Cuando vieron a Beltenebros, le preguntaron qué lugar era ese al que habían llegado y quién era él. Beltenebros dijo:

–Señoras, este lugar se llama la Peña del Ermitaño, por una ermita que aquí hay, y yo soy un hombre muy pobre que aquí vive haciendo áspera penitencia de sus grandes males y pecados.

–¿Podríamos tener –dijeron ellas– donde albergar por unos días a una dueña muy doliente que aquí traemos?

–Hay una casa muy pequeña en la que yo me albergo –dijo Beltenebros–, y si el ermitaño os la da, yo dormiré en el campo, como hago muchas veces.

Cuando llegó el alba, Beltenebros vio debajo de unos árboles, en una hermosa y rica cama, a la dueña doliente. En la ribera del mar dormían cuatro caballeros armados, y junto a ellos cinco hombres sin armas. En el mar vio anclada una nave pequeña. Beltenebros fue a buscar al ermitaño.

En la capilla donde todos oyeron misa, Beltenebros, que miraba a las doncellas y a los caballeros, comenzó a llorar, e, hincando las rodillas delante del altar, rogó a la Virgen que le socorriese. Después de la misa llevaron a la dueña a la cámara de Beltenebros, donde pusieron un rico lecho. Beltenebros preguntó por qué mostraba tanta congoja, y las doncellas le dijeron:

–Esta dueña es muy rica, de alto estado y de gran hermosura, aunque su mal se la menoscaba. Su cuita es de amor, y va a buscar a aquel que ama a casa del rey Lisuarte, y quiera Dios que allí le encuentre.

–Os ruego, señoras –dijo él con lágrimas en los ojos–, que me digáis el nombre del caballero.

–Sabed que el caballero se llama don Florestán, y es hermano del buen caballero Amadís de Gaula, y de Galaor.

–¡Cómo! –dijo Beltenebros–. ¿Es ésta la hermosa Corisanda?

–Y vos, señor, ¿quién sois?

–Yo, buenas señoras, soy caballero, y en otro tiempo me fue mejor que ahora en las cosas vanas de este mundo. Mi nombre es Beltenebros.

Los doncellas fueron a consolar a su señora y le contaron lo que había dicho Beltenebros. Ella quiso conocerlo y que le contase todo lo que sabía de Florestán.

–Señora –dijo él–, yo le amo mucho por su valor y porque su padre me hizo caballero. Pero estoy muy triste por unas nuevas que oí de Amadís antes de venir aquí.

–¿Y qué son esas nuevas? –preguntó ella.

–Encontré en la floresta a una doncella que decía una canción muy hermosa, y le pregunté quién la había hecho. «La hizo –me dijo ella– un caballero a quien Dios dé más alegría que al tiempo en que la hizo, que, según sus palabras, recibió gran agravio del amor». Yo quedé con la doncella dos días hasta que la aprendí, y me dijo que Amadís se la enseñaba llorando y con gran dolor.

–Os ruego –dijo Corisanda– que enseñéis esa canción a mis doncellas para que la canten.

Beltenebros les enseñó la canción, con su extraña voz, que la tristeza hacía más dulce y acordada. Las doncellas la aprendieron y, acompañándola con sus instrumentos, la cantaban a su señora, que sentía mucho placer en oírla.

Corisanda estuvo cuatro días en la Peña Pobre. Luego entró en su nave y se dirigió a la corte del rey Lisuarte, donde el rey y la reina la recibieron con grandes honores. No encontró a Florestán, ni a Galaor, ni a Agrajes, que habían salido en busca de Amadís. Oriana la llevó a su cámara para honrarla. Hablando de muchas cosas, contó que había estado en la Peña Pobre y que un caballero que hacía penitencia le había enseñado la canción de Amadís. Mabilia le rogó que la hiciese cantar a sus doncellas. Oriana comprendió que Amadís se quejaba de ella, y se retiró a su cámara para ocultar sus lágrimas. Mabilia quedó hablando con Corisanda, y luego fue a ver a Oriana y le dijo:

–Señora, veis que cuando uno pregunta llega a saber más de lo que uno espera. Por lo que he sabido de Corisanda, aquel caballero doliente que está en la Peña Pobre y se llama Beltenebros debe de ser Amadís, que quiso cumplir vuestro mandado de no aparecer ante vos ni ante nadie.

VIII

LA CARTA DE ORIANA

La doncella de Dinamarca había partido en busca de Amadís. Estuvo en Escocia y volvía a la Gran Bretaña, donde la esperaban Oriana y Mabilia. Una tempestad llevó la nave a la Peña Pobre cuando ya todos habían perdido la esperanza de salvación.

Beltenebros dormía debajo de los árboles. Su salud estaba quebrantada y tenía el rostro demacrado como si estuviese aquejado de dolencia mortal. Cuando vio que llegaba gente extraña, fue a avisar al ermitaño, que se vistió para decir la misa. La doncella de Dinamarca, Durín y Enil se quitaron los antifaces ante el altar, y Beltenebros los reconoció. Su alteración fue tan grande que cayó sin sentido. El ermitaño creyó que había llegado su último instante, y ayudado por Durín y Enil lo llevó a su cámara. La doncella fue a verle, y acercándose a la cama le dijo:

–El ermitaño me ha dicho que sois caballero, y como las doncellas estamos más obligadas que nadie a vosotros, por los grandes peligros que pasáis en nuestra defensa, acordé veros y dejar aquí todo lo que pueda ser necesario para vuestra salud.

Beltenebros no contestaba más que con sollozos y gemidos, y la doncella creía que se le iba el alma. Había poca luz en la cámara y abrió una ventana. Por una cicatriz que tenía en la cara, lo reconoció enseguida y dijo:

–¡Ay, santa María! ¿Qué es esto que veo? Sois Amadís y os estoy buscando.

E, hincando las rodillas, le besó las manos muchas veces y le dijo:

–Señor, tened piedad de aquella que os trajo tan injustamente a esto por sus malas sospechas, que ella padece una vida más amarga que

la propia muerte.

Beltenebros la abrazó sin poder hablar. Ella le entregó la carta de Oriana y le dijo:

–Esta carta os envía mi señora, y quiere que os diga que si sois el Amadís que solíais ser, que olvidéis lo pasado y vayáis al castillo de Miraflores, donde os espera.

Amadís tomó la carta, la besó muchas veces, la puso sobre su corazón y la abrió. La carta decía así:

«Si los grandes yerros que se hacen con enemistad pueden ser perdonados, ¿qué será de aquellos que se hicieron con sobra de amor? No niego yo, mi verdadero amigo, que no merezca mucha pena, mas yo erré como aquellas que estando en buena ventura y con gran seguridad, por palabras de poca verdad y menos virtud dejan oscurecer su gran alegría. Que mi doncella sea recibida, mi leal amigo, como de persona que reconoce humildemente su yerro. Ello os hará conocer en qué extremo queda mi vida, de la cual os ruego tengáis piedad, no porque la merezca, sino por reparo de la vuestra».

La alegría de Beltenebros fue tan grande que sus lágrimas cayeron sin que las sintiera. Ese mismo día se embarcó con la doncella de Dinamarca.

Pronto llegaron a la Gran Bretaña. Mientras quedaba junto a una ribera de hermosos árboles para reparar sus fuerzas, tomando a Enil de escudero, la doncella de Dinamarca y Durín se dirigieron hacia Miraflores, un hermoso castillo, a dos leguas de Londres, que el rey había regalado a Oriana.

IX

EL DESAFÍO

Galaor, Florestán y Agrajes habían partido de la Ínsula Firme en busca de Amadís, y después de andar por muchas tierras, haciendo grandes proezas en poblados, florestas y montañas, volvieron a encontrarse el día de San Juan en una ermita cerca de Londres. El rey salió a recibirlos e hizo grandes honores a Florestán, al que no conocía. La reina, Mabilia y Olinda se alegraron con el regreso de los caballeros. Oriana lloraba y suspiraba como si se le quebrasen las cuerdas del corazón, pero lavó sus ojos y salió a recibirlos. El rey, después de haber comido con ellos, les dijo:

–Yo confío en Dios, mis buenos amigos, que pronto tendremos nuevas favorables de Amadís. He enviado en su busca a treinta caballeros de mi casa, y si no trajeren buenas nuevas, podréis tomar todos los que quisiereis e irlo a buscar. Pero os ruego que ello sea después de la batalla que tengo concertada con el rey Cildadán de Irlanda, casado con una hija del rey Abies y caballero muy preciado en armas. La batalla ha de ser de cien caballeros contra otros ciento, y es por los tributos que aquel reino paga al de la Gran Bretaña. Lo convenido es que si el rey Cildadán fuese vencido, los tributos serían doblados, y el rey quedaría como vasallo, y si saliese vencedor quedaría libre de ellos. Por lo que he sabido, necesitaré a todos los míos, y aun a sus amigos.

Aunque ellos hubieran preferido salir en busca de Amadís, tuvieron vergüenza de no servir al rey en cosa tan señalada y decidieron quedarse.

Días después estaba el rey a su mesa y se querían despedir de él sus caballeros, cuando entró por la puerta un caballero extraño, que hincó las rodillas ante el rey y le entregó una carta de cinco sellos. El rey leyó la carta, que era credencial, y le dijo que hablara.

–Rey –dijo el caballero–, te desafío a ti y a todos tus vasallos y amigos de parte de Famongomadán, el gigante del Lago Hirviente, y de Cartada, su sobrino, el gigante de la Montaña Defendida, y de Madanfabul, el gigante de la Torre Bermeja, y de don Cuadragante, hermano del rey Abies de Irlanda, y de Arcaláus el encantador. Mandan decir que esperes de ellos la muerte, así tú como todos los que tuyos se llamaren, y te hacen saber que ellos, con todos sus amigos, vendrán contra ti en ayuda del rey Cildadán en la batalla que tienes concertada, pero que no serán tus enemigos si entregas a tu hija Oriana a Madásima, la hermosa hija de Famongomadán, para que sea su doncella y la sirva. Ella la casará con Basagante, hermano de Fomongomadán, un gran señor digno de su tierra y de la tuya. Y ahora, rey, mira lo que más te conviene: la paz que te proponen o la más cruda guerra con hombres que tanto pueden.

–Caballero –dijo el rey sonriendo–, mejor es la guerra peligrosa que la paz deshonrada. Mala cuenta podría yo dar al Señor que en tal alteza me puso si por falta de corazón descendiese hasta tanto envilecimiento. Os podéis ir, y decidles que antes querría la guerra con ellos durante todos los días de mi vida, y al cabo morir en ella, que aceptar la paz que me demandan. Y decidme dónde los hallará un caballero mío para que sepan por él la respuesta que os doy a vos.

–En el Lago Hirviente, en la isla de Mongaza.

–Y decidme cómo os llamáis.

–Señor, me llamo Landín, y soy sobrino de don Cuadragante. Hemos venido a esta tierra a vengar la muerte del rey Abies de Irlanda, y sólo nos pesa que no podamos hallar vivo ni muerto a aquel que lo mató.

–Pluguiera a Dios que le encontraseis vivo –dijo el rey.

–De todos modos –contestó Landín–, ya me veréis en la batalla, en el mayor daño vuestro que yo pudiere.

–No os faltará con quién combatir –dijo el rey.

Florestán tenía gran saña y le dijo:

–Caballero, yo no soy de esta tierra ni vasallo del rey, pero, como decís que andáis buscando a Amadís, si os place combatir conmigo, que soy su hermano, a condición de que si fueseis vencido os quitéis de esta batalla, yo lo haré para que podáis vengar la muerte del rey Abies.

–Debo ir con la respuesta de esta embajada a día fijo –dijo Landín–, y los señores que me envían me tomaron la palabra de que no aceptaría ningún peligro. Pero si de allí salgo vivo, me encontraré con vos a día señalado.

–Sea como decís –dijo Florestán, y tendiendo los guantes en señal de desafío, se los dio al rey.

Landín entregó la falda del arnés, y el combate quedó concertado para treinta días después de la batalla de los reyes.

El rey quedó hablando con Galaor, Florestán, Agrajes y otros caballeros, y les dijo:

–Quiero que veáis una cosa que os dará placer.

Mandó llamar a Leonoreta, su hija menor, con todas sus doncellas pequeñas para que viniesen a danzar como solían antes de saberse la pérdida de Amadís. Y el rey dijo a su hija:

–Hija, decid la canción que os hizo Amadís cuando era vuestro caballero.

La niña y las doncellas comenzaron a cantar. La canción decía así:

Leonoreta, fin roseta,

blanco sobre toda flor.

Fin roseta, no me meta

en tal cuita vuestro amor.

Sin ventura, yo en locura

me metí;

en vos amar es locura

que me dura,

sin me poder apartar.

¡Oh, hermosura sin par,

que me da pena y dulzor!

Fin roseta, no me meta

en tal cuita vuestro amor.

De todas las que yo veo

no deseo

servir otra sino a vos;

bien veo que mi deseo

es devaneo,

do no me puedo partir,

pues que no puedo huir

de ser vuestro servidor.

no me meta, fin roseta,

en tal cuita vuestro amor.

Aunque mi queja parece

referirse a vos, señora,

otra es la vencedora,

otra es la matadora

que mi vida desfallece.

Aquésta tiene el poder

de me hacer toda guerra.

Aquésta puede hacer,

sin yo me lo merecer,

que muerto viva so tierra.

–Quiero que sepáis –dijo el rey– cómo hizo Amadís este villancico a la infanta Leonoreta. Estaba él un día hablando con la reina Brisena, Oriana, Mabilia y Olinda dijeron a Leonoreta que pidiese a Amadís que fuese su caballero y la sirviese sólo a ella. Leonoreta lo hizo así, y Amadís y la reina rieron mucho. Amadís la tomó en sus brazos, la sentó en el estrado y le dijo: «Ya que queréis que sea vuestro caballero, dadme una joya como reconocimiento de que soy vuestro». Ella quitó de su cabeza un prendedor de oro con unas piedras muy finas y se lo dio. Todos rieron al ver que la niña tomaba en serio lo que le habían aconsejado en broma. Amadís quedó como su caballero e hizo por ella el villancico que habéis oído.

Las doncellas que lo cantaban llevaban guirnaldas en las cabezas y vestían ricos paños, iguales a los de Leonoreta. Eran doce, todas ellas hijas de duques, de condes y de grandes señores. Hincaron las rodillas ante el rey y se retiraron.

El rey se apartó con Galaor, Florestán y Agrajes, y les dijo:

–Amigos, en el mundo no hay tres caballeros en quienes tenga tanta fe como en vosotros. El plazo de la batalla se aproxima, y ya habéis oído la gente que vendrá contra mí. Os ruego que hasta entonces no aceptéis demandas que os impidan estar conmigo en la batalla, que tengo enemigos mortales y confío en vuestra gran bondad.

–Señor –dijeron ellos–, para batalla tan señalada como será ésta no es menester vuestro ruego, que además del deseo de serviros,

nuestros corazones tendrán lo que buscan por tierras extrañas, que es hallarse en las cosas de mayor peligro para alcanzar la gloria venciendo o cumplir el fin de la vida vencidos.

X

FAMONGOMADÁN Y BASAGANTE

Beltenebros recobró sus fuerzas y mandó a Enil que encargase unas armas con el campo verde, todo él lleno de leones menudos, y le comprase un buen caballo y una espada y la mejor loriga que encontrase. Estaba ya todo listo, cuando llegó Durín y le dijo que Oriana le esperaba en Miraflores. Durín le dio noticias de la batalla que estaba concertada con el rey Cildadán de Irlanda y que el gigante Famongomadán había desafiado al rey Lisuarte y quería que le entregase a Oriana para doncella de Madásima y para mujer de Basagante. Beltenebros se puso en camino para Miraflores.

Cuando fue día claro, espoleó a su caballo y lo llevó a su capricho de un lado para el otro. Enil, que lo miraba, quedó maravillado y le dijo:

–Señor, del ardimiento de vuestro corazón no conozco aún nada, pero nunca vi caballero que pareciese tan hermoso.

–Los corazones de los hombres –dijo Beltenebros– hacen las cosas buenas, y no el buen parecer. Pero cuando Dios lo da todo, hace gran merced. En adelante juzga el corazón por lo que vieres.

Desechando las tinieblas en que había estado envuelta su alma, Beltenebros reía y se deleitaba con las cosas. Anduvo siete días sin encontrar aventura. Al octavo, al llegar al pie de una montaña, vio venir, en un caballo bayo, a un caballero tan grande que parecía un gigante. Cuando estuvo cerca de Beltenebros, dijo en voz alta:

–Caballero, no pasaréis adelante hasta que me digáis lo que quiero saber.

Beltenebros se detuvo, y, por las armas que había visto en la Ínsula Firme, reconoció a don Cuadragante. Le pesó, porque quería

combatir antes que nada con Famongomadán y acudir al plazo que le había señalado su señora. Llamó a Enil para que le tuviese las armas listas, y éste le dijo:

–Dios os guarde, que más me parece diablo que caballero.

–Caballero –dijo Cuadragante cuando estuvo cerca–, conviene que me digáis si sois el rey Lisuarte.

–¿Por qué me lo preguntáis? –dijo Beltenebros.

–Porque le he desafiado a él, a todos los suyos y a todos sus amigos, y no dejaré con vida a ninguno que hallare.

–Gran locura es –dijo Beltenebros– desafiar al mejor rey del mundo. Yo no soy vasallo de este rey ni natural de su tierra, pero mi corazón está dispuesto a servirle por lo que merece. Si queréis batalla, la tendréis, y si no, seguid vuestro camino.

–Bien creo, caballero –dijo Cuadragante–, que la poca noticia que de mí tenéis os hace ser tan osado y de tanta locura, y os ruego que me digáis vuestro nombre.

–Me llaman Beltenebros, y por ser de poca nombradla no me conoceréis; mas sé, aunque vengo de tierras apartadas y extrañas, que andáis buscando a Amadís, y por las nuevas que de él tengo, creo que ganáis al no encontrarle.

–¡Cómo! –dijo Cuadragante–. Al que yo tanto odio ¿precias más que a mí? Ha llegado la hora de tu muerte, y toma tus armas si osas defenderte.

Dejaron correr sus caballos con gran saña, y del primer encuentro Beltenebros quedó herido en el pecho con la cuchilla de la lanza y su caballo estuvo a punto de caer, pero Cuadragante salió despedido de la silla. Beltenebros estaba enderezándose el yelmo cuando Cuadragante, que se levantó enseguida, hirió al caballo de Beltenebros por las ancas y lo espantó. Beltenebros se tiró del caballo, y tomando su escudo y su espada fue contra Cuadragante con gran braveza y le dijo:

–Caballero, no mostráis gran esfuerzo en matar un caballo.

Se acometieron con las espadas, y parecía como si combatiesen diez caballeros. Algunas veces se trababan por los brazos y trataban de derribarse. Los escuderos que los miraban no creían que ninguno de los dos pudiese quedar vivo. La batalla siguió hasta la hora de vísperas, sin que cruzaran palabra. Pero Cuadragante estaba ya tan ahogado de cansancio y tan maltrecho de un golpe que Beltenebros le había dado en el yelmo que cayó como muerto en el campo. Beltenebros le quitó el yelmo por ver si vivía, y al darle aire volvió algo en su acuerdo y dijo:

–¡Ay, Beltenebros, os ruego por Dios que me dejéis vivir para la salvación de mi alma!

–Si queréis vivir –dijo Beltenebros–, os daréis por vencido y haréis lo que os mande.

–Haré vuestra voluntad –dijo él–, pero por vencido no me puedo dar, porque no es vencido aquel que sin mostrar cobardía hace todo lo que puede hasta que el aliento le falta y cae a los pies de su enemigo. Vencido es el que deja de hacer lo que puede por falta de corazón.

–Mucho me place lo que ahora aprendo de vos –dijo Beltenebros–. Dadme la mano y juradme que haréis lo que yo mande.

Entonces llamó a los escuderos y dijo a Cuadragante:

–Os mando que vayáis a la corte del rey Lisuarte y no os marchéis de allí hasta que llegue Amadís y le perdonéis la muerte de vuestro hermano, el rey Abies de Irlanda, porque, según he sabido, ellos se desafiaron por propia voluntad y entraron solos en la batalla, de modo que una muerte así no se podría vengar entre personas bajas, y menos entre caballeros como vos. Y os mando que retiréis el desafío al rey y no toméis armas contra él.

Beltenebros subió en el caballo de Cuadragante y siguió su camino. Al poco trecho encontró a una doncella que cazaba con un azor, y junto con ella a tres doncellas que habían presenciado la batalla. Al verle herido, lo llevaron a un castillo donde en tres días quedó curado.

Volvió a ponerse en camino, y a los dos días, al subir a un cerro, vio a lo lejos la ciudad de Londres. A la derecha estaba el castillo de Miraflores. Siguió adelante y encontró junto a una ribera dos tiendas armadas, y en medio de ellas otra muy rica. A la puerta de cada una de las dos tiendas vio cinco escudos. Fuera de las tiendas había diez caballeros armados, y doncellas que estaban jugando. Para no tener que combatir, se apartó del camino. Los caballeros lo llamaron para que justase. Él dijo:

–No me place ahora, que vosotros sois muchos y descansados y yo uno solo y cansado.

–Más bien creo yo –dijo uno de ellos– que lo dejáis por temor de perder vuestro caballo.

–¿Y por qué lo perdería?

–Porque sería de aquel que os derribase, lo que es más seguro que ser vuestros estos caballos.

–Pues si es así –dijo Beltenebros–, prefiero ir en el mío y no ponerlo en esa aventura.

Quiso marcharse, pero los caballeros le dijeron:

–Nos parece, caballero, que las armas que lleváis las defendéis mejor con hermosas palabras que con esfuerzo del corazón, de modo que bien podrían quedar para ponerlas sobre vuestra sepultura, aunque viváis cien años.

–Decid lo que queráis, que con vuestras palabras no me quitáis la bondad, si alguna tengo.

–Dios quiera que se os antoje justar conmigo –dijo un caballero–, que no iríais hoy en vuestro caballo o yo no subiría en otro en todo este año.

–Buen señor –dijo Beltenebros–, eso es lo que temo, y por eso me aparto del camino.

–¡Santa María, qué caballero cobarde! –dijeron todos. Beltenebros siguió adelante sin hacer caso, y al llegar a un vado oyó que le

decían:

–¡Esperad, caballero!

Volvió la cabeza y vio en un palafrén a una hermosa doncella, que le dijo:

–Caballero, en aquella tienda está Leonoreta, la hija del rey Lisuarte, y ella y todas las doncellas os ruegan que mantengáis la justa por su amor.

–¡Cómo! –dijo Beltenebros–. ¿La hija del rey es la que allí está? Me pesa tener pleito con sus caballeros, y antes la querría servir, pero lo haré con tal de que los caballeros no me demanden nada más que justar.

Beltenebros volvió y encontró un campo llano. El primer caballero que vino contra él fue el que le había amenazado con quitarle su caballo. En el primer encuentro, el caballero rompió su lanza, y Beltenebros le dio tal lanzada que lo despidió de la silla y le hizo caer rodando por el campo. Enil recogió su caballo, mientras el caballero gemía por sus tres costillas rotas y su cadera quebrada. Amadís le dijo:

–Caballero, si vuestra palabra es verdadera, en un año no volveréis a caer otra vez.

Otro caballero entró en el campo dando voces. Beltenebros fue contra él y lo derribó, y también al tercero y al cuarto, y en éste quebró la lanza. Entonces se quiso ir, pero un escudero le trajo cuatro lanzas y le rogó de parte de Leonoreta que combatiese con los caballeros que quedaban. Beltenebros dijo:

–Por amor de Leonoreta, que es hija de tan buen rey, haré lo que manda, mas no por los caballeros, porque los tengo por desmesurados al hacer que los que siguen su camino tengan que combatir contra su voluntad.

Tomó su lanza y fue derribando a los caballeros uno a uno. Con el último quebró dos lanzas y sólo con la tercera lo pudo derribar. Era Nicorán de la Puente Medrosa, uno de los buenos justadores del

señorío de la Gran Bretaña.

Beltenebros envió todos los caballos a Leonoreta y le rogó que mandase que sus caballeros fuesen más corteses con los que iban por los caminos o que justasen mejor, que podría venir tal caballero que los hiciese ir a pie. Los caballeros, con gran vergüenza, no respondieron. Nicorán dijo:

–Si Amadís estuviese vivo y sano, diría que era él, que no creo que otro caballero pudiese irse así de nosotros.

–No debe de ser él –dijo Galiseo–, que algunos de nosotros lo reconocería, y él no habría querido justar porque a todos nos tenía por sus amigos.

–Si fuese Amadís, por bien empleada daríamos nuestra vergüenza –dijo Giontes, sobrino del rey–; mas, quienquiera que sea, que Dios le dé buena ventura, que como bueno ganó nuestros caballos y como bueno nos los devolvió.

–¡Maldito sea! –dijo Lasamor–. Me ha quebrado las costillas y la cadera; pero la culpa es mía, que yo busqué mi daño.

Beltenebros se marchó muy contento, e iba mirando la lanza que le quedaba, que le pareció hermosa. Con el gran calor, tenía sed y apresuró el paso. Pronto vio una ermita cubierta de árboles y se dirigió a ella. En la puerta vio ensillados tres palafrenes de doncellas y dos de escuderos. Entró a hacer su oración, y al salir vio a las doncellas junto a una fuente. Cuando se acercó, le preguntaron:

–Caballero, ¿sois de la casa del rey Lisuarte?

–Buenas doncellas –dijo él–, yo querría ser tal que me quisiesen en esa casa. Mas vosotras, ¿adónde vais?

–A Miraflores, a ver a una tía nuestra que es abadesa de un monasterio, y a Oriana, la hija del rey. Hemos acordado esperar aquí hasta que el calor pase.

Beltenebros les ofreció compañía y les preguntó cómo se llamaba la fuente. Ellas le contestaron:

–Sólo sabemos el nombre de la que está en el valle junto a aquellos árboles, que se llama la Fuente de los Tres Caños.

Beltenebros la conocía muy bien. Pronto vio venir, por el mismo camino que había seguido, una carreta tirada por doce palafrenes y conducida por unos enanos. Encima iban muchos caballeros atados en cadenas y sus escudos colgados de las varas. Y entre los caballeros iban doncellas y niñas que daban grandes voces. Delante de la carreta, en un caballo negro, iba un gigante descomunal, armado con unas hojas muy fuertes y un yelmo reluciente. En la mano llevaba un venablo. Detrás de la carreta iba otro gigante, aún más espantoso que el primero.

Las doncellas huyeron a esconderse entre los árboles. El gigante que iba delante se volvió a los enanos y les dijo:

–Os haré mil pedazos si no cuidáis a esas niñas, que con su sangre tengo que hacer un sacrificio al dios que adoro.

Era Famongomadán, que degollaba doncellas ante un ídolo que tenía en el Lago Hirviente. Beltenebros no quería combatir con él porque estaba quebrantado de la justa con los diez caballeros y debía encontrarse aquella noche con su señora Oriana. Pero reconoció a los caballeros que iban en la carreta, y a Leonoreta y a sus doncellas con ellos, y pidió las armas a Enil. Éste le dijo:

–¿Para qué las queréis? Dejad pasar primero a estos diablos.

–Dámelas –dijo Beltenebros–, que antes que pasen quiero tentar la misericordia de Dios.

–¡Oh, señor! –dijo él–. ¿Para qué queréis malograr vuestra juventud? Si aquí estuvieran los veinte mejores caballeros del rey Lisuarte no osarían acometer esto.

–Si los dejase pasar delante de mí sin hacer todo lo que puedo, no osaría luego presentarme ante hombres de valor.

Enil le dio las armas, llorando. Beltenebros descendió por una cuesta hacia el gigante, miró hacia Miraflores y dijo:

–¡Oh, mi señora Oriana! Nunca comencé un gran hecho confiado en

mí, sino en vos. Ahora socorredme, pues tanto lo necesito.

Le pareció que cobraba nuevas fuerzas y perdió todo temor. Y, dirigiéndose a los enanos, les dijo que se detuviesen.

El gigante se volvió hacia él con tal saña que le salía el resuello por el visal del yelmo. Y moviendo el venablo en la mano, le dijo:

–Desdichado, ¿quién te dio tal osadía que te atreves a aparecer ante mí?

–El Señor a quien tú ofendes, que me dará hoy esfuerzo para quebrar tu soberbia.

–Pues acércate, y verás si su poder te defiende del mío. Beltenebros apretó la lanza bajo el brazo, y a todo el correr de su caballo fue contra él y le dio una lanzada tan fuerte en las hojas que llevaba debajo de la cintura, que la lanza quebró las hojas, penetró en el vientre y pasó al otro lado. Las cinchas del caballo reventaron y el gigante cayó desplomado. Pero antes alcanzó a arrojar el venablo, que se clavó en la aguja del caballo de Beltenebros. Beltenebros se apeó de un salto y echó mano a la espada. El gigante estaba herido de muerte y el caballo lo iba arrastrando. Pero con toda su fuerza se desprendió del caballo, y arrancando el trozo de lanza que tenía clavada, lo arrojó con tal fuerza contra Beltenebros que casi lo derribó al suelo. Con el esfuerzo, Famongomadán cayó a tierra y empezó a dar voces:

–¡Socorro, Basagante, que estoy muerto!

Basagante tenía un hacha de acero muy pesada y fue con ella contra Beltenebros, decidido a hacer de él dos pedazos. Beltenebros, con su gran agilidad, esquivó el golpe y quiso herir el caballo de Basagante, pero sólo lo alcanzó con la punta de la espada e hirió a Basagante en la pierna. El gigante, con la saña que tenía, no lo sintió, y volviéndose a Beltenebros le clavó el hacha en el escudo y se lo derribó a tierra. Beltenebros le dio con la espada en el brazo, y le cortó la loriga y le hirió las carnes. El gigante pugnó por arrancar el hacha del escudo, sin lograrlo. Beltenebros tiró también de ella, con tan buena fortuna que el gigante perdió el pie del estribo y cayó a tierra. El hacha quedó en manos de Beltenebros. El gigante se

levantó y echó mano a una espada enorme que tenía, y quiso ir contra Beltenebros, pero estaba herido de la pierna y tuvo que hincar una rodilla en tierra. Beltenebros le dio con el hacha un golpe tan fuerte en el yelmo que se lo hizo saltar de la cabeza. Basagante, al verlo cerca, creyó que podría cortarle la cabeza, y le dio con la espada en el yelmo. Le cortó toda la corona del yelmo a cercén y los cabellos, pero la espada no llegó a la carne. Beltenebros se apartó, y la espada de Basagante dio en tierra en unas piedras y se quebró por la mitad.

Leonoreta y las doncellas, que estaban de rodillas en la carreta, creyeron que el gigante le había hendido la cabeza, y mesaban sus cabellos y daban grandes voces y gritos. Mas Beltenebros se arrancó lo que le quedaba del yelmo y se tentó la cabeza por ver si estaba herido. Al no sentir nada, fue con el hacha levantada contra el gigante, que comenzó a temblar, y le dio un golpe en la cabeza. El gigante cayó y se revolvió por el campo con la angustia de la muerte.

A esa sazón, Famongomadán se había quitado el yelmo de la cabeza y con las manos trataba de detener la sangre de sus heridas. Cuando vio a su hijo muerto, empezó a blasfemar. Beltenebros hincó las rodillas en tierra y le dijo:

–Desesperado de Dios y de su bendita Madre, ahora pagarás tus grandes crueldades.

Y haciéndole quitar las manos de las heridas, le dijo:

–Ruega a tu ídolo para que a cambio de la sangre inocente que le ofreciste te conserve la tuya.

El gigante no hacía más que maldecir a Dios y a los santos. Beltenebros arrancó el venablo del caballo y se lo metió en la boca. Se colocó el yelmo de Basagante para que no lo reconociesen, y subiendo en el caballo de Famongomadán se acercó a la carreta. Puso a todos en libertad, les pidió que llevasen al rey Lisuarte el caballo de Basagante, de parte de un caballero llamado Beltenebros, para que entrase con él en la batalla que tenía concertada, y se apartó del camino.

Los caballeros pusieron los cuerpos de los gigantes en la carreta, y eran tan grandes que las piernas iban colgando fuera de ella. Leonoreta y las doncellas cogieron flores del campo, y poniéndolas en sus cabezas y riendo y cantando, entraron en la ciudad de Londres, donde todos quedaron maravillados de las hazañas del caballero extraño.

Ya de noche, Beltenebros se dirigió al castillo. Junto al muro de la huerta le esperaban Gandalín y Durín. Saltó el muro y se encontró en los brazos de Oriana.

XI

LA ESPADA Y EL TOCADO

Amadís estuvo ocho días en el castillo de Miraflores, aposentado en la cámara de Oriana. De noche acudía Gandalín con las nuevas de la corte. El rey estaba muy inquieto, y temía a los bravos gigantes aliados del rey Cildadán. En la corte se hablaba de los grandes hechos de Beltenebros, y muchos decían que sobrepasaban a los de Amadís, Galaor y Florestán; estaban decididos, si salían con vida de la batalla, a buscarle para combatir con él.

Una noche, Gandalín encontró a Amadís jugando al ajedrez con Oriana y le contó un hecho extraño. Estaba el rey en palacio con sus caballeros, cuando entró un escudero de mucha edad, con la cara afeitada y los cabellos blancos. Le acompañaban otros dos escuderos, que vestían igual que él. El escudero viejo se arrodilló ante el rey, y después de saludarle en lengua griega, le dijo:

–Señor, la gran fama que corre por el mundo de los caballeros y dueñas y doncellas de vuestra corte es la causa de mi venida. Hace sesenta años que busco por todas partes lo que vengo hoy a buscar aquí. Y si tú, noble rey, tienes por bien que haga una prueba que no será en tu daño, te lo diré.

Los caballeros rogaron al rey que se lo otorgase, y él, curioso como ellos, accedió. El escudero viejo tomó en sus manos una arqueta de jaspe de unos tres codos de largo y un palmo de anchura, con chapas de oro en los bordes, y sacó de ella la espada más extraña que nunca se había visto. La vaina era de dos tablas verdes como esmeraldas y de hueso tan claro que traslucía la hoja. Pero la hoja misma tampoco era como las otras. La mitad era clara y limpia y la otra mitad bermeja y ardiente como el fuego. La guarnición y la cinta de la espada eran del mismo hueso de la vaina, en muchos trozos unidos con tornillos de oro. El escudero se la colgó del cuello

y sacó de la arqueta un tocado de hermosas flores, la mitad verdes y de tan vivo color como si acabasen de cortarlas y la otra mitad de flores tan secas que parecía que se iban a deshacer.

El rey le preguntó por qué, si todas aquellas flores salían de un solo ramo, eran tan diversas, y por qué era tan extraña la espada. El escudero dijo:

–Rey, esta espada no la puede sacar de la vaina sino el caballero que ame a su amiga más que nadie ama en el mundo; y cuando la espada esté en la mano de tal caballero, la mitad que ahora arde se tornará tan limpia y clara como la otra mitad. Y este tocado que veis, si fuere puesto en la cabeza de la dueña o doncella que a su marido o amigo amare en tal grado como el caballero, las flores secas se tornarán tan verdes y hermosas como las otras. Y sabed que yo no puedo ser caballero sino de la mano del leal amador que sacare la espada, ni tomar espada sino de la que pudiere ganar el tocado de las flores. He venido a esta corte pensando que así como en estos sesenta años nunca corte de emperador o de rey ha podido igualarse en fama a la vuestra, así se podrá hallar en ella lo que no se ha podido hallar hasta hoy en otras.

–Ahora decidme –dijo el rey–: ¿cómo el fuego tan vivo de esta media espada no quema la vaina?

–Os lo diré –dijo el escudero–. Sabed, rey, que entre Tartaria y la India hay un mar tan caliente que hierve como el agua sobre el fuego. Todo aquel mar es verde, y se crían en él unas serpientes mayores que cocodrilos que tienen alas para volar. Son tan ponzoñosas que las gentes huyen de ellas con temor; pero cuando las hallan muertas las precian mucho, pues son muy provechosas para curar males. Estas serpientes tienen un hueso, desde la cabeza hasta la cola, tan grueso que sobre él se forma todo el cuerpo, y tan verde como lo veis por la vaina y la guarnición de esta espada. Y como ese hueso fue criado en aquel mar, ningún fuego lo puede quemar. Las flores del tocado son de unos árboles de Tartaria, de una isla que entra quince millas en el mar. No hay allí más que dos de estos árboles, y no se sabe que existan en otras tierras. Y en el mar de Tartaria se forma un remolino tan bravo y tan peligroso que los hombres temen ir allí, y algunos que se aventuran y las traen, las venden al precio que quieren porque nunca desaparece esta

frescura y viveza de color. Y ya que os he contado la razón de lo uno y de lo otro, quiero que sepáis por qué vengo aquí. Sabed que soy sobrino del mejor hombre que hubo en su tiempo, que se llamó Apolidón y fue señor de la Ínsula Firme. Mi padre fue el rey Ganor, hermano de Apolidón y heredero de su reino, y yo nací de su casamiento con la hija del rey de Canonia. Cuando yo tenía ya edad para ser caballero, mi madre, que me amaba mucho, me pidió en don que no fuese caballero sino de mano del más leal amador que hubiese en el mundo ni tomase la espada sino de la dueña o doncella que en aquel mismo grado amase. Yo se lo otorgué, pensando que vería enseguida a Apolidón y a Grimanesa; mas cuando llegué, Grimanesa había muerto. Apolidón se apiadó de mí, porque la costumbre de aquella tierra era que no podía reinar quien no fuese caballero. Apolidón, no pudiendo poner remedio, me mandó que volviese después de un año, y entonces me dio esta espada y este tocado y me dijo que la simpleza que había hecho al prometer aquel don la remediase con el trabajo que me esperaba. Ésta es, buen rey, la causa de mi demanda. Que vos y vuestros caballeros prueben la espada, y la reina con sus dueñas y doncellas, el tocado, y si tales se hallaren que puedan acabar la prueba, las joyas serán suyas y el descanso mío, y vos tendréis la honra de que en vuestra corte se encuentre lo que no he hallado en la de ningún otro príncipe.

El rey, a ruego de los caballeros, acordó que la prueba se hiciese cinco días después, que era la fiesta de Santiago y vendrían a la corte muchos caballeros que había mandado llamar.

Cuando Gandalín acabó de hablar, Amadís quedó absorto largo rato. Por fin dijo:

–Señora, si por Dios y por vos se pudiese poner en efecto mi pensamiento, me haríais muy feliz.

–Mi buen amigo –dijo ella–, quien os ha hecho señor de su persona no podrá negaros lo demás.

Él la tomó por las manos, se las besó muchas veces y le dijo:

–Señora, yo pensaba que si vos y yo ganáramos aquellas joyas, nuestros corazones quedarían para siempre tranquilos y se habrían

despejado todas las dudas de que tan atormentados se han visto.

–¿Cómo se podría hacer sin gran vergüenza y peligro para mí y para mis doncellas?

–Se hará muy bien –dijo él–, porque yo os llevaré encubierta y con seguridades del rey vuestro padre.

Esa noche Amadís se dirigió a la Fuente de los Tres Caños. Llegó con el alba, y poco después acudió Enil con las armas nuevas que había hecho preparar en Londres, que eran hermosas y muy bien hechas. Enil le contó todo lo que pasaba en la corte, y cuando le iba a hablar de la prueba de la espada y del tocado, le dijo:

–Hace tres días que lo sé de una doncella que quiere que la lleve a probarlo muy encubiertamente, y como sabes que mi voluntad es que no me conozca nadie hasta que mis obras lo merezcan, irán a decirle al rey que acudiré a la prueba si me da seguridades de que no nos harán ni preguntarán nada contra nuestra voluntad. Y dirás a la reina que esta doncella me obliga a ir contra mi voluntad, pero que se lo prometí. El día de la prueba vendrás a este lugar a la luz del alba.

Por la noche Beltenebros volvió a Miraflores. Mabilia, al verle con las armas, le dijo:

–¿Qué es eso, primo? Venís más rico que cuando marchasteis.

–¿No sabéis por qué? –dijo Oriana–. Sabed que fue a buscar armas para poder salir de esta prisión.

La doncella de Dinamarca fue a Londres para decir a la reina que Oriana se sentía mal y no se levantaba, y volvió con nuevas de la corte. Había llegado la reina Briolanja con cien caballeros para que ayudasen a Galaor y a Florestán buscar a Amadís, y traía veinte doncellas, que vestían como ella de luto, como cuando había perdido su reino.

–¿Os parece tan hermosa como dicen? –preguntó Oriana.

–Después de vos, señora, es la mujer más apuesta y hermosa de cuantas he visto. Mucho le pesó cuando supo vuestro mal, y os

manda decir que os verá cuando lo tengáis a bien.

El rey otorgó a Enil lo que le pidió. Oriana se vistió una hermosa capa que la reina de Escocia había enviado a Mabilia, y se puso sus guantes y sus antifaces. Beltenebros la estuvo mirando y dijo:

–Nunca pensé, señora, que podría estar tan contento de no reconoceros.

Salieron por el muro de la huerta después de medianoche. Oriana cabalgó en un hermoso palafrén y Amadís en su caballo, llevando las armas nuevas. Cuando Oriana se vio sola en la floresta con su amigo, tuvo miedo y empezó a temblar. Beltenebros lo notó y le dijo:

–Si hubiera pensado que tanto ibais a temer, por Dios, señora, que no os hubiera propuesto esta aventura. Estamos a tiempo para volver.

Beltenebros tomó el palafrén por las riendas, mas a Oriana se le mudó el corazón y dijo:

–Mi buen amigo, no miréis el temor que yo como mujer pueda tener al verme en lugar tan extraño, sino a lo que vos como caballero debéis hacer.

En la Fuente de los Tres Caños encontraron a Enil y tomaron el camino de Londres. Todos miraban a Beltenebros y decían:

–Éste es el buen caballero que envió aquí a don Cuadragante y mató a los gigantes. Por bienaventurada se debe tener la doncella que va en su compañía.

Oriana se sentía orgullosa. Cuando llegó a palacio y vio a su padre y a su madre, comenzó a temblar. El rey salió a recibirlos. Ambos se hincaron de rodillas ante él para besarle las manos. El rey los levantó y dijo a Beltenebros:

–Mi buen amigo, toda vuestra voluntad haré con gusto, como corresponde a quien en poco tiempo me sirvió mejor que nunca caballero a un rey.

Beltenebros se lo agradeció, pero no contestó, y fue con Oriana a arrodillarse ante la reina.

–Doncella –dijo la reina–, no sé quién sois, que nunca os vi, mas por los grandes servicios que vuestro caballero nos ha hecho y por lo que vos valéis, os haré todos los honores.

Oriana inclinó la cabeza en señal de humildad y no contestó. El rey se colocó con todos los caballeros de un lado de la sala y la reina del otro con las dueñas y doncellas. Beltenebros quiso estar aparte con la dueña, y que ambos fueren los últimos en probar aquella aventura.

Comenzó la prueba. El rey se acercó a una mesa donde estaba la espada y trató de sacarla de la vaina. Sacó como una mano y no pudo más. Macandón, que así se llamaba el escudero, volvió a meterla. Galaor no sacó más que unos tres dedos. Luego Florestán, Galvanes, Grumedán, Brandoibás y Ladasín. Ninguno de ellos sacó tanto como Florestán, que sacó como un palmo. Luego Guilán el cuidador, que sacó la mitad. Macandón le dijo:

–Si hubieseis amado otro tanto, habríais ganado la espada, y yo lo que tanto tiempo he buscado.

Luego hicieron la prueba más de cien caballeros notables, y tales hubo que no sacaron ni poco ni mucho, y a éstos llamaba Macandón herejes de amor. Entonces se acercó Agrajes. Antes de tomar la espada miró a Olinda, y pensó que la espada sería suya, por el leal y verdadero amor que le tenía. Sacó tanto de ella que solamente quedó dentro una mano, y pugnó tanto por sacarla que lo ardiente de la espada le quemó la ropa. Luego la probaron Palomir y Dragonís, que habían llegado a la corte el día antes, y sacaron de la espada tanto como Galaor. Macandón les dijo:

–Si tenéis como espada lo que sacasteis, poco tendréis para defenderos.

–Verdad es –dijo Dragonís–, mas si vos al cabo de esta prueba os armáis caballero, no seréis tan niño que lleguéis a olvidarlo.

Todos rieron, y como ya no quedaba ninguno en la corte, se levantó

Beltenebros, tomó a su señora por la mano y se acercó a la mesa. Macandón le dijo:

–Caballero, mejor os parecería esta espada que la que traéis, pero ésta se conquista más por lealtad de corazón que por fuerza de armas.

Beltenebros, sin contestar, tomó la espada y la sacó entera de la vaina, y la mitad ardiente quedó tan clara como la otra mitad. Macandón se arrodilló ante él y dijo:

–¡Oh, buen caballero! Dios te honre, pues así has honrado esta corte. Con mucha razón debe amarte la que tú amas, si no es la mujer más falsa del mundo. Te demando honra de caballería y me darás tierra y señorío sobre los hombres.

–Amigo –dijo Beltenebros–, hágase la prueba del tocado y cumpliré con vos lo que deba.

Entonces santiguó la espada, dejó la suya y se echó la nueva al cuello, y tomando a su señora por la mano volvió a su lugar. Todos le loaban. Galaor y Florestán tenían gran saña, porque después de Amadís consideraban deshonroso que a nadie pusiesen por encima de ellos. El rey mandó que la reina y todas las dueñas y doncellas que estaban en palacio probasen el tocado.

La reina se lo puso en la cabeza y las flores no sufrieron mudanza. Macandón le dijo:

–Señora, si el rey vuestro marido no ganó mucho en la espada, parece que se lo pagasteis de la misma manera.

Ella quedó con mucha vergüenza, y entonces hizo la prueba la hermosa Briolanja, con igual resultado. Luego, cuatro infantas: Elvida y Estrelleta, Aldeva y Olinda. Al ponérselo Olinda, las flores secas comenzaron a reverdecer, y pareció que iba a ganar la prueba, pero al quitarse el tocado volvieron a quedar tan secas como antes. Después de Olinda, la probaron más de ciento, sin alcanzar tanto como ella, y a todas decía Macandón cosas de burla y placer. Cuando todas habían hecho la prueba, hizo una señal a Beltenebros. Oriana se acercó. Le pusieron el tocado en la cabeza, y enseguida

las flores secas se tornaron tan verdes y hermosas que no se podían diferenciar las unas de las otras. Macandón dijo:

–¡Oh, buena doncella, vos sois la que busco desde cuarenta años antes de que hubieseis nacido!

Macandón se vistió unos paños blancos y unas armas blancas, como caballero novel. Beltenebros le hizo caballero y le puso la espuela diestra, y Oriana le dio una espada muy rica que traía. Cuando las dueñas y doncellas lo vieron así, comenzaron a reír, y Aldeva dijo de modo que todos la oyeran:

–Este caballero nos debe gustar, porque será novel toda su vida.

–¿Cómo lo sabéis? –dijo Estrelleta.

–Por los paños que trae, que no pueden durar menos que él.

–Dios lo haga así –dijeron ellas–, y lo mantenga en la hermosura que ahora tiene.

–Buenas señoras –dijo él–, yo no daría mi placer por vuestra mesura, que mejor estoy yo de juventud que vosotras de vergüenza.

Beltenebros se despidió del rey. La reina dijo a Oriana:

–Buena doncella, ya que vuestra voluntad ha sido que no os conociésemos, os ruego que de donde estéis me hagáis saber vuestras cosas y me demandéis mercedes, que con gusto os serán concedidas.

–Señora –dijo Beltenebros–, aunque hace ocho días que ando con ella, la conozco tanto como vos; mas por lo que he visto os digo que es hermosa y de tales cabellos que no tiene por qué encubrirlos.

–Doncella –dijo Briolanja a Oriana–, yo no sé quién sois, mas por lo que habéis mostrado de vuestros amores, si vuestro amigo os ama como vos a él, será ésta la más hermosa pareja que amor jamás juntó.

Cuando Beltenebros se despidió del rey, le dijo:

–Señor, si tuvieseis por bien que yo fuera uno de los cien caballeros de vuestra batalla, con gusto os serviría.

El rey lo abrazó y se lo agradeció. Beltenebros y Oriana se internaron en la floresta y tomaron el camino de la Fuente de los tres Caños, llevando él ceñida la espada verde y ella el tocado de las flores en la cabeza.

Cuando llegaron a la fuente, se acercó a ellos un escudero que descendía de la montaña y dijo:

–Caballero, Arcaláus manda decir que le llevéis esta doncella, y que si os detenéis y le hacéis cabalgar os cortará la cabeza.

–¿Dónde está Arcaláus? –dijo Beltenebros.

El escudero se lo indicó, Arcaláus el encantador estaba debajo de unos árboles con otro caballero armado. Oriana, espantada, apenas podía sostenerse en el palafrén. Beltenebros se acercó a ella y le dijo:

–Señora, no temáis, que si esta espada no me falla, os defenderé.

Entonces tomó sus armas y dijo al escudero:

–Decid a Arcaláus que yo soy un caballero extraño que no lo conozco y no tengo por qué hacer su mandado.

Cuando Arcaláus oyó esto, dijo al que le acompañaba:

–Sobrino Lindoraque, tomad el tocado que lleva esa doncella y será para vuestra amiga Madásima, y si el caballero os lo impidiere, cortadle la cabeza y a la doncella colgadla por los cabellos de un árbol.

Lindoraque subió a su caballo. Era de gran talle, hijo de Cariada, el gigante de la Montaña Defendida, y de una hermana de Arcaláus. Beltenebros le salió al paso y le dijo:

–Caballero, no paséis adelante.

–Por vos no dejaré de hacer lo que me manda mi tío Arcaláus.

Se acometieron y Lindoraque cayó de la silla con un trozo de lanza metido en el cuerpo. Se levantó enseguida para acometer a Beltenebros, pero al quererse defender cayó al suelo y el hierro de la lanza le salió por las espaldas. Arcaláus subió en su caballo y corrió en su socorro, pero Beltenebros le hizo perder el encuentro de la lanza, y al pasar le dio un golpe con la espada y le cortó la mitad de la mano. La lanza cayó al suelo y Arcaláus comenzó a huir arrojando el escudo. Beltenebros no se atrevió a alejarse por no abandonar a Oriana. Mandó a Enil que cortase la cabeza a Lindoraque y la llevase con la mano y el escudo de Arcaláus a la corte del rey Lisuarte. Y con Oriana tomó el camino del castillo de Miraflores.

XII

LA BATALLA DE LOS CIEN CABALLEROS

Una doncella llegó a la corte del rey Lisuarte y entregó una carta al rey y otra a Galaor. El rey leyó su carta:

«A ti, Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, yo, Urganda la Desconocida, te hago saber que en la cruel y peligrosa batalla concertada con el rey Cildadán, aquel Beltenebros en quien tanto confías perderá su nombre y gran fama, y con un solo golpe hará que sus grandes hechos sean puestos en olvido. En esa hora te verás en el mayor peligro en que nunca estuviste, y cuando la aguda espada de Beltenebros esparza tu sangre, estarás en peligro de muerte. La batalla será cruel y dolorosa, y muchos esforzados caballeros perderán la vida, pero al fin tres golpes de Beltenebros harán que los suyos sean vencedores. Piensa, rey, lo que harás».

El rey quedó espantado, porque siempre se cumplía lo que Urganda profetizaba. Mostró la carta a Galaor y le pidió consejo. Galaor le mostró la suya, que decía:

«A vos, Galaor de Gaula, yo, Urganda: quiero que por mí sepáis lo que os acaecerá si tomáis parte en la dolorosa batalla. Después de ver grandes crueldades y muertes, vuestro valiente cuerpo desfallecerá y vuestra cabeza estará en manos de aquel que con tres golpes decidirá la suerte de la batalla».

Ni el rey ni Galaor quisieron renunciar a la batalla. Llegaron nuevas de que Arbán de Norgales y Angriote de Estraváus estaban en poder de la giganta Gromadasa, mujer de Famongomadán, que los sometía a crueles tormentos, y que los enemigos del rey, entre ellos gigantes y caballeros de grandes hechos, habían pasado a Irlanda e iban a desembarcar en el Puerto de la Vega. El rey Lisuarte alentó a los suyos y mandó que se dispusiesen a partir al encuentro de sus enemigos.

Beltenebros estuvo tres días en el castillo de Miraflores, y la noche siguiente se dirigió al castillo de Abradán, cerca del Puerto de la Vega, donde debía encontrarse con Enil. Supo que ya había pasado el rey Lisuarte y que el rey Cildadán había desembarcado con sus caballeros y que tenían sus tiendas en la ribera del mar. Se había estipulado que ninguno de los reyes pusiese más de cien caballeros en la batalla. Los enemigos del rey Lisuarte eran tales que si Dios no le ayudaba milagrosamente, nada podría contra ellos.

Antes de ponerse Beltenebros en marcha, Enil se arrodilló ante él y le pidió que le armase caballero para intervenir en la batalla. Beltenebros no pudo disuadirle y dijo:

–Bien se ve que eres del linaje del leal Gandales. Ya que te place, así sea.

Cuando llegaron, el rey Lisuarte ordenaba sus caballeros. Al ver a Beltenebros, todos cobraron gran esfuerzo. El rey hizo un haz de su gente. En el medio, Beltenebros, Enil, Galaor, Florestán, Agrajes y Gandalac, el gigante amigo de Galaor, con sus dos hijos, Bramandil y Bavús, que Galaor había armado; luego, Nicorán de la Puente Medrosa, Dragonís y Palomir, Pinorantes, Giontes, sobrino del rey, Bruneo de Bonamar con su hermano Branfil, Guilán el cuidador y otros caballeros. Delante de todos, don Grumedán con la enseña del rey.

El rey Cildadán había dispuesto también su gente. Delante estaban los gigantes con veinte caballeros de su linaje, que eran muy valientes. En un otero, Madanfabul, el gigante de la isla de la Torre Bermeja y los diez caballeros más preciados que allí tenía con la orden de que no se movieran hasta que todos estuviesen cansados, y que entonces procurasen matar al rey Lisuarte o prenderlo y llevarlo a las naves.

Con mucho orden y paso a paso se aproximaron los dos haces. Cuando estuvieron cerca, los que iban delante se acometieron tan bravamente que muchos cayeron al suelo. Luego se juntaron todos los caballeros y se combatieron con gran saña, quedando unos muertos y otros heridos. Así pasaron la tercera parte del día sin descanso ninguno, a pesar del gran hervor del verano. Los caballos estaban ya cansados y muchos caballeros perdían sangre por las

heridas hasta quedar extenuados en el campo. Beltenebros, con su buena espada verde, hacía maravillas, derribando y matando a los que hallaba delante, aunque tenía mucho cuidado de guardar al rey de los grandes peligros en que lo veía. Galaor, Florestán y Agrajes, que veían las extrañas cosas que hacía, daban y sufrían tales golpes que se señalaban con ventaja entre todos. Bruneo seguía a Galaor, que, como león sañudo, para igualar a Beltenebros, sin temer los fuertes golpes de los gigantes, se metía con su espada entre sus enemigos.

El gigante Cariada, de la Montaña Defendida, tenía ya a sus pies a más de seis caballeros, aunque perdía sangre por una herida en el hombro que le había hecho Florestán. Galaor apretó la espada, fue contra él y le dio de soslayo un golpe tan fuerte en el yelmo, que se lo cortó y le arrancó una oreja. Al caer la espada, le cortó al gigante el asta del hacha. Cuando Cariada lo vio tan cerca, le echó los brazos con tanta fuerza, que lo arrancó de la silla y dio con él en el suelo. El gigante le apretaba y parecía que le iba a romper los huesos. Galaor alcanzó a tomar la espada y se la metió en los ojos. El gigante perdió la fuerza, abrió los brazos y cayó muerto al suelo. Galaor no pudo retirar la espada de la cabeza del gigante; estaba cansado y perdía sangre de las heridas. De ambas partes se juntaron a su alrededor muchos caballeros, y la lucha prosiguió más cruel que antes. Beltenebros dio al rey Cildadán dos golpes tan fuertes en la cabeza que lo hizo caer sin sentido a los pies de Galaor, el cual le tomó la espada y comenzó a repartir golpes hasta que le faltaron las fuerzas y cayó como muerto. Allí se juntaron los gigantes Gandalac y Albadanzor y se acometieron con las mazas, cayendo ellos y sus caballos a tierra. Albadanzor quedó con un brazo quebrado, y Gandalac con una herida en la pierna, pero con ayuda de sus hijos mató a Albadanzor.

La mayor parte de los combatientes estaban muertos y había pasado ya el mediodía. Mandanfabul, el gigante de la isla de la Torre Bermeja, que estaba en el otero, vio los muertos, los caballeros cansados con sus armas rotas y los caballos heridos, y pensó que la batalla era suya. Bajó del otero y entró en el campo dando voces:

–¡No quede hombre con vida, que yo tomaré al rey Lisuarte!

Beltenebros lo vio venir. Acababa de tomar un caballo descansado.

Llamó a Florestán y a Agrajes y se puso delante del rey; con ellos se juntaron Bruneo, Branfil, Guilán y Enil, dispuestos, a pesar de sus heridas, a defender al rey. Con Madanfabul venía un caballero llamado Sarmadán el León, tío del rey Cildadán y el más fuerte y valiente de todo su linaje. Beltenebros salió a su encuentro y recibió una herida de lanza en el pecho, pero con su espada le dio de través en la visera del yelmo, le abrió los dos ojos y lo hizo caer al suelo sin sentido.

Madanfabul y los suyos atacaron impetuosamente y derribaron a los defensores del rey. Madanfabul fue hacia el rey con tanta bravura que nadie pudo impedirle que le echase el brazo al cuello, lo arrancase de la silla y se lo llevase hacia las naves. Beltenebros se encomendó a Dios y a Oriana, hirió con las espuelas a su caballo, y espada en mano se lanzó detrás de Madanfabul. Con todas sus fuerzas le dio un golpe en el brazo derecho, con el que sostenía al rey, y se lo cortó hasta el codo. El rey, herido por la espada, cayó al suelo, y el gigante huyó. Entonces Beltenebros comenzó a dar grandes voces:

–¡Gaula, Gaula, que soy Amadís!

Y seguía repartiendo golpes, hiriendo a unos y matando a otros, con gran seña, porque creía que Galaor estaba muerto. Los caballeros del rey Lisuarte que estaban heridos o a pie, al oírle, cobraron nuevos bríos. Los enemigos tomaron como caudillo a un caballero del linaje de los gigantes llamado Gadán Curiel, que hacía gran estrago, y creían vencer con él. Amadís se metió entre ellos con gran peligro. El rey Lisuarte estaba ya a caballo y acudió en su ayuda, y con él Bruneo de Bonamar, Florestán, Guilán el cuidador, Ladasín, Galvanes sin Tierra, Olivas y Grumedán. Amadís llegó hasta donde estaban Agrajes, Palomir, Branfil y Dragonís, que se defendían a pie, porque sus caballos habían muerto. Llamó a Florestán y a Guilán, y acudió en socorro de sus amigos. Al encuentro de Amadís salió un caballero muy señalado que se llamaba Vadamigar, que había perdido el yelmo en la batalla. Vadamigar dio con el hierro de la lanza en el caballo de Amadís y le atravesó el cuello. Amadís le dio con la espada en la cabeza y se la hendió hasta las orejas. Cuando cayó al suelo, Amadís dijo:

–Primo Agrajes, subid a ese caballo.

Florestán derribó a un caballero que se llamaba Danel y dio el caballo a Palomir. Guilán hirió a Landín y dio su caballo a Branfil, y Palomir trajo un caballo para Dragonís. Cuando todos estuvieron remediados, fueron detrás de Amadís, que ponía pavor en los enemigos. Y tanto hicieron que decidieron la batalla.

Amadís creía que Galaor había muerto, y con saña perseguía a los enemigos hasta el mar. Gadán Curiel, un esforzado y valiente caudillo, al ver que los suyos estaban vencidos y que no los dejarían entrar en las naves, juntó a todos los que pudo y con la espada levantada se abalanzó sobre el rey Lisuarte. Pero Florestán se puso delante y recibió el golpe en el yelmo. Sintió la herida en las carnes, pero con la empuñadura de la espada le dio en el yelmo y se lo derribó de la cabeza. Acudió el rey y le partió la cabeza en dos. Ya no quedó nadie que mantuviese el campo. Unos morían en tierra y los otros en el agua, al querer acogerse a las barcas.

Amadís y los suyos fueron a buscar a Galaor. Florestán lo encontró después de revolver un montón de muertos, y todos empezaron a hacer gran duelo. Amadís se dejó caer del caballo, y sus heridas volvieron a abrirse. Se quitó el yerno y el escudo y se acercó llorando. Quitó el yelmo a Galaor y le levantó la cabeza, apoyándola en sus rodillas. Galaor comenzó a respirar. En eso llegaron doce doncellas bien ataviadas, que llevaban un lecho cubierto de ricos paños. Hincaron las rodillas ante Amadís y dijeron:

–Señor, hemos venido por Galaor. Si queréis que viva, dádnoslo, que no lo curarán cuantos médicos hay en la Gran Bretaña.

Amadís quiso ir con él, pero no le admitieron. Tampoco quisieron decirle adónde lo llevaban. Sólo admitieron que le acompañase el enano y un escudero. Las doncellas pidieron al rey Lisuarte que les entregase al rey Cildadán, que parecía muerto. El rey Lisuarte lo otorgó. Llevaron a los dos heridos a un navío, el cual alzó rápidamente las velas y se alejó por el mar.

XIII

LOS VATICINIOS DE URGANDA

Antes de la batalla, la hermosa reina Briolanja fue a Miraflores. Cuando Oriana la vio, sintió gran sobresalto, porque pensó que no podía haber en el mundo un corazón tan sujeto que la hermosura de Briolanja no lo ganase para sí. Briolanja, que había visto las angustias y lágrimas de Amadís, pensó que él amaba a Oriana, ante la cual debían huir todas las demás para que con su gran claridad no quedase la hermosura de ellas en tinieblas.

Hablando Briolanja de lo que Amadís había hecho por ella, Oriana le preguntó:

–Reina, si es tan bueno y de tan alto linaje, ¿por qué no le hacéis señor de vuestro reino?

–Amiga –le dijo Briolanja–, bien creo que no le conocéis. ¿Pensáis que no me tendría yo por la mujer más bienaventurada del mundo si pudiese alcanzar lo que decís? Pero bien me dio a entender que no pensaba en mí. Mientras vivió en mi corte jamás le oí hablar de ninguna mujer como hacen los otros caballeros. Y os digo que antes por él que por ningún hombre del mundo perdería mi reino y aventuraría mi persona.

Briolanja estuvo diez días en Miraflores. Luego fue con Oriana a la villa de Fenusa, donde estaba la reina Brisena, y tuvieron las nuevas de la batalla. Allí llegó el rey Lisuarte con Amadís y todos sus caballeros, cuando estuvieron curados de las heridas. La reina Briolanja tomó a Amadís y lo sentó entre ella y Oriana. Y después de contarle el dolor que habían tenido por su pérdida, las dos le rogaron que les dijese la verdad en lo que le iban a preguntar. Él lo prometió, y entonces Oriana le dijo:

–Pues decidnos quién fue la doncella que ganó con vos el tocado de

las flores.

–Dios no me salve, señora –dijo él, volviéndose a Oriana–, si sé de su nombre, y quién ella es más que lo que vos misma sabéis. Sólo os puedo decir que era muy hermosa. De lo demás sé tanto como vos, que supongo que nunca la visteis.

–Si alcanzó mucha gloria en aquella aventura –dijo Oriana–, pudo haberle costado caro, según me dijeron, porque Arcaláus y Lindoraque quisieron quitarle el tocado y colgarla por los cabellos, y lo hubieran hecho si vos no la hubieseis defendido.

–No ha sido Amadís –dijo Briolanja–, sino el valiente Beltenebros, que derribó en un día a diez caballeros de los buenos de vuestra casa y mató en batalla a aquel bravo Famongomadán y a su hijo y ganó por la lealtad de su amor la ardiente espada que no pudo ganar nadie en sesenta años. Así, mi buena amiga, no es razón que la honra debida a Beltenebros sea dada a Amadís, pues por tan bueno se debe tener al uno como al otro, y ése es mi parecer.

Estaba el rey en los corredores del palacio, con sus caballeros, después de la cena, mirando hacia el mar, cuando vio que por el agua se acercaban dos fuegos. Todos quedaron espantados de que el agua y el fuego marchasen de acuerdo. Cuando estuvieron más cerca, se vio entre los dos fuegos una galera. En el mástil ardían grandes cirios, y parecía que ardía toda ella. El ruido era grande. La gente subió a los muros para ver aquella maravilla y temió que, si el agua no era poderosa para matar aquel fuego, ardería toda la ciudad. La reina, con sus dueñas y doncellas, fue a orar a la capilla. El rey, con cincuenta caballeros de su guardia, se dirigió a la ribera del mar.

En la orilla estaban ya Amadís, Guilán el cuidador, Enil y otros caballeros. El rey espoleó a su caballo, que estaba espantado, y se juntó con ellos. Entonces apareció en la galera una dueña vestida con paños blancos, que llevaba una arqueta de oro en la mano. De la arqueta sacó una candela encendida, y echándola en el mar, se apagaron los fuegos. La gente perdió el temor. La lumbre de los cirios alumbraba la ribera. El paño que cubría la galera desapareció, y se vio que estaba enramada y cubierta de flores. Empezaron a tañer instrumentos de son muy dulce. Cuando cesó la música,

salieron diez doncellas ricamente vestidas, con guirnaldas en la cabeza y varas de oro en las manos, y delante de ellas la dueña que había apagado los fuegos. Cuando la galera estuvo cerca del rey, hicieron una reverencia. El rey dijo:

–Dueña, en gran pavor nos pusisteis con vuestros fuegos. Si os place, decidnos quién sois, aunque bien creo que lo podemos adivinar.

–Señor –dijo ella–, en vano trabajaría quien quisiese poner miedo en vuestro corazón y en el de vuestros caballeros. Los fuegos que visteis los traigo para mi protección, y si creéis que soy Urganda la Desconocida, no os equivocáis. Vengo a ver al mejor rey del mundo y a la reina que en bondad y virtud no tiene par.

Y dirigiéndose a Amadís, le dijo:

–Señor, he venido para quitaros el trabajo de buscar a Galaor, que está curado de sus heridas.

–Señora –dijo Amadís–, siempre tuve en el pensamiento que estaba en vuestras manos y que vuestro remedio, después del de Dios, era su salud.

A la mañana siguiente, la reina envió para Urganda y sus doncellas doce palafrenes ricamente ataviados. Acudieron a conducirla Amadís, Agrajes, Bruneo de Bonamar y Guilán el cuidador. El rey le hizo grandes honores. Ella, al ver a tantos caballeros, dijo:

–Señor, bien acompañado estáis, y no lo digo tanto por el valor de estos caballeros como por el gran amor que os tienen, que el amor asegura el estado de los príncipes. Sabedlos conservar y guardaos de malos consejeros.

Luego fue a ver a la reina, que estaba con Oriana y con la reina Briolanja y acompañada de todas sus dueñas y doncellas, y le dijo:

–Señora, he venido a esta corte para ver la gran alteza del rey y vuestra, y la alteza de armas y la flor de la hermosura del mundo, como no creo que se encuentre hoy en la corte de ningún otro príncipe ni emperador.

Urganda se aposentó con Oriana, que quiso saber su porvenir. Urganda la miró sonriendo y le dijo:

–Hija mía, ¿creéis que sabiendo lo que pedís podríais evitar vuestro daño? No lo creáis, pero ya que tanto lo queréis, os lo diré. Cuando venga el tiempo de vuestra mayor cuita y por vos estén muchas gentes atormentadas de gran tristeza, saldrá el fuerte león con sus bestias, y, asombrados vuestros guardianes de sus bramidos, os dejarán en sus fuertes uñas. Y el afamado león derribará la alta corona de vuestra cabeza, y el león hambriento se apoderará de vuestra carne y la meterá en sus cuevas y amansará con ella su hambre rabiosa. Hija, mirad ahora lo que podéis hacer.

–Señora –dijo Oriana–, más contenta estaría de no haberos preguntado nada, pues en gran pavor me ponéis.

–Hija –dijo Urganda–, no queráis saber aquello que ni vuestra discreción ni vuestra fuerza pueden evitar. De las cosas encubiertas, muchas veces las personas temen lo que debiera alegrarles. Alegraos, señora, de que Dios os ha hecho hija del mejor rey y de la mejor reina del mundo, y con tanta hermosura que se divulga como maravilla por todas partes, y os ha dado el amor de aquel que luce sobre todos los que tienen honra y prez como el día sobre las tinieblas.

Antes de partir, Urganda reunió a todos los caballeros y dueñas y doncellas en una sala del palacio, y les dijo:

–Os quiero decir algunas cosas de las que han de suceder por el orden de los tiempos. Contienda se levantará entre el gran culebro y el fuerte león, y se juntarán muchos animales bravos. Sobrevendrá gran ira y saña, y muchos padecerán cruel muerte. El gran raposo romano será herido por la uña del fuerte león y despedazada su pelleja. En esa sazón será puesta entre ellos la oveja mansa cubierta de lana negra, y su gran humildad amansará la braveza de sus fuertes corazones y apartará a los unos de los otros. Mas luego descenderán los lobos hambrientos de las ásperas montañas y vencerán al gran culebro y le obligarán a refugiarse en una cueva, y el tierno unicornio, poniendo su boca en las orejas del fuerte león, le hará despertar del gran sueño y acudir en socorro del gran culebro para sacarlo de las rabiosas bocas de los hambrientos lobos.

El gran culebro lanzará toda la ponzoña de sus entrañas, y pondrá la blanca cervatilla en las crueles uñas del león.

El rey dijo que no entendía nada. Urganda se dirigió a Amadís, que estaba pensativo, y le dijo:

–Amadís, ¿por qué piensas en lo que nada te aprovecha? Llegarás a la muerte por la vida ajena y darás tu sangre por la sangre ajena. El martirio será tuyo y de otro la ganancia, y tendrás como galardón saña y lejanía. Tu aguda y rica espada trastornará tus huesos y tu carne, y darías la mitad del mundo para que se quebrase y fuese echada en un lago. Cuida lo que haces, que todo vendrá como te digo.

Amadís vio que todos tenían puestos los ojos en él, y dijo con semblante alegre:

–Señora, por las cosas pasadas podemos creer que las presentes también serán verdaderas. Y como sé que soy mortal y que no alcanzaré más vida que la que Dios quiera, mi cuidado será dar fin a las grandes cosas en que se gana honra y fama más que en sostener la vida.

–Señor –dijo Urganda al rey–, yo me quiero ir, y en vuestra honra y servicio os digo que cerréis los oídos a todos, y más a aquellos en quienes veáis malas obras.

Urganda y sus doncellas entraron en la nave en que habían llegado, que al alejarse quedó envuelta en una gran tiniebla.

XIV

ARDÁN CANILEO EL TEMIDO

Andaba el rey Lisuarte por el campo y hablaba con sus caballeros de la expedición a la isla de Mongaza para sacar de la prisión al rey Arbán de Norgales y a Angriote de Estraváus, cuando vio acercarse una nave por el mar. Poco después desembarcó una doncella hermosa y ricamente ataviada, pero de enormes proporciones, acompañada de dos escuderos. Conducida a palacio, presentó sus credenciales al rey y dijo:

–Gromadanza, la giganta del Lago Hirviente, y la hermosa Madásima y Ardán Canileo el Temido han sabido que queréis ir a tomarles la tierra. Y como eso no sería sin gran pérdida de gente, lo quieren poner al juicio de una batalla, de esta manera: Ardán Canileo combatirá con Amadís de Gaula, y si lo venciere llevará su cabeza y la tierra quedará libre; y si fuere vencido o muerto, la tierra quedará para vos, señor, y os entregarán los prisioneros. Si Amadís los ama tanto como ellos piensan que acepte la batalla; si no, les cortarán las cabezas.

–Doncella –dijo Amadís–, si yo acepto la batalla, ¿qué seguridad tiene el rey de que se cumplirá lo que decís?

–Os lo diré. Doce doncellas de calidad, entre ellas la hermosa Madásima, se entregarán a la reina con la condición de que les corten la cabeza si no se cumplen las condiciones. Y aún más, por este pleito se entregarán al rey el gigante Andanguel con dos hijos suyos y nueve caballeros.

–Buena fianza es –dijo Amadís–, pero de mí no tendréis respuesta si no coméis conmigo en compañía de vuestros escuderos.

–¿Y por qué me convidáis? ¿No veis que vuestro afán es inútil, que os odio a muerte?

–Buena doncella –dijo Amadís–, eso me pesa porque os quiero bien y os haría las honras que pudiese. Si queréis la respuesta, otorgad lo que os pido.

–Lo otorgo más para que respondáis que por mi voluntad.

–Buena doncella, por mis dos amigos y por aumentar el señorío del rey, acepto la batalla.

–Mañana –dijo la doncella al rey y a la reina– estarán aquí Madásima con sus doncellas y los caballeros. Ardan Canileo quiere que le aseguréis de todos, excepto de Amadís, del que llevará la cabeza.

–Doncella –dijo Bruneo de Bonamar, que allí estaba–, a veces piensa uno llevar la cabeza ajena y pierde la propia.

–¿Quién sois vos, que así respondéis por Amadís?

–Soy un caballero que entraría en la batalla si Ardán Canileo quisiera poner a otro con él.

–Si tanto queréis combatir, yo os daré, cuando la batalla pase, un hermano mío que os responderá, y es tan mortal enemigo de Amadís como vos os mostráis su amigo.

Bruneo de Bonamar tendió la punta de su manto como gaje, y la doncella quitó de su cabeza una red de plata, y la batalla quedó concertada. El rey tomó los gajes, pero a disgusto, porque bastante tenía con la batalla de Amadís. Ardán Canileo era tan valiente y tan temido de todos que en cuatro años no había encontrado caballero que osase combatir con él.

Amadís llevó a la doncella a su alojamiento. Para hacerle más honra, hizo que Gandalín le mostrase la cámara donde tenía sus armas y atavíos. La doncella vio la espada verde de Amadís y le pareció muy extraña. Entonces dijo que la dejasen un momento sola. Creyeron que sería por alguna de las cosas naturales que no se pueden excusar, y salieron. La doncella cerró la puerta y, dejando la vaina y la guarnición de la espada como antes, guardó la hoja en un abrigo grande que llevaba. Entonces abrió la puerta, y a uno de sus

escuderos le dio el abrigo con la espada para que lo llevase encubiertamente al navío.

Amadís y Branfil acudieron a hacerle los honores. La hicieron sentar en un estrado y Amadís le dijo:

–Querríamos salir a recibir a Madásima. Si de mí ha tenido enojo, quisiera enmendarlo.

–La mejor enmienda es vuestra cabeza –dijo ella.

–De eso me guardaré yo –dijo Amadís–, mas cualquier otra cosa, con gusto lo haría. Pero tendría que tratarlo quien lo desease más que vos.

Amadís se retiró con sus amigos y dejó a Enil para que la sirviese. Pero ella tenía tanto enojo, que se marchó diciendo:

–Caballero, decid a Amadís que me voy y qué cuanto en mí hizo lo perdió.

–Así lo creo –dijo Enil–, y según sois, creo que todo lo que se hiciese en vuestro placer sería perdido.

Por la noche llegaron Agrajes, Florestán, Galvanes sin Tierra y Guilán el cuidador, que habían estado cazando, y tomaron a mal que Amadís hubiese aceptado la batalla sin contar con ellos. Florestán, abrasado en saña, le dijo:

–Hermano, no me tenéis en nada ni me queréis, y bien me dais a entender que no debo aguardaros, pues en semejantes peligros no os acordáis de mí.

–No os quejéis ni os pese –dijo Amadís–, que el desafío fue contra mí sólo y debía responder conforme a él, sin mostrar temor. Si hubiese sido de otra manera, ¿de quién me iba a acordar sino de vosotros?

Por la mañana fueron a recibir a Madásima. Ella vestía paños negros por la muerte de su padre y de su hermano, mas su hermosura era tan viva que todos estaban maravillados. Ardán Canileo, de sangre de gigantes, conducía su palafrén. Sus miembros

eran gruesos, las espaldas anchas, el pecho cuadrado y el rostro grande y romo, parecido al de un can, de donde le venía el nombre; tenía las narices aplastadas y anchas, y era de color encarnado, con unas pintas negras y espesas, de que tenía sembrado el rostro, las manos y el cuello. Tenía brava catadura, como de león, los labios gruesos y los cabellos y barba crespos. Era de unos treinta y cinco años, y desde los veinticinco no había hallado caballero o gigante que pudiese con él.

Ardán Canileo aguardaba la batalla con impaciencia, porque esperaba llevarse la cabeza de Amadís y ganar su gloria, y porque así alcanzaría a la hermosa Madásima, que él tanto amaba. Madásima, que estaba allí por mandato de su madre, deseaba vengar a su padre y a su hermano, pero temía la victoria de Ardán Canileo. Los caballeros se acercaron a ella y Amadís le dijo:

–Señora, si sois loada en el mundo, se ve que es con razón, y por dichoso se debe tener el que pueda serviros.

Ardán Canileo, que lo vio tan hermoso, le dijo:

–Caballero, apartaos y no seáis osado de hablar con quien no conocéis.

–Señor –dijo Amadís–, por eso hemos venido aquí, para conocerla y honrarla.

–Pues decidme quién sois –dijo Canileo con desdén–, y veré si sois tal que podáis servir a doncella de tan alto linaje.

–Quienquiera que yo sea –dijo Amadís–, la serviré con gusto, y si no valgo tanto como sería menester, no por eso dejo de tener ese deseo. Y ya que queréis saber quién soy, decidme quién sois vos.

–Yo soy Ardán Canileo, que la podré servir mejor en un día sólo que vos en toda vuestra vida, aunque valieseis dos veces más de lo que valéis.

–Bien puede ser –dijo Amadís–, pero vuestro gran servicio no se haría de tan buen corazón como el mío pequeño, a juzgar por vuestro mal talante. Y pues me queréis conocer, sabed que soy

Amadís de Gaula, y si yo a esta señora hice enojo y pesar, con gusto lo enmendaré.

–Lo enmendaréis con vuestra cabeza –dijo Ardán.

–Esa enmienda no la tendrá por mi gusto, sino otra mayor. Que yo impediré vuestro casamiento y el suyo, que no hay hombre de tan poco conocimiento que tuviese por bien que se uniesen vuestra hermosura y la suya.

Madásima y sus doncellas sonrieron, pero Ardán tuvo tal ira que su cuerpo temblaba, y puso una cara tan brava y tan espantosa que todos temieron que aquél fuese el último día de Amadís. Se adelantó al rey y le dijo:

–Señor, aquí veis los caballeros que se ponen en vuestra prisión si Amadís mantiene lo que prometió.

–Señor –dijo Amadís–, quiero la batalla sin tardar, y aunque no la hubiese prometido la tomaría para desviar a Madásima de tan descomunal casamiento.

La batalla quedó concertada para el día siguiente. El rey mandó a sus monteros y ballesteros que preparasen el campo delante del palacio, y rogó a Amadís que fuese a palacio con sus amigos y enviase sus armas a la capilla, donde la reina, Oriana, la reina Briolanja y las otras dueñas y doncellas irían a rezar por él. El rey quería armarle al día siguiente ante la Virgen María, para que lo protegiese en tan gran peligro.

Gandalín iba a llevar las armas a la capilla, y al no ver la espada, quedó espantado y lo tuvo por señal de que la muerte de su señor estaba próxima. Con gran angustia fue a palacio, y apartando a Amadís, le dijo:

–Señor, cortadme la cabeza como a traidor, porque si no lo hacéis me mataré yo.

–¿Has enloquecido o qué malaventura es ésta?

–Más valdría que fuese locura y no que en este momento pasase tal desdicha. Sabed que he perdido vuestra espada, que la robaron de

la vaina.

–¿Y por eso te quejas? –dijo Amadís–. Creí que te habría pasado algo peor. No faltará otra con que me ayude Dios, si quiere.

Lo dijo para consolar a Gandalín, pero le pesó mucho. Le rogó que no lo contase a nadie y que pidiese a la reina la espada que había traído Guilán con todas sus armas, que era la espada con que le habían echado al mar, y a Oriana que se pusiese en tal parte que la pudiera ver en la batalla.

En la tienda de Ardán Canileo hubo toda la noche danzas, y se tañían instrumentos y se cantaban canciones alegres esperando la mañana. Amadís durmió en la cámara del rey, y tuvo un sueño tan malo que a medianoche se levantó y sin decir nada fue a despertar al capellán y se confesó. Cuando llegó el alba, el rey y los caballeros fueron a oír misa. Luego armaron a Amadís. Mabilia le echó al cuello unas reliquias guarnecidas de oro y le dijo que se las había enviado su madre, la reina. Florestán le trajo un hermoso caballo que le había enviado con otros dones su amiga Corisanda. Guilán le llevaba el escudo; Florestán, la lanza, y Bruneo, el yelmo. El rey, en un gran caballo, llevaba un bastón en la mano. Amadís entró en el campo, tomó sus armas y miró hacia la ventana donde estaba su señora.

Entonces entraron en el campo los jueces, que eran don Grumedán, Cuadragante y Brandoibás. Ardán Canileo entró bien armado, encima de un gran caballo, con una loriga de gruesa malla y un escudo y yelmo de acero limpio que relucía como un claro espejo, llevando ceñida la buena espada de Amadís y en la mano una gruesa lanza que doblegaba con tanta fuerza que parecía que la iba a quebrar. Oriana tuvo gran temor y Mabilia le rogó que pusiera buen semblante para esforzar a su amigo.

Don Grumedán puso a Amadís en un extremo del campo, Brandoibás puso en el otro extremo a Ardán Canileo y don Cuadragante se colocó en el medio. Don Cuadragante tañó la trompa y los caballos salieron a todo correr. Los caballeros quebraron las lanzas en los escudos y los caballos se encontraron con tanta fuerza que el de Ardán cayó sobre el pescuezo y murió enseguida. El de Amadís tuvo la espalda quebrada y no se pudo

levantar. Amadís se arrancó del escudo el trozo de lanza que tenía clavado, y levantándose echó mano a la espada con gran viveza de corazón y fue hacia Ardán, que se había levantado con gran trabajo y estaba enderezando el yelmo. Ambos se acometieron y se dieron golpes que ponían espanto en todos. Parecían salir llamas de las espadas y de los yelmos. Ardán tenía una de las mejores espadas del mundo, y no daba golpe que no cortase las armas y la carne. Amadís andaba con el escudo deshecho y sangrando por muchas partes. Su espada no penetraba en la armadura de Ardán, que era muy fuerte, pero había ya cortado por muchos lugares la loriga de gruesa y fuerte malla, y por ella salía mucha sangre. Lo que más favorecía a Amadís era su agilidad, que le hacía perder a Ardán casi todos sus golpes. Así anduvieron con gran bravura varias horas, cruzando las espadas o trabándose con los brazos violentamente. Ardán Canileo tenía espanto, porque nunca había hallado un caballero tan valiente, ni un gigante tan fuerte que resistiese sus fuerzas, y lo que le hacía temer más era que siempre encontraba a su enemigo más ágil y más fuerte cuando él empezaba a sentirse cansado y cubierto de sangre.

Amadís y Ardán Canileo seguían dándose golpes de espada, y cada uno quería llevar al otro a la muerte. Amadís tenía ya rotas todas sus armas y el escudo deshecho y cortadas las carnes. Oriana no pudo resistirlo y se apartó con gran angustia de la ventana. Echada en el suelo se golpeaba con las manos, pensando que Amadís iba a morir. Mabilia la hizo levantar, y, como no podía ver aquello, la puso de espaldas para que Amadís viese sus cabellos. Brandoibás, que era uno de los jueces, dijo:

–Mucho me pesa por Amadís, que lo veo muy menguado de sus armas y escudo.

Don Grumedán asintió, pero don Cuadragante dijo:

–Señores, yo he probado a Amadís cuando con él combatí, y parece que siempre se le aumenta la fuerza, lo que no pasa con Ardán, que parece cansado. Lo que daña a Amadís es la gran prisa que se da, que si se contuviese e hiciese andar a su contrario, lo cansaría, pero su denuedo no se lo permite.

Amadís dirigió sus ojos hacia Oriana, y al no verla creyó que se

condolía de él. Entonces, con gran saña, apretó la espada y dio con todas sus fuerzas en el yelmo de Ardán. El golpe fue tan duro que Ardán quedó como aturdido e hincó la rodilla en tierra. Pero el yelmo era fuerte y la espada saltó en tres pedazos. Amadís, con la empuñadura en la mano, tuvo el pavor de la muerte. Ardán Canileo, cuando lo vio, alzó el escudo, y esgrimiendo la espada, dijo a grandes voces:

–¿Ves aquí la buena espada que por tu mal ganaste? Mírala bien, que por ella morirás.

Amadís, al ver deshechas sus armas, se acordó de las predicciones de Urganda, y miró hacia la ventana de Oriana. La vio de espaldas y comprendió que era por su mala fortuna. Le creció entonces tanto esfuerzo que puso en aventura su vida entera. Se abalanzó sobre Ardán como si fuese a herirle; Ardán levantó su espada y la dejó caer, pero Amadís, con gran agilidad, le hizo perder el golpe, y antes de que pudiese levantar de nuevo el brazo, le agarró el brocal del escudo y tiró de él con tanta fuerza que casi lo derribó. Y desviándose de él y defendiéndose con el escudo, tomó un trozo de una lanza que encontró con el hierro y volvió hacia Ardán, que tenía gran saña y quería darle con espada en el yelmo. Amadís contuvo el golpe con el escudo, y aunque era fuerte la espada penetró unos tres dedos. Pero él con el hierro de la lanza le hirió en el brazo, y la mitad del hierro penetró entre las cañas y le hizo perder la fuerza. Ardán no pudo arrancar del escudo la espada, que quedó en poder de Amadís. Mabilia hizo que Oriana volviese la cara.

Amadís arrojó lejos de sí el hierro de la lanza y dio gracias a Dios. Arrancó la espada del escudo y fue hacia su enemigo. Ardán quiso quitarle a su vez el escudo, pero Amadís le dio un golpe en el hombro izquierdo y le cortó las armas y las carnes y los huesos. Ardán vio que no tenía salvación, y se apartó por el campo. Amadís lo persiguió, y al verle andar sin fuerzas lo tomó por el yelmo, se lo arrancó de la cabeza y lo derribó al suelo. Con la espada le cortó la cabeza y la echó fuera del campo, y, arrastrando el cuerpo hasta una peña, lo arrojó al mar. Y, limpiando la sangre de su hermosa espada, la colocó en la vaina.

Al día siguiente se libró la batalla concertada entre Bruneo de

Bonamar y Madamán el Envidioso, el hermano de Matalesa, la doncella que había desafiado a Amadís. Del primer encuentro quebraron las lanzas y Madamán cayó de la silla y Bruneo recibió una herida en el pecho. Madamán, creyendo que podría combatir mejor a pie, por el tamaño de su cuerpo, desafió a Bruneo a que bajara del caballo. Bruneo lo hizo y comenzaron a darse golpes, rompiendo sus armas y sus escudos e hiriéndose en las carnes. Y cuando así andaban, sucedió una cosa extraña que muestra que los animales conocen a sus señores. Los dos caballos, que andaban sueltos por el campo, se acometieron a mordiscos y a patadas con tanta porfía que todos quedaron maravillados. Al cabo, el caballo de Madamán no pudo resistir, y de miedo saltó las cadenas que cercaban el campo y salió huyendo. Todos lo tomaron como señal venturosa.

Bruneo aquejaba a su contrario con golpes duros y continuos y lo obligó a irse retirando. Madamán creyó que entre las peñas próximas al mar podría defenderse mejor, pero viendo la hondura del agua se detuvo. Bruneo, que lo seguía, le dio un golpe con todas sus fuerzas. Madamán se hizo pedazos en las peñas antes de llegar al agua.

Matalesa, su hermana, entró corriendo en el campo, tomó la espada de su hermano y dijo:

–Aquí donde queda la sangre de mi tío Ardán Canileo y de mi hermano, quiero que quede la mía.

E, hiriéndose con la punta de la espada, se dejó caer por las rocas al mar.

XV

LA INGRATITUD REAL

En la corte había dos caballeros ancianos, Brocadán y Gandandel, que habían servido al rey Falángriz, hermano del rey Lisuarte, cuando éste, con sus armas y caballo, iba buscando aventuras por el mundo. Gandandel tenía dos hijos que antes eran tenidos como buenos caballeros, pero ahora estaban en gran olvido. Con malas mañas, urdió una traición, olvidando las honras y mercedes que debía a Amadís y a los caballeros de su linaje. Un día dijo al rey:

–Ya sabéis, señor, que desde tiempos lejanos ha habido discordias entre el reino de Gaula y el de la Gran Bretaña, y que aquél debía estar sujeto a vuestro reino y reconocerle señorío, como todos los demás. Ahora veo que Amadís, señor principal de aquel reino, se ha metido en vuestra tierra con tanta afición de vuestros naturales que parecería que se fuese a alzar como heredero legítimo. Verdad es que de este caballero y de sus hermanos y parientes recibí siempre honras, pero por vos, mi señor natural, debo posponer lo mío. Mandadlo remediar con tiempo antes de que la dilación traiga mayor peligro. Según vuestra grandeza, podéis tener más honra y descanso con los vuestros que con los ajenos, y vuestro estado en mayor seguridad de lo que al presente parece.

–Estos caballeros –dijo el rey– me han servido tan bien y con tanta honra y provecho para mí que no puedo pensar sino bien de ellos.

–Señor –dijo Gandandel–, ésa es la peor señal, porque los grandes servicios ocultan el engaño.

Gandandel habló con Brocadán, su cuñado, y le puso en la misma negociación. Con lo que uno y otro le fueron diciendo, el rey espació las visitas a Amadís, que seguía herido, y pasaba a veces delante de su cámara sin preguntar por él ni hablar con los caballeros que le hacían compañía. Todos lo notaban, y a veces se

lo decían a Amadís; pero él, que tenía pensamiento sano, creía que otras ocupaciones serían la causa.

Un día, el rey Lisuarte mandó llamar a Madásima y a sus doncellas y al gigante viejo con sus hijos y con los caballeros que tenía en rehenes y les dijo que, si no hacían que le entregasen enseguida la isla de Mongaza, les haría cortar la cabeza. Cuando Madásima lo oyó, se le cayeron las lágrimas de los ojos, porque perdía la cabeza o quedaba desheredada. No sabía qué responder, y temblaba y lloraba. El gigante Andanguel le dijo al rey que le diese licencia y alguna gente y haría que le entregasen la isla o volvería a ponerse en sus manos. El rey lo tuvo por bien. Madásima volvió a su prisión acompañada por muchos caballeros, entre ellos Galvanes sin Tierra, el cual, al ver las lágrimas por su hermosa faz, sintió gran piedad, y súbitamente, sin saber cómo, se sintió tan sojuzgado, que sin tardanza, apartándola, le descubrió su corazón y le dijo que si quería casarse con él vería la manera de que quedase con vida y salvase la tierra. Madásima, que ya le conocía y sabía que era de alto linaje, aceptó, e hincando las rodillas le quiso besar las manos.

Galvanes, en quien crecieron aquellas encendidas llamas con tanta mayor fuerza cuanto más libre había estado en los años de tales combates, descubrió a Amadís y a Agrajes el secreto de su corazón y les dijo que, si no ponían remedio, su vida llegaría al extremo de la muerte. Ellos quedaron muy sorprendidos de ese cambio en un hombre que tan contrario había sido de aquellos que ponían sus cuidados y pensamientos en tales cosas, y le dijeron que en cuanto Amadís pudiese cabalgar, irían a hablar con el rey.

Una mañana, ya mejorado Amadís de sus heridas, fue con sus amigos a oír misa y luego a palacio. Todos los recibieron muy bien, excepto el rey, que no los miró como solía. Gandandel, que con mala intención había advertido a Amadís de la enemistad del rey, le abrazó sonriendo y le dijo:

–A veces dicen los hombres la verdad y no les quieren creer.

Amadís no contestó, pero viendo que Angriote y Bruneo estaban muy quejosos, se acercó al rey y le dijo de manera que nadie le oyese:

Señor, ¿no veis el mal continente que aquellos caballeros ponen?

El rey calló, y Amadís le dijo con gran humildad:

–Queremos, señor, hablar con vos, si os place, y pueden estar presentes los que vos queráis.

El rey decidió que se quedasen Gandandel y Brocadán, lo que agradó a Amadís, que los tenía por amigos. Entonces, acompañados por Agrajes y Galvanes, fueron hacia una huerta, donde se sentó el rey debajo de unos árboles. Amadís le dijo:

–Señor, mi ventura no me ha permitido serviros tanto como deseaba, pero confiando en vuestra gran nobleza me quiero atrever a pediros un don, del que seréis bien servido y con el que haréis justicia.

–Bien es que el rey sepa lo que queréis –dijo Gandandel.

–Señor –dijo Amadís–, Agrajes y Galvanes, que os han servido tan bien, y yo os pedimos que la isla de Mongaza, quedando en vuestro vasallaje, la deis a Galvanes para que se pueda casar con Madásima. Con ello haréis merced a él, que es de alto linaje y no tiene señorío y os servirá bien, y usaréis de piedad con Madásima.

Gandandel y Brocadán miraron al rey dándole a entender que no lo otorgase. El rey vaciló, pero, como su voluntad estaba dañada, respondió de mala voluntad:

–No es de buen seso pedir lo que no se puede tener. Hace cinco días que lo he dado a la reina para la infanta Leonoreta.

Agrajes, cuando oyó respuesta tan desabrida, no se pudo callar y dijo con gran saña:

–Bien nos dais a entender, señor, que nuestros servicios poco nos aprovechan.

–Los servicios –dijo Galvanes– tienen muy poca fuerza cuando se hacen a quien no los sabe agradecer, y por eso los hombres deben buscar dónde emplearlos mejor.

–Señores –dijo Amadís–, no os quejéis si el rey no nos da lo que le pedimos, pues lo tiene concedido ya. Mas yo le rogaré que os dé a Madásima, y yo os daré la Ínsula Firme, donde podréis estar hasta que el rey tenga otra cosa que daros.

–A Madásima la guardaré yo en mi prisión –dijo el rey– para tener por ella la tierra, y si no la obtengo le haré cortar la cabeza.

–Señor –dijo Amadís–, debíais respondernos más mesuradamente y conocernos mejor.

–Si no os conozco bien –dijo el rey–, el mundo es bastante grande. Andad por él y buscad quien os conozca.

–No creía yo, señor –dijo Amadís–, que hubiese en el mundo otro señor que tuviese como vos el conocimiento de las cosas, pero, ya que os mostráis tan al contrario, conviene que con el nuevo consejo busquemos nuestra vida.

–Haced vuestra voluntad –dijo el rey–, que yo hago la mía.

Amadís se retiró con más enojo y melancolía que la que mostraba, y no quiso decir nada a nadie hasta haber hablado con Oriana. Convocó a todos sus amigos para el día siguiente y tomó el camino de Miraflores.

Entró, como de costumbre, por el muro de la huerta. Oriana, advertida de su llegada, le aguardaba con el verdadero amor de siempre. Amadís le contó lo que había pasado y le dijo:

–Mi señora, si me quedara, toda la fama que por vos he ganado la perdería con gran menoscabo de mi honra. Os pido, señora, que no me mandéis otra cosa.

Oriana sentía partírsele el corazón, pero se esforzó lo más que pudo y dijo:

–Mi verdadero amigo, con poca razón os podíais quejar de mi padre, porque no le habéis servido a él, sino a mí, y de mí tendréis el galardón mientras yo viva. Y aunque vuestra partida sea para mí tan grave, es más fuerte la razón que el amor desordenado que os tengo.

Al día siguiente, después de oír misa, se reunieron en un campo todos los amigos de Amadís, a caballo, y él, después de recordar los hechos pasados y de relatarles la entrevista con el rey, les dijo:

–Mis buenos señores y honrados caballeros, así como en la concordia y amistad hemos sido obedientes al rey, así debemos serlo también en la discordia y enemistad. Y ya que el mundo es grande y el rey quiere que por él marchemos, cumplamos su voluntad. He querido que lo supieseis porque os toca a todos.

Angriote de Estraváus, que siempre quería tener su parte en el bien o en el mal de Amadís, dijo:

–Mis señores, hace mucho que conozco al rey, y siempre le he visto sosegado y justo. En lo que ha pasado con Amadís y con estos caballeros pienso que algunos intrigantes le han sacado de todo su saber y, creo que son Gandandel y Brocadán, que hablan ahora con el rey más de lo que solían. Y para que veáis cómo se ejecuta la justicia de Dios, yo quiero irme a armar y decirles que son envidiosos y traidores y que quiero combatir con ellos o con sus hijos.

–Mi buen amigo Angriote –dijo Amadís–, no quiera Dios que vuestra persona buena y leal se ponga en aventura por lo que no sabemos con certeza. No penséis en ello por ahora. Si mostrándose mis amigos han sido mis enemigos, tendrán la pena que merecen los falsos.

Y dirigiéndose a los caballeros, dijo:

–Señores, yo me quiero despedir del rey y de la reina e irme a la Ínsula Firme. Los que quieran que sigamos juntos me honrarán yendo allí, donde la tierra es rica, las florestas buenas para cazar y hay hermosas mujeres para que los caballeros se sientan lozanos y orgullosos. Allí irán a buscarnos los conocidos que quieran vernos y los extraños que quieran nuestra ayuda, y allí podremos volver siempre cuando queramos descansar de nuestros trabajos. Además, así en la vida del rey Perión, mi padre, como después de ella, podéis contar como vuestro el reino de Gaula. Tendremos también el reino de Escocia de mi primo Agrajes y el de la reina Briolanja, que no nos puede faltar en bien ni en mal.

–Id, señor –dijo don Cuadragante–, a despediros del rey, y allí se verá quiénes os aman y quieren vuestra compañía.

–Así lo haré, y en mucho tendré a los que me quieran honrar. Pero los que puedan quedar a su provecho con el rey, no dejen de hacerlo, que tan buen rey no se encuentra en muchas partes.

Amadís entró en palacio para despedirse a la hora en que estaban puestas las mesas. Se acercó al rey y, de manera que todos los oyeran, dijo:

–Señor, si vos en algo os engañáis respecto a mí, Dios y vos lo sabéis, y no quiero decir más, porque aunque mis servicios hayan sido grandes, mucho mayor era mi voluntad de pagar las honras que de vos he recibido. Ayer me disteis a entender que me marchara de vuestra corte, y si a vos os place, yo debo hacerlo. Me despido de vos, no como vasallo vuestro, que sólo lo he sido de Dios, sino de aquel gran deseo que teníais de hacerme honra y del gran amor que yo tuve de pagároslo.

Luego se despidieron Galvanes, Agrajes, Florestán, Dragonís, Palomir, Bruneo de Bonamar, Branfil, Angriote de Estraváus con su hermano Grindonán y su sobrino Pinores, y don Cuadragante con su sobrino Landín. En un extremo del palacio estaban Brián de Bonjaste, un caballero muy preciado, hijo del rey Ladasán de España y de una hermana del rey Perión, y Gandiel Urlandín, y Grandores, y Madancil de la Puente de Plata, y Ledaderín de Fajarque, y Transiles el Orgulloso, y Gavarte de Val Temeroso, y cuando vieron que todos aquellos caballeros se despedían, se acercaron al rey y le dijeron:

–Señor, nosotros hemos venido a vuestra casa para ver a Amadís y a sus hermanos, y si ésta fue la causa principal, así lo es para no estar más en ella.

Detrás de Amadís emprendieron el camino unos quinientos caballeros, hijos de reyes, de condes y de señores de alto linaje. Y sus armas, con la claridad del sol, resplandecían. Mabilia, que los veía desde una ventana del palacio de la reina, llamó a Oriana y le dijo:

–Señora, dejad esa tristeza y mirad vuestros vasallos y alégrese vuestro corazón de tener tal amigo, que si hasta hoy hizo vida de caballero andante al servicio de vuestro padre, ahora se mostrará como un príncipe poderoso.

Salieron con Amadís, para hacerle los honores, el rey Arbán de Norgales, don Grumedán, Brandoibás, Quinorante, Giontes, el sobrino del rey, y Listorán el buen justador. Iban muy tristes, y Amadís les rogó que fuesen amigos suyos en lo que les permitiese el honor, y que no dejasen de amar y servir al rey. Guilán lo despidió con lágrimas en los ojos.

En la Ínsula Firme los recibieron con gran alegría todos los moradores. Después de aposentados en la ciudad que estaba debajo del castillo, fueron a ver los encantamientos de la isla, en especial las cuatro moradas de Apolidón: la de la Sierpe y los Leones, la del Ciervo y los Canes, el Palacio Giratorio y la del Toro. En la morada del Toro salía cada día un toro bravo, se metía entre la gente como queriéndola matar, y cuando todos huían rompía con sus poderosos cuernos la fuerte puerta de una torre y entraba dentro. Al rato volvía manso, cabalgando sobre él un mono viejo de piel tan arrugada que le colgaba de cada lado, y con sus azotes le hacía volver por donde había venido. Los caballeros se deleitaron con los encantamientos que había hecho Apolidón por dar placer a su amiga Grimanesa.

LIBRO TERCERO

I

EL DESAFÍO DEL REY

Madásima y sus doncellas quedaron en la prisión del rey. La giganta Gromadasa se negó a entregar sus castillos, diciendo que antes moriría, y que de su hija Madásima y de sus doncellas podía hacer el rey lo que quisiese. El rey llamó a todos sus caballeros y juró que si antes de un mes no tenía los castillos de Gromadasa, haría descabezar a Madásima y a sus doncellas, y cuando se apoderara de la giganta vieja la arrojaría a sus fieros leones.

Amadís reunió a sus amigos y eligió doce caballeros para que fuesen a socorrer a las doce doncellas por la razón y por las armas, juntos uno a uno, como fuese necesario, y dijo:

–Estos doce caballeros quiero yo nombrar, y que queden los otros conmigo para las cosas de mayor peligro. Vos, Galvanes, seréis el primero, pues el asunto es principalmente vuestro, y Agrajes, vuestro sobrino, y mi hermano Florestán y mis primos Palomir y Dragonís, y don Brián de Monjaste y Nicorán de la Torre Blanca y Orlandín, hijo del conde de Irlanda, y Gavarte de Val Temeroso, e Imosil, hermano del duque de Borgofía, y Madancil de la Puente de Plata y Ledaderín de Fajarque. Quiero que vayan estos doce, hijos de reyes, de duques y de condes, para que no tengan par en la corte del rey.

El rey Lisuarte mandó llamar a Madásima y le dijo que quería que su muerte y la de sus doncellas sirviesen de ejemplo para que los que negociasen con él no osasen engañarle. Cuando Madásima lo oyó, su hermoso y vivo color se tornó en amarillez, e hincando las rodillas ante el rey, le dijo:

–Señor, el miedo a la muerte me deja sin sentido y no sé qué responderos, pero si hay en esta corte algún caballero que mantenga derecho y quiera hablar por mí, que he sido puesta en esta prisión

contra mi voluntad, hará su deber según la orden de caballería. Y si no lo hubiere, vos, señor, que nunca faltasteis a una dueña o doncella atribulada, mandadme oír y que no venza la saña a la razón.

Gandandel, que quería encender aún más la enemistad entre el rey y Amadís, opinó que debía cumplirse lo pactado sin más, pero don Grumedán, leal caballero y muy conocedor de cosas de honra, dijo que debía oírse a las doncellas, sobre todo porque debían llegar de la Ínsula Firme doce caballeros decididos a sostener su derecho. Así lo decidió el rey, que no dejó que la nueva pasión venciera a su vieja virtud.

Gandandel se retiró espantado. Veía que sus hijos tendrían que sostener la demanda contra aquellos caballeros y fue a tener consejo con Brocadán. Ambos temían perder la honra y los hijos. Brocadán culpó a Gandandel del mal que había hecho.

La conversación de Gandandel y Brocadán la oyó un caballero llamado Sarquiles, enamorado de una sobrina de Brocadán. Sarquiles, que estaba en una cámara vecina, era sobrino de Angriote de Estraváus. Tomando su caballo y sus armas fue a la Ínsula Firme, a contarlo todo a su tío.

Gandandel y Brocadán hablaron de nuevo con el rey para que descabezase a las doncellas y prohibiese a los caballeros de la Ínsula Firme la entrada en el reino. Pero el rey se negó, y por el contrario salió a recibirlos, les hizo los honores y les prometió que haría justicia.

Al día siguiente, el rey, después de oír misa con los doce caballeros de la Ínsula Firme, hizo llamar a Madásima y a sus doncellas. Llegaron con gran temor y tan apuestas que no había hombre que no sintiese piedad. Los doce caballeros las tomaron por la mano y les pidieron que les otorgasen su razón. Cuando así lo hicieron, dijo Imosil de Borgoña:

–Pues ahora venga quien quisiere hablar contra vosotras, que si uno fuere, yo os defenderé por la razón o por las armas, y si hubiese más, que vengan, hasta doce.

El rey miró a Gandandel y a Brocadán y vio que tenían los ojos en el suelo. Entonces dispuso que al día siguiente daría la respuesta. Gandandel y Brocadán se marcharon muy tristes, porque el rey quería que ellos o sus hijos sostuviesen la demanda contra los caballeros, ya que así se lo habían prometido. Ellos concertaron sostenerla con buenas razones, pero no poner a sus hijos en afrenta.

Esa noche llegó la noticia de que la giganta Gromadasa había muerto y que antes de morir había hecho entrega de los castillos a las fuerzas del rey. Madásima quedó libre, y dando gracias al rey, dijo:

–Señor, ya que me dejáis en mi libre poder, yo me pongo en el del señor Galvanes, que tanto trabajo se ha tomado por mí con sus amigos.

–Mi buena señora –dijo Agrajes, tomándola por la mano–, ya que estáis desheredada, tenéis otra tierra donde recibiréis honores hasta que Dios lo remedie.

–Señor –dijo Imosil de Irlanda–, si a Madásima se le guarda su derecho, no debe ser desheredada, porque no ha hecho más que cumplir el mandado de su madre. Y si estáis, señor, para dar a cada uno su derecho, debéis dar el ejemplo.

El rey no quiso que se hablase más de ello, y aunque Galvanes se lo rogó como merced, dijo que ya estaba hecho y no lo desharía. Entonces le dijo Galvanes:

–Si así es y no vale mi derecho, yo lucharé para que esa tierra no entre en vuestro señorío.

–Haced lo que podáis –dijo el rey–, que ya estuvo en poder de otros más bravos que vos.

–Vos la ganasteis –dijo Galvanes– gracias a Amadís, el cual me ayudará a mí.

–Si él os ayuda, otros muchos me ayudarán a mí, que no me servían porque yo le tenía en mi casa y le defendía.

–Bien saben todos –dijo Agrajes con saña– si Amadís fue defendido

por vos o vos por él, aunque vos sois rey y él sólo caballero andante.

Llegaron entonces Angrote de Estaváus y su sobrino Sarquiles. Se acercaron al rey a besarle las manos, y Angriote le contó la conversación de Gandandel y Brocadán que había oído Sarquiles, y dijo:

–Señor, delante de vos les digo que son falsos y traidores, y si dijeron que no, se lo combatiré a ambos, y si su edad los excusa, que pongan a sus hijos, y con la ayuda de Dios les haré conocer la deslealtad de sus padres.

–Señor –dijo Gandandel–, ya veis que Angriote viene a deshonrar vuestra corte, y es porque dejáis entrar en vuestra tierra a los que no vienen a serviros. No os maravilléis, señor, si cualquier día viene Amadís a desafiaros a vos en persona. Si Angriote me encontrara en los tiempos en que yo servía con las armas al rey Falángriz, vuestro hermano, no osaría decir lo que dice. Pero se atreve porque me ve vencido por la edad. Esto, señor, os atañe más a vos que a mí.

–Señor –dijo Sarquiles–, yo he oído toda la maldad que Gandandel y Brocadán tramaron para poneros en sospechas contra Amadís y los caballeros de su linaje, y si ellos se excusan por la edad, que respondan sus hijos, ellos tres contra nosotros dos, y Dios mostrará la verdad.

Cuando los hijos de Gandandel vieron a sus padres tan faltos de razón y que todos se reían de ellos, se acercaron al rey y dijeron:

–Angriote miente, y nosotros se lo demostraremos.

Y echaron en el regazo del rey sus guantes. Angriote tendió la falda de la loriga, y la batalla quedó concertada para el día siguiente. Adamás, hijo de Brocadán y de una hermana de Gandandel, dijo que Sarquiles había mentido y que se lo demostraría si quería intervenir en la batalla con su tío. Así quedó acordado.

Al día siguiente, Angriote y Sarquiles vencieron y mataron en batalla a Corián, a Tarín y a Adamás, los hijos de Brocadán y Gandandel. El rey se retiró con gran saña, no porque los amase, sino

por la honra que alcanzaba a Amadís, con gran menoscabo de su corte.

Cuando Angriote y Sarquiles estuvieron mejor de sus heridas, el rey los envió a decir que se fuesen de su reino. Los caballeros de la Ínsula Firme levantaron sus tiendas y se marcharon muy quejosos. El rey, contra los consejos de don Grumedán y de Arbán de Norgales, reunió a todos los grandes señores de la corte, y quejándose ante ellos de las soberbias de Amadís y de sus caballeros, decidió enviar a Cendil de Ganota a desafiar a Amadís.

Cendil de Ganota encontró a Amadís junto a una ribera, adonde había acudido con dos mil trescientos caballeros a recibir a Madásima. Cuando el leal caballero Cendil vio tanta gente y tan bien armada, las lágrimas le vinieron a los ojos, porque pensó que todos aquéllos los habían perdido el rey de su servicio. Conducido ante Amadís, y delante de todos aquellos caballeros, mostró el mejor semblante que pudo, como que era caballero hermoso, esforzado y de buenas razones, enseñó las cartas credenciales y dijo:

–Señores, vengo por mandato del rey, mi señor. El rey nos manda desafiar a vos, Amadís, y a cuantos son de vuestro linaje, y a todos los que aquí estáis, y a los que han de ir a la isla de Mongaza, y os dice que de aquí en adelante pugnéis por conservar vuestras tierras, haberes y personas, que todo lo tratará de destruir, y os dice que no entréis en su tierra, que al que lo tome lo hará matar.

–Cendil –dijo don Cuadragante–, decid a vuestro señor por mí que aunque él es rey de grandes tierras, que tanto amo yo a mi persona pobre como él a la suya rica, que no es él rey con derechos más legítimos que yo y que si yo me tengo que cuidar de él, que se cuide él de mí.

Amadís hubiera preferido una respuesta más moderada, y en nombre de todos los caballeros dijo:

–Cendil de Ganota, decid al rey que le será muy difícil cumplir lo que dice.

Los caballeros, para devolver el desafío al rey Lisuarte, decidieron enviar a Sadamón, un caballero que había acudido a la Ínsula Firme

con gente de Dragonís y Palomir. Amadís mandó por su parte a Gandales para que desafiase al rey y hablase con la reina.

Cuando Sadamón y Gandales llegaron a la corte del rey Lisuarte, el rey los recibió de buen talante. Sadamón dijo al rey:

–Señor, los caballeros de la Ínsula Firme me mandan que os diga que pues los desafiáis y amenazáis, que os guardéis también de ellos, que en cuanto tengan tiempo favorable pasarán a la isla de Mongaza y no os otorgarán la paz hasta que Galvanez sea restituido en el señorío de la isla.

–Tarde vendrá entonces la concordia –dijo el rey–, y así Dios me ayude, nunca me consideraré rey si no les quebranto la gran locura que tienen.

Entonces habló Gandales, al que el rey recibió muy bien porque había servido a Oriana cuando había estado en sus tierras. Gandales le dijo:

–Amadís, mi señor, os manda decir que en poco tiene vuestro desafío y amenazas, que el gran estado con que le amenazáis os lo ha sostenido con su sangre, y confía en Dios que vuestro desconocimiento actual será salvado contra vuestra voluntad. Él os ganó la isla de Mongaza y no la perderéis por su persona, pero ya que queréis su enemistad, la tendréis en cuanto viva, y tal que olvidaréis todas las enemistades pasadas.

Todos tuvieron a gran lealtad que Amadís no fuese a la isla de Mongaza. Gandales dijo a la reina:

–Señora, yo he venido con mandato de Amadís al rey, y me mandó que si os podía ver, que os besase las manos por él y os dijese que le pesa estar apartado de vuestro servicio, y que en la enemistad que tiene con el rey no acudirá a parte donde pueda causaros enojo. Y lo mismo os digo por Agrajes, que os pide por merced que le mandéis a su hermana Mabilia, que ya no tiene por qué estar en esta casa.

Oriana tuvo gran pena al oírlo, y las lágrimas le salieron de los ojos. Ella y la reina le pidieron al rey que no la dejase ir hasta que se

casase como correspondía a su alto linaje. El rey así lo hizo, y Gandales, al ver el amor de las dos doncellas, no opuso reparo. La reina le dijo que trabajaría para poner paz entre el rey y Amadís.

Cuando volvió Gandales a la Ínsula Firme, los caballeros entraron en las naves para ir a la isla de Mongaza. Amadís los despidió con lágrimas en los ojos y se alegró de verlos a todos tan unidos. Ellos le mostraron un pendón muy hermoso que llevaban, en que iban figuradas doce doncellas con flores blancas en las manos. Amadís anduvo por toda la flota y dio consejos a todos. Sonaron las trompas y añafiles y se desplegaron las velas. Delante de todas marchaba la nave en que iban don Galvanes y Madásima.

II

EL REGRESO A GAULA

Amadís quería ver a sus padres. Tomó una nave con Bruneo de Bonamar y se dirigió a Gaula. Al cabo de cinco días vieron una isla cubierta de árboles y hermosa al parecer. Mandaron al piloto que acercase la nave a tierra, porque querían bajar. El piloto les dijo que se guardasen de ello, que aquélla era la isla Triste, donde era señor el bravo gigante Madarque, el más cruel que había en el mundo, y que desde hacía quince años no había entrado en ella caballero, dueña o doncella que no fuesen muertos o quedasen presos.

Como el oficio de los caballeros andantes era quitar del mundo tales costumbres, vencieron el temor de sus corazones y ordenaron al piloto que acercase la nave a tierra. Tomaron sus armas y caballos, y, acompañados únicamente por sus escuderos, se internaron en la isla.

Llegaron pronto a la cumbre de una montaña, desde la cual vieron un hermoso y fuerte castillo. Se dirigieron hacia él y oyeron tañer en lo alto de la torre un cuerno que resonó por todos los valles. El piloto de la nave les había dicho que aquel cuerno sonaba si el gigante mismo salía a combatir, y eso sucedía cuando los suyos no podían vencer a los caballeros con quienes combatían. Salía entonces con tal saña que llegaba a matar hasta a los propios.

Amadís y Bruneo se dirigieron hacia el castillo, y vieron pronto que se estaba librando una dura batalla. Dos caballeros y dos escuderos a pie estaban cercados por mucha gente y se defendían con sus espadas. Amadís vio a su enano Ardián, el cual, al reconocer sus armas, corrió hacia él y le dijo:

–¡Oh, señor, socorred a vuestro hermano Galaor, que lo matan con su amigo, el rey Cildadán!

Amadís y Bruneo se acercaron, y vieron, en un gran caballo, al gigante Madarque. Estaba armado con hojas de fuerte acero y una loriga de gruesa malla; en lugar de yelmo, una capellina gruesa y reluciente como espejo; en la mano un enorme venablo, que apenas podía levantar un hombre, y un escudo grande y pesado. El bravo gigante decía a grandes voces:

–¡Apartaos, gente vil, que no podéis matar a dos caballeros cansados! ¡Apartaos y dejad que mi venablo goce con su sangre!

Amadís sintió gran pavor y se encomendó a Dios y a su señora Oriana. Dijo a Bruneo que fuese contra los otros caballeros, que él resistiría al gigante. Apretó la lanza bajo el brazo y le dio una lanzada tan fuerte en el pecho que lo dobló sobre las ancas del caballo. El gigante tiró de las riendas para sostenerse, y el caballo se levantó sobre las patas traseras y cayó, rompiéndole una pierna. Amadís echó mano a la espada, y a grandes voces dijo:

–¡A ellos, Galaor, que soy Amadís que os socorre!

Bruneo había ya cortado la cabeza a un sobrino del gigante. Con un golpe en el yelmo derribó a un caballero, y Galaor pudo subir en el caballo. Se acercó Gandalín y ofreció su caballo al rey Cildadán. Cuando los cuatro caballeros estuvieron a caballo, derribaron y mataron a cuantos se oponían a su paso; los escuderos hacían además gran estrago en la gente de a pie. Todos salieron huyendo.

El rey Cildadán, que era amigo de Gasquilán, hijo del gigante y rey de Suesa, rogó a Amadís que no matase a Madarque. Amadís le perdonó la vida con la condición de que él y los suyos se hiciesen cristianos, que pusiesen en su señorío iglesias y monasterios y dejase en libertad a todos sus prisioneros. Así lo concedió, y por su orden se abrió la puerta del castillo. Entonces Amadís abrazó a Galaor y lloró del placer de verle.

Los presos se acercaron a besar las manos a Amadís y le pidieron que les mandase lo que debían hacer. Eran unos treinta caballeros y unas setenta dueñas y doncellas. Amadís les dijo:

–Amigos, lo que más me place es que os presentéis a la reina Elisena y le digáis que os envía su caballero de la Ínsula Firme, que halló a

su hermano Galaor.

Amadís y sus amigos, después de comer, entraron en la cámara del gigante y encontraron que le estaba curando su hermana Andandona, la giganta más brava que había en el mundo. Tenía los cabellos blancos y era quince años mayor que Madarque, al que había criado. Su tamaño era descomunal, y por la cara parecía un diablo. Amansaba cualquier bestia y cabalgaba en ella. Tiraba tan bien con el arco que mataba con él osos, puercos y leones, y se cubría con sus pieles. Era enemiga de los cristianos, y desde entonces lo fue mucho más.

Al día siguiente, los caballeros se embarcaron para Gaula. Bordearon la isla por un brazo de mar, mirando las grandes arboledas de la costa. La giganta Andandona estaba en acecho. Cuando los vio, se subió a una peña, escogió su mejor dardo, y sin que ellos la viesen lo lanzó con todas las fuerzas. El dardo atravesó una pierna de Bruneo y se clavó en la nave. La giganta había puesto tanta fuerza y deseo de herir que perdió pie y cayó al agua, con tanto estruendo como si se hubiese desplomado una torre. Los que la vieron envuelta en cueros negros de oso se empezaron a santiguar. Ella comenzó a nadar rápidamente, y sumergiéndose en el agua llegó a la ribera. Cuando salía, Amadís y el rey Cildadán le clavaron dos saetas en la espalda, pero ella huyó por los matorrales. Hubo que socorrer a Bruneo, que perdía sangre. Poco después la giganta apareció en un otero y dijo a grandes voces:

–Soy Andandona y os haré todo el mal que pueda, y no lo dejaré por afán ni trabajo que me cueste.

Y desapareció corriendo por las peñas. Los caballeros hubieran querido alcanzarla y quemarla, pero era preciso ocuparse de Bruneo y siguieron viaje.

Cuando la nave llegó a Gaula, el rey Perión mandó preguntar quiénes venían en ella. Contestaron que el rey Cildadán y Bruneo de Bonamar. El rey Perión salió a recibirlos con gran alegría, y en tanto Amadís y Galaor, ricamente vestidos, fueron al palacio de la reina.

Cuando la reina Elisena vio a Amadís, reconoció por él a Galaor, al

que no había visto desde que el gigante se lo había llevado, y dijo:

–¡Ay, Virgen María, que veo a mis dos hijos!

No pudo decir más y cayó en el estrado. Ellos hincaron las rodillas y le besaron las manos. La reina recobró el sentido y los besó y abrazó muchas veces, sin poder decir una palabra hasta que entró Melicia.

Amadís y Galaor quedaron maravillados de su hermosura. Cuando así estaban, llegó el rey Perión con el rey Cildadán, y fueron todos juntos a ver a Bruneo, al que llevaron a una cámara del palacio de la reina. Melicia, que ya le conocía, iba allí a curarle, y cuando ella se sentaba delante y él podía ver su hermoso rostro, bendecía a la giganta Andandona, que le había herido.

Estando así en Gaula, un día apartó Galaor al rey Perión, a Amadís y al rey Cildadán y les dijo:

–Señores, quiero que me deis consejo. Vos, Amadís, me llevasteis al rey Lisuarte y me mandasteis que le sirviese con mucha afición. Si ahora, en esta cruel desavenencia, os sirvo a vos sin despedirme de él, sería un menoscabo de mi honra. Señores, poned remedio en esto mío, que es vuestro, y quered más mi honra que la satisfacción de vuestras voluntades.

–Hijo –dijo el rey Perión–, no erraréis si servís a vuestro hermano contra un rey tan desmesurado. Si con él quedasteis fue por la voluntad de Amadís, y hoy os podéis despedir de él con justa causa, porque procura como enemigo destruir vuestro linaje, que tanto le ha servido.

–Señor –dijo Galaor–, confío en Dios y en vuestra merced que nunca dirán que me marché de tal rey sin despedirme cuando más necesidad tenía de mi servicio.

–Buen hermano –dijo Amadís–, con la licencia de nuestro padre y señor, os diría que no os despidieseis ni apartaseis del rey Lisuarte, a no ser que hubiese tal causa que pudieseis hacerlo sin perjuicio alguno, que en el pleito que tenemos él y yo no puede haber de su parte caballeros tan poderosos que lo sean más que el alto Señor, que sabe los grandes servicios que le hice y el mal galardón que

recibí.

Entonces dijo el rey Cildadán:

–Buenos amigos, vosotros sabéis que en la batalla que libré con el rey Lisuarte fui vencido por la bondad de vuestras armas y quedé en vasallaje del rey. Ahora me es forzoso acudir en su ayuda con mis caballeros mientras Dios quiera. Hoy he recibido carta suya recordándome mi deber, y quiero ir con Galaor.

III

EL CASTILLO DEL LAGO HIRVIENTE

Las naves de la Ínsula Firme llegaron al castillo del Lago Hirviente a los siete días, antes del alba. Los caballeros se armaron y pusieron puentes de tablas y cañizos para saltar a tierra muy calladamente. Pero las fuerzas del rey Lisuarte los oyeron y se aprestaron a defenderse. Florestán, Brián de Monjaste y todos los suyos saltaron con sus caballos al agua y llegaron a tierra, y después de una dura batalla tomaron la ciudad. El castillo se entregó a la discreción de don Galvanes, al que todos reconocieron como señor.

Al día siguiente llegaron nuevas de que habían desembarcado el rey Arbán de Norgales y Gasquilán, rey de Suesa, el hijo del gigante Madarque, con tres mil caballeros. Gasquilán era tan esforzado y valiente que cuando su tío Lancino, rey de Suesa, murió sin dejar heredero, lo tomaron a él por rey y señor. Cuando tuvo nuevas de la guerra, partió para ponerse al servicio del rey Lisuarte y probar sus armas con Amadís. Los caballeros de la Ínsula Firme decidieron rehacer sus fuerzas y curar sus heridas antes de dar la batalla, y el rey Arbán de Norgales armó su campamento para esperar al rey Lisuarte.

Galaor y el rey Cildadán llegaron a la Gran Bretaña y supieron que el rey se aprestaba para ir a la isla de Mongaza. Se dieron prisa en el camino y durmieron la primera noche en la floresta. Los despertó una campana que llamaba a oración, y se encontraron ante una ermita. Alrededor del altar vieron doce escudos, ricamente pintados, el campo cárdeno y con castillos de oro, y en medio de ellos un escudo blanco muy hermoso, orlado con oro y piedras preciosas. Cuando salieron de oír misa, vieron a doce caballeros, cada uno de los cuales llevaba una doncella por la mano, y a un caballero novel, hermoso y de talle apuesto, que hablaba con una dueña muy joven. La dueña dijo a Galaor y al rey Cildadán que el

rey Lisuarte estaba en la floresta cerca de allí cazando, y la reina en una tienda con sus doncellas, y les rogó que pidiesen al rey, a la reina y a Oriana que armasen a aquel caballero.

Cabalgaron todos juntos hasta encontrar al rey Lisuarte. El rey se alegró de ver a Galaor y lo abrazó. La reina y Oriana lo recibieron también con gran alegría. Al día siguiente se dirigieron todos a la ermita para armar al caballero novel. El rey le hizo caballero y le dijo:

–Tomad la espada de quien más os guste.

–Si os place, la tomaré de Oriana –dijo él.

Oriana, con gran rubor, tomó la espada y se la dio. La dueña se despidió y entregó al rey una carta, que él leyó luego apartadamente. Era de la infanta Celinda, hija del rey Egido, que le recordaba sus amores cuando él iba como caballero andante por el reino de Dinamarca. Norandel, que así se llamaba el nuevo caballero, era hijo del rey Lisuarte. El rey habló con Galaor, le mostró la carta y le dijo que quería mantener el secreto. Galaor le pidió se lo concediese como compañero de armas por un año, y el rey, y luego Norandel, se lo agradecieron como gran merced.

Al día siguiente el rey y sus caballeros se embarcaron para la isla de Mongaza, adonde llegaron a los cinco días. Las fuerzas del rey habían tenido una batalla con los caballeros de la Ínsula Firme y habían perdido el campo, y hubieran sido destruidas si el rey Arbán de Norgales no hubiese tomado unas alturas, donde pudieron protegerse. En la batalla, el esforzado Gasquilán, rey de Suesa, había sido herido por Florestán. En cambio, habían tomado prisionero a Brián de Monjaste, que se había metido entre ellos para herir a Arbán de Norgales. Después de esa batalla los caballeros de la Ínsula Firme los habían atacado muchas veces sin poderles desalojar del lugar, que era muy fuerte.

El rey Lisuarte, con gran saña, juntó sus fuerzas y las dividió en tres haces: la primera dio a Galaor con quinientos caballeros; la segunda, al rey Sildadán con setecientos; la tercera, a Arbán de Norgales. Las fuerzas de Galvanes atravesaron la sierra y bajaron al llano para dar la batalla, aunque iban a combatir uno contra cinco y

echaban de menos a Brián de Monjaste, que estaba prisionero, y a Agrajes, que había partido para traer gente y víveres. Hicieron dos haces: la primera, de ciento seis caballeros, y la otra, de ciento nueve. Florestán y don Cuadragante mandaron un emisario al rey Lisuarte para que retirara los ballesteros y arqueros y tendrían una de las más hermosas batallas que nunca se habían visto.

Los caballeros de la Ínsula Firme vencieron a las dos haces del rey Lisuarte y les arrancaron el campo. El rey temió ser vencido y tuvo que intervenir con todas sus fuerzas. Florestán y el rey libraron un duro combate. Florestán derribó al rey del caballo y le hirió en una pierna, pero, acordándose de que había estado a su servicio, no hacía más que cubrirse. El rey, con su buena espada, le cortaba las armas y le hería en las carnes. Los caballeros del rey tornaron con tal fuerza que Florestán, Cuadragante, Angríote y otros quedaron muy heridos en el campo, y los suyos tuvieron que acogerse a la sierra.

Al día siguiente las fuerzas del rey acometieron a los defensores de la sierra, los desalojaron de todos los pasos y los obligaron a replegarse a la ciudad y al castillo. El rey los hizo cercar por mar y tierra. El cerco duró trece meses, al cabo de los cuales se concertó que Galvanes y Madásima entregarían la ciudad y el castillo, se devolverían los presos por ambas partes y se concertarían treguas por dos años. Entonces, por ruego de Galaor, el rey dio en merced la isla de Mongaza a Galvanes, el cual la aceptó como vasallo, con la condición de que pudiese dejarla cuando quisiese verse libre del vasallaje.

El rey Lisuarte había tenido cartas de que los reyes de las islas, viéndose en esta guerra, se levantaban contra él instigados por Arcaláus y habían tomado como jefe al rey Arábigo, señor de las islas de Landas. El rey Lisuarte decidió volver a su reino.

IV

LAS MORADAS DE LA ÍNSULA FIRME

Cuando Amadís se marchó de las tierras del rey, Oriana quedó muy triste. Días después vino a verla una doncella de la reina Briolanja, que le contó las aventuras de la reina en la Ínsula Firme. La doncella le dijo:

–Señora, cuando al partir de aquí llegamos a la Ínsula Firme nos llevaron a una de las moradas más renombradas de Apolidón, a una legua del castillo, en un hermoso lugar. A la hora de comer entramos en una sala labrada a maravilla, en uno de cuyos extremos había una cueva honda y oscura que ponía pavor; por el otro extremo se subía a una torre, desde la cual se veía la sala. A la reina y a nosotras nos llevaron a la torre, y junto a las ventanas hallamos las mesas y los estrados. Allí nos sirvieron, y veíamos que en la sala comían los caballeros de la reina, atendidos por caballeros de la ínsula. Cuando servían el segundo manjar, se oyeron fuertes silbos en la cueva y empezó a salir de ella humo; enseguida fue entrando hasta el centro de la sala una terrible sierpe con tanta braveza que nadie osaba mirarla. Y lanzaba humo por la boca y por las narices, y con la cola hacía temblar todo el palacio. Detrás de ella salieron dos grandes leones, y comenzaron una dura batalla que ponía espanto. Todos huyeron de allí con gran prisa, y aunque la reina y nosotras estábamos en las ventanas de la torre, no dejamos de tener miedo. La batalla duró media hora, y al cabo los leones, rendidos de cansancio, quedaron tendidos en el suelo. La sierpe tomó a uno de los leones y lo lanzó a la cueva, y luego al otro, y entonces se arrojó detrás de ellos. Los hombres de la ínsula se rieron de nuestro espanto y nos aseguraron que por entonces no habría más.

»Al día siguiente nos llevaron a otra morada. A la hora de dormir entramos en una cámara rica y hermosa, en la que había camas con preciosos paños. Pasada la medianoche, y cuando dormíamos muy

sosegadas, se abrieron las puertas con gran estruendo y vimos entrar un ciervo con candelas encendidas en los cuernos que alumbraban toda la cámara. El ciervo tenía el cuerpo blanco como la nieve y el cuello y la cabeza negros, y un cuerno dorado y otro bermejo. Detrás de él venían cuatro perros que lo acosaban, y por el aire, como llevado por una mano invisible, un cuerno de marfil con varas de oro que despedía un son de montería para animar a los perros. El ciervo, perseguido por los perros, saltaba por encima de nuestras camas huyendo siempre, y a veces tropezaba y caía. Nosotras, levantadas y en camisa, huíamos, y algunas se metían debajo de las camas. Cuando el ciervo vio que no tenía refugio en la cámara, saltó por una ventana, y los perros detrás de él. Estábamos aderezando de nuevo los lechos, cuando entró una dueña con dos doncellas y una niña pequeña que llevaba candelas. Preguntó qué había pasado, y cuando se lo contamos se rio mucho y dijo que durmiésemos tranquilas, que por esa noche ya no habría nada que temer.

»A la mañana siguiente fuimos a un bosque donde había grandes pinares y hermosas huertas, y nos aposentamos sobre doce columnas de mármol. Era redonda y de cristal, y desde dentro se podía ver todo lo que pasaba fuera. Las puertas estaban guarnecidas con hojas de oro y plata, y junto a cada columna había una imagen gigantesca de cobre que tenía en las manos arcos y saetas de hierro ardiente que parecían recién salidos del fuego. Delante de nosotras llevaron allí dos gamos y un ciervo. Las imágenes tiraron con sus arcos y les clavaron las saetas y convirtieron a los gamos y al ciervo en cenizas. Según nos dijeron, jamás yerran un tiro.

Allí estuvimos todo aquel día. La reina mandó llamar a Isanio y le dijo que quería probar el arco del amor y la cámara defendida, y le preguntó qué significaban aquellos encantamientos. Isanjo nos dijo que todos los días aparecían la serpiente y los leones y tenían la batalla, y todas las noches aparecía el ciervo perseguido por los canes, y se iban a meter luego en un lago que allí cerca había, que comunicaba con el mar. Y que había tantas maravillas en la ínsula, que no se acabarían de ver en un año, y que todas las había hecho Apolidón para entretener a Grimanesa, y que todos los encantamientos desaparecerían cuando llegase el caballero que por su lealtad en amores, bondad de armas y belleza entrase con su

dama en la cámara defendida.

»A la mañana siguiente volvimos al castillo. Briolanja fue a probar el arco de los leales amadores y pasó por las columnas, como que nunca había sido infiel a su primer amor, y la imagen hizo con la trompa un dulce son, y mientras estaba dentro cesó el son y pudo ver escrita en el jaspe la siguiente inscripción: «Ésta es Briolanja, la tercera doncella que aquí entró». Y como tuvo miedo de estar sola, salió de allí.

»Le quedaba por probar la cámara defendida. Se vistió ricamente, y sobre sus hermosos cabellos no puso más que un prendedor de oro con piedras preciosas. Al verla, todos decían que si ella no entraba no habría en el mundo quien lo lograse. Se encomendó a Dios e inició la prueba. Pasó la columna de cobre y llegó a la de mármol; siguió adelante y todos creyeron que entraría, pero a los tres pasos de la puerta, tres manos la tomaron por los cabellos y la sacaron sin piedad, dejándola tan maltrecha que no podíamos hacerle recobrar el sentido. Al día siguiente partió para su reino.

V

ESPLANDIÁN

Al pesar por la ausencia de Amadís se vino a agregar una pena nueva. Oriana se sintió embarazada, y lo comunicó a Mabilia y a la doncella de Dinamarca. La campaña del rey contra la isla de Mongaza le permitió disponer de todo lo necesario. El temor de ser descubierta le dio fuerzas para sufrir sin quejarse, y quiso el alto Señor, remediador de todos, que tuviese un hijo. Oriana lo tomó en sus brazos y lo besó muchas veces.

Mabilia y la doncella de Dinamarca miraron al niño y vieron algo extraño en el pecho: en la parte derecha, unas letras latinas, blancas como la nieve, y en el lado izquierdo, siete letras griegas, rojas como brasa viva. No pudieron leer las letras y envolvieron al niño en ricos paños. La doncella de Dinamarca salió encubiertamente del palacio. Su hermano Durín la aguardaba al pie del muro. Mabilia puso al niño en una cesta y lo bajó con una cuerda. La doncella quería llevarlo al monasterio de Miraflores, para hacerlo criar como hijo suyo.

Durín y la doncella dejaron el camino para ir, en forma más encubierta, por una senda que él conocía a través de la floresta. Llegaron a una fuente. La doncella tuvo sed. Durín tomó al niño y lo puso en el tronco de un árbol, para bajar del palafrén y ayudar a su hermana. Entonces sonaron en la espesura unos terribles bramidos de león. Los palafrenes se espantaron, y el de la doncella salió corriendo sin que ella pudiese contenerlo. Durín corrió detrás para tomarlo por el freno, y después de mucho correr lo logró, pero encontró a su hermana muy maltrecha. Durín la hizo apear y volvió para recoger al niño. El niño no estaba, y no vio más que rastros del león. Con gran pesar y tristeza volvió en busca de su hermana. El desconsuelo de los dos fue grande, y la doncella de Dinamarca no hacía más que llorar y maldecir la hora en que había nacido. Al

cabo decidieron ir a Miraflores y esperar allí unos días. Al volver la doncella, le dijo a Oriana con buen semblante que había dejado el niño en el monasterio.

Cerca del sitio donde Durín había dejado el niño había una floresta espesa en la que nadie osaba entrar porque allí se criaban leones y otras fieras. Había también allí una ermita antigua en la que vivía Nasciano, un hombre devoto tenido por santo en toda aquella comarca. Cuando le faltaba comida, iba a buscarla por la tierra sin que las fieras le hiciesen mal alguno, aunque le veían montado en su asno. Cerca de su ermita y entre unas peñas había una cueva en la que una leona criaba sus hijos pequeñuelos. Nasciano los visitaba y les daba de comer cuando tenía. La leona se mantenía siempre apartada, y él se entretenía rezando sus oraciones y viéndolos jugar. La leona solía ir a la fuente para tomar el rastro de los venados que acudían a beber.

Aquel día la leona se acercó a la fuente y comenzó a rastrear. Oyó llorar al niño y se acercó al árbol y lo tomó por los paños con sus agudos dientes. Conociendo que era alimento para sus hijos, lo llevó a la cueva. En aquella sazón, el santo Nasciano, que ya había dicho su misa al alba, fue a la cueva y vio que la leona llevaba un envoltorio del que salía una flaca voz de criatura. El ermitaño lo santiguó y dijo a la leona:

–Vete, bestia mala, y deja la criatura de Dios.

La leona se acercó a él muy mansa y depositó la criatura a sus pies. Nasciano hizo la señal de la cruz y tomó la criatura en sus brazos. Antes de irse a la ermita, vio que la leona daba de mamar a sus hijos. Entonces Nasciano le dijo:

–Yo te mando en nombre de Dios que dejes de amamantar a tus hijos y amamantes a este niño y lo guardes de todo mal.

La leona se fue a echar a sus pies y Nasciano puso el niño a sus tetas y lo hizo mamar. Y lo mismo hizo durante diez días. El niño se alimentó de leche de la leona, de una cabra y de una oveja, hasta que llegó una ama que Narciano había mandado buscar, a la que lo entregó para que lo criase. El santo Nasciano lo quiso bautizar, y cuando desenvolvió al niño junto a la pila, vio en el pecho las letras

blancas y encarnadas. Con gran asombro leyó las blancas, que decían: «Esplandián». Pensó que debía de ser un nombre, y con él bautizó al niño. Las letras rojas no las pudo leer ni entender.

VI

LA DUEÑA DE LA ÍNSULA NO HALLADA

Amadís vivía en gran tristeza y soledad. Un día cabalgaba por la orilla del mar, y al subir a unas peñas vio que se acercaba una nave. Envió a Gandalín para que preguntase nuevas de la Gran Bretaña, y se sentó a mirar el mar. En la nave venía Durín, hermano de la doncella de Dinamarca. Gandalín lo abrazó y lo condujo hasta donde estaba Amadís.

Cuando estuvieron cerca, vieron una especie de gigante envuelto en pieles que esgrimía un venablo para arrojarlo contra Amadís. Gandalín y Durín empezaron a dar grandes voces, y el venablo pasó por encima de la cabeza de Amadís. Amadís se levantó de un salto y pudo salvarse de un segundo venablo. Echó mano a la espada, pero aquella figura extraña salió huyendo, subió en el caballo de Amadís y se alejó, diciendo a grandes voces:

–Yo soy Andandona, la giganta de la isla Triste, tu enemiga, y si ahora no acabé lo que deseaba, otra vez será.

Amadís dejó que Gandalín la persiguiese y abrazó a Durín y le preguntó por el objeto de su venida. Durín le dio una carta de Oriana y le dijo que ella había tenido un hijo que criaba la abadesa del monasterio de Miraflores, y que le rogaba que no partiese de Gaula hasta tener su mando.

Volvió Gandalín, con el caballo de Amadís y la cabeza de Andandona atada al pretal por los cabellos largos y canos. La giganta había querido bajar del caballo para meterse en una barca que tenía oculta tras la enramada, y el caballo se había espantado y había caído sobre ella. Amadís envió la cabeza a Bruneo de Bonamar y dijo a Durín:

–Vuelve y dile a tu señora que le beso las manos por la carta que me

envía y por lo que tú me has dicho de su parte, y que le ruego que tenga piedad de mi honra y no me deje holgar mucho tiempo, porque lo atribuirían a poquedad de corazón y perdería la gloria que por ella he ganado.

Cuando Bruneo estuvo enteramente curado de sus heridas, le dijo a Amadís, un día que cazaban juntos en el monte:

–Señor, la poca honra que he ganado hasta ahora me obliga a dejar esta vida e ir a donde pueda ser ensalzado. Si vos estáis en disposición de buscar aventuras, os aguardaré; si no, os pido licencia para seguir mañana mismo mi camino.

Amadís tuvo gran congoja y le dijo que no le podía seguir porque el rey, su padre, le necesitaba para reparo de algunas cosas de sus reinos. Bruneo se despidió de Melicia y de la reina. El rey y Amadís le acompañaron hasta ponerle en camino. Amadís quedó en Gaula hasta que terminó el rey Lisuarte de ganar el castillo del Lago Hirviente.

Por los caminos se pregonaba el menoscabo de su honra, y lo hacían sobre todo las dueñas y doncellas que a él acudían para que enmendase los agravios cometidos contra ellas.

Una doncella le trajo al cabo una carta de Melicia, y con ella otra de Oriana en que le pedía que no interviniese contra su padre en la guerra que le iba a hacer el rey Arábigo, y le daba libertad para quedarse en Gaula o ir a donde quisiese. Amadís tuvo gran alegría, como quien sale de las tinieblas a la claridad. Sin saber qué determinar, fue a hablar con su padre de las nuevas que habían llegado de la Gran Bretaña. El rey Arábigo y otros seis reyes estaban ya en la isla Leónida, con todas sus gentes, y Arcaláus el encantador los apremiaba para que pasasen a la Gran Bretaña. Brián de Monjaste, por mandato del rey Ladasán de España, su padre, iba a combatir de parte del rey como caudillo de dos mil caballeros de su reino. Galvanes, como vasallo del rey, y Galaor, como su caballero, defenderían al rey. Los caballeros de la Ínsula Firme, aunque tenían agravios contra el rey, al ver con él a sus mejores amigos decidieron ayudarle en aquella batalla. Entre ellos estaban don Cuadragante, Listorán de la Torre Blanca, Imosil de Borgoña y Mandanil de la Puente de Plata.

Hablaban de ello el rey Perión y Amadís, cuando vieron venir, en un caballo cansado, a un caballero grande que llevaba las armas cortadas por muchos lugares y la loriga rota. Se dirigieron a él para hacerle los honores, y cuando estuvo cerca, Amadís reconoció a su hermano Florestán. El rey se alegró mucho, porque no lo había visto nunca. Florestán se apeó del caballo, se hincó de rodillas y quiso besar el pie al rey, pero el rey lo levantó, le dio la mano y lo besó en la boca. Amadís le hizo vestir unos paños muy ricos, y como era de buen talle y hermoso, parecía muy apuesto. La reina y Melicia lo recibieron como a hermano de Amadís, y habló con ellas como caballero cuerdo y bien criado. Le preguntaron por la batalla del rey Lisuarte con los reyes de las islas, y dijo:

–El poder de los reyes es tan grande y su gente tan fuerte y extraña que no creo que el rey Lisuarte pueda defenderse, lo que no nos debe pesar mucho, por las cosas pasadas.

–Hijo –le dijo el rey Perión–, yo tengo al rey Lisuarte por tal rey que saldrá de este peligro con tanta honra como de los otros, y si lo contrario sucediese, ello no nos deberá alegrar, porque ningún rey debe alegrarse de la derrota de otro rey, salvo que él mismo lo derrote por causas justas.

Cuando Florestán quedó a solas con Amadís, le dijo:

–Señor, he venido aquí para deciros una cosa que he oído por todas partes y que me pesa en el corazón.

–Hermano –dijo Amadís–, todo lo que me digáis tendré placer en oírlo.

–Creed, señor, que todas las gentes hablan mal de vos, pensando con maldad que habéis dejado las armas, para las que nacisteis tan señalado entre todos.

–Piensan lo que no deben –dijo Amadís riendo–, y en adelante las cosas serán de otra manera.

Amadís no durmió esa noche. Quería hacer ese año tales cosas que se olvidase todo lo malo que se había dicho de él. Pensaba en la batalla que debía librarse entre el rey Lisuarte y los reyes de las

islas, de la que no se podía excusar sin gran vergüenza. El rey Lisuarte tenía menos gente, y si vencían los reyes de las islas, Oriana perdería su tierra. Al día siguiente, en compañía de Florestán, fue a ver a su padre y le dijo que pensaba ir a luchar encubiertamente por el rey Lisuarte. El rey Perión le dijo:

–Hijo, yo soy amigo de los buenos, y siempre he querido honrar al rey Lisuarte. Si estoy apartado de él, es por las diferencias que ha tenido con vosotros y con vuestros amigos. Pero si vuestra intención es ir, también iré yo. Sólo me pesa que el tiempo sea corto y no pueda llevar la gente que quisiera.

Florestán dijo que también iba a ir. El rey mandó preparar en secreto una nave, y los tres se dirigieron a la cámara de las armas para elegir armas antiguas que les sirviesen para reconocerse entre ellos y para encubrirse de los demás. En el camino encontraron en un palafrén a una doncella ricamente vestida, acompañada de tres escuderos. El rey le preguntó:

–¿Queréis ver a la reina?

–No –dijo ella–. Quiero veros a vos y a estos dos caballeros, y os traigo unos dones de la dueña de la Ínsula no Hallada.

La doncella entregó al rey tres escudos que tenían el campo de plata y dibujadas en él sierpes de oro tan extrañamente puestas que parecían vivas; las orlas eran de oro fino con piedras preciosas. Le dio después tres sobreseñales del mismo trabajo que los escudos, y tres yelmos: uno blanco para el rey Perión, otro cárdeno para Florestán y el tercero dorado para Amadís. Y dijo:

–Señores, estas armas os envía mi señora para que os conozcáis y os ayudéis en la batalla.

–¿Cómo supo vuestra señora–dijo el rey– que estaríamos en la batalla, si aún no lo sabíamos nosotros mismos?

–No lo sé –dijo la doncella–, pero me dijo que a esta hora os encontraría en este lugar y que aquí os diese las armas.

VII

LOS CABALLEROS DE LAS SIERPES

El rey Perión, Amadís y Florestán llegaron a la Gran Bretaña y levantaron su tienda en una floresta cerca de donde estaban los reyes de las islas. Enviaron a Galaor una carta diciéndole que estaban en Gaula y que esperaban noticias de él después de la batalla.

La gente de los reyes era innumerable, y había entre ellos hombres de países lejanos y de lenguas extrañas. Arcaláus dijo que se debía dar la batalla pronto, porque sería difícil conseguir víveres para tanta gente. Seis reyes de las islas y otros grandes señores se reunieron y eligieron por jefe al rey Arábigo. Él juró que no tomaría del reino de la Gran Bretaña más que ninguno de ellos y que sólo quería la honra de la batalla. Sus fuerzas atravesaron el río, y las dividió en nueve haces, de mil caballeros cada una, reservando mil quinientos para la suya.

El rey Lisuarte traía muy buena gente, pero poca. Salió al paso de sus enemigos y mandó a don Grumedán, a Galaor, a don Cuadragante y a Angriote de Estraváus que ordenasen la gente en el campo. Hizo cinco haces: dio la primera a Brián de Monjaste con mil caballeros de España que su padre le había enviado; la segunda, al rey Cildadán; la tercera, a don Calvanes y su sobrino Gavarte; la cuarta, a Giontes; la quinta, con dos mil caballeros, la conservó para sí, y dispuso que le guardasen a Galaor, Cuadragante, Angriote de Estraváus, Gavarte del Val Temeroso y Grimeo el Valiente. Sus caballeros descendieron del monte, y como a esa hora salía el sol y hería en las armas, parecieron tan bien y tan apuestos que sus contrarios, que antes los tenían en poco, los juzgaron ya de otra manera.

Las fuerzas del rey Arábigo y las del rey Lisuarte se aproximaron

paso a paso. Cuando llegaron a la vega, el rey Perión, llevando a Amadís de un lado y a Florestán del otro, salió de la floresta. Los tres caballeros, en hermosos caballos, blandieron sus lanzas, que lucían como estrellas. Nadie sabía a quién iban a ayudar en la batalla.

Cuando el haz de Brián de Monjaste se iba a encontrar con la de sus enemigos, mandados por el rey Targadán, los caballeros de las sierpes espolearon a sus caballos y se pusieron bajo la enseña de Brián de Monjaste. Luego se lanzaron contra las fuerzas del rey Targadán tan bravamente que a todos pusieron pavor. El rey Perión hirió al rey Targadán con la lanza; el hierro le atravesó el pecho y le hizo caer a tierra. Amadís hirió a Abasadán el Bravo, y la lanza le atravesó de costado a costado, y Abasadán cayó como hombre muerto. Florestán derribó a Carduel a los pies del caballo, y la silla cayó sobre él. Eran los tres caballeros más preciados de aquella haz, y por eso se habían adelantado. El rey Perión y sus dos hijos echaron mano a las espadas, penetraron en aquella primera haz, derribando a cuantos hallaban delante, y dieron en la segunda, y cuando así se vieron en medio de ambas hicieron tales maravillas con sus espadas, que no había hombre que osase acercárseles. Pero al fin, cuando los contrarios vieron que no eran más que tres, cargaron sobre ellos de todas partes, y fue muy necesaria la ayuda de Brián de Monjaste, que acudió con sus españoles, que era gente fuerte y bien cabalgada. Y los españoles entraron tan reciamente en las haces enemigas, derribando y matando, y también muriendo y cayendo por el suelo, que los caballeros de las sierpes fueron socorridos y las dos haces se juntaron con la tercera. La confusión fue muy grande y murieron muchos caballeros de ambas partes.

El rey Arábigo temió que los caballeros que se habían retirado hiciesen huir a los otros y dio grandes voces a Arcaláus para que moviese todas las haces. Lo mismo hizo por su parte el rey Lisuarte, y la batalla se hizo general. El ruido de los golpes y las voces y el estruendo de los caballeros hacían temblar la tierra y reteñir los valles.

El rey Perión, que combatía bravamente, se metió entre los enemigos y estuvo a punto de perderse. Sus hijos acudieron en su socorro y mataron a muchos de los que le rodeaban. En esto le

mataron a Amadís el caballo y Amadís cayó, con gran peligro. El rey Perión y Florestán, que tenían los caballos heridos, se apearon y se pusieron a su lado. Allí acudió mucha gente para matarlos y mucha para socorrerlos.

El rey Lisuarte, al ver a los caballeros de las sierpes en gran peligro, se lanzó en medio de las haces hasta llegar a la enseña del rey Arábigo. Acometía tan bravo, con su buena espada en la mano, y daba tales golpes, que todos estaban espantados. Sus caballeros apenas podían seguirle, y los enemigos no pudieron evitar que les arrancase la enseña por la fuerza y la echase a los pies de los caballos, diciendo a grandes voces:

–¡Clarencia, Clarencia, que yo soy el rey Lisuarte!

Clarencia era su apellido. Pero le mataron el caballo y cayó muy quebrantado al suelo. Acudieron Angriote, Antimón el Valiente y Ledaderín de Fajarque, que se apearon y le hicieron subir en el caballo de Angriote. En tanto, Galaor y Cuadragante sostenían la batalla, y con su gran esfuerzo detuvieron a la gente que iba contra el rey.

La gente del rey Arábigo cobraba ventaja y ganaba el campo. Acababan de entrar en la batalla dos caballeros de tan altos hechos de armas, que parecía que no habría quien los resistiese: uno era Brontajar Danfania, y el otro, Argomades de la Ínsula Profunda. Argomades traía armas verdes y en ellas palomas blancas, y Brontajar llevaba un escudo con veros de color oro y rojo. Y los dos caballeros eran tan grandes que los yelmos sobresalían por encima de los demás.

Mientras les duraron las lanzas, no quedó caballero en la silla. Luego dieron con las espadas golpes tan descomunales que escarmentaron a todos. Fueron así librando el campo. Los doncellas que miraban la batalla desde las torres decían:

–¡Caballeros, no huyáis, que hombres son y no diablos!

Los suyos comenzaron a dar grandes voces:

–¡Vencido está el rey Lisuarte!

Cuando el rey lo oyó, esforzó a los suyos y les dijo:

–Aquí quedaré muerto o vencedor para que el señorío de la Gran Bretaña no se pierda.

Amadís ya había tomado nuevo caballo y esperaba que su padre cabalgase. Cuando oyó aquellas voces, preguntó a Florestán, que estaba ya a caballo:

–¿Qué es esto? ¿Por qué brama esa gente astrosa?

–¿No veis –dijo Florestán– aquellos dos fuertes y valientes caballeros que destruyen cuanto hallan delante y con su fortaleza hacen ganar campo a su gente?

Se acercaba Brontajar Danfania, hiriendo y derribando a cuantos encontraba; a veces dejaba colgar la espada de una cadena y derribaba a los caballeros con los brazos. Todos se alejaban de él huyendo. Amadís invocó a santa María, tomó una fuerte lanza que le alcanzó su escudero y, acordándose de Oriana, dijo a Florestán que cuidase al rey Perión y se dirigió contra Brontajar. También Brontajar le había visto y rabiaba por combatir con él. Tomó una lanza muy gruesa y dijo:

–Ahora veréis un hermoso golpe si el del yelmo de oro osa esperarme.

Amadís y Brontajar se dieron con las lanzas en los escudos. Las lanzas se quebraron y los cuerpos de los caballos se encontraron tan fuertemente que pareció el choque de dos peñas. Brontajar quedó como desvanecido y cayó al suelo, quebrándose una pierna. El caballo de Amadís retrocedió y estuvo a punto de caer. Amadís no tenía fuerzas para espolearlo ni para defenderse de los enemigos; pero el rey Perión, que estaba ya a caballo y había visto el encuentro, acudió con Florestán tan bravo, hiriendo y derribando a todos, que llegó hasta donde estaba Amadís y le dijo:

–¿Qué es eso, caballero? ¡Esforzad, esforzad, que aquí estoy yo!

Amadís reconoció la voz de su padre y vio que los enemigos se abalanzaban sobre él y sobre su hermano. Comenzó entonces a dar

golpes con su espada, pero casi sin fuerzas. Los tres estaban en gran peligro, porque la gente contraria era muy esforzada y los del rey Lisuarte habían perdido mucho campo. Acudieron Agrajes, Galvanes y Brián de Monjaste, que venían con gran prisa por encontrarse con Brontajar Danfania, y viendo a los caballeros de las sierpes en gran peligro fueron en su socorro, matando y derribando a muchos. El rey Perión y sus hijos pudieron defenderse mejor. Amadís, que ya había recobrado sus fuerzas, vio que el rey Lisuarte y sus caballeros se enfrentaban al rey Arábigo, que atacaba con gran número de gentes porque había oído que el caballero del yelmo dorado había matado de un golpe al valiente Brontajar Danfania. Los caballeros de las sierpes acudieron en defensa del rey Lisuarte.

Argomades de la Ínsula Profunda, que esgrimía la espada para herir al rey, se encontró ante el caballero del yelmo dorado y quiso decidir el combate con un solo golpe. El del yelmo dorado alzó el escudo y paró el golpe. La espada descendió como un palmo por el brocal, entró como tres dedos por el yelmo, y por poco le hubiera muerto. Amadís, con saña, le dio tal golpe en el hombro izquierdo, que le tajó la loriga, que era de gruesa malla, y le cortó la carne y los huesos hasta el costado. El brazo y parte del hombro quedaron colgando del cuerpo. Fue el golpe de espada más fuerte que se dio en toda la batalla. Argomades comenzó a huir y su caballo lo sacó del campo. Las doncellas de las torres, aludiendo al dibujo de sus armas, decían a grandes voces:

–El del yelmo dorado espanta a las palomas.

Uno de los sobrinos del rey Arábigo, llamado Ancidel, fue contra Amadís, y con la espada hirió al caballo en la cara y lo hizo caer muerto a tierra. Florestán acudió, y mientras Amadís se estaba alabando de su hazaña, le dio un golpe en el yelmo que le hizo bajar la cabeza hasta el cuello del caballo, y cogiéndolo luego por el yelmo, lo hizo caer a los pies de Amadís.

Se libraba en tanto una dura batalla entre la gente del rey Arábigo y la del rey Lisuarte. Durín, el doncel de Oriana, que estaba montado en uno de los caballos que el rey había hecho traer para socorro de los caballeros, se metió con gran peligro entre la gente, se acercó a Amadís y le dijo:

–Caballero, no sé quién sois, mas por lo que os he visto hacer os traigo este caballo.

–Amigo Durín –dijo Amadís, subiendo en el caballo–, no es éste el primer servicio que me haces.

–No os dejaré –dijo Durín, tomando el caballo por las riendas–, si no me decís quién sois.

–Soy Amadís –dijo él lo más bajo que pudo–, y que sólo lo sepa aquella que ya sabes.

Se dirigió entonces hacia donde había mayor peligro, haciendo cosas extrañas y maravillosas, como si su señora estuviese delante. El rey Lisuarte combatía con el rey Arábigo y le dio con su espada tres golpes con todas sus fuerzas, y lo obligó a retirarse detrás de los suyos, maldiciendo a Arcaláus que le había hecho venir a estas tierras. Galaor combatía con Sarmadán, y como su espada no cortaba, lo tomó con sus fuertes brazos y sacándolo de la silla lo arrojó al suelo; Sarmadán cayó sobre el cuello y quedó muerto. Amadís se acordaba del tiempo que había estado inactivo en Gaula, con menoscabo de su honra, e hizo tales cosas que nadie osaba enfrentársele. Agrajes, Galvanes, Brián de Monjaste, Norandel, Guilán el cuidador y el rey Lisuarte derribaron a tantos caballeros y pusieron en tal pavor a los contrarios que los obligaron a acogerse a sus barcos o huir a la sierra. Muchos murieron en las aguas y otros cayeron prisioneros.

Se hacía ya de noche. El rey Lisuarte ocupó las tiendas de sus enemigos y allí se albergó. Los caballeros de las sierpes se desviaron del campo y fueron a descabalgar junto a una fuente. Amadís llamó a un escudero y le dijo:

–Buen escudero, decid al rey que los caballeros de las sierpes le pedimos que no nos culpe por no presentarnos a él, porque debemos ir muy lejos, a tierras extrañas, a ponernos a merced de quien no la tendrá con nosotros. Le rogamos que la parte del despojo que nos corresponde la dé a las doncellas que hubieren recibido daño del enemigo, y devolvedle este caballo que he recibido de un doncel suyo, porque no queremos del rey ningún galardón.

El rey Lisuarte preguntó por los caballeros de las sierpes y nadie le pudo dar razón. Entonces dijo a Galaor:

–¿Por ventura será Amadís aquel del yelmo dorado? Por lo que hizo, no podía ser sino él.

–Creed, señor –dijo Galaor–, que no es él, porque no hace cuatro días tuve nuevas de que está en Gaula con el rey y con Florestán. Pero quienquiera que sea, Dios le dé buena ventura, que con gran peligro ganó la honra y prez sobre todos.

VIII

EN PODER DE ARCALÁUS

El rey Perión y sus hijos embarcaron para Gaula, pensando llegar en pocos días. Pero cambió el viento y embraveció el mar. La nave, al cabo de cinco días de tormenta, tuvo que refugiarse en un sitio apartado de la Gran Bretaña. Los caballeros hicieron bajar sus caballos y armas, y decidieron andar por aquella tierra hasta tener viento favorable.

Subieron por un valle, y junto a una fuente vieron a una doncella que daba de beber a su palafrén. Estaba ricamente vestida y llevaba una capa escarlata abrochada con hebillas y ojales de oro. Junto a ella había dos escuderos y dos doncellas que llevaban halcones y canes de caza.

Ella reconoció a los caballeros por las armas, y mostrando gran alegría se acercó a ellos con humildad, haciendo señas de que era muda.

La saludaron y les pareció muy hermosa. Se acercó al del yelmo dorado y lo abrazó, y quiso besarle las manos. Les hacía señas de que fuesen sus huéspedes esa noche en su castillo, pero ellos no comprendían. Los escuderos les dieron a entender lo que ella quería, y, al ver su buena voluntad y que era tarde, fueron con ella.

Llegaron a un hermoso castillo. Los recibieron muy bien y vieron a muchas dueñas y doncellas que acataban a la doncella muda como a señora. Les tomaron los caballos y los condujeron a una rica cámara que estaba a unos veinte codos de altura. Allí les hicieron desarmar y los dieron ricos mantos para cubrirse. Después de cenar, los llevaron a sus aposentos. Pronto acudieron doncellas con instrumentos acordados para darles placer, y cuando fue hora de dormir, los dejaron y se fueron.

Durmieron sosegadamente, porque estaban cansados. Cuando despertaron no vieron claridad ninguna y sintieron que la gente del castillo andaba encima de la cámara. Se levantaron y buscaron a tientas las puertas y ventanas, pero se encontraron siempre con el muro. Habían caído en un peligroso lazo. Aquella cámara estaba hecha de manera engañosa. Se sostenía sobre una armazón de hierro y se podía levantar y bajar con una palanca. Los caballeros de las sierpes estaban ahora a veinte codos bajo el suelo.

De pronto se abrió una ventana y vieron a un caballero grande cuyo rostro ponía pavor. Los cabellos y las barbas eran casi enteramente blancos, y vestía paños de luto. En la mano derecha llevaba un guante blanco que le llegaba hasta el codo. En voz alta dijo:

–Ya veréis las crueles y amargas muertes que os esperan por el mal que me habéis hecho en la batalla del falso rey Lisuarte. Soy Arcaláus el encantador, y si no me visteis hasta ahora, ya podréis conocerme, que nadie me causó nunca pesar que no me vengase de él, a no ser uno solo, al que espero todavía tener donde vosotros estáis para cortarle las dos manos.

–Buen tío –dijo la doncella muda–, aquel mancebo que allí está es el que traía el yelmo dorado.

La doncella era Dinarda, hija de Ardán Canileo y muy sutil en maldades. Arcaláus dijo:

–Caballeros, os haré cortar las cabezas y las enviaré al rey Arábigo.

Y se retiró de la cámara, dejándola tan oscura como antes. El rey Perión dijo a sus hijos:

–Mis buenos hijos, esto nos muestra las grandes mudanzas de la fortuna. ¿Quién podía pensar que íbamos a salir de tan gran batalla, donde pasamos tantos peligros con tanta gloria, para ser engañados de esta manera por una débil doncella sin habla? Pero dejemos nuestro dolor, y que el alto Señor ponga el remedio.

Amadís y Florestán, que temían más por su padre que por ellos, hincaron las rodillas y le besaron las manos. El rey Perión les echó la bendición. Todo aquel día lo pasaron sin comer ni beber.

Cuando Arcaláus terminó de cenar, acudió a la ventana. Le acompañaban Dinarda y dos hombres ancianos. Mandó abrir la ventana y dijo:

–Caballeros, supongo que comeréis.

–Con gusto –dijo Florestán–, si nos mandaseis comida.

–Si tuviere la voluntad –dijo él–, que Dios me la quite. Pero para que no quedéis desconsolados del todo, a falta de comida os daré unas nuevas. Sabed que llegaron a la puerta del castillo dos escuderos y un enano a preguntar por vosotros. Los tengo en prisión, y de ellos sabré mañana quiénes sois o los haré despedazar miembro a miembro.

–Seguro estoy –dijo Amadís– que después que sepáis quiénes somos no nos haréis daño, porque como seáis caballero y hayáis pasado por muchas cosas, no os parecerá mal que hayamos ayudado a nuestros amigos. Y si alguna bondad hubo en nosotros, deberíais hacernos más honra.

–La honra que os haré –dijo Arcaláus– será la que haría a Amadís de Gaula si ahí le tuviese.

–Tío –dijo Dinarda–, aunque enviéis sus cabezas al rey Arábigo, no los matéis de hambre. Sostenedles la vida para que sufran más.

–Si así te parece, sobrina, lo haré.

Y dirigiéndose a los caballeros, dijo:

–Decidme, por vuestra fe, ¿qué os aqueja más, el hambre o la sed?

–Si hemos de decir la verdad, aunque sería conveniente comer primero, la sed es lo que más nos aqueja.

–Sobrina –dijo entonces Arcaláus–, échales una empanada de tocino para que no digan que no los socorro.

La doncella que les sirvió se apiadó de Amadís, al que vio tan apuesto, y puso en un cesto, además de la empanada, un vaso de agua y otro de vino, y colgándolo por una cuerda, le dijo:

–Tomad esto, que si puedo no lo pasaréis mal.

La noticia que les había dado Arcaláus era verdadera. El tiempo era propicio para navegar, y Gandalín, el enano y Orfeo, repostero del rey Perión, habían salido a buscarlos y llegado al castillo. En la prisión en que los puso Arcaláus estaba desde hacía un año una dueña con su marido y con su hijo. Gandalín les contó cómo había llegado al castillo, y el caballero le dijo:

–Sabed que los caballeros que buscáis llegaron ayer y fueron muy bien recibidos. Pero cuando dormían, entraron aquí cuatro hombres, y moviendo esa palanca de hierro que ahí veis, bajaron todo el desván.

Gandalín comprendió que estaban en peligro de muerte, y dijo:

–Si así es, trabajaremos por subirlos, y creed que si ellos se salvan, nosotros quedaremos en libertad.

El caballero y su hijo, por una parte, y Gandalín y Orfeo, por la otra, comenzaron a mover la palanca. El desván empezó a subir. El rey Perión, que dormía angustiado por la suerte de sus hijos, lo sintió enseguida y los despertó. Saltaron de sus lechos, se armaron y aguardaron. Vieron la claridad y reconocieron el lugar por donde habían entrado. Con todas sus fuerzas derribaron la puerta y se lanzaron contra los guardianes del muro, matando y derribando a cuantos hallaban, y gritando:

–¡Gaula, Gaula, que nuestro es el castillo!

Arcaláus huyó desnudo a una torre. Se asomó por una ventana, y al ver que eran los caballeros de las sierpes, empezó a dar voces a los suyos para que no los temiesen, que no eran más que tres. Pero los tres caballeros, que ya habían librado el muro de los guardianes, bajaron y dejaron muertos o heridos a los que querían enfrentárseles. Los que estaban en la prisión comenzaron a dar voces para que los socorriesen. Quebrantaron los candados y abrieron la puerta.

Tomaron sus caballos, dieron otros al caballero, a su hijo y a la dueña, y salieron de allí. Cuando estuvieron fuera, el rey mandó

prender fuego al castillo, que comenzó a arder con fuerza. El humo salía por la torre, y el enano decía a grandes voces:

–Arcaláus, recibe con paciencia ese humo, como lo recibía yo cuando me colgaste por la pierna.

Cuando aclaró el día, llegaron a la nave. La dueña, al ver al rey desarmado, se hincó de rodillas ante él. El rey la reconoció y la levantó, abrazándola con alegría. Cuando ella supo que estaba allí Amadís, fue hacia él y le quiso besar el pie. Era Darioleta, la antigua doncella de su madre, que le había echado en el arca al mar.

IX

EL CABALLERO DE LA VERDE ESPADA

Amadís partió de Gaula para tierras extrañas, de diversos lenguajes, a buscar aventuras. Le acompañaron Gandalín y el enano. Entró en tierras de Alemania, donde en poco tiempo fue muy conocido. Caballeros y dueñas acudían a él para que vengase agravios o les hiciese alcanzar su derecho. Pasó por grandes peligros, combatiendo con valientes caballeros, en ocasiones tres a la vez. Por toda Alemania se le conocía como el mejor caballero que jamás había entrado en aquella tierra. No sabían su nombre y le llamaban el Caballero de la Verde Espada o el Caballero del Enano. Así pasó cuatro años sin regresar a Gaula ni a la Ínsula Firme y sin tener noticias de Oriana.

Cuando volvió el invierno, temió el frío, y decidió ir a Bohemia a ponerse al servicio del rey Tafinor, que estaba en guerra con Patín, emperador de Roma. Acaeció que, llegando a un río, vio del otro lado muchos caballeros que estaban cazando. Lanzaron un halcón contra una garza y el halcón la fue a matar del lado donde estaba el Caballero de la Verde Espada. Él se apeó y preguntó si debía cebar el halcón. Le contestaron que sí, y entonces lo hizo como persona experta. El río era hondo y no se podía cruzar. Entre los cazadores estaba el rey Tafinor de Bohemia. Reconocieron al Caballero de la Verde Espada, y se apresuraron a llegar a un paso del río. El caballero se aproximó al rey con el halcón en la mano. El rey le dijo:

–Mi buen amigo, sed bienvenido a esta tierra.

–Señor –dijo él, queriendo besar las manos al rey–, vengo para veros y serviros. Me han dicho que tenéis guerra con un hombre tan poderoso que necesitaréis el servicio de los vuestros y el de los extraños. Mientras esté con vos me podéis considerar vuestro

vasallo natural.

–Caballero de la Verde Espada –dijo el rey–, os agradezco lo que me decís, que con ello aumenta el esfuerzo de mi corazón.

Todos loaron la hermosura del caballero. El rey le hizo aposentar en una rica cámara, donde se vistió unos paños hermosos para ir a comer. Después de alzados los manteles, el rey le dijo:

–Caballero de la Verde Espada, las nuevas de vuestras hazañas y de vuestra presencia aquí me inducen a pediros ayuda. Ya sabéis que tengo guerra con el hombre más poderoso de la cristiandad. Patín, emperador de los romanos, con su gran poder y soberbia, quiere que este reino, que Dios me dio libre, le sea tributario. Hasta ahora, con la fuerza de mis vasallos y amigos, me he defendido, y lo seguiré haciendo mientras viva, pero es cosa de gran trabajo y peligro que los pocos se defiendan de los muchos, y tengo siempre atormentado el corazón. Como Dios os ha hecho tan extremado en bondad y fortaleza, tengo gran esperanza en vos. Mi buen amigo, ayudadme a defender este reino, que siempre estará a vuestra disposición.

–Señor –dijo el Caballero de la Verde Espada–, yo os serviré, y según veáis mis obras, juzgad mi bondad.

Así quedó en casa del rey Tafinor de Bohemia. Con él se aposentaba un hijo del rey, que se llamaba Grasandor, y un conde, primo del rey, llamado Galtines. Un día cabalgaba el rey por el campo con sus caballeros y hablaba con Grasandor y con el Caballero de la Verde Espada de la guerra, porque las treguas terminaban a los cinco días, cuando vieron a venir a doce caballeros. El rey reconoció a don Garadán, primo hermano del emperador Patín y el caballero más preciado de todo el señorío de Roma. El rey Tafinor señaló el escudo al Caballero de la Verde Espada: tenía el campo cárdeno, y en él dos grandes águilas de oro. Era el que hacía la guerra al reino de Bohemia.

Don Garadán y sus caballeros se acercaron al rey, el cual los recibió con mejores palabras que corazón, y los invitó a entrar en la ciudad para hacerles los honores. Don Garadán no quiso aceptar, y, después de presentar las cartas credenciales del emperador, dijo:

–Rey, aunque el emperador es de más alto linaje y señorío que vos, os propone dos maneras de acabar esta guerra, porque tiene que ocuparse de otras cosas. La primera es que libréis batalla con su primo Salustanquidio, príncipe de Calabria, con los caballeros que queráis, ciento contra ciento y hasta mil contra mil. La segunda es que aceptéis una batalla de doce caballeros contra doce, conmigo y con estos caballeros que aquí veis. Si vos vencéis, quedaréis libre para siempre; y si sois vencido, seréis vasallo, como lo fue este reino en los tiempos pasados del imperio, según cuentan las historias de Roma. Ahora, elegid lo que os agrade, y si lo rehusáis, el emperador os hace saber que, dejando todas las otras cosas, vendrá contra vos en persona y no partirá hasta haber destruido vuestro poder.

–Don Garadán –dijo el Caballero de la Verde Espada–, bastante soberbia habéis mostrado de parte del emperador, y el rey os dará la respuesta que le parezca. Pero quiero preguntaros: si él toma cualquiera de estas batallas, ¿cómo estará seguro de que se mantendrá lo que decís?

Don Garadán le miró y se maravilló de que se adelantara a responder, pero el rey dijo:

–Don Garadán, yo doy por dicho todo lo que el Caballero de la Verde Espada dijere.

Cuando Garadán oyó el nombre, lamentó que tal caballero estuviese de parte del rey, pero también se alegró, porque pensaba vencerle y matarle y ganar toda su honra y fama. Y dijo:

–Aunque vos, con vuestras razones, queréis alargar la guerra, yo quiero daros las seguridades que pedís, por atajar vuestras dilaciones.

–No os maravilléis, don Garadán –dijo el Caballero de la Verde Espada–, porque más sabrosa es la paz que entrar en las batallas peligrosas.

Entonces don Garadán hizo traer una arqueta y sacó de ella una carta en que había treinta sellos colgados de hilos de seda. Todos eran de plata, y el del medio, de oro. Eran los sellos del emperador y de los grandes señores del imperio. Entregó la carta al rey, el cual

se apartó con sus caballeros para leerla, y vio que era verdad lo que Garadán había ofrecido.

El rey pidió consejo a sus caballeros. Algunos preferían la batalla de ciento contra ciento, otros la de doce contra doce y algunos opinaban que era mejor mantener la guerra y no poner el reino en la aventura de una batalla. El conde Galtines propuso que se remitiese la discusión al parecer del Caballero de la Verde Espada. Le hicieron llamar, y cuando le contaron las diferentes opiniones, dijo:

–Señor, muy grave es la determinación, porque la salida está en las manos de Dios y no en el juicio de los hombres. Pero os digo que si el caso fuese mío y yo tuviera un castillo solo y cien caballeros, y mi enemigo, diez castillos y mil caballeros, y Dios hiciese por algún medio que la batalla se decidiese por igual número de gente, lo consideraría una gran merced.

Se quiso marchar, pero el rey lo detuvo y le dijo:

–Mi buen amigo, todos somos de vuestro parecer. Dios me ayudará, como ayudó al rey Perión de Gaula cuando el rey Abies de Irlanda entró en su tierra con todo su poder, y estando a punto de ganar el reino fue vencido por un mancebo que no tenía dieciocho años. El rey Perión fue restituido en su reino y reconoció en el mancebo a su propio hijo, que se llamaba el Doncel del Mar y desde entonces se llamó Amadís de Gaula, renombrado en el mundo como el más valiente y esforzado que se ha hallado hasta ahora. No sé si lo conocéis.

–Nunca le vi –dijo el Caballero de la Verde Espada–, pero yo viví algún tiempo en aquellas tierras y oí hablar mucho de ese Amadís de Gaula y conozco a dos hermanos suyos, que no son peores caballeros que él.

–Tengo fe en Dios, como la tuvo el rey Perión –dijo el rey–, y acepto la batalla de los doce caballeros.

Don Garadán, que los esperaba ya con impaciencia, dio señales de gran alegría. El Caballero de la Verde Espada le dijo:

–Muchas veces están los hombres alegres con el comienzo y no con el fin.

–Vos, don caballero –dijo Garadán, de mal talante–, en cada pleito queréis hablar. Bien extraña y corta es vuestra discreción, y si supiese que seréis uno de los doce, os daría estos guantes.

El Caballero de la Verde Espada los tomó y dijo:

–Tened por seguro que estaré en la batalla, y así como ahora tomo vuestros guantes, así en la batalla espero quitaros la cabeza por vuestra soberbia y desmesura.

–¡Fuera ya mañana –dijo don Garadán en voz alta–, y estuviéramos en la batalla para que todos viesen, don Caballero del Enano, el castigo de vuestra locura!

–Si de aquí a mañana os parece largo el plazo –dijo el Caballero de la Verde Espada–, armémonos y comencemos la batalla ahora mismo, con la condición de que el que quede vivo pueda ayudar mañana a los suyos.

Los dos caballeros se aprestaron para la batalla. Al Caballero de la Verde Espada lo armaron el rey y su hijo. Don Garadán cabalgó en un caballo muy grande, y volviéndose a sus compañeros, les dijo:

–De esta vez quedará el rey sujeto al emperador, porque toda su esperanza está en ese caballero. Yo le venceré y mataré, y entonces no osarán mañana entrar en el campo conmigo ni con vosotros.

–¿Qué haces, Garadán? –dijo el Caballero de la Verde Espada–. ¿Por qué dejas pasar el día en alabanzas? Ahora puede mostrar cada uno quién es, porque las lisonjas no han de hacer el hecho.

Espolearon a sus caballos y se acometieron con tanta fuerza que las lanzas se quebraron. Se juntaron los escudos y los yelmos bravamente, y Garadán fue despedido de la silla y anduvo revolviéndose por el campo. El Caballero de la Verde Espada quiso ir contra él, pero su caballo no podía moverse y él estaba herido en el brazo izquierdo. Se apeó, y echando mano a la espada fue hacia Garadán, que se había levantado y esgrimía ya la suya. El Caballero

de la Verde Espada, como lo encontró malparado de la caída y tenía gran saña, le dio golpes repetidos y fuertes. Don Garadán se apartó algo y dijo:

–Ahora os conozco mejor que antes. Caballero de la Verde Espada, y os odio más que antes, y aunque vuestra bondad sea manifiesta, no se puede determinar cuál de nosotros será el vencedor. Si os parece, podemos descansar; si no, venid a la batalla.

–El descansar sería mejor para mí –dijo el Caballero de la Verde Espada– que para vos, según la alta proeza de armas que habéis proclamado; y para que no quedéis avergonzado, no quiero dejar la batalla hasta el fin.

A don Garadán le pesó, porque estaba maltrecho y herido; pero recobrando su soberbia, mostró gran esfuerzo. El Caballero de la Verde Espada lo tenía enteramente a su merced. Le dio un golpe encima del yelmo y lo hizo caer sin sentido en el campo. Le sacó el yelmo y vio que le había abierto la cabeza. Limpió su espada, y poniéndola en la vaina, hincó las rodillas en el suelo y dio gracias a Dios.

Los caballeros romanos llevaron a Garadán a sus tiendas e hicieron gran duelo. Temían mucho la batalla del día siguiente, porque creían que no la podrían sostener. Estaban decididos a excusarse ante el emperador con la soberbia de Garadán, cuando un caballero llamado Arquisil, heredero del imperio si Patín moría sin sucesor, intervino enrostrándoles la cobardía y diciéndoles que él se encargaba de combatir con el Caballero de la Verde Espada. Los romanos se decidieron a aceptar la batalla.

Por la mañana el Caballero de la Verde Espada oyó misa con los otros caballeros. El rey le dio armas nuevas, que tenían el campo de oro con leones cárdenos y las sobreseñales también de oro, y un caballo hermoso con una guarnición tan rica que suspiró por enviárselo a su buen amigo Angriote de Estraváus. Grasandor, el hijo del rey, quiso combatir a su lado. Cuando llegaron al campo, los romanos estaban ya armados y sus hombres tañían trompas con gran alegría para esforzarlos. Los unos fueron contra los otros.

Arquisil se adelantó hacia el Caballero de la Verde Espada.

Quebraron las lanzas, y Arquisil casi cayó por las ancas del caballo, pero echó mano a los arzones, y como era valiente y ligero, volvió a sentarse en la silla. El Caballero de la Verde Espada pasó adelante, y con un trozo de la lanza dio a uno en el yelmo y se lo sacó de la cabeza, pero un caballero romano le hirió en el escudo y otro en la pierna. Con gran saña, echó mano a la espada y le dio a uno de ellos de soslayo. La espada, al bajar, cortó el cuello al caballo, que cayó sobre la pierna de su señor y se la quebró. Arquisil se había enderezado ya en la silla, y apretando reciamente la empuñadura fue a dar al Caballero de la Verde Espada por encima del yelmo con todas sus fuerzas. Salieron llamas del yelmo, pero el Caballero de la Verde Espada se volvió contra él y le hirió en el hombro y le cortó las armas y las carnes. Pasó adelante y fue a ayudar a Grasandor y sus compañeros, que tenían maltrechos a los romanos, pero Arquisil le perseguía por todas partes. Él se volvía y le devolvía los golpes, pero sin querer matarle, porque lo veía tan decidido a enfrentarse con él. Mas Arquisil no se preocupaba por los golpes y se metía entre todos y se enfrentaba al Caballero de la Verde Espada. Los suyos estaban ya derrotados, unos muertos, los otros heridos. Cuando el Caballero de la Verde Espada vio que Arquisil le seguía siempre sin temer sus golpes, dijo:

–¿No hay quien me defienda de este caballero?

Grasandor y otros dos caballeros fueron contra él, y como lo encontraron cansado dieron con él en el suelo. Iban a matarle, mas el Caballero de la Verde Espada dijo:

–Señores, ya que de éste he recibido yo más mal que nadie, dejádmelo a mí.

Todos se apartaron y él le dijo:

–Caballero, entregaos preso y no queráis morir a manos de quien no tiene ganas de mataros.

Arquisil, que ya esperaba la muerte, dijo:

–Señor, pues mi ventura quiso que no pudiese hacer más, me entrego y os agradezco la vida que me dais.

El caballero le tomó la espada y luego se la devolvió, con la promesa de que acudiría cuando lo llamase y se pondría en sus manos. El rey, con gran alegría de ver su guerra acabada, condujo al Caballero de la Verde Espada a su cámara, donde hizo que le curasen las heridas.

Cuando el Caballero de la Verde Espada estuvo repuesto, pensó que las cuitas por la ausencia de su señora las soportaría mejor caminando y buscando nuevas aventuras, y comunicó al rey su deseo de partir. El rey quedó muy turbado y le dijo:

–¡Ay, mi verdadero amigo! Tomad de mi reino lo que queráis, y no vea que os apartáis de mi compañía.

Pero conociendo el rey su determinada voluntad y que era tan sosegado en sus cosas que nadie le haría mudar sus propósitos, le dijo con semblante triste:

–Mi leal amigo, os ruego dos cosas: la primera, que siempre os acordéis de mí y de este reino en vuestras necesidades, si las tuviereis; la segunda, que mañana oigáis misa conmigo, que quiero hablaros.

Por la mañana se armó y, acompañado de Gandalín y el enano, se dirigió a la capilla del rey. Después de oída la misa, el rey se quedó con él y le dijo:

–Mi gran amigo, os ruego que me otorguéis un don, y no será un estorbo de vuestro camino ni en menoscabo de vuestra honra.

–Así considero que será, señor, y os lo otorgo.

–Mi buen amigo, os mando que me digáis vuestro nombre, y estad seguro de que yo no lo divulgaré.

Al Caballero de la Verde Espada le pesó la promesa que había hecho y dijo:

–Os ruego, señor, que abandonéis la pregunta, si os place.

–Mi buen amigo –dijo el rey–, no temáis decírmelo, que yo lo guardaré como vos.

–Pues tanto lo queréis –dijo él–, sabed que soy aquel Amadís de Gaula, hijo del rey Perión, del que hablasteis un día.

–¡Ay, caballero bienaventurado! –dijo el rey–. ¡Bendita sea la hora en que nacisteis, que tanta honra dais a vuestro linaje y a todos nosotros! Quiera Dios que algún día os pueda pagar algo de las grandes deudas que con vos tengo.

X

EL DONCEL CAZADOR

Cuando Esplandián tuvo cuatro años, Nasciano, el ermitaño, hizo que se lo llevasen a la ermita. Lo vio tan hermoso que quedó maravillado, y, bendiciéndolo, lo tomó en sus brazos. El niño lo abrazó como si lo conociera. Esplandián quedó en la ermita con un sobrino del ermitaño que se había criado con él. Los niños jugaban, y el santo hombre se alegraba y daba gracias a Dios por haber querido conservar tal criatura.

Acaeció un día que Esplandián, cansado de jugar, se echó a dormir debajo de un árbol. La leona, que algunas veces se acercaba al ermitaño, vio al niño y anduvo alrededor de él olfateando hasta que se echó a su lado. El otro niño fue llorando a llamar al ermitaño y le dijo que un can muy grande quería comerse a Esplandián. Nasciano salió y vio a la leona. Tomó a Esplandián en sus brazos, y cuando el niño despertó, dijo:

–Padre, hermoso can es éste. ¿Es nuestro?

–No, sino de Dios, de quien son todas las cosas.

–Quisiera que fuese nuestro –dijo Esplandián.

El ermitaño se alegró. Entregó al niño una pierna de gamo que le habían dado unos cazadores, e hizo que alimentase a la leona. Esplandián, al hacerlo, le metía las manos por las orejas y por la boca.

En adelante, la leona se acercaba todos los días y cuidaba a los niños. Cuando Esplandián fue algo mayor, el ermitaño le dio un arco, y otro a su sobrino. Salían a cazar, y si mataban algún ciervo, la leona lo tomaba. Algunas veces acudían unos ballesteros, amigos del ermitaño, e iban a cazar con Esplandián para que la leona les

alcanzase la presa. Así aprendió Esplandián a cazar.

El rey Lisuarte, para dar descanso a su persona y placer a sus caballeros, acordó ir de caza. Llevó consigo a la reina y a sus hijas, con las dueñas y doncellas, y mandó que asentasen las tiendas en la Fuente de las Siete Hayas, en la floresta donde Nasciano criaba a Esplandián. La reina quedó en las tiendas, y el rey se internó con sus cazadores en lo más espeso del monte.

Apartado de los demás, el rey vio salir un ciervo muy cansado. Con el propósito de matarlo, lo persiguió en su caballo hasta llegar a un llano, y allí vio una cosa extraña. Por la cuesta descendía un doncel de unos seis años, el más hermoso que nunca había visto. Atada a una traílla llevaba una leona. Al ver al ciervo, la soltó dando voces para que lo tomase. La leona alcanzó al ciervo, lo derribó y comenzó a sorberle la sangre. El doncel se acercó muy alegre, y detrás de él otro doncel, algo mayor. Con sus cuchillos abrieron el ciervo para que la leona comiese. El rey, oculto en unas matas, estaba maravillado. Su caballo se espantaba y no podía acercarse. El hermoso doncel tocó una bocina que llevaba al cuello, y vinieron corriendo dos sabuesos, uno amarillo y otro negro. Cuando la leona terminó de comer, le pusieron la traílla al cuello. El doncel mayor se alejó con ella por la montaña y el otro detrás de él.

El rey, que había atado el caballo a un árbol, llamó al doncel que iba detrás y le dijo:

–Buen doncel, que Dios os bendiga y guarde; decidme dónde os criasteis y quién es vuestro padre.

–Señor –dijo el doncel–, el santo Nasciano me crio, y a él tengo por padre.

Mientras el doncel se iba detrás de la leona, el rey se dirigió a la ermita. Ató el caballo debajo de un portal y entró en el interior. Vio a un hombre con la cabeza toda blanca, vestido con el hábito de una orden, hincado de rodillas y rezando en un libro. Cuando acabó la lectura, el rey se aproximó y le pidió la bendición. El ermitaño se la dio y el rey le dijo:

–Buen hombre, he encontrado en esta montaña un doncel muy

hermoso que cazaba con una leona. Me dijo que vos lo habíais criado, y como me pareció muy extraño en hermosura, vengo a rogaros que me digáis quién es, que yo os prometo como rey que de ello no os vendrá daño ninguno.

El ermitaño lo reconoció, e hincó las rodillas ante él para besarle las manos. El rey lo levantó, lo abrazó y le dijo:

–Mi amigo Nasciano, vengo con muchas ganas de saber lo que os pregunto.

El ermitaño lo condujo fuera de la ermita, se sentó con él en un banco de piedra y le contó cómo había encontrado al doncel y cómo lo había criado. El rey le dijo:

–Maravillas me decís, padre, de que nunca oí hablar. Os ruego que vayáis mañana a comer conmigo en la Fuente de las Siete Hayas y allí hallaréis a la reina y a mis hijas. Y llevad a Esplandián con la leona, y también a vuestro sobrino.

El rey volvió a su tienda y no contó nada a nadie. Don Grumedán le dijo que la reina no había comido y le estaba aguardando. Cuando entró el rey, ella le mostró una carta cerrada con una esmeralda hermosa y atada con cuerdas de oro. Llevaba unas letras que decían: «Éste es el sello de Urganda la Desconocida». La reina le dijo:

–Señor, cuando yo venía por el camino apareció una doncella ricamente vestida en un palafrén, y con ella un enano encima de un hermoso caballo overo. A nadie quiso decir quién era, pero cuando me acerqué yo, me dijo: «Reina, toma esta carta y léela con el rey, hoy antes de comer». Y se alejó con su enano antes de que pudiera preguntarle nada.

El rey abrió la carta y vio que decía:

«Al muy alto y muy honrado rey Lisuarte, yo, Urganda la Desconocida, os aconsejo que al tiempo que apareciere el hermoso doncel criado por las tres amas desvariadas, lo améis y cuidéis mucho, que él os salvará del mayor peligro en que nunca estuvisteis. Es de alto linaje, y por la leche de su primera ama será

tan fuerte y tan bravo de corazón que a todos los valientes de su tiempo pondrá en gran oscuridad. Por su segunda ama será manso, mesurado, humilde y sufrido, más que otro hombre del mundo. Por la crianza de su tercera ama será de gran entendimiento y de buenas palabras. En todas sus cosas será extremado entre todos y querido por los buenos. Ningún caballero será su igual, y sus grandes hechos serán empleados en el servicio de Dios. Y aún más te digo, buen rey, que este doncel será ocasión de poner paz entre tú y Amadís».

Cuando el rey acabó de leer la carta, se santiguó y contó a la reina cómo había encontrado al doncel esa misma tarde.

A la mañana siguiente, el rey, después de oír misa con sus caballeros, fue con ellos a la tienda de la reina y mandó leer la carta de Urganda. Todos quedaron maravillados de la extraña fortuna de aquel doncel, y Oriana suspiró por su hijo desaparecido. Galaor dijo:

–Señor, yo no dudo que será verdad, como muchas otras cosas que ella ha dicho. La venida de este doncel me placería a mí más que a nadie, porque sería causa de cumplirse lo que más deseo, y es ver en vuestro amor y servicio a mi hermano Amadís con todo su linaje, como en otro tiempo.

Entonces vieron acercarse al ermitaño. Esplandián venía delante, y Sargil, su hermano de leche, detrás, con la leona atada a una traílla delgada. Luego venían dos ballesteros, que traían en una bestia el ciervo que el rey había visto atar, y en otra, corzos, liebres y conejos que Esplandián y ellos habían matado con sus arcos. Esplandián traía atados a una traílla los dos sabuesos. Detrás venía el ermitaño.

En la tienda todos se levantaron arrebatadamente y se quisieron poner delante del rey. Pero él tendió la vara, hizo que permaneciesen en sus lugares y dijo:

–El que tiene el poder de traer la leona, os defenderá de ella.

–Poca defensa tendremos –dijo Galaor– si ella se enfurece, y cosa maravillosa parece ser esto.

Los niños y los ballesteros esperaron a que Nasciano pasase adelante, y cuando el ermitaño se acercó, el rey dijo:

–Amigos, sabed que éste es el santo Nasciano, que vive en esta montaña. Pidámosle la bendición.

Todos se fueron a arrodillar delante de él, y el rey le dijo:

–Siervo de Dios bienaventurado, dadnos la bendición.

–Recibidla en su nombre, como de hombre pecador.

El rey lo tomó por el brazo y lo condujo ante la reina. Cuando las mujeres vieron la leona, que las miraba revolviendo los ojos y sacando la lengua bermeja y mostrando unos dientes fuertes y agudos, sintieron gran espanto. Esplandián se acercó a la reina y le dijo:

–Señora, os traemos esta caza.

–Buen doncel –dijo el rey–, partidla como queráis.

–La caza es vuestra –dijo Esplandián–, y dadla a quien gustéis.

–Con todo –dijo el rey–, quiero que vos la partáis.

El doncel tuvo vergüenza y el rostro se le puso de color rosa, lo que le hizo más hermoso. Y dijo:

–Señor, tomad el ciervo para vos y para vuestros caballeros.

Y, volviéndose hacia la reina y besándole las manos, le dio los corzos. Y, mirando a la derecha, le pareció que después de la reina no había ninguna más digna de ser honrada que Oriana, se acercó a ella, hincó las rodillas y, dándole las perdices y conejos, dijo:

–Señora, con nuestros arcos no hemos cazado más que esto.

–Hermoso doncel –le dijo Oriana–, Dios os haga venturoso en la caza y en todo.

Galaor y Norandel lo abrazaron. El rey mandó que todos callasen y

dijo al ermitaño:

–Padre, amigo de Dios, contadnos a todos la historia de este doncel, como me la habéis contado a mí.

El ermitaño empezó a contar la historia de Esplandián. A Oriana, Mabilia y la doncella de Dinamarca les temblaron las carnes. Y cuando el ermitaño habló de las letras que el niño llevaba en el pecho, ya no tuvieron dudas.

El rey le pidió al ermitaño que le dejara los donceles para hacerlos criar, y él lo otorgó. El rey puso a Esplandián en manos de la reina para que la sirviese, y después ella se lo dio a su hija Oriana. Así quedó Esplandián al cuidado de su madre.

Oriana se confesó con el ermitaño, y él supo así el misterio del nacimiento de Esplandián. Delante del rey tomó al doncel por la mano, lo abrazó llorando y le dijo:

–Criatura de Dios, Él te cuide y te haga hombre bueno a su santo servicio.

XI

GRASINDA

El Caballero de la Verde Espada se dirigió hacia las islas de Romania, donde le habían dicho que había gentes bravas. Por el camino iba enmendando agravios de caballeros soberbios. Muchas veces fue herido y otras estuvo enfermo. Cuando llegó a las regiones de Romania, le tocó luchar con fuertes caballeros y con bravos gigantes, y Dios quiso otorgarle la victoria y darle prez y honra. Los grandes peligros y trabajos no podían apartar, sin embargo, de su corazón las encendidas llamas que lo consumían, y si no hubiera sido por los consejos de Gandalín, su atribulado corazón se hubiera deshecho en lágrimas.

Recorriendo aquellas tierras, llegó a un puerto de Grecia llamado Sadiana, asentado en un hermoso sitio y con grandes torres y hermosas huertas. Como ya había pasado parte del día, no quiso entrar en la ciudad y se entretuvo en mirar el mar, que no había visto desde su partida de Gaula. Andando por la ribera, vio venir una gran compañía de caballeros, dueñas y doncellas, y en medio una dueña ricamente vestida, a la cual protegían del sol con un paño hermoso, sostenido por cuatro varas.

El Caballero de la Verde Espada, que no quería ver gente, se desvió del camino. Pero no se había alejado mucho cuando vio venir hacia él un caballero muy bien armado en un gran caballo y blandiendo una lanza en la mano. Una doncella se aproximó al Caballero de la Verde Espada y le dijo:

–Caballero, aquella dueña, mi señora, os manda decir que vayáis a poneros a su mandado.

La doncella hablaba en alemán, pero él entendió muy bien porque en todas partes procuraba aprender las lenguas. Y respondió:

–Doncella, Dios dé honra a vuestra señora y a vos. Mas decidme, ese caballero, ¿qué es lo que demanda?

–Haced lo que os digo, y no lo preguntéis.

–No iré de ninguna manera si no me lo decís.

–Si así es, lo haré, aunque no por mi voluntad. Sabed que mi señora os vio y vio al enano que anda con vos, y como le han hablado de un caballero extraño que así acompañado anda por estas tierras haciendo maravillas como nunca se vieron, pensando que sois vos, quiere haceros mucha honra y descubriros un secreto que tiene en el corazón. Y como este caballero oyó su voluntad, dijo que él os haría ir a su mandado aunque no quisieseis. Y puede hacerlo, porque es muy poderoso en armas. Por eso os aconsejo que lo dejéis a él y os vengáis conmigo.

–Doncella –dijo él–, me avergüenzo ante vos por no cumplir el mandato de vuestra señora, pero quiero que veáis si hará lo que dijo.

–Me pesa –dijo ella–, porque mucho me agrada vuestra palabra y mesura.

El Caballero de la Verde Espada siguió su camino, pero el otro le dijo en voz alta:

–Vos, mal caballero, que no queréis ir con la doncella, cabalgaréis al revés, llevando la cola del caballo por freno y el escudo a la espalda, y así os presentaréis a aquella señora, si no queréis perder la cabeza. Elegid lo que prefiráis.

–Caballero –dijo él–, no me agrada ninguno de los dos partidos; antes quiero que sean para vos.

–Pues ahora veréis cómo os los haré tomar.

Lo acometió a todo el correr de su caballo y creyó que iba a arrojarlo de la silla al primer encuentro, como había hecho con otros muchos, porque era el mejor ajustador de aquellas tierras, pero el Caballero de la Verde Espada se cubrió con el escudo. Del primer encuentro quebraron las lanzas y el caballero amenazador

fue despedido de la silla. El Caballero de la Verde Espada recibió una herida en el cuello, pero, arrancándose la cuchilla que tenía clavada, se aproximó a Brandasidel, que así se llamaba el caballero que estaba tendido en el campo. Mandó a Gandalín que le quitase el yelmo y viese si estaba muerto. Brandasidel fue recobrando poco a poco el aliento, y entonces el Caballero de la Verde Espada le puso la punta de la espada en el rostro y le dijo:

–Vos, caballero amenazador, o perdéis la cabeza o pasáis por la ley que señalasteis.

Con el temor de la muerte, Brandasidel recobró el sentido y bajó la cabeza. El de la Verde Espada le dijo:

–¿No queréis hablar? Os cortaré la cabeza.

–¡Ay, caballeros, merced, por Dios! Antes haré vuestro mandado.

–Pues cumplid sin tardar más.

Brandasidel llamó a sus escuderos. Lo pusieron en el caballo al revés, llevando el rabo en la mano y el escudo a la espalda, y así lo condujeron delante de la hermosa dueña y por medio de la ciudad, como ejemplo para aquellos que con su soberbia menosprecian a los que no conocen.

El Caballero de la Verde Espada se acercó a la dueña y le pareció la más hermosa y lozana que había visto después de dejar a su hermana Melicia. Y a ella le pareció él el caballero más apuesto y hermoso que había visto en la vida, y le dijo:

–Señor, he oído hablar de cosas extrañas que habéis hecho en estas tierras, y lo creo, a juzgar por vuestra presencia. También me han dicho que habéis estado en casa del rey Tafinor de Bohemia y que ha ganado con vos honra y provecho. Como os veo herido, os ruego que seáis mi huésped. Aquí os curarán mejor que en ninguna parte.

La dueña se llamaba Grasinda y era señora de la ciudad. Hizo aposentar al Caballero de la Verde Espada en una rica cámara del palacio, donde lo desarmaron y le dieron una hermosa capa de escarlata rosada. Cuando Grasinda lo vio así, quedó maravillada de

su hermosura, y no creía que un ser humano pudiese llegar a tanto. Para curar sus heridas llamó a Elisabat, el mejor maestro de aquellas tierras y de muchos países. Elisabat miró la herida y dijo:

–Caballero, estáis herido en lugar peligroso y es menester descansar.

El maestro hizo la cura y lo dejó solo. Grasinda se retiró a su cámara, y echada en su lecho comenzó a pensar en la hermosura del caballero y en las grandes cosas que de él le habían dicho. Era hermosa, rica y de alto linaje, sobrina del rey Tafinor de Bohemia, y pensó tomarlo por marido, aunque de él sólo sabía que era un caballero andante.

A la mañana siguiente, cuando él ya estuvo despierto, Grasinda fue a su cámara con sus dueñas y doncellas para hacerle compañía, y sentía gran placer al verle y hablarle. Y así lo hacía todo el tiempo posible. Un día, no pudiendo sufrir más, llamó aparte a Gandalín y le dijo:

–Buen escudero, decidme una cosa que por mí no será nunca descubierta. ¿Sabéis si vuestro señor ama extremadamente a alguna mujer?

–Señora –dijo Gandalín–, hace poco que este enano y yo vivimos con él, y nos decidimos a servirle por las grandes cosas que de él supimos. Nos rogó que no le preguntásemos por su nombre ni por su vida, y desde que con él estamos le hemos visto hacer tales proezas que nos han puesto en espanto. Eso es todo lo que sabemos.

La dueña tenía la cabeza baja y pensativa. Gandalín pensó que ella amaba a su señor, y le dijo:

–Señora, yo le veo muchas veces llorar, y con tal angustia de su corazón que me maravillo de que pueda sostener su vida. Y esto creo que no le puede venir sino de algún ahincado amor, porque esta dolencia es tal que no bastan para remediarla esfuerzos ni discreción alguna.

Grasinda no quiso insistir. Veía al Caballero de la Verde Espada tan sosegado en sus actos y palabras que no creyó que le haría mudar de propósito.

Le hicieron allí tantos honores como si fuese manifiesto que era hijo de un gran rey. Cuando estuvo en disposición de ponerse en camino, dijo a Grasinda:

–Señora, los honores que de vos he recibido me ponen en gran turbación. Decidme si en algo os puedo servir.

–Ciertamente –dijo ella–, pero, antes de descubriros lo que nadie ha sabido de mí hasta hoy, quiero que me digáis adónde pensáis ir.

–A tierras de Grecia, para ver la vida de los griegos y al emperador, de quien he oído buenas nuevas.

–Pues yo quiero –dijo ella– ayudaros en el viaje. Os daré una buena nave, con marineros y abastecimientos, y os acompañará el maestro Elisabat, a condición de que, estando en vuestro libre poder, volváis aquí dentro de un año.

–Señora –dijo él–, si yo no pudiese serviros después de todas las mercedes que me hacéis, me tendría por el caballero más desventurado del mundo.

XII

EL ENDRIAGO

La nave alzó las velas y se dirigió hacia las islas de Romania y de Grecia. El Caballero de la Verde Espada hizo en todas partes grandes cosas en armas y combatió con gentes extrañas, a veces para doblegar la soberbia de los caballeros, otras porque acudían a medir las fuerzas con las suyas. Pasó así por grandes peligros y recibió muchas heridas. Iba de isla en isla, pero al cabo los marineros, sintiendo fatiga, se quejaron al maestro Elisabat. Acordaron entonces seguir directamente el camino de Constantinopla.

El viento fue favorable los primeros días, pero cambió súbitamente y el mar se embraveció. A pesar de la fuerza de la nave y de la pericia de los marineros, estuvieron muchas veces en peligro de naufragar. Las lluvias eran densas, los vientos impetuosos y el cielo oscuro, y se veían en gran desesperación. La nave se llenaba de agua, y no podían descansar ni comer ni dormir. Así navegaron ocho días sin tino, y sin que la tormenta cesase un momento. Al cabo, la nave, impulsada por el viento, fue a encallar reciamente en tierra. Todos se sintieron transportados de la muerte a la vida.

Pero los marineros reconocieron la tierra y se vieron en mayor angustia. Aterrados, comenzaron a golpearse el rostro con las manos. El Caballero de la Verde Espada les preguntó la causa de mudanza tan súbita. El maestro Elisabat, turbada la palabra y con mucho temor, contó lo siguiente:

«–Sabed que hemos llegado a la isla del Diablo. Fue señor de ella un gigante llamado Bandaguido, el cual, con su braveza, hizo tributarios a todos los demás gigantes de la comarca, Bandaguido estaba casado con una giganta mansa, de buena condición, y mientras el marido con su maldad mataba y destruía a los

cristianos, ella trataba de remediarlos con su piedad. Tuvieron una hija, a la cual la naturaleza ornó tanto en hermosura que en gran parte del mundo no se hubiera encontrado otra mujer de su grandeza y de su sangre que fuese su igual. Mas como la gran hermosura se junta con la vanagloria, y la vanagloria con el pecado, viéndose tan graciosa y lozana y tan apuesta y digna de ser amada de todos, y que nadie, por la braveza del padre, osaba requerirla, tomó como remedio postrero amar de amor feo y desleal a su propio padre. Y la gran hermosura de ella y la poca conciencia y virtud de los dos dieron ocasión a que tuviesen efecto sus malos deseos.

»Encendido este desventurado padre en el amor de su hija y ella asimismo en el suyo, decidieron matar a aquella noble dueña, mujer de él y madre de ella, que la amaba más que a sí misma. Iban hablando por la huerta la hija y la madre, cuando la hija fingió que veía algo extraño en el fondo del pozo. La madre se asomó, y ella, con todas sus fuerzas, la arrojó dentro y dejó que se ahogase. Entonces comenzó a dar voces de que su madre se había caído al pozo. Acudieron todos y comenzaron a hacer grandes llantos. Pero el gigante les dijo:

»–No lloréis, que esto lo han querido los dioses.

»Sus falsos ídolos le habían dicho que si se casaba con su hija engendraría el ser más fuerte y bravo que en el mundo se podía hallar. Ese mismo día tomó públicamente por mujer a su hija Bandaguida.

»Bandaguida dio a luz un ser extraño. Tenía el cuerpo y el rostro cubiertos de pelo y, encima, conchas sobrepuestas tan fuertes que ninguna arma las podía atravesar. Las piernas y pies eran muy gruesos y recios, y encima de los hombros tenía alas tan grandes que le cubrían hasta los pies como un escudo, y eran de un cuero negro como la pez, luciente, velloso y tan fuerte que no había arma que las cortase. Debajo de las alas le salían brazos poderosos, como de león, cubiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, y tenía manos como de águila, con cinco dedos, y las uñas tan fuertes y tan grandes que no había en el mundo cosa que no deshiciese con ellas. Tenía, dos dientes en cada quijada, tan largos que le salían de la boca como un codo, y los ojos grandes y redondos, rojos como

brasas, que brillaban de noche desde lejos y ahuyentaban a todos. Saltaba y corría tan ligero que no había venado que se le pudiese escapar. Comía y bebía pocas veces, y no sentía por ello pena alguna. Todo su placer era matar hombres y fieras salvajes, y cuando hallaba leones y osos que se le defendían, entraba en gran saña y echaba por las narices un humo espantoso, como de llamas, y daba unas voces roncas que ponían espanto.

»Todas las cosas vivas huían de él como de la muerte. Olía tan mal que no había cosa que no emponzoñase, y era tan espantoso cuando sacudía las conchas y hacía crujir los dientes y removía las alas, que se estremecía la tierra. Tal es este monstruo, llamado endriago, en el cual entró, además, el enemigo malo, que mucho acrecienta su fuerza y crueldad».

El Caballero de la Verde Espada quedó maravillado y dijo:

–Maestro, ¿cómo una cosa tan espantosa pudo nacer de cuerpo de mujer?

–Yo os lo diré –dijo el maestro Elisabat–, según lo cuenta un libro del emperador de Constantinopla, a quien pertenecía esta isla. Cuando Bandaguida se sintió embarazada, se lo dijo al gigante, el cual se alegró, porque vio que era verdad lo que le habían anunciado sus ídolos, e hizo preparar cuatro amas. Cuando crecía aquella mala criatura en el vientre de su madre, como era hechura del diablo, la hacía sufrir, y los ojos y el rostro se le ponían amarillentos. Ella lo tenía todo por bien, porque esperaba que sería la criatura más fuerte y brava que nunca se había visto, y que entonces buscaría manera para matar a su padre y casarse con su hijo. Llegado el tiempo, dio a luz. Cuando las amas vieron criatura tan monstruosa, quedaron espantadas, pero por temor al gigante callaron y la envolvieron en paños. Una de ellas, más atrevida que las otras, le dio el pecho, y él lo tomó tan fuertemente que le hizo lanzar grandes gritos; cuando se lo quitaron, ella cayó muerta. Se lo dijeron al gigante, y al ver a su hijo se maravilló y fue al templo. Allí tenía tres dioses: uno de figura de hombre, otro de león y el tercero de grifo. Les hizo sus sacrificios y les preguntó por qué le habían dado tal hijo. El que tenía figura de hombre le dijo:

»–Así convenía que fuese, porque así como sus cosas serán extrañas

y maravillosas, así conviene que lo sea él, especialmente para destruir a los cristianos. Y por esto yo le di el albedrío de los hombres.

»El ídolo con figura de león le dijo:

»–Yo quise dotarle de gran bravura y fortaleza.

»Y el de figura de grifo dijo:

»–Yo le di alas y uñas y ligereza superior a todos los animales de la tierra.

»El gigante les preguntó cómo debía criarlo, y ellos le dijeron:

»–Haz que otras dos amas le amamanten, y también ellas morirán. Mas la última, que lo críe con la leche de tus ganados hasta la edad de un año, en que será tan grande y hermoso como nosotros. Y prohibimos que tú ni tu mujer ni otra persona lo vean en todo este año, fuera de la mujer que ha de criarlo.

»Así creció esa bestia esquiva. Al cabo del año, el gigante, que oía a veces sus voces roncas y espantosas, acordó con su mujer ir a verlo. Cuando entraron en la cámara, lo vieron correr y saltar. Cuando el endriago vio a su madre, corrió hacia ella y, saltando, le clavó las uñas en el rostro y le hendió las narices y le arrancó los ojos y no la soltó hasta que estuvo muerta. El gigante echó mano a la espada para matarlo, pero se cortó él mismo la pierna y cayó al suelo, y al poco rato quedó también muerto. El endriago saltó por encima de él, y, saliendo por la puerta de la cámara, dejó emponzoñada con su aliento a toda la gente del castillo y se fue a la montaña. La isla quedó despoblada. Los unos murieron y los otros huyeron por el mar. Así está desde hace cuarenta años. Esto es todo lo que sé de esta mala y endiablada bestia.

El Caballero de la Verde Espada dijo:

–Maestro, grandes cosas me habéis dicho. Ahora os ruego que por la mañana digáis misa, porque quiero bajar a esa isla y con la ayuda de Dios volverla a su santo servicio.

Los marinos pasaron el resto de la noche con espanto del mar y

temor del endriago, pensando que estaría en un castillo cerca de allí. Cuando llegó el alba, el maestro Elisabat cantó misa y el Caballero de la Verde Espada la oyó con mucha humildad. Luego se armó, hizo sacar su caballo, bajó a tierra acompañado de Gandalín y dijo:

–Amigos, quiero entrar en aquel castillo, y si encuentro al endriago, combatiré con él. Si no lo encuentro, os podréis alojar en el castillo mientras se calma el mar, y yo iré a buscarlo por las montañas. Si no vuelvo, haréis lo que mejor os parezca.

Cuando lo oyeron, quedaron más espantados. El maestro Elisabat, que era hombre de letras y de misa, le dijo que las cosas que estaban fuera de la naturaleza de los hombres se debían dejar. El Caballero de la Verde Espada le contestó que si hubiese tenido eso en la memoria, le estaba excusado salir de su tierra para buscar aventuras peligrosas; y que si dejaba ésta sin comprenderla, todas las otras quedarían reducidas a nada. Miró a Gandalín, que se había armado para ayudarle y estaba en su caballo llorando fuertemente, y le dijo:

–¿Quién te ha puesto en tal cosa? Desármate, que si lo haces para servirme y ayudarme, ya sabes que no ha de ser perdiendo la vida, sino quedando con ella para que puedas contar la aventura de mi muerte a aquella que es la causa de que yo la reciba.

Lo hizo desarmar y fue con él hacia el castillo. Lo hallaron habitado sólo por las aves, y con las puertas seguras para defenderse. La gente de la nave se acogió allí, a pesar de sus temores, porque la tormenta seguía. El Caballero de la Verde Espada les dijo:

–Mis buenos amigos, yo voy a buscar al endriago, y si me fuere bien, Gandalín tocará la bocina, y entonces creed que el endriago está muerto. Y si me va mal, no será menester haceros señal ninguna. En tanto, cerrad bien esas puertas y traed provisiones, que aquí podéis estar hasta que el tiempo sea favorable para navegar.

Todos quedaron llorando, y Ardián, el enano, mesaba sus cabellos y se golpeaba el rostro y se daba con la cabeza en las paredes por servir a un hombre que mil veces llegaba al punto de la muerte y quería poner remedio él solo en lo que no osaba el emperador de

Constantinopla con todo su poder. El maestro Elisabat mandó poner un altar e hizo tomar cirios encendidos a todos. Hincados de rodillas, rogaron a Dios que salvase a aquel caballero que por todos ellos se ofrecía a la muerte.

El Caballero de la Verde Espada se puso en camino con el esfuerzo y el semblante que su bravo corazón le otorgaba, y Gandalín iba detrás de él llorando, porque creía que los días de su señor llegaban a su término. El caballero se volvió a él, sonriendo:

–Mi buen hermano, no tengas tan poca esperanza en la misericordia de Dios. Mi señora Oriana me está diciendo que yo la defienda de esta bestia mala, y mis ojos la ven. ¿Qué piensas tú, mi verdadero amigo, que debo hacer? ¿No sabes que en su vida y su muerte está la mía? Yo veo que está delante de mí, y si su solo recuerdo me hizo pasar con gran honra las cosas que ya sabes, ¿cuánto más podrá su propia presencia?

Al decir esto le creció tanto el esfuerzo que se impacientó. Entró en un valle de bravas montañas y de peñas con grandes concavidades, y dijo a Gandalín:

–Da voces, Gandalín, para que el endriago nos oiga. Te ruego que si yo muriese aquí, procures llevar a mi señora Oriana mi corazón, que es suyo enteramente. Y dile que se lo envío para no tener que dar cuenta a Dios de que me llevo conmigo lo ajeno.

Gandalín mesaba sus cabellos y lloraba a gritos. Al poco rato, vieron salir de unas peñas al endriago, más fuerte y bravo que nunca. Venía echando por la boca humo y llamas, rechinando los dientes con saña, haciendo crujir las conchas y las alas fuertemente, y con la boca cubierta de espuma, que ponía espanto. Daba además silbos y voces roncas. El Caballero de la Verde Espada vio que las palabras del maestro Elisabat no eran nada en comparación con la realidad.

Cuando el endriago estuvo cerca, comenzó a dar grandes saltos y a lanzar voces, como quien ha estado mucho tiempo sin ver hombre alguno. Los caballeros se espantaron y comenzaron a huir. El Caballero de la Verde Espada se apeó y dijo a Gandalín que se apartase. Tomó entonces su lanza, se cubrió con el escudo y se adelantó, perdido todo temor, como hombre que ya había tragado

la muerte. El endriago fue contra él, echando por la boca fuego y un humo tan negro que casi lo ocultaba. El Caballero de la Verde Espada se acercó y le metió la lanza, con gran fortuna, por un ojo. El endriago tomó la lanza con las uñas, y con la boca la hizo pedazos, quedando el hierro con un trozo del asta clavado en la lengua y en las encías. Dio entonces un salto para agarrar al caballero, pero apenas veía y no lo alcanzó. El endriago andaba como sin tiento, perdiendo sangre por el ojo y por la boca; y con los grandes resoplidos que daba, la sangre le entraba por la garganta y no le dejaba respirar. No podía cerrar la boca ni morder con ella. Amadís echó mano a su espada verde, se le acercó por un costado y le dio un golpe con todas sus fuerzas en las conchas, pero fue como si hubiese dado en una dura peña.

Cuando el endriago lo vio tan cerca, lo quiso tomar entre sus uñas. Sólo le alcanzó el escudo, pero se lo llevó con tanta fuerza que lo hizo caer de bruces en tierra. Mientras despedazaba el escudo con sus uñas, el Caballero de la Verde Espada tuvo tiempo para levantarse, y, al ver que no tenía escudo y que su espada no cortaba, comprendió que estaba perdido si Dios no le ayudaba a destrozarle al endriago el segundo ojo. Con saña, pospuesto todo temor, quiso clavarle la espada, pero Dios la guio por una de las ventanas de las narices, y con la fuerza que puso el caballero y con la que traía el endriago, la espada caló tan hondo que le llegó a los sesos. El endriago se abrazó a él. y con sus fuertes y agudas uñas le rompió las armas de la espalda y le destrozó la carne y los huesos hasta las entrañas. Y como estaba ahogado de la mucha sangre que bebía y de la herida de la espada, terminó por abrir los brazos y caer desplomado al suelo. El caballero cogió de nuevo la espada y se la metió por la boca todas las veces que pudo hasta que vio que estaba muerto. Pero antes de entregar el alma salió de su boca el diablo, que huyó por el aire lanzando un trueno que puso espanto a los que estaban en el castillo.

El caballero quiso aproximarse a Gandalín, pero cayó sin sentido. Gandalín, al ver sus heridas, creyó que había muerto, y dejándose caer del caballo comenzó a dar grandes voces. El caballero recobró el sentido y dijo con voz débil:

–¡Ay, mi buen hermano! Ya ves que muero. Por la crianza que tuve

de tu padre y de tu madre, y por el gran amor que siempre te he tenido, te ruego que me seas bueno en la muerte como lo has sido en la vida. Cuando yo esté muerto, toma mi corazón y llévalo a mi señora Oriana y dile que fue suyo desde el primer día que la vi, y que jamás, ni por un momento, tuvo enojo en servirla. Que lo conserve como recuerdo, y así mi alma recibirá descanso donde quiera que estuviere.

Gandalín no contestó, pero subiéndose en un otero tocó la bocina lo más fuerte que pudo, en señal de que el endriago estaba muerto. Ardián, el enano, que estaba en la torre, comenzó a dar grandes voces. El maestro Elisabat acudió con todo su aparejo. Pronto vio a Gandalín encima de un otero. Encontró al Caballero de la Verde Espada tendido en el suelo, sin sentido, gimiendo. El maestro Elisabat le dijo:

–¿Qué es esto, caballero? ¿Dónde está vuestro esfuerzo a la hora en que más lo necesitáis? No temáis, que aquí está vuestro buen amigo y leal servidor, que os socorrerá.

Reconoció la voz y quiso levantar la cabeza, pero no pudo, y alzó los brazos como queriendo abrazarlo. El maestro Elisabat tendió su manto en el suelo, y con ayuda de Gandalín lo colocó encima. Lo desarmaron con el mayor cuidado, y cuando le vio las heridas, aunque era uno de los mejores maestros del mundo en aquel menester, quedó espantado. Mas, como lo amaba, pensó poner todo su esfuerzo para salvarlo.

Miró de nuevo con cuidado, y vio que el daño estaba en la carne y en los huesos, pero no en las entrañas, y tuvo más esperanzas. Le concertó los huesos y las costillas, le cosió las carnes, le puso medicinas y le ató todo el cuerpo para restañarle la sangre. Y poniéndole en las narices una esponja preparada contra la ponzoña, le dio gran esfuerzo. Gandalín, hincado de rodillas, besaba las manos de Elisabat y le rogaba que tuviese piedad de su señor.

Con ayuda de algunos marineros, lo llevaron en andas y lo instalaron en una cámara del castillo, que aderezaron lo mejor posible. Pasó toda la noche dando gemidos y sin poder hablar. El maestro mandó hacer su cama junto a él, y le puso medicinas tan convenientes para sacarle la ponzoña que al alba le vino un sueño

sosegado.

Por la mañana comenzó a dar grandes voces:

–¡Gandalín, Gandalín, guárdate de este diablo cruel y malo, que no te mate!

El maestro Elisabat se acercó sonriendo y le dijo:

–Si así os cuidarais vos, no andaría vuestra fama tan divulgada por el mundo.

El Caballero de la Verde Espada alzó la cabeza y preguntó dónde estaba. El maestro le tomó la mano e hizo traer algo de comer para darle fuerzas. Antes de la hora de vísperas le hizo tornar en todo su acuerdo y reconoció a todos y habló con ellos. El maestro Elisabat vio que lo podría curar y así lo dijo.

Todos rogaron a Gandalín que les contase cómo había sido la batalla. Él dijo que lo haría de muy buena voluntad si el maestro le tomaba juramento por los Santos Evangelios, para que todos le creyeran. Después que el maestro Elisabat lo hizo, Gandalín contó lo que había visto, y todos se espantaron, como de la mayor hazaña de que nunca habían oído hablar. Quisieron ver al endriago, y el maestro les dio remedios contra la ponzoña. Al verlo quedaron más espantados que antes.

El Caballero de la Verde Espada fue mejorando, y un día el maestro Elisabat le dijo:

–Señor, estáis ya en condiciones de viajar, y, como aquí nos faltan tantas cosas muy necesarias para vuestra salud y para el sostenimiento de la gente, es menester que se dé orden para remediarlo.

–Señor y amigo –dijo él–, aunque Dios me ha hecho tan gran merced, mi ventura me es muy contraria al no poder daros el galardón por el gran beneficio que de vos recibo, pues soy un caballero pobre que no posee, como veis, más que un caballo y unas armas rotas.

–Señor –dijo el maestro–, no quiero más satisfacción que la gloria

de haber salvado de la muerte, con la ayuda de Dios, al mejor caballero que nunca llevó armas. Y el galardón que de vos espero es mayor que el que ningún rey ni gran señor podría darme, y es el socorro que hallarán en vos todos los que necesiten vuestra ayuda.

El Caballero de la Verde Espada tuvo vergüenza de oírse loar, y dijo:

–El tiempo es bueno ya, y quiero que vayamos a Constantinopla. Deseo ver la corte del gran emperador para que, si Dios me permite volver adonde desea mi corazón, sepa contar algunas cosas extrañas que pocas veces se pueden ver en otras partes.

XIII

EN LA CORTE DEL EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA

Cuando el emperador de Constantinopla tuvo nuevas de que el Caballero de la Verde Espada había matado al endriago y le devolvía el señorío de la isla del Diablo, que le rogaba que se llamase en adelante isla de Santa María, dijo a Gastiles, su sobrino:

–Sobrino, aparejad vos y el marqués Saluder algunas naves y traedme al Caballero de la Verde Espada. Llevad maestros que pinten al endriago tal como es, porque en el lugar de la batalla haré poner en metal su imagen y la del caballero que lo venció. Y en la isla mandaré levantar un monasterio para ponerla al servicio de Dios.

Gastiles y el marqués Saluder trajeron al Caballero de la Verde Espada a Constantinopla. Cuando llegó, la gente se asomaba a las ventanas para verle, y el emperador salió a su encuentro acompañado de grandes señores. El Caballero de la Verde Espada quiso apearse para besarle las manos, pero el emperador no se lo consintió, y abrazándole le dijo:

–Por Dios, Caballero de la Verde Espada, más merecéis vos la honra que yo, pues la ganasteis por vuestro esfuerzo pasando grandes peligros.

–Señor –dijo él–, el hombre puede satisfacer las cosas que tienen medida, pero no estas honras que me hacéis, y por esto, señor, mi persona quedará hasta la muerte a vuestro servicio.

Mientras se dirigía a palacio, iba mirando la ciudad y las cosas maravillosas que en ella había y las gentes extrañas, y daba gracias a Dios por haberle guiado a aquel lugar a recibir honores del mayor hombre de la cristiandad. Todo lo que había visto hasta entonces

era nada en comparación con aquello. Mucho más maravillado quedó cuando entró en el gran palacio del emperador, porque le pareció que allí estaba reunida toda la hermosura del mundo.

El emperador lo condujo a su aposento, que era el más hermoso y deleitoso que en el mundo se podría encontrar, así por la riqueza de las cámaras como por las fuentes de agua y los árboles extraños de los jardines. Quedaron con él el maestro Elisabat para curarle y Gastiles y el marqués Saluder para hacerle compañía.

En la ciudad no se hablaba más que de su hermosura y de su valor. Al día siguiente, vestido con los paños lozanos y hermosos que solía usar, fue a oír misa con el emperador, y luego fueron juntos a ver a la emperatriz. A su paso había muchas dueñas y doncellas, hermosas y ricamente ataviadas. Al llegar al estrado de la emperatriz hincó las rodillas con mucha humildad y dijo:

–Señora, mucho agradezco a Dios que me haya traído aquí para ver vuestra alteza y vuestra corte, donde hay tantas dueñas y doncellas de alto linaje. Dios quiera que llegue un tiempo en que pueda serviros por estas grandes mercedes. Y si yo, señora, no acertare a decir las cosas que mi voluntad querría, por serme extraño vuestro lenguaje, perdonádmelo, porque hace muy poco que del maestro Elisabat lo aprendí.

La emperatriz lo tomó por las manos y le hizo sentar en el estrado. Él respondía con tanta gracia a lo que le preguntaban, que la emperatriz decía que su esfuerzo no podía ser tan grande que sobrepujara a su mesura y discreción.

Entró entonces en la cámara la princesa Leonorina, acompañada por dos infantas, hijas del rey de Hungría. La princesa no pasaba de nueve años y no había hombre en el mundo que no se maravillase de su hermosura. Se acercó a la emperatriz, le besó las manos con reverencia y se sentó en el estrado más bajo. El Caballero de la Verde Espada la miraba con placer, y se acordó de su señora Oriana cuando él la comenzó a amar, que tendría aquella edad. Y recordando los tiempos prósperos y adversos, le vinieron las lágrimas a los ojos. Todos lo vieron llorar, mas él, volviendo en sí, sintió gran vergüenza, limpió los ojos y puso buen semblante.

El emperador quiso saber cómo un caballero tan esforzado y tan discreto había mostrado tanta flaqueza, y creyó que habría en ello algún gran misterio. Hizo llamar al maestro Elisabat y le preguntó:

–¿Por qué ha llorado el Caballero de la Verde Espada? Decídmelo, que de verlo estoy espantado, y si tiene alguna necesidad en que sea menester mi ayuda, yo haré que quede contento.

–Señor –dijo el maestro–, yo no sabría decirlo, porque es el hombre que mejor encubre lo que no quiere que se sepa y es el caballero más discreto que jamás se haya visto. Pero le veo llorar muchas veces y pensar tan tristemente y suspirar con anta ansia, como si el corazón se le quebrara, que creo, señor, que le atormenta gran fuerza de amor y soledad de la que ama.

–Así lo creo yo también –dijo el emperador–, y Dios quiera que sea alguna mujer que esté en mi señorío, porque no habría rey ni príncipe que no tuviese placer de darme su hija para él, y yo lo vería con gusto para tenerle como vasallo. Mucho os ruego, maestro Elisabat, que tratéis de que quede conmigo, que se le otorgará todo lo que quiera.

El maestro Elisabat fue a hablar con la emperatriz para que también ella se lo rogase, y el emperador habló en secreto a su hija Leonorina y a las dos infantas que la acompañaban. Pero por más que se lo rogaron la emperatriz y el maestro Elisabat y el emperador, no pudo aceptar, aunque era el partido más honroso que podía ofrecérsele mientras no heredase su reino. Pero ni ruegos ni consejos pudieron hacerle desistir de la idea de volver a la tierra de su señora Oriana, y dijo al emperador:

–Señor, no me culpéis de que no cumpla vuestro mandado, que si lo hiciese, la muerte no me dejaría mucho tiempo en vuestro servicio.

Todos pensaron que sólo el amor podía ser la causa. A esa sazón entró la hermosa Leonorina, con su gesto resplandeciente, acompañada de las dos infantas. Llevaba en la cabeza una rica corona, y otra mucho más rica en las manos. Fue hacia el Caballero de la Verde Espada y le dijo:

–Caballero, jamás he pedido don sino a mi padre. Ahora quiero

pedíroslo a vos. Decidme qué haréis.

Él hincó las rodillas ante ella y dijo:

–Mi buena señora, ¿quién podría tener tan poco conocimiento que no hiciese vuestro mandato, pudiéndolo cumplir? Pedid lo que queráis, que lo cumpliré hasta la muerte.

–Mucho os lo agradezco. Os quiero pedir tres dones.

Y quitándose la corona de la cabeza, dijo:

–El primero es que deis esta corona a la doncella más hermosa que conozcáis, que la saludéis de mi parte y le digáis que me envíe su mandado por carta o mensajero.

Luego tomó la otra corona, en que había muchas piedras y perlas de gran valor, especialmente tres piedras que eran capaces de alumbrar una cámara, y entregándosela al caballero dijo:

–Ésta daréis a la dueña más hermosa que conozcáis, y decidle que quiero tener el placer de conocerla y de saber su mandado. Y antes de pediros el tercer don, quiero saber qué haréis con las coronas.

–Lo que yo haré –dijo él– será cumplir enseguida el primer don y estar libre de él.

Tomó la primera corona y, poniéndosela a ella en la cabeza, dijo:

–Pongo esta corona en la cabeza de la más hermosa doncella que conozco, y si hubiere alguno que dijere lo contrario, se lo haré conocer por las armas.

Todos tuvieron gran alegría, y más que nadie Leonorina, que se ruborizó. Él se volvió a ella, y le dijo:

–Señora, ¿queréis pedirme el otro don?

–Sí –dijo ella–. Os ruego que me digáis por qué llorasteis y quién es la que tiene tal señorío sobre vos y sobre vuestro corazón.

A él se le mudó el color, y todos lo notaron. Por fin dijo:

–Señora, os lo ruego, dejad ese don y pedid otro que sea más en vuestro servicio.

–Esto es lo que pido y no quiero más.

Él bajó la cabeza y quedó pensativo. Todos veían que le era muy difícil contestar. Al cabo, alzó la cabeza con semblante alegre, y, mirando a Leonorina, dijo:

–Señora, ya que de otro modo no puedo librarme de mi promesa, digo que cuando aquí entrasteis por primera vez y os vi, me vino al corazón un recuerdo del tiempo en que yo tenía vuestra edad. Y como el recuerdo era tan bueno y agradable, el pensar que había pasado me hizo llorar como visteis.

–Pues decidme ahora quién es la que manda en vuestro corazón.

–Vuestra mesura, que a nadie faltó, está contra mí –dijo él–, y eso hace mi desdicha. Y como no puedo otra cosa, es preciso que lo diga contra mi voluntad. Sabed, señora, que la que yo más amo es la misma a quien enviáis la corona, que en mi opinión es la dueña más hermosa de cuantas vi, y aun creo de cuantas hay en el mundo. Y por Dios, señora, no queráis saber más de mí, pues he cumplido mi promesa.

–Habéis cumplido –dijo el emperador–, mas de tal manera que no sabemos ahora más que antes.

–Pues a mi parecer –dijo él– he dicho tanto como jamás salió de mi boca, y ha sido por el gran deseo de servir a esta hermosa señora.

El emperador quiso que Leonorina le pidiese perdón. Leonorina le dijo:

–Caballero de la Verde Espada, en enmienda de haber querido forzar vuestra voluntad, quiero que tengáis de mí este anillo.

–Señora –dijo él–, la mano que lo trae quiero que me deis, para besarla como vuestro servidor.

–Quiero que lo aceptéis –dijo ella– como recuerdo del lazo encubierto que os armé y de la sutileza con que de él salisteis.

Y sacándolo del dedo, lo lanzó al estrado ante el caballero, diciendo:

–Otro igual queda en la corona que me disteis, no sé si con razón.

–Buenos testigos de ello son esos lindos ojos y esos hermosos cabellos, con todo lo demás que Dios os concedió por gracia especial.

Tomó el anillo, y vio que era el más hermoso y extraño que nunca había visto. El emperador le dijo:

–Quiero que sepáis de dónde vino esta piedra. Ya veis que la mitad de ella es el rubí más fino y ardiente que nunca se vio y la otra mitad es rubí blanco, mucho más hermoso y preciado que el rojo. El anillo es de una esmeralda que difícilmente se encontrará igual en el mundo. Ahora sabed que Apolidón fue mi abuelo. No sé si habéis oído hablar de él.

–Eso lo sé muy bien –dijo él–, porque he estado algún tiempo en la Gran Bretaña y he visto la Ínsula Firme, donde hay grandes maravillas que él dejó.

–Ya sé –dijo el emperador– que Amadís, el hijo del rey Perión de Gaula, mostrándose más valiente en armas que él, ganó la isla. Y si yo creyese que siendo él hijo de tal rey y tan gran señor podía alejarse tanto de su tierra, ciertamente creería que erais vos. Y si lo fueseis, no me haríais la desmesura de no decírmelo.

El Caballero de la Verde Espada se sintió avergonzado, pero sin responder a eso, dijo:

–Señor, decidme, si os place, cómo fue partida la piedra.

–Cuando Apolidón, mi abuelo, fue señor de este imperio, Felípanos, que a la sazón era rey de Judea, le envió doce coronas muy ricas. Aunque en todas había grandes perlas y piedras preciosas, en la corona que disteis a mi hija venía esta piedra, que estaba entera. Apolidón dio la corona a Grimanesa, mi abuela. Y ella, para que él tuviese su parte, mandó a un maestro que partiese la piedra, y de la mitad hiciese un anillo y dejase la otra mitad en la corona, como

veis. Este anillo, hecho y entregado por amor, os lo dio mi hija con sano amor, y espero que por un amor aún más grande lo entregaréis vos.

El Caballero de la Verde Espada quedó seis días en la corte, y como se acercaba el plazo fijado por Grasinda, le dijo al emperador que le era preciso partir, y que dondequiera que estuviese acudiría en su servicio si sabía que le podía necesitar. El emperador le rogó que se quedase tres días aún, y la hermosa Leonorina, que estaba presente, le tomó por el manto y le dijo:

–Mi buen amigo, ya que quedáis tres días a ruego de mi padre, quiero que quedéis dos más como huésped mío y de mis doncellas, porque queremos hablar con vos sin que nadie nos moleste. Sólo podéis traer dos caballeros en vuestra compañía, los que queráis. Y este don os ruego que lo otorguéis por vuestra voluntad, porque de lo contrario haré que os prendan mis doncellas y nada os salvará.

Le rodearon entonces más de veinte doncellas muy hermosas, y Leonorina, muy alegre, dijo:

–Dejadle hasta ver lo que contesta.

Él se alegró mucho, teniéndolo por la mayor honra que allí se le había hecho, y dijo:

–Señora, ¿quién se atrevería a no obedecer vuestra voluntad cuando le amenazan con tan cruel prisión? Lo haré como lo mandáis, y todo lo que sea en vuestro servicio. Y Dios quiera que las honras y mercedes que aquí recibo os puedan ser agradecidas algún día por mí y por los caballeros de mi linaje.

–Buen acuerdo tomasteis –dijeron las doncellas–; porque, si no, os veríais en mayor peligro que con el endriago.

–Así lo creo –dijo él–, porque mayor mal me puede venir enojando a los ángeles que al diablo.

XIV

EL CABALLERO GRIEGO

El Caballero de la Verde Espada partió de Constantinopla, y las doncellas de la emperatriz subieron a las ventanas más altas del palacio para ver alejarse la nave. El tiempo era bueno, y él estaba alegre porque esperaba volver pronto a las tierras de su señora Oriana, de la que no tenía noticias desde hacía varios años.

Cuando llegó al puerto de Sadiana, Grasinda salió a recibirle vestida con sus paños más ricos y en un hermoso caballo. Al día siguiente, después de oír misa, lo tomó por la mano, y apartándolo, le dijo:

–Caballero de la Verde Espada, sabréis que un año antes de vuestra llegada a estas tierras todas las dueñas extremadas en hermosura se reunieron en las bodas del duque de Basilea. A estas bodas acudí yo en compañía de mi hermano, el marqués Saluder, al que ya conocéis. El marqués, no sé si por afición o por locura, dijo delante de todos que mi hermosura vencía a la de todas las dueñas que allí había, y que si alguien decía lo contrario, estaba dispuesto a probárselo por las armas. No sé si por el esfuerzo de él o porque así les pareció también a las damas, yo quedé como la dueña más hermosa de las tierras de Romania. Y si ahora obtuviese de vos lo que tanto desea mi corazón, sería mucho más dichosa y no ahorraría para ello trabajos.

–Señora, pedid lo que queráis, que si es cosa que pueda cumplirse, se pondrá enseguida en ejecución.

–Sé –dijo ella– que en la corte del rey Lisuarte se encuentran las doncellas más hermosas del mundo. Quiero que me llevéis allí y me hagáis ganar por las armas, si no es posible de otra manera, la gloria de hermosura sobre todas las doncellas que allí hubiere, así como aquí la gané sobre todas las dueñas. Y si Dios me hace partir de allí con honra, quiero que me llevéis a la Ínsula Firme para

probar la cámara encantada.

El Caballero de la Verde Espada quedó demudado y dijo con gran tristeza:

–¡Ay, señora! Si gran bien me hicisteis, en mayor mal me ponéis.

Aquella demanda le hacía perder a su señora Oriana o le traía la deshonra o la muerte. Maldecía su ventura y la venida a aquellas tierras, cuando súbitamente recordó que Oriana no podía entrar en la demanda, y el que por ella tomase la batalla lo haría por error. Con la esperanza de poder explicárselo a Oriana, volvió hacia Grasinda con buen semblante y le dijo:

–Mi buena señora, os pido perdón por el enojo que os he causado. Quiero cumplir lo que me pedís, y si vacilé es porque mi corazón encaminaba el viaje hacia otra parte. Mas las grandes honras que de vos he recibido lo dejan libre para que pueda cumplir lo que tanto os agrada.

–Señor –dijo Grasinda–, creo muy bien lo que me decís, mas quedé en gran alteración cuando así os vi.

Y tendiendo sus hermosos brazos y poniéndoselos en los hombros, le perdonó y le dijo:

–Señor, ¿cuándo veré el día en que el valor de vuestras armas me haga ganar la corona sobre las más hermosas doncellas de la Gran Bretaña?

–Señora –dijo él–, habéis de pasar por tierras extrañas con trabajos y peligros. Si yo no hubiese concedido el don y se me pidiese consejo, diría que persona de vuestra honra y estado no debiera exponerse tanto cuando tiene tal parte de beldad y hermosura.

–Señor –dijo ella–, más aprecio vuestro esfuerzo que vuestro consejo. Y en cuanto a esas tierras y peligros, nuestro camino será por mar.

Un domingo del mes de mayo entraron en las naves. A veces con buen tiempo y otras con contrario, llegaron al océano y bordearon las costas de España. Cuando el Caballero de la Verde Espada se vio

tan cerca de la Gran Bretaña, agradeció a Dios que le hubiese salvado de tantos peligros y le trajese a las tierras de su señora. Hizo juntar todas las naves y rogó que le llamasen en adelante el Caballero Griego, y sólo le conociesen por este nombre.

A la hora de vísperas, Grasinda miraba hacia tierra para tener algún descanso, y junto a ella estaba el Caballero Griego, cuando vieron acercarse una nave. El Caballero Griego mandó que enderezasen hacia ella y preguntasen nuevas.

–¿De quién es la nave y quién anda en ella?

–La nave es de la Ínsula Firme –contestaron–, y andan en ella dos caballeros que os dirán lo que queráis.

Al Caballero Griego se le alegró el corazón. Uno de los caballeros acudió y dijo:

–Todo lo que sepamos se os dirá, pero antes querríamos saber si tenéis nuevas de un caballero que se llama Amadís de Gaula. Por encontrarle andan sus amigos muriendo y penando por tierras extrañas. Sabed que yo me llamo Dragonís, y mi compañero, Enil, y queremos recorrer en su busca todo el Mediterráneo.

El Caballero Griego sintió que las lágrimas le venían a los ojos, e hizo contestar:

–Amigos, Dios os dé buenas nuevas de él, y como en estas naves vienen gentes de muchas partes, preguntaré si saben algo y os lo diré. Ahora os ruego que me digáis dónde está el rey Lisuarte y qué nuevas sabéis de él y de la reina Brisena y de su corte.

–El rey está en Tagades, un gran puerto de mar, y ha convocado cortes para que todos los señores del reino le aconsejen si debe dar su hija Oriana al emperador de Roma, que la pide por mujer. El emperador Patín encomendó a un primo suyo llamado Salustanquidio, príncipe de Calabria y caballero famoso en armas, para que en compañía de Brondajel de Roca, mayordomo mayor de palacio, y del arzobispo de Talancia, fuesen a pedir a Oriana al rey Lisuarte. Los enviados del emperador llevaron consigo a la reina Sardamira y a trescientos caballeros y a muchas dueñas y doncellas,

y están ya en la Gran Bretaña. El rey Lisuarte les ha pedido un mes para darles la respuesta.

El Caballero Griego quedó sin habla. Dragonís continuó dando nuevas. La reina Sardamira estaba ya en Miraflores y le hablaba a Oriana de las grandezas de Roma y de los poderosos reyes y príncipes que estarían bajo su mando. Oriana temía que la entregasen por la fuerza al emperador, y avisó a Galaor, a Florestán y a Agrajes para que lo impidiesen con todos sus amigos, y envió quejas a todos los grandes de la Gran Bretaña y a todos los caballeros andantes de que el rey quería desheredarla y enviarla a tierras extrañas.

El Caballero Griego se tranquilizó. Apartó a Gandalín y le dijo que pasase con el enano a la nave de Dragonís y fuese con él a la Ínsula Firme a decir a sus amigos que preparasen todas las naves con armas y bastimentos y reuniesen a todos los caballeros, que Amadís estaría con ellos a los quince días.

Gandalín y el enano se despidieron de Grasinda, y le dijeron que querían ir en busca de Amadís. La nave del Caballero Griego se dirigió al puerto de Tagades, donde estaba el rey con toda su corte.

En Tagades estaba también Galaor. Su padre le había hecho llamar, pero, antes de marcharse, el rey quiso ir con él de caza. En el monte le dijo:

–Mi buen amigo, siempre que os pedí consejo ha sido para mi bien. Ya sabéis que el emperador de Roma me pide a Oriana para hacerla emperatriz. Yo estoy dispuesto a concedérsela porque entiendo que así caso a mi hija honradamente, pues será señora de tan alto señorío, y yo tendré al emperador en mi ayuda cuando lo necesite. Mi hija Leonoreta será heredera de la Gran Bretaña. He enviado a llamar a los señores de mi reino para que me den su opinión, y en tanto quiero que me digáis qué os parece, porque estoy seguro de que me aconsejaréis lo que sea mejor para mi honra.

–Señor –dijo Galaor–, yo no os sabría dar una opinión en cosa de tanta importancia, y los señores que habéis llamado os la darán mejor que yo.

–Aun así quiero que me la deis.

–Dios me guarde de enojaros –dijo Galaor–, mas ya que os place probar mi simpleza, os daré mi opinión. Decís que casaréis a vuestra hija muy honradamente y con gran señorío, y yo creo lo contrario, pues siendo heredera de estos reinos, no le podéis hacer mayor mal que quitárselos y ponerla en sujeción de un hombre extraño, con el que no tendrá mando ni poder. Decís que el emperador os podrá ayudar, y creo, según vuestra persona, vuestros amigos y la fama que habéis adquirido en el mundo, que más que sacaros de necesidades os pondría en afrentas sin provecho, y seríais sojuzgado y figuraríais en sus libros y crónicas.

Así, señor, esto que tenéis por honra lo tengo yo por la mayor deshonra que os podría sobrevenir. Y en lo que decís de dar a vuestra hija Leonoreta el señorío de Gran Bretaña quitándoselo a una hija tan señalada en el mundo, nunca quiera Dios que tal cosa se haga, no sólo con vuestra hija, sino con la mujer más pobre del mundo. Esto os digo por la lealtad que debo a Dios, a vos, a mi alma y a vuestra hija, de la que soy vasallo, puesto que lo soy vuestro. Yo me voy mañana, si Dios quiere, camino de Gaula, y os dejaré escrito esto que digo, y si hubiere caballero que lo contrario diga, teniéndolo por mejor, yo le haré conocer por las armas que es verdad lo que he dicho.

Mucho le pesó al rey, pero no lo demostró. Todos los señores le aconsejaron que no hiciese ese casamiento, que era quitar a su hija el señorío de que era heredera para ponerla en sujeción de un hombre extraño, de condición liviana y mudable. El rey, que estaba decidido a hacer su voluntad, llamó al conde Argamonte, su tío, que era muy anciano y estaba enfermo. El conde no se pudo excusar y acudió a palacio. El rey salió a recibirlo, le tomó por la mano, le hizo sentar junto a sí en el estrado y le pidió su parecer. El conde le dijo:

–Señor, muy grave cosa me parece aconsejaros. Si contradecimos vuestra voluntad, sentiréis enojo; si os complacemos, seremos desleales. Porque el mismo derecho y aún mayor que el que vos tuvisteis al heredar de vuestro hermano este reino, tiene Oriana para heredarlo. Vuestra intención es hacer a Oriana y a Leonoreta grandes y honradas señoras; mas si lo miráis bien, puede salir al

contrario. El emperador, al tomar por mujer a Oriana, tendrá derecho de heredar este reino; y como es poderoso, podría tomarlo si vos faltaseis. Y así esta tierra, tan señalada en el mundo, quedaría sujeta a los emperadores de Roma, sin que Oriana tuviese más mando que el que el emperador quisiese otorgarle. Por esto, señor, yo me excusaré de dar consejo a quien sabe mejor que yo lo que debe hacer.

En eso entró por la ciudad una doncella hermosa y bien ataviada, acompañada de dos caballeros. Preguntó por los palacios del rey, y acaeció que Esplandián, que salía a cazar, al verla tan extrañamente vestida, se acercó a ella y le dijo:

–Mi buena señora, yo os guiaré.

La doncella quedó maravillada de su hermosura y donaire. Cuando llegaron a palacio, el rey estaba con muchos señores de su reino y con los enviados del emperador. La doncella se apeó de su palafrén, y conducida por Esplandián besó la mano al rey y le entregó una carta. Luego fue a besar la mano de la reina y le dijo:

–Señora, si mi demanda os pareciera extraña, no os maravilléis, porque para eso extremó Dios vuestra corte sobre todas las del mundo.

El rey mandó leer la carta, que decía así:

«Al muy alto rey de la Gran Bretaña, yo, Grasinda, señora en hermosura de todas las dueñas de Romania, mando besar vuestras manos y os hago saber que he venido a vuestras tierras porque así como fui juzgada la dueña más hermosa de todas las de Romania, quiero ahora alcanzar la gloria de ser más hermosa que todas las doncellas de vuestra corte. Y si hubiese un caballero que por alguna de vuestras doncellas quisiera contradecirlo, prepárese para dos cosas: la primera, a combatir con el Caballero Griego, y la otra, a poner en el campo una corona tan rica como la que yo traigo, para que el vencedor pueda darla a aquella por quien combatiere. Si a vos, muy alto señor, os place lo que demando, dadme seguridades a mí y al Caballero Griego y a toda mi compañía. Y si el caballero que combatiere por las doncellas fuese vencido, que acudan dos y luego tres, que contra todos mantendrá el campo mi caballero, con su alta

bondad.»

Cuando el rey terminó de oír la carta dijo:

–La dueña debe de ser hermosa y el caballero no se precia poco en armas. Me parece que todo eso es una gran fantasía, mas las voluntades de las personas son diversas. Vos, doncella, podéis llevar a vuestra señora las seguridades que pide; y si no halla quien contradiga su demanda, habrá satisfecho su voluntad.

Cuando la doncella se marchó, Salustanquidio, primo del emperador de Roma, se levantó, y con él unos cien caballeros romanos, y dijo:

–Señor, yo y estos caballeros de Roma os queremos pedir un don que será en vuestra honra.

–Mucho me place –dijo el rey.

–Pues dadnos la demanda por las doncellas, que las defenderemos mejor que los caballeros de vuestra tierra, porque conocemos bien a los griegos, que temen más a nuestro nombre de romanos que a las armas de vuestros caballeros.

Don Grumedán se opuso, pero el rey ya les había otorgado el don y tendió la vara para que no se hablase más. Al día siguiente, Grasinda descendió de la nave acompañada de cuatro doncellas. Iba tan apuesta en su palafrén, con paños de oro y seda, con perlas y piedras preciosas, que parecía la mayor emperatriz del mundo. Las riquezas acrecentaban tanto su hermosura natural que todos la tenían por maravilla. Llevaba puesta la corona que había ganado cuando la habían proclamado la más hermosa de las dueñas de Romania. El Caballero Griego, con la loriga blanca como la nieve y las sobreseñales de los mismos colores que los vestidos de Grasinda, con cuerdas de oro y el escudo y el yelmo con las mismas señales que la sobrevista, conducía el palafrén de Grasinda por las riendas. Así entraron en la plaza dispuesta para la justa y se acercaron a una columna de mármol donde los caballeros debían poner el escudo, el yelmo, un ramo de flores o los guantes en señal de desafío.

El Caballero Griego vio al rey en un extremo del campo, y en el

otro, a los romanos. Salustanquidio llevaba unas armas oscuras, y en ellas unas sierpes de oro y plata. Era tan grande que parecía un gigante, y estaba en un caballo enorme. La reina se hallaba asomada a sus ventanas y, junto a ella, las infantas. Allí estaba Olinda, que cubría sus hermosos cabellos con una rica corona. Cuando el Caballero Griego vio que no estaba Oriana se le estremeció el corazón. Tomó la corona de Grasinda y la colocó sobre la columna de mármol. Se volvió hacia sus escuderos, que le ofrecían tres fuertes lanzas con ricos pendones, de diversos colores, y tomó la que mejor le pareció. Echó su escudo al cuello, y dirigiéndose a donde estaba el rey, le dijo en lengua griega:

–Sálvete Dios, rey. Soy un caballero extraño y vengo del Imperio de Grecia a probarme con tus caballeros, que tan buenos son. No lo hago por mi voluntad, sino por la de aquella que tiene el poder de mandarme. Ahora me parece que la lucha será con los romanos. Mandadle que pongan en la columna la corona de las doncellas.

Blandió la lanza y, espoleando su caballo, se colocó en un extremo del campo. El rey no entendió sus palabras, pero dijo:

–Me parece que se prepara una hermosa justa.

Todos estaban maravillados y decían que después de Amadís no habían visto un caballero tan bien armado y que pareciese tan apuesto. Salustanquidio dijo con gran saña:

–¿Qué es eso, gente de la Gran Bretaña? ¿Cómo os maravilláis al ver a un caballero griego, que no sabe más que jugar por el campo? Bien se ve que no los conocéis como nosotros. Si os espantáis de él es porque no ha habido aquí grandes hechos de armas. Aquel que os parece tan hermoso armado y a caballo, veréis cuán frío y deshonrado queda por el suelo.

Se dirigió hacia donde estaba Olinda y dijo:

–Señora, dadme vuestra corona, que vos sois la que amo por encima de todas. Dádmela y no temáis, que yo os la devolveré con aquella que está sobre la columna, y con ella entraréis en Roma como señora mía y de mi tierra.

Olinda enrojeció, y no le quiso dar la corona. La reina se la tomó de la cabeza y la envió a Salustanquidio. Él colocó la corona en la columna, echó al cuello el escudo, se puso el yelmo, tomó la lanza más gruesa que había, con un hierro grande y agudo, se asentó firmemente en la silla del caballo, y al verse tan grande y tan bien armado, dijo al rey:

–Ahora quiero que vean vuestros caballeros la diferencia que hay entre ellos y los romanos. Yo venceré a aquel griego, y combatiré con los dos mejores que él traiga, y con tres si dos no se atreven.

Salustanquidio y el Caballero Griego se acometieron a todo el correr de los caballos, las lanzas bajas y cubiertos con los escudos. Los caballos eran ligeros y corredores, y los caballeros fuertes y sañudos. Se encontraron en mitad del campo. El Caballero Griego le alcanzó bajo el brocal del escudo, y el hierro se detuvo en unas hojas fuertes y no las pudo pasar, pero él empujó con tal fuerza que lo echó fuera de la silla. Y pasó adelante, llevando la lanza de Salustanquidio metida por la manga de la loriga. Se arrancó la lanza, que no había alcanzado a herirle, y se volvió. Salustanquidio yacía como muerto. Poniéndole el hierro de la lanza en el rostro, le dijo:

–Caballero, no seréis tan descortés que neguéis las coronas a aquella hermosa dueña, pues las merece.

Salustanquidio no contestó, y entonces el Caballero Griego se dirigió al rey y le dijo en lengua griega:

–Buen rey, aquel caballero, aunque está ya sin soberbia, no quiere otorgar las coronas ni las quiere defender. Otorgadlas vos; si no, le cortaré la cabeza.

El rey iba a otorgarlas, pero don Grumedán dijo:

–Señor, dejad que el caballero haga lo que quiera, que en los romanos hay más arte que en la raposa, y, si se salva, dirá que aún estaba en disposición de mantener la batalla y que os habíais apresurado demasiado.

Todos se rieron. El Caballero Griego bajó del caballo, pero el rey le

envió a decir que tomara las coronas. El caballero se acercó a Grasinda, colocó en su cabeza la corona de las doncellas e hizo poner en la columna su escudo como desafío contra dos caballeros romanos, según había prometido.

Mientras hablaba con los suyos, vio que entraban en el campo dos caballeros romanos, con ricas armas y hermosos caballos. Eran Gradamor y Lasanor, dos sobrinos de Brondajel de Roca. Sin humillarse ante el rey, fueron directamente hacia la columna. Uno de ellos sacó el escudo del Caballero Griego y dio con él tal golpe en la columna que lo hizo pedazos. Y en voz alta dijo:

–¡Malhaya quien consiente que delante de romanos se ponga escudo de griego!

El Caballero Griego sintió que el corazón le ardía de saña. Apartándose de Grasinda, tomó su lanza, y sin preocuparse de su escudo, fue contra los caballeros romanos. Con un golpe de lanza arrojó de la silla al que le había partido el escudo, le hizo saltar el yelmo y lo dejó como muerto en el campo. Con la espada dio un golpe a Lasanor encima del hombro y le cortó las armas y la carne hasta el hueso, haciéndole saltar la lanza. Enseguida le dio otro golpe encima del yelmo y le hizo perder los estribos y abrazarse a la cerviz del caballo. Pasó rápidamente la espada a la mano izquierda y con la derecha le arrancó el escudo y lo hizo caer a tierra. Lasanor se levantó enseguida y se juntó con su hermano, que estaba ya de pie, espada en mano. El Caballero Griego temió que le mataran el caballo y se apeó. Protegiéndose con el escudo que les había quitado, fue contra ellos y les dio golpes tan fuertes que los dos hermanos fueron perdiendo terreno; a Lasanor le hirió en la pierna izquierda, lo derribó al suelo y dándole con el pie en el pecho lo dejó tendido en el campo. Gradamor, que le había quebrado el escudo, temió la muerte y fue a pedir merced al rey. Pero el Caballero Griego le hizo volver hacia la columna, le obligó a dar vueltas alrededor de ella para defenderse, y, cuando lo vio muy cansado, lo tomó en sus brazos y con todas sus fuerzas lo arrojó al suelo. Le arrancó el escudo, lo hizo pedazos y le puso la punta de la espada en el rostro. El romano escondió el rostro, puso las manos encima de la cabeza y comenzó a decir:

–¡Ay, buen griego, no me matéis y mandad lo que queráis!

El Caballero Griego hizo como que no entendía, lo cogió por una mano, y dándole con la espada en la cabeza, le hizo ponerse en pie y subir a la columna. Y cuando estuvo arriba lo arrojó al suelo. Luego, arrastrándolos a los dos por el suelo, los juntó, y todos creyeron que los iba a descabezar. Esplandián, que veía la batalla, se acercó en su palafrén al Caballero Griego y le dijo:

–Señor, estos caballeros no están en estado de defenderse, y ya que para vos es toda la honra, dádmelos a mí.

El Caballero Griego le vio venir y esperó para ver lo que quería. Cuando estuvo cerca, le pareció el doncel más hermoso que había visto en su vida. Hizo señal de que no le entendía, y entonces Esplandián llamó al conde Argamonte, que hablaba griego, para que se lo dijese. Cuando el conde se lo tradujo, el Caballero Griego dijo:

–Muchos deseos tengo de matarlos, pero decidle que se los concedo.

Se despidió del conde y le dijo a Esplandián:

–Hermoso doncel, Dios os haga bienaventurado.

El Caballero Griego y Grasinda se despidieron del rey y de la reina y se embarcaron con toda su compañía. Las naves tomaron rumbo hacia la Ínsula Firme. Gandalín, desde el castillo, las reconoció a la distancia. La alegría fue grande y todos acudieron a la ribera.

Cuando Grasinda vio tanta gente y la alegría que mostraban, quedó maravillada. Y más cuando oyó que decían:

–¡Bienvenido, nuestro señor, que tanto tiempo ha estado lejos de nosotros!

Y dijo al Caballero Griego:

–Señor, ¿por qué os muestran estas gentes tanto acatamiento y os dicen: «Bienvenido, nuestro señor?».

–Señora –dijo él–, os pido perdón por haberme encubierto durante tanto tiempo. Sabed que soy Amadís de Gaula, señor de esta isla, y los caballeros que allí veis son de mi linaje y mis amigos y vasallos.

–Señor –dijo Grasinda–, siento placer al saber vuestro nombre, pero mi corazón está triste por no haberos hecho las honras que merecía hombre tan alto y de tal linaje y haberos tratado como a un pobre caballero andante. Y, si algo me consuela, es que la honra que en mi tierra se os hizo se debe sólo al valor de vuestra persona.

XV

AL ABORDAJE

El rey decidió entregar su hija Oriana a los romanos. Giontes, sobrino del rey, con otros caballeros, fue a buscarla a Miraflores. Tuvieron que llevarla en andas porque estaba sin fuerzas de tanto llorar. Mabilia iba con ella y trataba de consolarla. El rey y los romanos salieron a recibirla. Cuando Oriana los vio, comenzó a llorar. Todas sus doncellas lloraban con ella, mesaban sus cabellos y le besaban las manos y los vestidos, como si la tuviesen por muerta. El rey dijo a Arbán de Norgales:

–Id a decir a Oriana que siento el mayor pesar del mundo por lo que hace y que le mando que ponga mejor semblante y se reúna con su madre.

El rey Arbán de Norgales fue a decírselo, y al verla comenzó a llorar también él. Cuando el rey Lisuarte se acercó, Oriana le dijo:

–Mi padre y señor, tened piedad de esta hija que en mala hora nació y oídme ante estos caballeros.

–Hija, decid lo que queráis, que os oiré con amor de padre.

–Señor –dijo ella–, vuestra voluntad es enviarme al emperador de Roma y apartarme de vos y de la reina y de esta tierra. Y como de esta ida no espero sino la muerte, y de ninguna manera se cumplirá vuestro querer, os pido que me dejéis vivir aquí y dispongáis de estos reinos a vuestra voluntad. Yo renunciaré a todos los derechos que Dios me dio, a favor de mi hermana Leonoreta o de vos o de quien queráis, y seré mejor servida del que casare con ella que de los romanos, que por causa mía, al tenerme allá, se volverían vuestros enemigos mortales y no pensarían más que en tener estas tierras.

–Hija mía –dijo el rey–, os daré la respuesta ante vuestra madre.

La pusieron de nuevo en las andas y la llevaron ante la reina, que la recibió con mucho amor. El rey mandó llamar a Brondajel de Roca y le dijo:

–Ya veis que este casamiento se hace contra la voluntad de mi hija y de todos mis vasallos. Pero yo entiendo que la doy a un hombre de gran honra, y cumpliré lo prometido. Aparejad las naves y dentro de tres días os entregaré a Oriana con todas sus dueñas y doncellas. Trataréis de que no salga de su cámara para que no suceda alguna desgracia.

–Todo se hará, señor, como lo mandáis –dijo Brondajel–, y si ahora le pesa a la emperatriz, mi señora, salir de su tierra, cuando vea la grandeza de Roma y que los reyes y príncipes se humillan ante ella para servirla, no pasará mucho tiempo para que su voluntad se sienta satisfecha.

Salustanquidio, que ya estaba levantado, le pidió al rey como merced que enviase también a Olinda, que cuando él fuese rey, como el emperador le había prometido, la tomaría por esposa. El rey se lo prometió y loó mucho la discreción, honestidad y hermosura de Olinda.

Cuando llegó el plazo, el rey habló con Oriana, tratando de atraerla a su voluntad, pero no pudo apaciguar sus llantos y dolores. Se apartó entonces con gran saña y pidió a la reina que convenciese a su hija, ya que él tenía que cumplir lo prometido. La reina, que muchas veces había querido disuadirle, hizo su mandado, aunque con angustia de su corazón. Mandó a las infantas y doncellas que debían acompañar a Oriana que se acogiesen a las naves, con todos los paños y atavíos, y sólo dejó con ella a Mabilia, a Olinda y a la doncella de Dinamarca. Y dijo a Oriana, que le besaba las manos con gran dolor:

–Hija mía, os ruego que aceptéis con alegría lo que el rey manda, que confío en Dios que será por vuestro bien.

Oriana sintió tanto dolor que cayó sin sentido. El rey, que acudió en ese momento, hizo que la llevasen, así como estaba, a las naves, y

que fuesen con ella Olinda, Mabilia y la doncella de Dinamarca. Olinda se arrodilló ante él y pidió llorando que la dejase volver a casa de su padre y no la mandase a Roma, pero el rey no la quiso oír.

Luego fue a consolar a su hija con piedad de padre, y al ver que no podía poner descanso en su pasión, le vinieron las lágrimas a los ojos. Apartándose de ella, habló con los romanos, encomendándoles que la guardasen y sirviesen, y se retiró a su palacio.

Los romanos pusieron a Oriana en una rica cámara, y con ella a Mabilia. Cerraron la puerta con fuertes candados y dejaron en la misma nave a la reina Sardamira y a muchas dueñas y doncellas de Oriana. Salustanquidio hizo llevar a Olinda a su nave, con otras dueñas y doncellas. Cuando todo estuvo dispuesto, dieron las velas al viento, pusieron la enseña imperial en la nave donde iba Oriana, dispusieron las otras naves alrededor de ella para protegerla, y muy alegres por haber cumplido lo que les había encomendado el emperador, se dirigieron hacia Roma.

Iban así por el mar cuando vieron hacia la derecha, entre la tierra y ellos, una flota que quería cortarles el paso. Era la flota de la Ínsula Firme. Agrajes, don Cuadragante, Dragonís y Listorán de la Torre Blanca trataban de socorrer a Oriana antes de que Amadís llegase. Mas Florestán, Favarte del Val Temeroso, Orlandín e Imosil habían concertado con sus amigos y vasallos ser los primeros en el socorro, e iban a toda marcha. Amadís con sus naves quería ser también el primero.

Los romanos pensaron que sería gente de paz, pero al ver que la flota se dividía en tres partes y que dos les tomaban la delantera y la otra los seguía, quedaron espantados. En gran desorden, empezaron a gritar:

–¡Armas, armas, que viene gente extraña!

Se armaron enseguida y los caballeros ocuparon sus puestos. Brondajel de Roca y los caballeros del emperador se aprontaron a la defensa en la nave de Oriana.

Agrajes y don Cuadragante se acercaron a la nave de

Salustanquidio. Florestán y Favarte del Val Temeroso entraron por medio de la flota y fueron a dar contra la nave en que iban el duque de Ancona y el arzobispo de Talancia. Amadís hizo enderezar la suya a la que llevaba la enseña del emperador. Mandó a los suyos que le guardasen, y poniendo la mano en el hombro de Angriote de Estraváus, le dijo:

–Mi buen amigo, tratad de ayudarme esforzadamente en este hecho, y no os apartéis de mí mientras podáis.

–Mi señor –dijo él–, pondré en ello la vida, y Dios esté a nuestro favor.

Al acercarse las naves, fue grande el herir de saetas, piedras y lanzas de una parte y otra. Amadís y los suyos querían juntar la nave a la de los romanos, pero ellos, aunque eran más numerosos, no querían acercarse y se defendían con garfios de acero y otras armas. Tantiles de Sobradisa, mayordomo de la reina Briolanja, que estaba en el castillo de la nave, al ver que no podía realizarse la voluntad de Amadís, mandó traer un ancla gruesa y pesada atada a una cadena, y desde el castillo la lanzó a la nave enemiga. Luego él y muchos que le ayudaban tiraron tan fuertemente, que hicieron juntar las naves. Amadís se lanzó entre la gente con gran afán, y detrás de él Angriote de Estraváus y Bruneo de Bonamar. Y poniendo un pie en un borde de la nave, llegó de un salto a la otra sin que nadie pudiese estorbárselo. Como el salto fue grande y él llevaba gran ímpetu, cayó de rodillas y recibió muchos golpes. Mas se levantó enseguida y echó mano a su verde espada, y vio que Angriote y Bruneo estaban a su lado y herían también a los enemigos. Entonces empezó a dar grandes voces:

–¡Gaula, Gaula, que aquí está Amadís!

Mabilia, al oír las voces, tomó por los brazos a Oriana, que estaba más muerta que viva, y le dijo:

–¡Esforzaos, señora, que viene a socorrernos vuestro leal amigo!

Amadís se lanzó hacia donde estaba Brondajel de Roca y le dio encima del yelmo un golpe tan fuerte que lo dejó tendido a sus pies. Y no siguió adelante porque vio que los contrarios se rendían y

pedían merced. Al ver las ricas armas de Brondajel, pensó que sería el que dirigía la nave, y quitándole el yelmo y dándole en la cabeza con la empuñadura de la espada, le preguntó dónde estaba Oriana. Él indicó la cámara de los candados. Amadís se dirigió a ella con Angriote y Bruneo. Derribaron la puerta y vieron a Oriana y a Mabilia.

Amadís se arrodilló ante Oriana y quiso besarle las manos. Mas ella le tomó en sus brazos y le acarició la manga de la loriga, que estaba tinta en la sangre de sus enemigos. Mabilia estaba de rodillas ante él, pero Amadís tenía los ojos en su señora y no la veía. Al cabo la vio y, levantándola y abrazándola con mucho amor, le dijo:

–Mi señora y prima, mucho he deseado veros.

Quiso apartarse para ver cómo seguía la batalla, mas Oriana le tomó por la mano y le dijo:

–¡Por Dios, señor, no me desamparéis!

–No temáis, señora –dijo él–, que aquí están Angriote de Estraváus y don Bruneo y Gandales con treinta caballeros, que os cuidarán. Yo voy a socorrer a los nuestros, que tienen una gran batalla.

Amadís salió de la cámara. Landín de Fajarque había rendido ya a los que estaban en el castillo. Mandó que no se matase a nadie y pasó a una nave en que estaban Enil y Gandalín con cuarenta caballeros. Se oía desde lejos el nombre de Agrajes, y se dirigió allí. Cuando llegó, los suyos habían entrado ya en la nave de Salustanquidio. Don Cuadragante le ayudó a subir. El ruido era muy grande, y Agrajes y los suyos herían y mataban a los enemigos. Cuando los romanos vieron a Amadís, empezaron a saltar a los botes y al agua. Agrajes tenía a los pies a Salustanquidio, que le pedía merced. Agrajes, que tenía noticias de su amor por Olinda, le cortó la cabeza, y la nave quedó libre de enemigos. Encima de los castillos pusieron los pendones de Agrajes y de don Cuadragante, y Agrajes fue a la cámara donde estaba Olinda, su señora.

Amadís fue con sus amigos, en otra nave, a ayudar a Florestán, y un caballero le dijo:

–Señor, don Florestán y Gavarte del Val Temeroso han tomado ya la nave romana y tienen prisioneros al duque de Ancona y al arzobispo de Talancia.

Miró hacia todas partes. La flota romana estaba deshecha. Los botes que quisieron salvarse fueron perseguidos y tomados.

Amadís mandó a los principales caballeros que se reuniesen en la nave que llevaba su enseña, para tener consejo. Todos fueron a besar las manos a Oriana. Acudieron también Agrajes y Olinda.

Los caballeros tenían diversas opiniones. Algunos pensaban que debían llevar a Oriana a la Ínsula Firme, otros a Gaula y otros a Escocia, la tierra de Agrajes y de Mabilia. En esto llegó la infanta Mabilia con cuatro doncellas y dijo:

–Señores, Oriana os ruega, por el amor que en este socorro le habéis mostrado, que la llevéis a la Ínsula Firme, donde quiere estar hasta que recobre el amor del rey.

–Mi buena señora –le dijo Cuadragante–, decid a Oriana que Amadís y todos los caballeros que hemos acudido en su socorro estamos dispuestos a servirla hasta la muerte, con nuestras personas y con las de nuestros parientes y amigos. Y la defenderemos si es necesario contra su padre y contra el emperador de Roma hasta restituirla en su libertad y señorío.

LIBRO CUARTO

I

LA GUERRA O LA PAZ

Oriana quedó aposentada en la torre de la huerta, y junto con ella las otras señoras. Por su ruego, no entraba en la huerta ningún caballero. Amadís aparentó estar contento de lo que ella tenía por bueno y honesto, y tomó como remedio de sus pasiones y penas el saber que la tenía en su poder en aquel castillo, donde no temía al resto del mundo.

Pero no estaba tranquilo. Cuando todos dormían, él velaba. Sabía que de dos príncipes tan poderosos como el emperador de Roma y el rey de la Gran Bretaña sólo podía esperar la guerra. Reunió a sus amigos en una de las salas más ricas de la Ínsula, y les pidió el parecer. Todos convinieron en el consejo de don Cuadragante de que se enviasen mensajeros al rey Lisuarte requiriéndole para que tomase conocimiento del yerro pasado y se pusiese en justicia y razón con su hija, y que en tanto, por si no quisiese admitir la paz, se pidiese ayuda a todos los parientes y amigos.

Cuando salían de la junta, vieron subir por la cuesta un caballero armado, con cinco escuderos. Aguardaron para ver quién era y reconocieron con gran alegría a Brián de Monjaste, hijo de Ladasán, rey de España, persona de gran discreción y esfuerzo, y el caballero del mundo que más amaba a sus amigos. Salieron a su encuentro, y cuando él los vio reunidos, se maravilló, y apeándose del caballo fue hacia ellos con los brazos tendidos y diciendo:

–Juntos os quiero abrazar, que a todos tengo por uno.

Pero cuando vio a Amadís, que estaba detrás de los otros, su alegría fue mucho mayor, y se le acercó sonriendo y le dijo:

–¿Aquí estáis vos? Pues en vuestra busca venía. En verdad que si nos faltaban aventuras, teníamos bastantes con buscaros, según os

escondéis.

–Decid lo que queráis –dijo Amadís–, que habéis venido en ocasión en que podré tomar enmienda de todo. Estos señores os mandan que subáis en vuestro caballo y entréis en esta isla, donde hay dispuesta una prisión para vos.

Después de aposentado, Agrajes y Florestán le llevaron consigo y fueron a ver a Oriana, que estaba en el aposento de la reina Sardamira, con Olinda, Mabilia y otras dueñas y doncellas. Brián fue a arrodillarse ante Oriana y le quiso besar los manos, pero ella no se las quiso dar y le abrazó y dio la bienvenida con mucha cortesía. Brián le dijo:

–Hace tiempo que he partido de la batalla que vuestro padre tuvo con los siete reyes de las islas. Fui a España a ver a mi padre y he estado en una guerra que tenía con los africanos. Allí supe que mi primo y señor Amadís, que es flor y espejo de todo mi linaje, había ido a tierras extrañas y no se sabía nada de él. He venido aquí con el propósito de salir en su busca, y mi buena ventura ha querido que le hallara en ocasión de poderos servir.

Agrajes y Florestán se acercaron a Oriana, y con mucho acatamiento le dijeron lo que se había resuelto. Ella les rogó que siempre tuviesen en la memoria el querer llegar a la paz con el rey, por lo que a ella y a su fama tocaba.

Amadís tomó enseguida las disposiciones para la guerra o la paz. Habló primero con Grasinda, a la que encontró en su aposento. Ella le dijo que había acordado enviar al maestro Elisabat a su tierra para que con gran cuidado tuviese preparados a todos sus vasallos en una gran flota, y que ella quería quedar al servicio de Oriana. Amadís la abrazó y le dijo:

–Yo creo, señora, que si toda la virtud y nobleza que hay en el mundo se perdieran, se podrían recobrar sólo en vos.

Amadís dio también a Elisabat una carta para el emperador de Constantinopla, en la que le pedía la ayuda que le había ofrecido, y mandó llamar a Tantiles, el mayordomo de la hermosa reina Briolanja, para que fuese a pedir a su señora toda su gente y

amigos. Tantiles le respondió:

–Señor, se hará como lo mandáis, y podéis estar seguro que no hay cosa de que la reina mi señora pueda tener tanto placer como de mostraros el gran amor que os tiene. Y tened la seguridad de que vendré con las fuerzas que tan gran señora debe enviar a quien, después de Dios, le devolvió su reino.

Llamó a Gandalín, y le pidió que fuese a ver al rey Perión, en quien tenía más esperanza que en nadie, porque sabía que acudiría en su ayuda con razón o sin ella. Y le dio una carta para el rey suplicándole que le enviase a Melicia para que hiciera compañía a Oriana y para que su nobleza y hermosura fuesen conocidas por todos.

El maestro Elisabat partió para su tierra; Gandales, para Escocia; Landín, para Irlanda; Lasindo, a las tierras de Bruneo de Bonamar, y el gobernador Isanjo, a Bohemia. Y se dispuso que don Cuadragante y Brián de Monjaste fuesen a requerir la paz al rey Lisuarte.

Antes de partir Gandalín, los caballeros decidieron hacer una visita a Oriana. Vestidos con ricos paños de guerra y con sus espadas guarnecidas de oro, llegaron al aposento de Oriana. Y, como todos, eran jóvenes y hermosos, parecían tan bien que era maravilla. Oriana los aguardaba en compañía de la reina Sardamira y de Grasinda, a las que había hecho llamar, y de Olinda y Mabilia. Los caballeros saludaron a Oriana con gran reverencia, y después a las otras señoras. Mabilia tomó por la mano a Amadís y, apartándose con él, le dijo en voz alta:

–Señor, mandad llamar a Gandalín. Quiero darle mi mandado a la reina y a Leonoreta.

–Pues también quiero –dijo Oriana– que lleven mi mandado a la reina y a Leonoreta.

Amadís hizo llamar a Gandalín, y Oriana tomó del brazo a Brián de Monjaste y se acercó a Mabilia. Brián de Monjaste, que era comedido en todas las cosas, le dijo:

–Como voy a ser embajador ante vuestro padre, no quiero

presenciar embajada de doncellas, pues temo que me pondréis en más cortesía de la que conviene.

–Mi señor don Brián –dijo Oriana, sonriendo–, por eso os traje yo aquí conmigo, para que templéis algo de vuestra saña con mi padre. Mas temo que vuestro corazón no está tan sojuzgado por las mujeres que ellas puedan estorbar en nada vuestro propósito.

–Mi señora –dijo Brián riendo–, aun así me quiero apartar de vosotras, por no perder en poco tiempo la fama que en tanto tiempo he ganado.

Cuando Amadís se vio ante su señora, le tembló el corazón y no acertó a decir cosa alguna. Oriana, que no apartaba los ojos de él, le tomó las manos por debajo del manto y, apretándoselas en señal de amor, le dijo:

–Mi verdadero amigo, aunque mi ventura me ha traído a lo que más deseaba en el mundo, que es estar en vuestro poder, ha querido mi gran desdicha que sea de manera que me convenga más que nunca estar apartada de vuestra conversación. Porque si nuestros amores fuesen conocidos, la grande y señalada empresa que realizasteis sería juzgada de diversas maneras por los vuestros y por los contrarios. Por eso conviene que lo que hemos encubierto hasta ahora con grandes congojas y fatigas lo sostengamos en adelante con las mismas fatigas y aún mayores.

–¡Ay, señora! –dijo Amadís–. Por Dios, no me deis a mí excusas, que yo no nací sino para ser vuestro y serviros mientras tenga el alma en el cuerpo. Lo único que os pido, señora, en galardón de mis deseos, es que nunca se aparte de vuestra memoria el pensamiento de mandarme en lo que pueda serviros, que esto será gran parte del remedio para mi apasionado corazón.

Las lágrimas se le caían de los ojos y se deslizaban por sus mejillas. Oriana le dijo:

–Mi buen amigo, creo bien lo que decís. Mientras Dios lo remedia de otra manera, os ruego que apartéis de vuestro corazón las ansias y fatigas. Quiero ahora volver hacia aquellos señores. Limpiad, señor, esas lágrimas, y quedad con Mabilia, que os dirá cosas que

hasta ahora no os ha podido decir.

Mabilia le contó la historia de Esplandián y cómo lo había criado el ermitaño. Amadís tuvo gran alegría y estuvo largo rato sin poder hablar. Cuando se le pasó la alteración, dijo:

–Mi señora y buena prima, sabed que la primera vez que oí hablar de este doncel pensé que podía ser hijo mío y de Oriana. Pero ahora, que lo sé con certeza, creed, amada prima, que estoy más alegre que si me hiciesen señor de la mitad del mundo. Y esto lo digo, no por ser el doncel tan hermoso y extraño, sino por ser hijo de Oriana. ¡Oh, si os pudiese contar las angustias y congojas que he pasado en todo este tiempo! Podéis creer que en comparación de ellas, los peligros y afrentas de tierras extrañas no se deben juzgar sino como el espanto de las cosas que se sueñan. Y si ahora mi buena ventura ha querido remediar mis fatigas, es bueno que todos tratemos de remediar las suyas. Vos, señora, que en los tiempos pasados habéis sido el mejor reparo de su vida, aconsejadla y esforzadla. Decidle que nadie puede culparla ni ante Dios ni ante su padre, y que los que estamos a su servicio somos tantos y tales que, si no temiéramos su enojo, iríamos a buscar al rey y al emperador de Roma en sus propias tierras. Y en tanto que vuelven don Cuadragante y Brián de Monjaste con la paz o la guerra, avisadme de aquello en que pueda servirla.

II

EMBAJADA DE PAZ

Cuando se marcharon las naves romanas, el rey Lisuarte volvió a palacio y lo encontró casi desierto. Los que quedaban mostraban tanta tristeza que el corazón se le cubrió de una nube oscura. Fue a ver a la reina y la encontró llorando. Volvió a palacio y vio al rey Arbán de Norgales y a don Grumedán, que demostraban en sus gestos la tristeza de sus corazones. Pensó entonces ir a la floresta a cazar, para dar lugar a que el tiempo curase lo que no tenía remedio.

Pero en ninguna parte hallaba descanso, y como se encontraba solo, la tristeza le perseguía a todos lados. Fue entonces cuando le encontraron algunos romanos que habían huido de la Ínsula Firme.

Aunque su dolor, al saber lo que había pasado, fue grande, no lo mostró, y con buen semblante les dijo:

–Amigos, mucho me pesa la muerte de Salustanquidio y vuestra pérdida, que por lo que a mí toca estoy acostumbrado a recibir afrentas y a darlas.

Volvió a la ciudad, se dirigió a la cámara de la reina, le contó lo que había pasado y le dijo:

–En las cosas de poca sustancia tienen las personas licencia para mostrar alguna melancolía, pero en las muy graves, que mucho duelen, especialmente en las de honra, se ha de mostrar poco pesar y gran rigor. Cosa tan señalada como ésta no existe en la memoria de los hombres, y por eso no hay que mostrar enojo, sino con mucha diligencia y gran corazón buscar la venganza.

La reina, que amaba a su marido, quedó pensativa, y considerando que era mejor poner concordia que encender la discordia, dijo:

–Señor, aunque tengáis en mucho lo que ha pasado, si lo juzgáis recordando el tiempo en que erais caballero andante, pensaréis que no es de maravillar que aquellos caballeros, que tienen que socorrer a dueñas y doncellas cuando les hacen agravios, hayan acudido a los clamores y dolores de Oriana y de sus doncellas. Señor, vos entregasteis vuestra hija a los emisarios del emperador, y la injuria toca más a él que a vos.

–En lo que a mí toca –dijo el rey–, se tomará la enmienda que requiere la grandeza de vuestro estado y el mío.

La reina quedó en gran congoja. Estaba en su cámara pensando qué podía hacer, cuando llegó Durín, hermano de la doncella de Dinamarca, con una carta de Oriana.

Mandó llamar al rey y le mostró la carta, y llorando y de rodillas le suplicó que tuviese piedad de su hija. El rey la levantó, leyó la carta y por darle alguna alegría le dijo:

–Reina, Oriana escribe que aquellos caballeros envían una embajada. Podrá ser que con ella se satisfaga el agravio recibido. Y, si no, tened por mejor que con peligro se sostenga mi honra y no que sin él se menoscabe mi fama.

Estaba el rey en su palacio, cuando entró un escudero que le entregó una carta credencial y le dijo:

–Señor, don Cuadragante y Brián de Monjaste han llegado a vuestro reino con mandado de Amadís de Gaula y de los caballeros y príncipes que con él están en la Ínsula Firme. Quieren saber si pueden venir a deciros su embajada.

–Decid a esos caballeros que pueden venir a mi corte y que oiré todo lo que quieran decir.

A los tres días llegaron los enviados de Amadís, armados con ricas armas. Cuando iban por las calles, todos maldecían a los traidores que habían hecho perder al rey caballeros de tanto valor y culpaban al rey de que hubiese perdido su discreción por consejos de hombres envidiosos. Entraron en palacio, saludaron al rey con mucha cortesía, y don Cuadragante le dijo:

–Venimos a vos, rey Lisuarte, por mandado de Amadís de Gaula y de muchos grandes caballeros de la Ínsula Firme. Andaban por tierras extrañas buscando aventuras peligrosas cuando supieron que vos, más por seguir vuestra voluntad que por razón y justicia, desoyendo las amonestaciones de todos los grandes y pequeños de vuestro reino, quisisteis desheredar a vuestra hija Oriana, sucesora de vuestros reinos, y a pesar de sus llantos y dolores la entregasteis sin piedad a los romanos para que fuese la mujer del emperador de Roma, contra todo derecho y fuera de la voluntad de ella y de vuestros naturales. Dios quiso permitir que pusiésemos remedio a tan gran agravio, y así se hizo, no con voluntad de injuriar, sino de servir a Dios y mantener el derecho. Y así hemos tomado a vuestra hija Oriana y la hemos llevado con gran reverencia, como a su nobleza y real estado convenía, a la Ínsula Firme, donde la dejamos acompañada de nobles señoras y de grandes caballeros. Aquellos grandes señores y caballeros os requieren para que toméis algún remedio en el agravio a vuestra hija y le restituyáis vuestro amor. Y si tenéis, rey, algún sentimiento hacia nosotros, quede para su tiempo, porque no sería razón que lo cierto de aquella princesa se mezclase con lo dudoso de nosotros.

–Caballeros –respondió el rey–, mi respuesta será breve y con más paciencia que lo que vuestra demanda requiere. Vosotros habéis cumplido lo que a vuestro juicio satisface vuestras honras, con más soberbia que esfuerzo, porque no se debe tener a gloria saltear y vencer a los que caminan sin recelo y con toda seguridad, y sin pensar que yo estoy obligado a dar cuenta de mis actos a Dios y a nadie más. Cuando haya tomado satisfacción de esto, se podrá hablar de lo que pedís.

–Nos basta a nosotros –dijo Brián de Monjaste– saber vuestra voluntad. De lo pasado daremos todos cuenta a Dios, y ahora haga cada cual lo que más cumpla a su honra.

Se despidieron del rey y salieron de palacio acompañados por don Grumedán. Estaban ya fuera de la ciudad, cuando vieron venir a Esplandián, acompañado de Ambor, hijo de Angriote de Estraváus, ambos de caza. Esplandián traía un gavilán y cabalgaba en un palafrén hermoso y ricamente guarnecido. Cuando llegó ante ellos los saludó. Brián de Monjaste preguntó quién era, y don Grumedán

le dijo:

–Se llama Esplandián, y grandes cosas escribió de él al rey Urganda la Desconocida.

–¡Válgame Dios! –dijo don Cuadragante–. Mucho hemos oído de este doncel en la Ínsula Firme, y bien será que lo llaméis para ver lo que dice.

Don Grumedán lo llamó y le dijo:

–Buen doncel, volved y enviaréis saludos al Caballero Griego, que con vos fue tan cortés.

–Mi señor –dijo Esplandián–, me alegraré de tener nuevas de aquel noble caballero.

–Estos caballeros van a verle –dijo don Grumedán.

–Así es –dijo don Cuadragante–, y llevaremos vuestros saludos al que se llamaba el Caballero Griego y que hoy se llama Amadís de Gaula.

–¡Cómo! –dijo Esplandián–. ¿Amadís, del que todos hablan loando sus grandes hazañas?

–El mismo es.

–En mucho se debe tener su valor –dijo Esplandián–, pues tan señalado es entre tantos hombres buenos, y no menos debe loarse su mesura y cortesía, pues aunque yo lo tomé con gran ira, no dejó de hacerme gran honra cuando me dio los caballeros que había vencido. Quiera Dios que se lo pueda pagar.

Brián de Monjaste se despidió de él y le dijo:

–Buen doncel, Dios os haga hombre bueno, así como os hizo hermoso.

III

PREPARATIVOS DE GUERRA

El rey Lisuarte quería quebrantar el orgullo de los caballeros de la Ínsula Firme. Envió a Guilán el cuidador a Roma para que contase al emperador lo que había pasado y tratase de que viniera con mucha gente de guerra para cercar la Ínsula Firme y dar a conocer que Amadís y sus amigos eran unos salteadores. Envió a Brandoibás para que fuese a ver a Galvanes y luego al rey Cildadán de Irlanda y hacer que acudiesen con todas sus fuerzas. Envió también a Filispinel para que atrajese a Gasquilán, rey de Suesa, caballero famoso que buscaba aventuras en las cuales pudiera mostrar el ardimiento de su corazón. Y mandó a sus vasallos, amigos, aliados y servidores que estuvieran listos con caballos, armas y gente.

Mientras Amadís por un lado y el rey Lisuarte por el otro se preparaban para la guerra, Arcaláus el encantador estaba en su castillo pensando obtener ventajas de la discordia. Como era muy sutil en sus maldades, pensó formar una tercera hueste con todos los enemigos de Amadís y del rey Lisuarte y ponerla en parte tal que si se librase una batalla pudiese destruir a los que quedasen vencedores. Se puso en camino por tierra y por mar y atrajo a sus planes, con grandes promesas, al rey Arábigo, a Barsinán de Sansuefia, hijo del Barsinán que el rey Lisuarte había hecho matar en Londres, al rey de la Ínsula Profunda y a los parientes de Dardán el Soberbio. Se concertó con ellos en secreto e hizo que preparasen a toda su gente.

Los enviados de Amadís recorrían también los mares. Cuando don Cuadragante y Brián de Monjaste volvían a la Ínsula Firme, se encontraron con una hermosa nave. Era de la reina Briolanja, que se dirigía a la Ínsula Firme para acompañar a la princesa Oriana y había mandado reunir a todos sus vasallos y amigos. Continuaron juntos el viaje.

Cuando llegaron, después de los agasajos a la reina, se reunieron los caballeros para oír la respuesta del rey Lisuarte. Don Cuadragante dijo:

–Señores, la respuesta fue breve y podéis dar gracias a Dios, porque podréis experimentar la virtud de vuestros nobles corazones. El rey Lisuarte no quiere más medio que el rigor.

–En cuanto a mí –dijo Agrajes–, me he excusado de hablar hasta ahora porque la princesa Oriana me rogó que templase vuestra saña y la mía. Pero ahora quedo libre y digo que estoy mucho más alegre de lo que traéis que si el rey Lisuarte otorgara lo que le pedisteis. Porque podía ser que bajo apariencia de paz y concordia, el rey Lisuarte y el emperador reunieran sus fuerzas y pusieran en peligro nuestras honras. Por esto, señores, tengo por mejor la guerra conocida que la concordia simulada.

En tanto, el maestro Elisabat llegó a la tierra de Grasinda y mandó llamar a los principales señores. Enseguida se dio orden para que se reuniesen muchos caballeros, ballesteros, arqueros y otros hombres de guerra y se preparasen las naves necesarias. Dejó a cargo de ello a un sobrino suyo llamado Libeo, y se dirigió a Constantinopla.

El emperador le recibió con gran alegría, y aún más cuando le entregó la carta y vio que el Caballero de la Verde Espada era Amadís de Gaula, a quien tanto había deseado conocer. El maestro Elisabat le contó todo lo que había pasado desde que había partido de Constantinopla, y en la corte todos se alegraron de que hubiese quebrantado la gran soberbia de los romanos. El emperador vio que el caso era grave, y como tenía con los romanos agravios de otros tiempos, pensó largo rato y dijo:

–Maestro, grandes cosas me habéis dicho, y ya que el esforzado Amadís necesita mi ayuda, yo se la daré tan cumplidamente, que aquella palabra que de mí tomó, aunque parecía ligera, la halle muy verdadera.

Gastiles, sobrino del emperador, se arrodilló ante él y le dijo:

–Señor, os ruego como merced que me enviéis en ayuda de aquel noble y virtuoso caballero que tanto ha honrado la corona de

vuestro Imperio.

–Buen sobrino –dijo el emperador–, me place que así sea, y mando que vos y el marqués Saluder preparéis una flota grande y buena, como cumple a la grandeza de mi imperio, y si fuere menester iréis en ella a dar batalla al emperador de Roma.

Por su parte, Gandalín llegó a Gaula, donde todos se alegraron, después de tanto tiempo, de las nuevas de Amadís. Apartó al rey Perión y le dijo lo que su señor le había mandado. El rey le contestó:

–Dile a tu señor que se hará todo lo necesario y que no le hubiera tenido por caballero si hubiera dejado pasar aquella violencia.

El rey le rogó que no dijera nada a Galaor, que estaba enfermo, ni a Vorandel. Galaor estaba tan débil que Gandalín tuvo gran pesar al verlo. Le dio buenas nuevas de Amadís y le contó algo de lo que había hecho por tierras lejanas. Norandel, que estaba presente, dijo a Galaor:

–Señor, con tales nuevas es justo que toméis esfuerzo y desechéis vuestro mal. Vamos a ver a aquel caballero, que es tal que todos los que algo valen deben tener en poco el camino, por más largo que sea, sólo por verle.

El rey tomó a Norandel por la mano, y sacándole de la cámara, le dijo:

–Mi buen amigo, conviene que vayáis a ver a vuestro padre el rey, porque según he sabido tendrá necesidad de vos y de todos los suyos. Y no digáis nada a Galaor, porque sería ponerle en gran alteración.

El escudero de Bruneo de Bonamar, Lasindo, llegó a las tierras de su señor y contó al marqués y a Branfil lo que había pasado. Branfil sintió gran pesar por no haber estado en los hechos pasados, y se arrodilló ante su padre y le pidió que mandase poner en obra lo que pedía su hermano. El marqués, que sabía la amistad de sus hijos con Amadís y con todo su linaje, le dijo:

–Hijo, no te acongojes, que yo te enviaré con tan buena compañía, que la tuya no será la peor.

Isanjo llegó al reino de Bohemia. El rey, con muestras de gran alegría, llamó a su hijo Grasandor y le dijo:

–Hijo, tú has sido testigo de lo que debemos al Caballero de la Verde Espada, que se llama Amadís de Gaula, aquel de que se cuentan cosas tan famosas en todo el mundo. Te mando que leas esta carta y te prepares para que el beneficio que hemos recibido de él le sea satisfecho.

–¡Oh, señor! –dijo Grasandor, después de haber leído la carta–. ¡Qué descanso tan grande recibe mi corazón de que aquel noble caballero necesite la ayuda de vuestro real estado y pueda ver el agradecimiento que le tenéis! Os ruego que quede el conde Galtines para llevar la gente y que me deis licencia para ir con veinte caballeros a la Ínsula Firme.

–Hijo –dijo el rey–, yo hubiera querido que esperaras hasta llegar la gente que corresponde a la honra tuya y mía, mas hágase como pides y elige los caballeros que más te plazcan. Y Dios quiera que tengas buen viaje y podamos pagarle a aquel caballero la deuda que él con su sola persona nos dejó.

El sobrino de don Cuadragante, Landín, llegó a Irlanda y habló en secreto con la reina, sin que se enterara el rey Cildadán. Aunque era hija del rey Abies, pensó que era mejor poner remedio en los daños presentes que en los pasados. Llamó a algunos señores de la corte para que, sin que su marido lo supiese, ayudasen a don Cuadragante. Esperaba que si el rey Lisuarte era vencido, el rey Cildadán dejaría de ser su vasallo.

Los emisarios del rey Lisuarte seguían también su camino. El rey Cildadán preparó su gente, pero Galvanes suplicó al rey que no le mandase combatir contra Amadís y contra Agrajes porque dejaría libre la isla de Mongaza. El rey Gasquilán de Suesa dijo que acudiría con gran voluntad a combatir contra Amadís. Guilán el cuidador llegó a Roma. Encontró al emperador Patín con mucha gente y vio que se habían hecho grandes preparativos para recibir a Oriana. Guilán entró armado en el palacio y fue a besar las manos al

emperador, el cual le dijo:

–Don Guilán, sed bienvenido. Entiendo que venís con Oriana, vuestra señora. Decidme dónde ha quedado ella y la gente que la trae.

–Señor –dijo él–, Oriana y vuestra gente están en tal parte donde ni a vos ni a ellos conviene.

Guilán le dio la carta del rey, le contó todo lo que había pasado y le dijo:

–Los caballeros de la Ínsula Firme han enviado embajadores al rey, pero él no ha querido tratar con ellos hasta que vos, a quien este hecho tanto toca, lo sepáis. Y os hace saber que si pensáis como él que deben ser castigados, procuréis ser breve para que el tiempo largo no haga mayor la injuria.

El emperador sintió gran dolor en el corazón, y después de lamentarse dijo a Guilán:

–Volved y decid a vuestro señor que la venganza de esta injuria la tomo yo a mi cargo, que si quiero emparentar con él no es para darle trabajos y cuidados, sino para vengarle de quien le hiciere enojo.

–Señor –dijo Guilán–, respondéis como gran señor, pero entiendo que bien será menester lo de allá con lo de acá.

IV

LA BATALLA

El rey Perión trajo a la Ínsula Firme, entre vasallos y amigos, tres mil caballeros. El rey Tafinor de Bohemia envió con el conde Galtines mil quinientos. Tantiles, mayordomo de la reina Briolanja, trajo mil doscientos, que quedaron al mando de Trion, primo de la reina. Branfil, hermano de Bruneo de Bonamar, seiscientos, y otros tantos trajo de Irlanda Landín, sobrino de don Cuadragante. El rey Ladasán de España envió a su hijo don Brián de Monjaste dos mil caballeros. Gandales trajo del rey Languines de Escocia, padre de Agrajes, mil quinientos. El maestro Elisabat llegó con la gente de Grasinda, seiscientos caballeros. El emperador de Constantinopla envió con Gastiles, su sobrino, ocho mil caballeros. No se recuerda en la memoria de los hombres que tanta gente y tan escogida acudiese en ayuda de ningún príncipe. El rey Perión, que fue el primero en llegar, dispuso las fuerzas en una vega llana y hermosa, bajo la cuesta del castillo.

El emperador de Roma llegó a Vindilisora con diez mil caballeros. Había llegado ya el rey Cildadán con doscientos y el rey Gasquilán con ochocientos. Cuando el emperador supo las fuerzas que tenía Amadís, se conformó con la ayuda del rey Lisuarte. Hasta entonces había creído que él solo podía cercar la Ínsula Firme y obligar a Amadís a devolverle a Oriana. En quince días se reunieron las fuerzas del rey Lisuarte, que eran seis mil quinientos caballeros. El emperador dividió la gente en tres haces: la primera, a cargo de Floyán, hermano de Salustanquidio, con dos mil quinientos caballeros; la segunda, con otros dos mil quinientos, a cargo de Arquisil, el caballero del linaje del emperador al que Amadís había vencido en el reino de Bohemia, pero al que había dado libertad para combatir por su emperador en esta batalla; el emperador quedó con los otros cinco mil para guardarles las espaldas. Rogó al rey Lisuarte que le diese la delantera, y aunque el rey no tenía en

mucho a aquella gente y temía que del desconcierto pudiese venir algún revés, tuvo que otorgárselo.

El rey Lisuarte hizo dos haces; dio una al rey Arbán de Norgales con tres mil caballeros, entre ellos Guilán el cuidador, Cendil de Ganota y Brandobás, y dio mil caballeros al rey Cildadán y a Gasquilán para que formasen otra haz; los restantes los tomó para sí, y dio el estandarte real a don Grumedán. Concertadas las haces, se movieron por el campo al encuentro de las fuerzas enemigas.

El rey Perión mandó llamar a todos los capitanes y caballeros de gran linaje y les dijo que su parecer era que se levantase el campamento, que se repartiese la gente en haces para que todos supiesen a qué capitán tenían que acudir y que después fuesen contra sus enemigos con gran esfuerzo y esperanza de vencerlos en la justa demanda que llevaban. Todos lo tuvieron por bien y le rogaron que por su dignidad real y por su gran valor y discreción tomase a su cargo el dirigirlos. El rey aceptó y se puso en medio de todos en un caballo grande y hermoso. A su alrededor estaban tres escuderos y diez pajes a caballo, para socorrer a los caballeros que perdiesen sus caballos en la batalla.

Y como tenía la cabeza y la barba blancas y el rostro encendido con el calor de las armas y el orgullo del corazón, y como todos conocían su gran esfuerzo, les pareció tan bien que perdieron todo temor. El rey Perión miró a don Cuadragante y le dijo:

–Esforzado caballero, os encomiendo la vanguardia. Tú, Amadís, y vosotros, Angriote de Estraváus y Gavarte del Val Temeroso y Enil y Baláis de Carsante y Landín, le ayudaréis con los quinientos hombres de Irlanda y mil quinientos de los que yo traje. Y vos, mi buen sobrino Agrajes, tomad la segunda haz, y vayan con vos don Bruneo de Bonamar y su hermano Branfil con la gente suya y la vuestra, y seréis mil seiscientos caballeros.

Y vos, honrado caballero Grasandor, tomaréis la tercera haz, y os harán compañía mi hijo Florestán y Dragonís y Landín de Fajarque y Elián el Lozano, con la gente de vuestro padre el rey y con Trion y la gente de la reina Briolanja, y seréis dos mil setecientos caballeros. Y vos, don Brián de Monjaste, mi sobrino, haced la cuarta haz con vuestra gente y con tres mil caballeros del

emperador de Constantinopla, y vayan con vos Madanil de la Puente de Plata y Sadamón y Orlandín.

Mandó además a Gandales que tomase mil caballeros de Gaula para acudir a los sitios de mayor peligro, y él tomó consigo a Gastiles con la gente que quedaba del emperador de Constantinopla. Concertadas las haces, tocaron las trompetas y se pusieron en movimiento. Oriana y las reinas, infantas, dueñas y doncellas, que miraban desde la torre del castillo, rogaron a Dios que los ayudase.

Los dos ejércitos se fueron aproximando, y hacían jornadas pequeñas para que no se cansase la gente ni los caballos. Las avanzadas se encontraron a los tres días. Las fuerzas se detuvieron, establecieron el campamento y lo fortificaron para caso de derrota.

Gandalín apartó a Amadís y le suplicó que lo armase caballero. Amadís lo abrazó y le vinieron las lágrimas a los ojos. Le había servido como hermano y como escudero en los peligros y en los amores, y ante cosa tan grande y señalada como esa batalla no podía ya excusarse de armarlo caballero. Gandalín había preparado las armas, y Amadís le dijo:

–¡Oh, mi verdadero amigo y hermano! Esta noche velarás armado en la capilla del rey mi padre, y por la mañana, cuando queramos romper contra nuestros enemigos, vendrás a caballo y el rey te hará caballero.

–Señor –dijo Gandalín–, quiero ser caballero por vuestra mano.

El rey Lisuarte recibió nuevas de que un gran ejército había desembarcado en sus tierras, hacia el lado de la montaña. Mandó que la gente se acogiese a las ciudades con todos sus víveres, y tuvo que dedicar alguna fuerza para que vigilase, por si había algún peligro. No sabía las intenciones de ese ejército. También tuvo noticias de ello el rey Perión, pero no sabía ni sus intenciones ni dónde estaban.

Llegó el alba de la batalla. Sonaron las trompetas, y la gente comenzó a armarse y a ensillar sus caballos. Después de oír misa, los caballeros fueron a ponerse bajo sus enseñas. El emperador de Roma llevaba unas armas negras, y en el escudo una doncella que

representaba a Oriana, hecha de oro, muy bien labrada y guarnecida de piedras y perlas de gran valor, y sobre el negro de las sobrevistas unas cadenas muy ricamente bordadas, que tomó por divisa, y juró que no las dejaría hasta que en cadenas llevase preso a Amadís y a sus amigos. Y cabalgando en un caballo hermoso y grande, con la lanza en la mano, fue a ponerse al frente de sus fuerzas. El rey Lisuarte llevaba unas armas negras con águilas blancas. El rey Perión llevaba las armas de acero limpio y claro, con sobreseñales de seda roja de color vivo, e iba en un gran caballo que le había regalado Brián de Monjaste, de veinte hermosos caballos enviados por el rey de España, su padre. Amadís llevaba unas armas verdes, como cuando había vencido a Famongomadán y a Basagante, sembradas de leones de oro. Y todos los caballeros llevaban hermosas armas, salvo el rey Arbán de Norgales, Guilán el cuidador y don Grumedán, que no quisieron llevar más que armas de provecho, y no de parecer, para mostrar la tristeza de que el rey se viese en esta lucha.

Amadís tomó consigo a Gandalín y le dijo:

–Mi verdadero amigo, te ruego que en esta batalla seas muy prudente y no te apartes de mí, para que te pueda socorrer en caso necesario. Has visto muchas batallas y grandes peligros, pero hay gran diferencia entre el mirar y el obrar. Yo tendré mucho cuidado de mirar por ti, y hazlo tú por mí cuando vieres que sea menester.

Y, llevándolo consigo, se acercó al rey Perión y le dijo:

–Señor, Gandalín quiere que yo le arme caballero, y os vengo a suplicar que le ciñáis la espada para que cuando le fuere menester recuerde la gran honra que recibe y quién se la da.

Amadís hizo caballero a Gandalín, besándole y poniéndole la espuela derecha. El rey le ciñó la espada. Amadís lo llevó consigo y volvió a su puesto. Don Cuadragante movió las fuerzas.

Pronto vieron acercarse a los enemigos. Amadís reconoció la enseña del emperador de Roma, y se alegró de que con él fuese el primer encuentro. Antes de encontrarse las haces, se adelantó un escudero de la parte contraria a todo el correr de su caballo, preguntó por Amadís y lo desafió en nombre de Gasquilán, rey de Suesa, que

quería probarse con él desde hacía muchos años. Amadís aceptó el desafío, y todos se detuvieron para presenciar la batalla.

Gasquilán, hijo del gigante Madarque, apareció montado en un caballo enorme, con las armas relucientes como el claro espejo y una lanza gruesa y de un hierro grande y limpio. Amadís se adelantó contra él. Se encontraron en los escudos, y las lanzas saltaron en pedazos. El golpe fue tan violento que pareció que ninguno de los dos quedaría vivo. Gasquilán fue despedido por el aire, y con su cuerpo enorme dio tal caída sobre el campo duro que quedó como muerto. El caballo de Amadís tuvo la espalda quebrada, y no se pudo sostener. Amadís quedó aturdido, pero se repuso enseguida, y saltando del caballo se dirigió hacia Gasquilán. El emperador de Roma creyó que Gasquilán estaba muerto y dio orden de iniciar el ataque. Cuando don Cuadragante vio avanzar a los contrarios, espoleó a su caballo y dijo a los suyos:

–¡Señores, contra ellos, y no dejéis ninguno con vida!

Gandalín vio a su señor a pie y que los romanos avanzaban. Se adelantó a todos para socorrerle y se encontró con Floyán, que mandaba la primera haz romana. Floyán cayó despedido del caballo y Gandalín perdió los estribos, pero no cayó. Se acercaron muchos romanos para socorrer a Floyán, y don Cuadragante a Amadís, y como los romanos eran muchos pudieron sacar a Gasquilán del campo. Don Cuadragante derribó a cuatro caballeros antes de perder la lanza; Angriote de Estraváus tomó rápidamente uno de los caballos y se lo ofreció a Amadís. Gavarte de Val Temeroso y Landín siguieron a don Cuadragante e hicieron mucho daño en los enemigos. Se juntaron las dos haces, y del ruido no se oían los unos a los otros. Había caballos sin señores y caballeros muertos y heridos. Floyán, de nuevo a caballo, quería vengar la muerte de Salustanquidio. Tomó una lanza y fue contra Angriote, que hacía cosas extrañas en armas, y le dio en el costado con tanta fuerza que casi lo derribó del caballo. Echó mano a la espada y dio con ella un golpe a Enil encima del yelmo, que hizo salir llamas, y pasó rápidamente adelante sin que nadie pudiese detenerle. Y antes de llegar a los suyos se encontró con un caballero de Irlanda y le dio tal golpe encima del hombro que le cortó la carne y los huesos y lo dejó tan maltrecho que hubo que sacarle del campo.

Amadís tomó consigo a Gandalín y a Baláis, y con gran saña, al ver que los romanos se defendían bien, entró lo más recio que pudo por un costado de la haz y dio tales golpes de espada que no había hombre que no se espantase, y puso tal miedo en los contrarios que nadie osaba esperarle y todos se metían entre los propios, como el ganado cuando lo acometen los lobos. Iba así cuando salió a su encuentro un hermano bastardo de la reina Sardamira, llamado Flamíneo, muy buen caballero, que al ver que nadie se atrevía con él, le acometió con la lanza. La lanza saltó en pedazos. Amadís le quiso herir con la espada en el costado, pero el golpe le falló, y al pasar con gran violencia hirió al caballo y le abrió el vientre, dando en el suelo con el caballero.

Don Cuadragante y los suyos hicieron tal destrozo en los contrarios que tuvo que acudir la segunda haz, mandada por Arquisil. Con su llegada los romanos cobraron gran esfuerzo. La batalla empezó de nuevo y cayeron a tierra más de mil caballeros de ambas partes. Arquisil se encontró con Landín, sobrino de don Cuadragante, y ambos cayeron a tierra. Floyán, que andaba por todas partes, socorrió con cincuenta caballeros a Flamíneo, que estaba a pie. Y luego, al ver a Arquisil, comenzó a decir a grandes voces:

–¡Caballeros de Roma, socorred a vuestro capitán!

Arremetió muy bravo, y más de quinientos caballeros con él. Si no hubiera sido por Angriote, Enil y Gavarte, que dieron grandes voces a don Cuadragante y que acudieron con muchos de los suyos, Landín habría quedado muerto o prisionero. Flamíneo, que estaba ya a caballo, tomó el mayor número de los suyos y se lanzó a la lucha. Los romanos, como eran muchos, salvaron a Arquisil, y don Cuadragante y los suyos, a Landín.

Amadís andaba por el otro extremo del campo y le dejaban paso libre, aunque los romanos eran muchos. Agrajes y Bruneo de Bonamar acudieron con su haz y entraron con tanta bravura que dividieron a los romanos en dos partes. Los romanos estaban perdidos sin remedio, pero acudió el emperador con todos los suyos. Eran tantos que recobraron enseguida el campo perdido y tomaron gran esfuerzo. El emperador, en su gran caballo, al frente de todos, se encontró con Baláis de Carsante y le dio reciamente en el escudo, y, como el caballo estaba cansado, lo derribó y lo dejó muy

maltrecho. Con ello cobró mucho orgullo y empezó a decir a grandes voces:

–¡Roma, Roma, a ellos, mis caballeros, que no se os escape ninguno!

Y se metió entre los contrarios, dando grandes golpes encima de los yelmos como buen caballero. Yendo así se encontró con don Cuadragante, que andaba espada en mano derribando a cuantos encontraba. Se acometieron con la espada levantada y se dieron tales golpes encima de los yelmos que salían llamas. Pero como don Cuadragante era más fuerte, el emperador perdió los estribos y tuvo que abrazarse al cuello del caballo. Cerca se encontraba Constancio, hermano de Brondajel de Roca, y al ver en peligro a su emperador, espoleó a su caballo y le dio a don Cuadragante una lanzada en el escudo, hiriéndole en el brazo, y mientras don Cuadragante se volvía para combatir con él, el emperador pudo acogerse a los suyos. Constancio no paró, y como llegaba descansado, se apartó con gran rapidez hacia donde estaba Amadís. Pero cuando vio las cosas extrañas que hacía y los caballeros que dejaba por el suelo, quedó muy espantado y creyó que debía de ser algún diablo que había acudido para destruir a los romanos.

Un caballero romano, gobernador del principado de Calabria, fue contra Amadís y le hirió el caballo en el cuello. Amadís le dio un golpe encima del yelmo y le hendió la cabeza en dos. Constancio, con gran pena, llamó a Floyán a grandes voces, y entre los dos acometieron a Amadís; pero él, al hallar delante de sí a Constancio, le dio con la espada en el brocal del escudo y se lo partió en dos. Constancio cayó al suelo. Se juntaron allí más de veinte caballeros romanos para ayudar a Floyán y atacar a Amadís, pero no le pudieron derribar del caballo. Seguía la batalla, y los romanos, más numerosos, cobraban alguna ventaja, cuando acudieron Grasandor y el esforzado Florestán.

Los romanos tenían cercados a Agrajes, a Bruneo y a Angriote, a los que habían derribado de sus caballos. En su socorro luchaban Lasindo, Gandalín, Gavarte y Branfil; mas la muchedumbre de gente que sobre ellos estaba era tanta que se veían en gran peligro. Cuando Lasindo, al que Bruneo de Bonamar había armado caballero aquel día, vio a don Florestán, le dijo a grandes voces:

–¡Venid, don Florestán! Si no, están perdidos vuestros amigos.

Florestán se metió entre los contrarios, derribando y matando a cuantos alcanzaba, y cuando la lanza saltó en pedazos, dio tales golpes con la espada que ponía espanto. Así llegó con otros caballeros hasta donde estaban Agrajes y sus compañeros defendiéndose a pie contra muchos enemigos, con peligro de la vida. Amadís, que había derribado a seis de los caballeros que estaban con Floyán y vio que los demás se apartaban de él, oyó las voces de los suyos. Reunió más de cuatrocientos caballeros y acudió a donde estaba Agrajes. Aquél era el sitio donde la batalla tenía más violencia, y acudieron también Arquisil, Floyán, Flamíneo y muchos de los suyos, y trataron de llevar a la muerte a Agrajes y a los que con él estaban a pie, y a Florestán y a los otros que acudían en su ayuda. Sobrevino entonces Gandales con ochocientos caballeros, y entre todos, con Amadís y con don Cuadragante, apremiaron tanto a los romanos, que les hicieron perder el campo, a pesar de las grandes voces del emperador, que después de los golpes recibidos se ocupaba más de gobernar a la gente que de pelear. Agrajes, Angriote y Bruneo, que habían pasado gran peligro, pudieron subir a caballo y perseguir también ellos a los romanos, que fueron a acogerse a las fuerzas del rey Arbán de Norgales.

Se había puesto ya el sol, y el rey Lisuarte mandó que se recogiesen a los romanos y no entrasen nuevas haces. La batalla quedó indecisa, con gran daño para ambas partes, aunque mayor para los romanos. Amadís y los suyos quedaron dueños del campo. Se concertó un día de tregua para curar a los heridos y enterrar a los muertos.

V

LA SEGUNDA BATALLA

El rey Lisuarte encomendó la delantera al rey Arbán de Norgales, con Norandel, Guilán el cuidador y todos los caballeros de su haz, y él quedó, con el rey Cildadán y todas sus fuerzas, para guardarles las espaldas. Tras ellos estaba el emperador, con todos sus capitanes y caballeros.

El rey Perión dio la delantera a su sobrino Brián de Monjaste, y él y Gastiles, con la enseña del emperador de Constantinopla, se mantuvieron dispuestos a acudir en cuanto fuese necesario. Detrás de todos estaban los que ya habían combatido.

Tocaron las trompas y añafiles, y las haces del rey Arbán de Norgales y de Brián de Monjaste se acometieron bravamente. Más de quinientos caballeros fueron despedidos de sus sillas. Brián y el rey Arbán se encontraron con las lanzas y las rompieron sin herirse, y echaron mano a la espada y comenzaron a darse grandes golpes. Norandel y don Guilán entraron juntos entre la gente contraria, y como eran valientes y esforzados, hicieron gran daño. Pero un caballero llamado Fileno, que había llegado con la gente de España, tomó consigo a muchos españoles, que eran buena gente de guerra, y atacó con tanta fuerza por donde estaban Norandel y Guilán, que a ellos y a todos los demás les hizo retroceder. El rey Arbán y Brián acudieron cada uno en ayuda de los suyos. Pero la gente de España tenía muy buenos caballos y tomó gran ventaja, y todos los contrarios se hubieran perdido si no acuden con sus haces el rey Lisuarte y el rey Cildadán.

Cuando el rey Perión vio la enseña del rey Lisuarte, le dijo a Gastiles:

–Adelante, y mirad siempre por esta enseña, que yo también lo haré.

El rey Lisuarte los esperó con corazón denodado. El rey Perión y el rey Cildadán se reconocieron y fueron a combatir contra otros. Cuando el emperador vio la confusión que había en el campo, creyó que los suyos estaban en peligro, y mandó a sus capitanes que rompiesen denodadamente con todas sus haces. Fue la señal para que entraran también en el campo los caballeros de la Ínsula Firme.

La confusión fue tan grande que nadie pudo seguir a su capitán. Estaban todos tan juntos que se podían herir con las espadas. Se tomaban por los brazos y se arrancaban de las sillas, y fueron más los que murieron pisoteados por los caballos que heridos por las armas. El estruendo de la batalla hacía resonar los valles. Allí estaba la flor de la cristiandad, y el daño que recibió aquel día no se pudo reparar en mucho tiempo.

Agrajes quería encontrarse con el rey Lisuarte, y yendo por entre la gente vio que acababa de derribar a Dragonís con la lanza y que echaba mano a la espada para herirle. Agrajes fue a su encuentro y le dijo a grandes voces:

–¡A mí, rey Lisuarte, que yo soy el que más te odia!

El rey volvió la cabeza y fue contra él. Se dieron recios golpes, pero no se pudieron herir. Agrajes soltó la espada y se abrazó al rey para derribarlo, porque era el caballero más acometedor y de corazón más vivo de su tiempo. Pero el rey era más fuerte de cuerpo, y Agrajes se hubiera visto en gran peligro de no acudir el rey Perión, y con él Florestán, Landín, Enil y otros muchos caballeros. De la otra parte entraron Guilán, Norandel, Brandoibás y Giontes, que siempre estaban al cuidado del rey. Agrajes y el rey estaban tan asidos que no los podían apartar. Al ruido de las voces y de las armas, se acercó don Cuadragante, se metió con bravura entre todos y echó mano del rey con tanta violencia que casi derribó a los dos. El rey Arbán de Norgales, que había perdido de vista al rey Lisuarte, al verlo de pronto en tanto peligro se abrazó a don Cuadragante, y así estuvieron los cuatro tratando de derribarse. Acudieron el emperador y el rey Cildadán con más de tres mil caballeros, y de la otra parte, Gastiles y Grasandor con los suyos. Los que estaban abrazados tuvieron que soltarse, y apenas pudieron sostenerse en las sillas. Fue tanta la gente que cargó de parte del rey Lisuarte que estuvieron a punto de ganar la batalla. Pero el rey Perión, con

Cuadragante, Florestán y todos sus amigos, como caballeros forzados, contuvieron a los contrarios, recibiendo golpes por todas partes hasta que acudió Amadís, que había matado de un solo golpe a Constantino y traía su buena espada tinta en sangre hasta la empuñadura. Y vinieron con él el conde Galtines, Gandalín, Trion y muchos otros de los suyos. Al ver Amadís que el emperador combatía delante, como cosa que tenía por vencida, espoleó a su caballo y se metió con tanto denuedo entre la gente que Floyán, que lo reconoció por las sobreseñales, temió por el emperador y se le puso delante, aventurando su vida. Florestán seguía a Amadís, y al ver a Floyán, fue contra él con toda violencia. Se dieron grandes golpes encima de los yelmos, y Floyán quedó sin sentido y cayó al suelo, donde murió pisoteado. Amadís tenía puestos los ojos en el emperador y no se detuvo. Se metió con gran saña entre la gente, y aunque recibía golpes de todos lados siguió adelante. Alzó la espada y le dio al emperador con todas sus fuerzas encima del yelmo. El emperador perdió las fuerzas y dejó caer la espada. Cuando Amadís vio que iba a caer del caballo, le dio rápidamente otro golpe encima del hombro y le cortó las armas, la carne y los huesos. El emperador cayó muerto.

Los romanos dieron grandes voces y la batalla se avivó. Acudieron Arquisil y Flamíneo con muchos de los suyos, y se lanzaron contra Amadís y Florestán. Mas el conde Galtines, Gandalín y Trion llamaron a Bruneo y a Angriote, y los cinco llegaron en su ayuda, haciendo gran estrago.

El rey Perión, con don Cuadragante, Agrajes y otros muchos, combatía con el rey Lisuarte y los suyos. Allí se libraba la lucha más dura de todo el día, y era grande la mortandad. Del lado de Amadís sobrevinieron Brián de Monjaste y Gandales, que había recogido a unos seiscientos caballeros, y dieron con tanta bravura contra los enemigos que les hicieron retroceder. El rey Arbán de Norgales volvió la cabeza y vio que los romanos perdían terreno. Entonces dijo al rey Lisuarte:

–Señor, retiraos; si no, os perderéis.

El rey miró y vio que era verdad. Con el rey Cildadán, contuvo a los contrarios hasta que todos los suyos estuvieran en la misma línea que los romanos. Allí se detuvieron porque Norandel, don Guilán,

Cendil y Ganota y Ladasín fueron a reforzar a los romanos. Pero la batalla estaba decidida.

Amadís vio que las fuerzas del rey Lisuarte estaban perdidas sin remedio y que si continuaba la lucha no estaría en sus manos el salvarse. Los romanos retiraban el cadáver del emperador, haciendo gran duelo y alejándose del campo. La noche se acercaba, y los suyos, con gran esfuerzo, apremiaban a los enemigos, que casi no se defendían. Amadís tomó consigo al conde Galtines, y metiéndose entre la gente se acercó al rey Perión y le dijo:

–Señor, la noche se nos viene encima y dentro de poco no veremos nada y podríamos matar a los amigos en vez de a los enemigos. Me parece que sería mejor apartar la gente, que no creo que nuestros enemigos se atrevan a esperarnos mañana.

–Hágase tu parecer –dijo el rey Perión–, y el Señor, que sabe todas las cosas, bien verá que se hace por su servicio, ya que en nuestra mano está la destrucción de todos nuestros enemigos.

Agrajes, que estaba cerca del rey, se acercó con gran furia a Amadís y le dijo:

–¿Cómo, señor primo, ahora que tenéis a vuestros enemigos vencidos y desbaratados y estáis en disposición de ser el príncipe más fuerte del mundo, los queréis salvar?

–Señor primo –dijo Amadís–, a los nuestros quiero yo salvar para que no se maten entre ellos en la oscuridad, que nuestros enemigos no tienen ya defensa ninguna.

–Ya que no queréis vencer –dijo Agrajes–, no vais a dominar, y sí en momentos como éste os domina la piedad, no seréis nunca más que un caballero andante. Hágase lo que tengáis por bien.

VI

NASCIANO, MENSAJERO DE PAZ

Los romanos recogieron el cadáver del emperador. El rey Lisuarte y el rey Cildadán fueron a hacerle los últimos honores. El rey Lisuarte dispuso que se llevase el cadáver al monasterio de Luvaina, para que más adelante se pudiese trasladar a Roma, a la capilla de los emperadores. Se concertaron dos días de tregua para poder enterrar a los muertos.

El rey Lisuarte estaba decidido a no partir de allí sino vencedor o muerto. El rey Cildadán, aunque lamentaba su vasallaje, juró que vivo o muerto estaría a su lado. Arquisil, caudillo de los romanos y heredero del imperio, se ofreció a tomar la delantera.

Mientras se hacían los preparativos para la tercera batalla, el santo Nasciano se encaminaba hacia la tienda del rey Lisuarte. En su ermita había tenido noticias de la guerra, y sintió pena en el corazón. Conocía todo el secreto de Amadís, y rogó a Dios que le diese salud para poner paz y obtener el casamiento de Amadís y Oriana. Tomó consigo dos hombres, y se puso en camino en su asno hacia la Ínsula Firme. Quería ver a Oriana y obtener de ella licencia para hablar con el rey Lisuarte.

Llegó a la Ínsula Firme cuando el rey Perión y su gente habían partido ya. Oriana se confesó con él, y al oír lo que pensaba hacer, le dijo:

–En vuestra voluntad pongo todas mis angustias, para que hagáis lo que creáis mejor para el servicio de mi alma. Que Dios os guíe y que vuestro deseo se cumpla.

El santo ermitaño se puso de nuevo en camino y llegó después de la segunda batalla. Cuando vio tantas gentes muertas y heridas y los llantos que se hacían en todas partes, alzó las manos al cielo y lloró

con mucha piedad. El rey Lisuarte lo vio y quedó maravillado. Se acercó a él, hincó las rodillas y le dijo:

–Padre Nasciano, amigo y siervo de Dios, dadme vuestra bendición.

El ermitaño le dio su bendición y, apartándose con él, le dijo:

–Estaba en aquella ermita metida en la áspera montaña donde hablasteis conmigo, cuando supe de esta cruda guerra. Y como sé que vos queríais casar a vuestra hija con el emperador de Roma y que este casamiento no se podía hacer, no sólo por lo que muchos señores os dijeron, sino por una razón oculta a todos y a mí manifiesta, he venido a veros. Vuestra hija se ha unido en matrimonio con el marido que Nuestro Señor tuvo a bien darle.

El rey pensó que, como este hombre tenía ya mucha edad, la discreción se le turbaba. Pero Nasciano le contó todo lo que había sabido de Oriana, cómo la había salvado Amadís de las manos de Arcaláus y el misterio del nacimiento de Esplandián. El rey estaba maravillado y dijo:

–¡Oh, padre Nasciano! ¿Es verdad que mi hija está casada con Amadís?

–Amadís es el marido de vuestra hija, y Esplandián, vuestro nieto.

–¡Oh, santa María! –dijo el rey–. ¡Qué pena tenérmelo oculto tanto tiempo!

El rey quedó pensativo. Recordó los hechos pasados desde que Amadís había llegado a su corte, y la hermosura de Esplandián, en quien había puesto tantas esperanzas, y dijo:

–Padre Nasciano, amigo de Dios, aunque mi corazón sólo deseaba recibir la muerte o darla, para satisfacción de mi honra, vuestras santas palabras me determinan a deciros que estoy dispuesto a aceptar la paz y la concordia. Id a hablar con Amadís, y sin descubrirle mi propósito, tomad su parecer, y si se conforma con el mío, el porvenir podrá ordenarse en provecho y honra de todos.

El ermitaño hincó las rodillas y lloró de placer. Al salir de la tienda se encontró con Esplandián, que acababa de llegar con Sargil,

enviado por la reina para saber nuevas del rey. Nasciano le hizo tales demostraciones de cariño que todos se conmovieron. El rey Lisuarte, al ver a su nieto, no pudo apartar de él los ojos, y sintió tal amor que desaparecieron de su corazón la pasión y el enojo. Esplandián se arrodilló ante el ermitaño, y luego fue a besar las manos del rey y a entregarle la carta de la reina Brisena. Nasciano quiso llevar consigo a Esplandián, y el rey lo consintió.

El ermitaño llegó con Esplandián y con Sargil a la tienda de Amadís y lo encontró rodeado de muchos caballeros. Amadís no lo había visto nunca, y tampoco reconoció a Esplandián. Don Cuadragante dijo a Amadís:

–Mi buen señor, aquí veis al hermoso Esplandián, de quien os dimos saludos don Brián de Monjaste y yo.

Amadís sintió gran alegría y se notó su alteración. Quiso abrazar al doncel, pero él le dijo:

–Señor, haced antes los honores al santo Nasciano, que pregunta por vos.

Todos se acercaron al ermitaño con mucha humildad y le pidieron su bendición, porque en todas partes era manifiesta la fama de su santidad. Él los bendijo, y entonces Amadís abrazó a Esplandián. El ermitaño dejó al doncel con don Cuadragante y, apartándose con Amadís, le dijo:

–Hijo mío, antes de manifestaros la causa de mi venida, quiero recordaros la deuda que tenéis con Dios. En la hora en que nacisteis fuisteis echado al mar, encerrado en una arca, y el Señor del mundo os trajo a la vista de quien tan bien os crio. Este Señor os ha hecho el más hermoso, el más fuerte y el más amado de cuantos hay en el mundo, y ha hecho que vencierais a valientes caballeros y a gigantes y fieras descomunales. Por ello debéis mirar más que nadie por su servicio. Y ahora sabed, hijo mío, que, poniendo en peligro este cuerpo viejo y cansado, he venido a poner paz y amor donde hay tanta desventura.

–Amigo de Dios y santo ermitaño –dijo Amadís–, si el conocimiento que tengo de los bienes recibidos de Dios me permite ahora

enmendar algo de lo pasado, mucho me alegraré.

El ermitaño le contó lo que le había dicho el rey Lisuarte, y le dijo que con el casamiento de él y de Oriana se podía concertar la paz. Amadís, con gran alegría, le dijo:

–Si el rey Lisuarte tiene ese propósito, yo lo tomaré como señor y padre para servirle.

Amadís hizo que el ermitaño hablase con el rey Perión, su padre. El rey llamó a los principales caballeros para que diesen su parecer sobre el requerimiento de paz que les hacía el santo Nasciano. Todos callaron.

–Señor, por vuestra dignidad real y por el gran valor de vuestra persona, y aún más por el gran amor que os tienen estos príncipes y caballeros, os han elegido para que guieis las cosas de la guerra y de la paz. Yo confío en que lo que vos determinéis, ninguno querrá contradecirlo, y puesto que queréis conocer nuestro parecer, mi voto es que si nuestros contrarios quieren la paz, que la concedamos. Y como al comienzo fueron nombrados don Cuadragante y Brián de Monjaste, pienso que también debe nombrárseles ahora.

Así se decidió. Se concertaron treguas: las fuerzas del rey Perón debían retirarse una jornada y las del rey Lisuarte acogerse a la ciudad de Luvaina. Al día siguiente sonaron las trompetas y se levantaron los campamentos.

VII

EL TERCER EJÉRCITO

El tercer ejército estaba en lo más áspero de la montaña. El rey Arábigo, Barsinán, el rey de la Ínsula Profunda y todos los parientes de Dardán el Soberbio aguardaban el resultado de la lucha. Eran unos doce mil caballeros.

La delantera la tenía Barsinán, que deseaba vengar la muerte de su padre y de su hermano, con dos mil caballeros, además de sus arqueros y ballesteros. Arcaláus tenía la segunda haz, con seiscientos caballeros propios y dos mil cuatrocientos del rey Arábigo. La tercera haz la tenía el rey Arábigo, y le acompañaba el rey de la Ínsula Profunda con toda su gente. Había con ellos seis caballeros, parientes de Brontajar Danfania, y como él del linaje de los gigantes, que habían acudido desde la Ínsula Sagitaria para vengar la muerte de Brontajar. Llegó también el duque de Bristoya, enemigo del rey Lisuarte, que había tenido en la Gran Bretaña villas y castillos, y el rey Arábigo le dio quinientos caballeros. Sólo esperaban noticias de la batalla que se estaba librando. El rey Arábigo estaba contento de que durase tanto la lucha. Esperaba quedar como señor de la Gran Bretaña y abrazaba a Arcaláus y le prometía grandes mercedes.

Pero llegaron nuevas de que se habían levantado los dos campamentos. Entonces decidió atacar al rey Lisuarte de noche, para tomarlo desprevenido. Pero el rey Lisuarte, que había tenido noticias de que gente a caballo iba encubierta encima de los cerros y de que caballeros misteriosos seguían a sus fuerzas, rogó a todos los capitanes que tuviesen a su gente armada y en orden, por si fuese menester. Don Grumedán y Brandoibás querían que se avisase al rey Perión, pero él no creyó que el peligro fuese tan grande y mandó mover su gente con más prisa para acogerse a la ciudad, donde esperaba estar más seguro.

Los escuchas del rey Arábigo le avisaron de que era mejor descender al llano y dar la batalla enseguida, porque el enemigo estaba sobreaviso. La gente estaba en reposo. Tardaron en armarse y ponerse en marcha. Los malos pasos de la montaña les detuvieron bastante. Arcaláus le dijo al rey que no se apresurase para no cansar a los suyos, que él conocía muy bien la ciudad y que para el rey Lisuarte, con su poca gente, era más peligroso estar en ella que en el campo.

Esplandián y Sargil, en sus palafrenes, llevaban nuevas del ermitaño para el rey Lisuarte. Cuando vieron que las fuerzas del rey se retiraban precipitadamente y que descendían grandes fuerzas por la montaña, pensaron que el rey estaba en gran peligro. Esplandián dijo a Sargil:

–Hermano, no descansemos hasta que el rey reciba socorro.

Las fuerzas del rey Lisuarte, seguidas muy de cerca por las avanzadas del rey Arábigo, se dirigían a Luvaina. La noche era oscura y no se veían los unos a los otros. Cuando llegó el alba, estaban a poco trecho de la ciudad. El rey Lisuarte vio que no podía excusar la batalla y repartió su gente en dos haces: dio la primera al rey Cildadán, y puso con él a Norandel, al rey Arbán de Norgales, a Guilán el cuidador, a Cenil de Ganota y dos mil caballeros; en la segunda, Arquisil, Flamíneo, Giontes, Brandoibás y seis mil caballeros. Pero sus armas estaban deshechas y los caballos cansados de las batallas recientes y de la larga marcha. Cuando fue de día, y se vieron cerca unos de otros, se acometieron con bravura. Muchos caballos quedaron sin señores. Barsinán quebró su lanza, y con la espada dio grandes golpes. Norandel se encontró con un tío de Barsinán y le dio tal lanzada que el hierro le atravesó el escudo y la loriga y salió por las espaldas. El rey Cildadán, Guilán, Arbán de Norgales y los otros derribaron e hirieron a los enemigos, desbaratando la haz de Barsinán. Arcaláus acudió en su socorro, y combatía con la mano izquierda como antes con la derecha. Los suyos cobraron ánimo y derribaron, hirieron y mataron a muchos caballeros del rey Lisuarte. Arcaláus, valiente y esforzado, se metió entre todos. El rey Lisuarte, que veía a los suyos de vencida, acudió en su socorro, mató a unos y derribó a otros con su lanza, y luego con su hermosa espada dio tales golpes que hizo perder terreno a

los enemigos. Con gran saña, y olvidando todo peligro, se metió entre ellos. Cuando Arcaláus lo vio tan desviado de los otros, se acercó a Barsinán y le dijo:

–Barsinán, ahí tienes a tu enemigo. Si éste muere, todo está ganado. ¿No ves lo que hace el rey Lisuarte?

Barsinán tomó diez caballeros y dijo a Arcaláus:

–Ahora morirá él o moriremos todos.

Se lanzaron contra el rey y lo acometieron por todos lados, derribándolo de la silla. Filispinel, que andaba con veinte caballeros, al ver caer al rey, dijo:

–Señores, es el momento de morir por el rey.

Se abalanzaron en su socorro y vieron que dos caballeros se abrazaban al rey, le derribaban y le quitaban la espada. Filispinel y sus compañeros acometieron a Arcaláus y a Barsinán y llamaron a los demás. Si no acudían el rey Cildadán, Arquisil, Norandel, Brandoibás y otros muchos, el rey Lisuarte estaba perdido. Pero mataron a tantos que libertaron al rey. Norandel se arrojó del caballo, dio grandes golpes a los que tenían abrazado al rey, recobró su espada y, poniéndosela en las manos, le dijo:

–Subid en mi caballo.

Brandoibás dio otro caballo a Norandel y fueron juntos a ayudar a los suyos, que combatían con bravura y hacían retroceder a los contrarios, Arcaláus dijo a uno de sus caballeros:

–Di al rey Arábigo que por qué deja que nos maten.

El rey Arábigo esperaba que los contrarios se alejasen más de la ciudad. Cuando llegó el mensajero de Arcaláus, hizo tocar las trompetas y añafiles y entró en la batalla con toda su gente. Y como encontró al enemigo en desorden y cansado, hizo gran estrago. Los seis caballeros de la Ínsula Sagitaria hacían cosas extrañas y derribaban y mataban a cuantos encontraban, y, con lo que hicieron ellos y la gente descansada que traía el rey Arábigo, los del rey Lisuarte comenzaron a perder el campo. El rey, al ver que

retrocedían los suyos, tomó consigo a los más valientes, y poniéndose delante, mandó a los otros que se retirasen a la ciudad.

En esta retirada hizo el rey, por defender a los suyos, más que lo que había hecho nunca desde que le habían armado caballero. Muchos caballeros cayeron muertos. El rey Arbán de Norgales y don Grumedán fueron derribados y tomados prisioneros. El rey mismo se hubiera perdido, pero le hicieron entrar a la fuerza en la ciudad y cerraron las puertas. Así fue vencido y desbaratado el ejército del rey Lisuarte.

El rey Arábigo determinó que, sin más tardar, Barsinán y el duque de Bristoya, con la gente que eligieran, pasasen a un extremo de la ciudad, y que él, con Arcaláus y con el rey de la Ínsula Profunda y los otros caballeros, atacasen por el otro. Y dijo:

–Os digo a vosotros y a todos los que quieran seguirme que no comeré ni beberé hasta tomarlos o morir, y así lo prometo como rey. Mi muerte o la de ellos.

El rey Lisuarte vio que la ciudad no se podía defender por mucho tiempo, pero acordó combatir para llegar al cabo de su mala ventura y morir como caballero. Repartió sus fuerzas en el muro y las esforzó a la defensa. Los contrarios estuvieron varias veces a punto de entrar, porque el muro era bajo, pero fueron rechazados. Vino la noche, y la gente tuvo que retirarse hasta que la luz del alba permitiese continuar la batalla.

VIII

¡GAULA, GAULA! ¡IRLANDA, IRLANDA!

Esplandián llegó al campamento del rey Perión, se dirigió a la tienda de Amadís y le contó lo que pasaba. Amadís fue a ver a su padre y le pidió licencia para acudir en socorro del rey Lisuarte. El rey le dijo:

–Hágase como tú quieras. Toma la delantera con la gente que te plazca, que yo te seguiré con el resto. Si hemos de tener paz con el rey Lisuarte, esto hará la paz más firme. Si hemos de tener guerra, más vale que le destruyamos nosotros y no otros, que serán peores enemigos.

El rey mandó tocar las trompas y añafiles, y cuando todos estuvieron alistados con sus capitanes, les dio las nuevas que había y les pidió que mostrasen su virtud en socorrer a aquel rey, sin mirar a lo pasado. Todos lo tuvieron por bien. Amadís tomó consigo a don Cuadragante, a su hermano Florestán, a Angriote de Estraváus, a Gavarte de Val Temeroso, a Gandalín, a Enil y a cuatro mil caballeros, y con él al maestro Elisabat, que en esa jornada y en las batallas pasadas había hecho maravillas.

Amadís se dio gran prisa, pero le sorprendió la noche. Había dicho a los guías que fuesen siempre del lado de la montaña con el propósito de atajar al rey Arábigo, pero erraron el camino y no sabían si estaban cerca de Luvaina o habían pasado adelante. Aunque Amadís era el hombre más sufrido del mundo, maldecía mil veces su desventura. Por fin dijo a Gandalín:

–Toma un guía y trata de subir a la montaña. Si hay gente, se verán los fuegos del campamento.

Gandalín lo hizo, y descubrió los fuegos. Se reunió con Amadís, y las fuerzas, conducidas por el guía, se pusieron enseguida en

camino.

Comenzaba a romper el alba. El rey Arábigo y sus caballeros se prepararon para el combate. Cuando estuvieron armados se acercaron con gran alegría al muro y a las puertas de la ciudad. Las fuerzas del rey Lisuarte se defendían con bravura, pero, como la gente era poca y los más estaban heridos y cansados, no pudieron evitar que los contrarios entrasen con gran furia. El rey y los suyos combatían valerosamente, y desde las ventanas los ayudaban las mujeres y los mozos. El ruido de las cuchilladas, lanzadas y pedradas era grande, y el clamor de las voces ponía espanto.

El rey Lisuarte y sus caballeros se vieron perdidos, pero, antes de morir o caer prisioneros, hacían grandes maravillas con las espadas y nadie osaba acercarse a ellos. Pero tenían que retirarse ante las lanzas y piedras. El rey Arábigo, Arcaláus y los seis caballeros de la Ínsula Sagitaria entraron en la ciudad. A dos de ellos los envió el rey Arábigo hacia la parte donde estaban Barsinán y el duque de Bristoya, y a los otros cuatro les dijo:

–Ahora, amigos míos, podéis vengar la muerte de aquel noble caballero Brontajar Danfania, que ahí están los que le mataron. ¡Contra ellos, que no tienen defensa ninguna!

Echaron mano a sus cuchillos, grandes y fuertes, pasaron con gran furia entre los suyos, apartándolos y derribándolos, y llegaron hasta donde estaban el rey Cildadán y sus compañeros. Cuando los vio el rey Cildadán, sintió temor, pero dijo:

–¡Ea, señores, que con éstos la muerte está bien empleada, pero sea de manera que ellos vayan antes que nosotros!

Se acometieron los unos y los otros tan bravamente que se veía que no deseaban más que morir o matar. Uno de ellos se aproximó al rey Cildadán y levantó el cuchillo para darle encima del yelmo y hendirle en dos la cabeza. El rey alzó el escudo, pero el golpe fue tan grande que el cuchillo entró por el medio, cortó el arco de acero y quedó clavado sin poder salir. No perdió el corazón el rey Cildadán, que se había visto otras veces en tales peligros, y le dio con la espada en el brazo, que estaba detenido por el peso del escudo. Le cortó la manga de la loriga, y el brazo quedó cortado y

colgando del cuerpo. El caballero de la Ínsula Sagitaria se tuvo que retirar, y el rey acudió en defensa de sus compañeros, que combatían con los otros tres. La calle se defendía muy bien. El rey Arábigo, que estaba detrás, daba voces de que no dejasen hombre con vida.

Los dos caballeros de la Ínsula Sagitaria que iban en apoyo de Barsinán tomaron por una calle traviesa. El rey Lisuarte y los suyos tuvieron que retroceder. No cabían ya en la calle, y cargaba tanta gente sobre ellos y les tomaban las espaldas que ya se daban por muertos.

En ese momento resonaron en las calles los gritos de «¡Gaula, Gaula», «¡Irlanda, Irlanda!». Amadís y don Cuadragante entraban con su gente por las dos puertas de la ciudad, hiriendo y matando a los que querían contenerles el paso.

Las fuerzas del rey Arábigo quedaron desconcertadas y no sabían si combatir con los que tenían delante o socorrer a los que estaban detrás. El rey Lisuarte, al ver que recibía ayuda y que sus contrarios cedían, comenzó a esforzar a los suyos y a acometer con tanta bravura que obligó a sus enemigos a retroceder hasta dar espalda con espalda con los que huían de Amadís. El rey Arábigo y Arcaláus no tuvieron valor para morir en la calle y se acogieron a una casa, donde fueron tomados. Amadís daba tales golpes que nadie se atrevía a enfrentársele. Contra él se lanzaron los dos caballeros de la Ínsula Sagitaria, que peleaban en aquella parte de la ciudad. Aunque los vio tan valientes, no se espantó; levantó su buena espada y dio a uno de ellos un golpe tan fuerte encima del yelmo que le obligó a hincar las rodillas en tierra, y con las manos le hizo caer de espaldas. Florestán y Angrote de Estraváus habían derribado al otro, y lo habían dejado en poder de los que venían detrás. Avanzaron juntos, y llegaron hasta donde estaban Barsinán y el duque de Bristoya, apremiados por el rey Lisuarte. Al verse en peligro de muerte, se rindieron pidiendo merced.

Amadís reconoció al rey Lisuarte y vio que por allí ya no había con quién combatir. Quiso ir a la parte por donde había entrado don Cuadragante, pero le dijeron que tampoco allí había enemigos y que se habían entregado el rey Arábigo y Arcaláus. Cuando lo supo, dijo a Gandalín:

–Ve a decir a don Cuadragante que yo salgo de la ciudad y que será bien que nos vayamos sin ver al rey Lisuarte.

Amadís hizo cabalgar a su gente y se retiró. El rey Lisuarte, que veía a sus enemigos muertos y destrozados, no sabía qué decir y llamó a Guilán:

–Don Guilán, ¿qué será esto? ¿Quiénes son éstos que tanto bien nos han hecho?

–Señor –dijo–, ¿quién puede ser sino quien suele ser? Ya oísteis que nombraban a Amadís, y bien será que le deis las gracias.

–Pues id vos delante –dijo el rey–, que yo iré enseguida.

Guilán detuvo a Amadís cuando ya estaba fuera de la ciudad. Al oír su voz, se volvió. Cerca de él vio al rey, que tenía las armas despedazadas y ensangrentadas. Amadís tuvo piedad, se apeó y fue a arrodillarse ante el rey para besarle las manos. El rey no se las quiso dar, y lo levantó y abrazó con gran alegría. Don Cuadragante, el rey Cildadán, Florestán, Angriote y otros caballeros se acercaron a besar las manos al rey.

Todos sentían gran alegría de verse otra vez juntos y de haber destruido a los enemigos. En eso llegó Brandoibás, cubierto de sangre de sus heridas, y dijo al rey:

–Señor, están matando a los enemigos que se metieron en las casas, y por todas las calles corren arroyos de sangre.

–Señor –dijo Amadís–, mandadlo remediar, que en las grandes victorias se muestran los grandes ánimos.

El rey mandó a Norandel y a Guilán para que no dejasen matar a nadie y redujesen a todos a prisión. Amadís dijo:

–Señor, os ruego que nos deis licencia para que podamos juntarnos con el rey Perión, mi señor, que viene con toda su gente.

–Esa licencia no os daré yo –dijo el rey–, que aunque en virtud y esfuerzo no os pueda ganar nadie, quiero que en esto os deis por vencido y que esperemos aquí al rey vuestro padre.

Y, dirigiéndose al rey Cildadán, le dijo:

–Tened a este caballero, ya que yo no puedo.

–Señor –dijo el rey Cildadán a Amadís–, haced lo que el rey os ruega con tanta afición.

Amadís se volvió a su hermano Florestán, a don Cuadragante y a los otros caballeros, y les dijo:

–Señores, ¿qué haremos en lo que el rey manda?

Don Cuadragante dijo que, puesto que habían venido para ayudar y servir al rey y lo habían hecho en lo más, que también podían hacerlo en lo menos. Entonces dijo Amadís:

–Ya que a vos, señor, os parece bien, hágase como lo mandáis.

El rey Arbán de Norgales y don Grumedán llegaron con las manos atadas. Los guardianes que los tenían prisioneros habían huido. El rey, que los daba por muertos, tuvo gran alegría. Besaron las manos al rey y luego se acercaron a Amadís como grandes amigos. También llegó Arquisil, y cuando vio a Amadís le fue a abrazar y le dijo:

–Señor, a buen tiempo nos socorristeis, que si a algunos de los nuestros habéis muerto, a muchos más habéis salvado.

Se acercaban a toda marcha las fuerzas del rey Perión. Don Grumedán dijo al rey:

–Buen socorro es aquél, pero si hubiera tardado el primero, estábamos perdidos.

–Quien se pusiese con vos –dijo el rey, de buen semblante– a discutir si las cosas de Amadís estaban o no bien hechas, largo debate tendría.

El rey Lisuarte pidió un caballo y dijo al rey Cildadán que tomase otro para salir a recibir al rey Perión. Amadís envió a Durín a decírselo a su padre. El rey Perión entregó el mando a Agrajes y se adelantó con Gastiles, Grasandor, Brián de Monjaste y Trion.

Cuando los reyes se vieron, se adelantaron a los caballeros que los acompañaban y se abrazaron estrechamente. El rey Perión, al ver al rey Lisuarte herido y con las armas despedazadas, le dijo:

–Me parece, señor, que no partisteis del campo de batalla tan maltrecho como os veo, aunque allí vuestras armas no estuvieron en las fundas ni vuestra persona a la sombra de las tiendas.

–Señor, así he querido que me vieseis para que supieseis cómo me encontraba cuando Amadís y estos caballeros me socorrieron.

El rey Perión, con gran alegría, le dijo:

–Muchas gracias doy a Dios de que así hayan terminado las discordias y de que así os hayan servido mis hijos y los caballeros de mi linaje, porque, a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros, siempre fue y es mi deseo que os acaten y obedezcan como a señor y a padre.

–Dejemos ahora esto –dijo el rey Lisuarte–, pues confío en que quedaremos unidos por mucho tiempo.

El rey Lisuarte quiso ver también a Agrajes, a quien tenía en mucho, para que no quedase sombra del enojo pasado. Amadís fue en su busca, y después de explicarle lo que había pasado y los propósitos amistosos del rey, le rogó que fuese a verle. Agrajes le dijo:

–Mi primo y señor, quiera Dios que esta ayuda que habéis prestado al rey os sea mejor agradecida que las anteriores, que no han sido pocas. Y puesto que os agrada que le vea, así se hará.

Mandó a la gente que no se moviese y fue con Amadís. Cuando llegó ante el rey, le quiso besar las manos, pero él le abrazó y le tuvo así largo rato. Luego le dijo:

–¿Qué tenéis por mayor afrenta, estar abrazado conmigo como estamos ahora o como estábamos en la batalla? Supongo que ésta tendréis por mayor.

Todos rieron. Agrajes, con mucha mesura, le dijo:

–Señor, será menester más tiempo para que pueda contestaros.

IX

LA PAZ

Arquisil, el jefe romano, debía ponerse a merced de Amadís después de la batalla. Amadís le dijo:

–Señor, quiero deciros lo que he pensado. Yo sé que después de la muerte del emperador no queda en todo el imperio más sucesor legítimo que vos. Sé también que todos los de vuestro señorío os aman y que el único que no os amaba era el emperador, por la envidia de vuestras buenas maneras. Tenéis aquí a los mejores caballeros de Roma; yo tengo además en la Ínsula Firme a Brondajel de Roca, al duque de Ancona y al arzobispo de Talancia, con otros muchos. Yo haré que vengan y trataremos de que antes de partir de aquí os juren por emperador. Y si alguno se opone, yo os ayudaré. Así, buen amigo, pensad y trabajad en ello.

Arquisil, que había temido que Amadís le pusiese en una apartada prisión, tuvo gran alegría y contestó:

–Señor, yo no sé por qué todos los hombres del mundo no procuran vuestro amor y conocimiento. De mí os digo que quedo en deuda con vos por toda la vida, y que, ya se haga o no lo que decís, dejo desde ahora en vuestras manos todo mi bien y honra.

–Pues yo lo tomo a mi cargo –dijo Amadís–, y con la ayuda de Dios saldréis de aquí emperador, o yo no me tendré por caballero.

Juntos fueron a la prisión donde estaban el rey Arábigo y Arcaláus. Los hallaron sentados en una cama. Desde que estaban presos no se habían querido desvestir. Amadís dijo:

–¿Qué haces, Arcaláus?

–¿Quién eres tú, que lo preguntas?

–Yo soy Amadís de Gaula, a quien tanto deseabas ver.

–Sí –dijo Arcaláus–. Aunque ha pasado mucho tiempo, reconozco en ti a aquel Amadís que tuve en mi poder en el castillo de Balderín. La piedad que entonces tuve de tu tierna juventud y de tu gran hermosura me ha puesto después por largos años en muchas y grandes tribulaciones, hasta traerme a tal estado que necesite pedirte misericordia.

–Si yo la tuviese –dijo Amadís–, ¿dejarías de hacer los grandes males que hasta aquí has hecho?

–No –dijo él–, que ya la edad no me permitiría retraerme de lo que por tanto tiempo ha sido mi costumbre.

–Arcaláus –dijo Amadís–, tengo alguna esperanza de que tu condición se enmiende porque tú mismo te tienes por malo y pecador. Esfuérzate, y podrá ser llave para soltar tu alma, que tan encadenada has tenido durante tanto tiempo.

Amadís se marchaba, pero Arcaláus le dijo:

–Mira, Amadís, a este rey sin ventura, que hace poco estaba a punto de ser uno de los mayores príncipes del mundo y en un momento la fortuna lo ha derribado y puesto en cruel cautiverio. Que sirva de ejemplo para ti y para todos los que tienen poder, y quiero que sepas que en los fuertes corazones está el vencer y el perdonar.

Amadís no quiso contestar y salió con Arquisil. Envió a Ardián, su enano, a la Ínsula Firme para que hablase con su señora Oriana, y le dio una carta para que el gobernador Isanjo le enviase los prisioneros romanos.

El enano contó a Oriana todo lo que había pasado, y su alegría fue muy grande. La reina Briolanja y Melicia, que estaban con ella, quisieron que el enano les hablase de Esplandián.

–Buenas señoras –dijo él–, de su hermosura os digo que aunque él es hombre y vosotras presumís de muy hermosas, si delante de él os hallaseis os esconderíais y no osaríais mostraros.

–Por eso –dijeron ellas– está bien que estemos aquí encerradas,

donde no nos verán.

–Él es tal –dijo el enano– que aunque estuvieseis más encerradas, vosotras y todas las mujeres hermosas saldríais a buscarlo.

El gobernador Isanjo sacó de la prisión a los romanos, les hizo todos los honores y los envió a Amadís. Cuando llegaron al monasterio donde estaba el rey Lisuarte, Amadís les ofreció su amistad si juraban como emperador a Arquisil, a quien correspondía legítimamente la sucesión del imperio. Brondajel de Roca le pidió que les dejase hablar con los otros caballeros romanos. Y después de reunirse con Flamíneo, que estaba herido, y de oír todas las opiniones, como vieron que era lo justo y que con ello ganaban la amistad de Amadís, que aunque les había hecho mucho daño como enemigo podía procurarles mucha honra como amigo, fueron a reunirse en la iglesia y allí juraron a Arquisil como emperador y le prometieron vasallaje. Él juró respetar todos sus fueros y costumbres y les concedió las mercedes que le pidieron.

Cuando el rey Lisuarte estuvo curado de sus heridas, convocó a todos los grandes caballeros en la capilla del monasterio, y volviéndose a Amadís, dijo:

–Esforzado caballero Amadís de Gaula, aunque está fuera de mi condición loar a nadie en su presencia, y aunque ello os sea embarazoso, debo, delante de estos reyes y caballeros, recordar las cosas pasadas desde el día en que quedasteis en mi corte como caballero de la reina Brisena. Después que vencisteis a Dardán el Soberbio, habéis traído a mi servicio a vuestro hermano Galaor, que es el mayor don que nunca se hizo a un rey. Cuando mi hija Oriana y yo estábamos en manos de Arcaláus, sin que ninguno de mis caballeros pudiese defendernos, y nuestras vidas y nuestros reinos estaban en peligro, vos y Galaor nos salvasteis, y luego vos acudisteis en defensa de la reina, que estaba cercada en la ciudad de Londres, y me restituisteis con honra y seguridad en mis reinos. Después, cuando estaba concertada la batalla con cien caballeros del rey Cildadán, vencisteis a don Cuadragante, matasteis a Famongomadán y a Basagante, los dos gigantes más bravos de todas las islas, y libertasteis a mi hija Leonoreta con sus dueñas y doncellas y con diez caballeros. Y en la batalla de los cien caballeros matasteis de un golpe al fuerte Sarmadán el León, de otro

me librasteis de las manos de Madanfabul, el gigante de la Torre Bermeja, y, por otras muchas cosas que en la batalla hicisteis, decidisteis a mi favor la victoria. Además, vencisteis al valiente y famoso Ardán Canileo el Temido, al que en ninguna otra corte habían podido resistir dos, tres y cuatro caballeros juntos. Y si se puede decir que a todos ellos estabais obligado porque os hallabais a mi servicio, recordemos lo que por mí habéis hecho después que por obra de malos consejos os apartasteis de mí más como enemigo que como servidor. Supisteis, en el momento de mayor enemistad, la gran batalla que tenía con el rey Arábigo y con otros seis reyes que acudían a sojuzgar mis reinos con gentes extrañas, y acudisteis con el rey vuestro padre y con vuestro hermano don Florestán, y casi por la bondad de vosotros tres, aunque de mi parte hubo muy buenos y preciados caballeros, destruí a mis enemigos y aseguré mi persona y real estado con más honra y grandeza que la que tenía. Ahora, viniendo al final, yo sé que en nuestra segunda batalla vos evitasteis la gran afrenta en que yo y todos nosotros estábamos. El socorro último creo que me excusaréis de que no lo traiga a la memoria, pues aún corre la sangre de nuestras heridas. Decidme, señores, ¿qué galardón se puede dar que iguale tan grandes servicios? Por cierto ninguno, salvo que acatada mi persona mientras duren mis días, que estos reinos y señoríos que tantas veces amparó este caballero, los reciba en casamiento con mi hija Oriana, y que así como por voluntad ellos dos se han unido en casamiento sin yo saberlo, así, sabiéndolo y queriéndolo, queden como hijos míos y herederos de mis reinos.

Amadís hincó las rodillas ante el rey, le besó las manos y dijo:

–Señor: todo esto que habéis dicho en mi loor se podía excusar, porque las mercedes y honras que yo y los caballeros de mi linaje recibimos de vos nos obligaban a mayores servicios, y por ello no os doy las gracias. Mas por darme a la princesa Oriana os serviré todos los días que viva con la mayor obediencia y acatamiento que nunca hizo hijo a padre ni servidor a señor.

X

LAS BODAS

Amadís pidió al rey Lisuarte como merced que concediese la infanta Leonoreta a Arquisil, emperador de Roma. Quería que las bodas se hiciesen en la Ínsula Firme junto con las suyas. El rey accedió y prometió asistir con la reina Brisena. El rey Perión se despidió del rey Lisuarte y volvió con todas sus fuerzas a la Ínsula Firme.

Oriana y las señoras que la acompañaban aguardaron en la huerta del castillo la llegada de los caballeros. Estaban tan hermosas y tan ricamente vestidas que no parecían personas terrenales, sino que Dios las había hecho en el cielo. El rey Perión entró delante. Amadís llevaba por la mano al emperador de Roma, y con él se acercó a saludar a Oriana. Luego entraron Agrajes, Florestán, don Cuadragante, Brián de Monjaste, Bruneo de Bonamar, Gastiles, Grasandor y los demás caballeros. En la huerta estaban, además de Oriana, la reina Sardamira, Olinda, Grasinda, Melicia, Mabilia, la reina Briolanja y otras infantas y doncellas. El emperador estaba maravillado y dijo a Amadís:

–Señor, creo verdaderamente que estas señoras no han nacido como las otras, sino que aquel Apolidón las hizo con su arte y las dejó en esta ínsula, donde vos las hallasteis. Ellas o yo estamos encantados, pues no creo que en todo el mundo se pueda encontrar tanta belleza junta. Por cierto, ni yo ni nadie lo ha podido ver en ninguna corte, si no en la del cielo.

Amadís se apartó con Oriana, y con gran humildad le dijo:

–Señora, ¿con qué servicios puedo pagar la merced que me habéis hecho al permitir que fueran descubiertos nuestros amores?

–Señor –dijo Oriana–, ya no es tiempo de que me hagáis tanta cortesía, que yo soy la que debe serviros y seguir vuestra voluntad

con la obediencia que la mujer debe al marido, y en adelante quiero conocer vuestro amor en que me tratéis como la razón lo consiente y no de otra manera.

Cuando fue hora de cenar, el rey Perión se levantó, y despidiéndose de las señoras llevó a todos los caballeros a su cámara, donde les hizo los honores. Cuando todos se retiraron, el rey quedó con Amadís y le dijo:

–Hijo, ya que Dios ha querido que con tanta honra pasases estas grandes batallas, sólo queda que con el mismo cuidado y diligencia con que reuniste a tantos grandes príncipes y señores, les muestres ahora tu gratitud. Puedes repartir entre ellos las tierras de los prisioneros y vencidos, y así como tú ya tienes mujer, que la tengan también ellos, para que se vea que si en los males y peligros te ayudaron, en los bienes y placeres son también tus compañeros. Pongo en tus manos a mi hija Melicia para que la des a aquel en quien sea bien empleada su virtud y hermosura, y lo mismo puedes hacer de tu prima Mabilia. Entiendo que la reina Briolanja seguirá tu parecer, y también te acordarás de Grasinda, y de la reina Sardamira, que aquí está el emperador que la puede mandar. Y si a ellas les agrada casarse en esta tierra, no faltarán caballeros de linaje para que puedan dejar generación que sostenga su vida y su memoria. Y esto hágase sin tardanza, porque las buenas obras que se hacen con pena y dilación pierden gran parte de su valor.

Amadís se hincó de rodillas ante él y le besó las manos. Al día siguiente reunió a sus amigos y les dijo:

–Señores, las grandes fatigas pasadas y la honra y prez que en ellas habéis ganado os dan licencia para que toméis algún descanso. Dios ha querido que con vuestra ayuda y amor yo alcanzase las cosas que más deseaba en este mundo. Por eso querría que alcanzaseis las vuestras, si en mi mano está. No tengáis embarazo en decirme vuestra voluntad, así en vuestros amores como en lo que haya que hacer con los señores que vencisteis y que están en nuestras prisiones, pues es justo que descanséis en los señoríos que ellos poseyeron.

Mucho se alegraron los señores reunidos y se lo agradecieron. Agrajes dijo que tomaría a Olinda, su señora. Bruneo de Bonamar le

pidió a Melicia, en la que tenía puesta toda su esperanza y buena ventura. Grasandor había entregado su corazón a la infanta Mabilia y la pidió por mujer. Don Cuadragante, que en su juventud no había tenido más cuidado que el del caballo y las armas, sin tener nunca reposo, dijo que se casaría con Grasinda, si a ella le agradase. Don Florestán, que había tenido el propósito de pasar a Alemania, a las tierras de su madre, dijo que mudaría el parecer si podía ganar el favor de la reina Sardamira. Los otros caballeros le dieron las gracias, pero querían buscar aventuras para ganar más honra y nombradía. Entonces Amadís pasó a repartir los señoríos y dijo:

–Vos, don Cuadragante, que sois hijo de rey y hermano de rey y vuestro estado no iguala vuestro merecimiento, tendréis el señorío de Sansueña, y lo podréis ganar sin mucho trabajo, ya que el señor está en vuestro poder. Vos, mi buen Bruneo de Bonamar, además de otorgaros mi hermana Melicia, tendréis el reino del rey Arábigo, y el señorío que esperabais de vuestro padre lo traspasaréis a vuestro hermano Branfil. Florestán, mi hermano, tendrá la reina que pide, y además de lo que ella posee, que es la isla de Cerdeña, el emperador le dará, a mi ruego, todo el señorío de Calabria, que fue de Salustanquidio. Vosotros, Agrajes y Grasandor, contentaos por ahora con los grandes reinos y señoríos que después de la vida de vuestros padres tendréis, y yo con este rincón de la Ínsula Firme hasta que el Señor disponga que tengamos más.

Todos loaron lo que Amadís determinó, y las bodas quedaron concertadas para el mismo día en que se celebrasen las suyas y las del emperador. Amadís dijo al rey Perión, su padre:

–Señor, bien será que enviéis por la reina, mi señora, y por Galaor, para el que tengo guardada la hermosa reina Briolanja. Quisiera que se hallen aquí cuando venga el rey Lisuarte.

–Así se hará. Yo escribiré a la reina, y envía tú lo que quisieres.

–Yo quiero hacer este viaje –dijo don Bruneo, levantándose–, si place a vuestra merced, y llevaré conmigo a mi hermano Branfil.

–Pues ese camino no se hará sin mí –dijo Angriote de Estraváus.

–Consiento –dijo el rey Perión– que vayáis Angriote y Branfil, pero

don Bruneo no lo dice de verdad, que quien le aleje de su amigo no será su amigo, y como yo siempre lo he sido suyo, no le daré licencia para no perderle.

–Señor –respondió Bruneo riendo–, aunque ésta es la mayor merced de cuantas de vos he recibido, quiero servir a la reina, mi señora.

–Así sea –dijo el rey–, y quiera Dios, mi buen amigo, que halléis a Galaor, vuestro hermano, en disposición de poder venir.

Prepararon una nave, y en poco tiempo estuvieron en Gaula. La reina los recibió muy bien, y Galaor, que estaba aún muy débil después de su larga enfermedad, los abrazó a los tres. Las lágrimas le caían de los ojos mientras decía:

–¡Oh, mis señores y grandes amigos! ¿Cuándo querrá Dios que yo ande en vuestra compañía, volviendo a las armas que por mi desventura he tenido tanto tiempo desamparadas?

–No os acongojéis, señor –dijo Angriote–, que Dios lo hará como lo deseáis, y oíd las grandes nuevas que os traemos.

Contaron a la reina y a Galaor todo lo que había pasado, y Galaor consideró una merced de Dios aquella enfermedad que le había excusado de ponerse al servicio del rey Lisuarte contra su padre y su hermano.

Al cabo de ocho días la reina había preparado las naves y todo lo necesario para el viaje, y comenzaron a navegar, camino de la Ínsula Firme. Cuando se supo la llegada, el rey Perión, con Amadís, Florestán, el emperador de Roma y los otros caballeros, salieron a recibir a la reina. Amadís besó las manos a su madre y fue a abrazar a Galaor. Pusieron a la reina en un palafrén y la llevaron a la huerta de Oriana, la cual aguardaba a la puerta con las reinas y grandes señoras. El emperador llevaba el palafrén por las riendas y quiso que descabalgase en sus brazos.

Oriana tenía por las manos a las reinas Sardamira y Briolanja. Con ellas salió al encuentro de la reina Elisena, y las tres se arrodillaron a sus pies. La reina las abrazó y besó y las levantó. Entonces se acercaron Mabilia, Melicia, Grasinda y todas las otras señoras, y le

besaron las manos.

Amadís tomó por la mano a la reina Briolanja y, acercándose con ella a Galaor, dijo:

–Hermano, os encomiendo esta hermosa reina, a la que ya conocéis.

–Señor –dijo Galaor–, tengo una gran merced que me la deis y a ella que me quiera por suyo.

La reina se sonrojó y pareció más hermosa. Cuando Galaor la había visto era muy moza, pero ahora estaba en la perfección de la edad y de la hermosura. Al mirarla, sintió por primera vez el verdadero amor, y ella, que conocía sus grandes hechos de armas y sus buenas maneras de caballero, puso en él el amor que siempre había sentido por Amadís.

El rey Lisuarte, con la reina Brisena y su hija Leonoreta, se pusieron en camino para la Ínsula Firme. Los acompañaban el rey Cildadán, el rey Arbán de Norgales y unos pocos caballeros. También Galvanes y Madásima, que el rey hizo venir de la isla de Mongaza.

Los caballeros y señoras de la Ínsula Firme salieron a recibirles a dos leguas del castillo. La reina Elisena iba delante de las reinas e infantas. Los vestidos y riquezas que llevaban sobre sí y sobre sus palafrenes eran tales, que ni antes ni después se supo que existiese nada igual en el mundo. Cuando el rey Lisuarte vio acercarse tanta gente, se adelantó hacia el rey Perión.

Amadís venía detrás con Galaor, que apenas podía cabalgar. Se apeó del caballo y se acercó a besar las manos al rey. La reina Brisena se adelantó, conducido su palafrén por Esplandián. Amadís fue a besarle las manos, y ella bajó del palafrén para abrazarle. Galaor se acercó al rey Lisuarte, y ambos se abrazaron y les vinieron lágrimas a los ojos. La reina Brisena tenía abrazada a Oriana, la besaba en los ojos y en las mejillas y decía:

–¡Hija mía, quiera Dios que los trabajos y fatigas que tu gran hermosura nos han dado se tornen en adelante en paz y alegría!

Cuando se dirigían al castillo, Oriana no podía apartar los ojos de

Esplandián. Quería besarle, pero se sentía confundida. Mabilia se acercó a él y le dijo:

–Mi buen amigo, también yo quiero participar de vuestros abrazos.

Esplandián se volvió y la reconoció. Lo llevaron entre las dos, y su gracia y donaire les daba gran alegría. Oriana y Mabilia se miraban y miraban al doncel. Mabilia dijo:

–¿Qué os parece, señora? No era mal plato para la leona y sus hijos.

–Por Dios –dijo Oriana–, no me lo recordéis, que aún ahora se me estremece el corazón al pensarlo.

–Pues entiendo –dijo Mabilia– que no menos peligro pasó su padre, tan pequeño como él, en el mar.

Después de aposentarse el rey con su cortejo, y de descansar de la jornada, se reunieron los reyes para concertar los casamientos. Estaban a la sombra de los árboles junto a la fuente del castillo, cuando oyeron grandes voces y murmullos. Les dijeron que venía por el mar la cosa más espantosa y extraña de cuantas habían visto. Los reyes y los caballeros fueron al puerto. Las señoras subieron a la torre, desde la cual se veía la tierra y el mar.

Por el agua se acercaba un humo negro y espantoso. El humo se comenzó a esparcir, y apareció en medio de él una sierpe mucho mayor que cualquier nave del mundo. Tenía dos grandes alas y la cola enroscada hacia arriba, más alta que una enorme torre. La cabeza, la boca y los dientes eran tan grandes y los ojos tan espantosos que no había persona que osase mirarla. De rato en rato echaba por las narices un humo negro que subía hasta el cielo, lanzaba silbos y ronquidos terribles que parecía que temblaba el mar, y por la boca arrojaba torrentes de agua que hubieran hundido cualquier barco.

Los reyes y caballeros se miraban los unos a los otros sin saber qué decir, y no creían que se podía resistir a un monstruo tan espantoso. La sierpe, cuando estuvo cerca, dio tres o cuatro vueltas por el agua, haciendo bravezas, sacudiendo las alas y haciendo crujir las conchas. Muchos caballeros se espantaron y salieron huyendo por el

campo. Algunos decían que había que armarse y otros pensaban que no osaría salir a tierra, y que en último caso todos se podrían refugiar en el castillo. Entonces vieron que por un costado de la sierpe echaban un bote cubierto de un rico paño de oro y que en él aparecía una dueña con los brazos apoyados en el hombro de dos hermosos donceles. Dos enanos muy feos y de aspecto extraño comenzaron a manejar los remos y a mover el bote hacia la orilla. El rey Lisuarte dijo:

–¿No será Urganda la Desconocida? Todavía recuerdo el miedo que nos puso cuando estábamos todavía en Fenusa y apareció con los fuegos por el mar.

–Así lo creo –dijo Amadís–, pero hasta que vi el bote pensé que era algún diablo con el que tendríamos mucho que hacer.

Cuando el bote llegó a la ribera, todos reconocieron a Urganda. Se acercó con sus hermosos donceles y fue a besar las manos al rey Lisuarte, pero él no se las dio y la abrazó. Lo mismo hicieron el rey Perión y el rey Cildadán. Entonces ella se volvió hacia el emperador y le dijo:

–Señor, aunque no me conocéis, ya sé quién sois y el valor de vuestra noble persona y la grandeza de vuestro Estado, y por eso y por algún servicio que recibiréis de mí, junto con la emperatriz, antes de mucho tiempo, quiero quedar en vuestro amor. Y no creáis que mi tierra está muy lejos de la vuestra, porque no sería para mí gran trabajo recorrer todo el camino en un solo día. Por mí, señor, os será restituido el primer fruto de vuestra generación.

El emperador le dio las gracias. Urganda se volvió hacia Amadís y le dijo:

–De vos, noble caballero, no se debe perder el abrazo, aunque ahora que la fortuna os ha puesto en la cumbre, ya no tendréis en mucho los servicios de los que poco podemos.

–Señora –dijo Amadís–, según los grandes beneficios que de vos he recibido y el gran amor que siempre me tuvisteis, por más poderoso que fuese no podría serlo tanto que no lo aventurase todo en vuestro servicio.

Condujeron a Urganda a la huerta de Oriana. Al ver allí reunidas tantas reinas, princesas y personas de gran valor, dijo:

–¡Oh, corazón! ¿Qué puedes ver en adelante que no sea para ti causa de gran soledad, pues en un día has visto los mejores y más virtuosos caballeros y las más honradas y hermosas reinas que nunca existieron?

Urganda quedó aposentada con Oriana. Antes de las bodas llegó Dragonís, primo de Amadís. Y como se tuvieron noticias de que el rey de la Ínsula Profunda, que había podido huir de la batalla, había muerto en el mar, Amadís quiso hacerle una merced y le ofreció el señorío de la ínsula y el casamiento con la infanta Estrelleta. Amadís obtuvo además del rey Lisuarte el ducado de Bistoya para Guilán el cuidador, que quería casarse con la duquesa.

El día señalado para las bodas, los novios, vestidos con sus mejores paños, se reunieron en la cámara de Amadís. Los reyes y grandes señores los tomaron consigo, y cabalgando en sus palafrenes, ricamente ensillados, fueron a la huerta, donde hallaron a las reinas y a las novias. Juntos fueron a la iglesia, donde dijo la misa el santo Nasciano.

Cuando terminaron las solemnidades, Amadís se acercó al rey Lisuarte y le dijo;

–Señor, quiero pediros un don que no os pesará.

–Lo otorgo –dijo el rey.

–Mandad, señor, que antes de comer, Oriana pruebe el arco encantado de los leales amadores y la cámara defendida. Yo confío en que podrá entrar, y que en esa cámara se hará la fiesta de nuestras bodas.

–Mi buen hijo –dijo el rey–, me es fácil cumplir lo que pedís, mas temo que pongamos turbación en esta fiesta, porque muchas veces acontece que el amor engaña a los ojos, y así podría acaeceros con mi hija Oriana.

–No tengáis cuidado, que mi corazón me dice que será como digo.

El rey se acercó a Oriana y le dijo:

–Hija mía, he prometido un don que sólo por vos se puede cumplir. Haced que mi palabra sea verdadera.

–Señor –dijo ella, hincando las rodillas y besándole las manos–, mandad lo que queráis, que se hará si yo puedo cumplirlo.

El rey la levantó, la besó en las mejillas y le dijo:

–Hija, es necesario que antes de comer pruebes el arco de los leales amadores y la cámara defendida, que esto es lo que me pide tu marido.

Cuando los que estaban allí lo oyeron, algunos tuvieron alegría, otros sintieron temor, pero el rey lo mandaba y Amadís lo pedía. Salieron todos de la iglesia, y cabalgando en sus palafrenes llegaron al arco. Melicia y Olinda quisieron probar también aquella aventura y fueron las primeras en entrar. Una detrás de la otra, pasaron el marco y sin dificultad se encontraron bajo el arco y entraron en la cámara donde estaban las imágenes de Apolidón y Grimanesa. Se oyó un dulce son, que puso gran alegría en todos. Enseguida entró Oriana. Llegó al marco y volvió el rostro hacia Amadís y se detuvo ruborizada. Siguió adelante, y al llegar a la mitad comenzó el dulce son, y cuando ella estuvo bajo el arco, la imagen lanzó por la boca de la trompa flores y rosas en tanta abundancia que todo el campo quedó cubierto de ellas, y el son fue tan dulce y tan diferente del que se había oído hasta entonces, que todos sintieron gran deleite.

Oriana pasó el arco y cesó el son. Encontró a Olinda y a Melicia, que estaban mirando las imágenes y sus nombres, escritos en el jaspe. Oriana miró con gran amor la imagen de Grimanesa, y por su voluntad hubiera renunciado a la prueba de la cámara defendida. Salieron las tres juntas, contentas y lozanas. Amadís, Agrajes y Bruneo fueron hacia ellas, y, al encontrarse todos bajo el arco, la trompa volvió a despedir el dulce son y a arrojar flores, que cayeron sobre sus cabezas.

Faltaba la prueba de la cámara defendida. Grasinda quiso también hacerlo. Se encomendó a Dios y entró. Llegó a la columna de cobre y pasó adelante, y poco antes de llegar a la de mármol se sintió

detenida. Con gran corazón avanzó y llegó a la columna, pero de allí la tomaron sin piedad por sus hermosos cabellos y la dejaron fuera sin sentido. Don Cuadragante sintió gran piedad. Luego llegó Olinda, y Agrajes la llevaba por la mano y la animaba; ella entró y fue directamente hacia la columna de cobre; de allí pasó a la de mármol, sin sentir nada; pero cuando quiso seguir adelante, la resistencia fue tan dura que por mucho que se esforzó no pudo dar más que un paso y la echaron fuera, como a Grasinda. Melicia entró entonces. Con gentil continente y lozano corazón pasó por las dos columnas y todos creyeron que entraría en la cámara, pero, cuando había avanzado un paso más que Olinda, la sacaron sin piedad ninguna y la dejaron sin sentido fuera de la cámara.

Amadís tomó de la mano a Oriana, en la que estaba reunida toda la hermosura del mundo, y la condujo hasta la entrada. Oriana entró con pasos muy sosegados y se santiguó y encomendó a Dios. Sin sentir nada llegó a las dos columnas y pasó adelante. A un paso de la entrada de la cámara defendida, sintió que muchas manos la volvían hacia atrás, y tres veces se encontró de nuevo junto a la columna de mármol. Ella, con sus hermosas manos, trataba de apartar a los enemigos invisibles y le parecía que tocaba brazos y manos. Así, con mucha porfía y gran corazón, y más que nada con su extremada belleza, llegó muy cansada a la puerta de la cámara y se mantuvo firme en uno de los umbrales. Entonces salió una mano que la tomó por la suya, y oyó voces que cantaban dulcemente y decían:

–Bienvenida la noble señora que con su gran beldad ha vencido la hermosura de Grimanesa y hará compañía al caballero que por ser más valiente y esforzado que Apolidón ganó el señorío de esta ínsula.

Oriana entró en la cámara y se sintió alegre como si fuese señora del mundo. En adelante podría hacer compañía a Amadís sin temor de que viniese ninguna mujer, por hermosa que fuese. El gobernador Isanjo dijo:

–Señores, han terminado todos los encantamientos. El que los estableció quiso que sólo durasen hasta que un caballero y una señora acabasen esta aventura. Ahora pueden entrar todos en esta cámara.

Todos entraron, y se encontraron con la morada más rica y más agradable que nunca habían visto. Amadís mandó que pusieran las mesas, y los novios y novias tuvieron allí su primera comida, después de los muchos peligros y grandes afanes pasados.

Las fiestas de las bodas, con grandes alegrías y juegos, duraron quince días. Urganda partió como había venido: en la gran sierpe. El emperador y Florestán se fueron para sus tierras. Antes de marcharse el rey Lisuarte devolvió al rey Cildadán su libertad, renunciando al vasallaje que le debía, y los dos reyes, con alegría de todos, decidieron ayudarse en adelante como hermanos.

Don Cuadragante y Bruneo decidieron hacer juntos la conquista de las tierras del rey Arábico y del señorío de Sansueña, que eran vecinos. Agrajes y Angriote quisieron ir con Bruneo, y también Brián de Monjaste. Galaor quiso acompañar a su primo Dragonís en la conquista de la Ínsula Profunda, y se ofreció a ir también don Galvanes con la gente de su isla. Todos, con armas nuevas y corazones esforzados, llevando gente de España, de Escocia, de Irlanda, de Gaula, de Bohemia y otra mucha que acudió de todas partes, entraron en una gran flota y emprendieron victoriosamente la conquista de los nuevos señoríos.

El rey Cildadás volvió a Irlanda, y Gastiles, sobrino del emperador de Constantinopla, regresó a su tierra. El rey Perión y la reina Elisena partieron para Gaula. Grasandor quiso quedarse en la Ínsula Firme. Esplandián, con otros donceles e infantes, quedó esperando la hora de armarse caballero. Con Oriana quedaron Mabilia, Melicia, Olinda y Grasinda.

Amadís fue olvidando las desventuras pasadas, en la compañía de Oriana y en la ventura presente, y muchas veces salió de la Ínsula Firme a acabar grandes hazañas y a deshacer agravios hechos a dueñas y doncellas y a todos los que no se podían defender con el esfuerzo de sus propios brazos.

Aquí se acaban los cuatro libros del esforzado y virtuoso

caballero Amadís de Gaula, hijo del rey Perión y

de la reina Elisena, en los cuales se cuentan

muy por extenso las grandes aventuras y

terribles batallas que se acabaron en

su tiempo por él y por otros muchos

caballeros así de su linaje

como amigos suyos.

Notas

[1] Los nombres están hispanizados de manera fantástica: Gaula es Gales, en inglés Wales (algunos creen que es Galia, en francés Gaule); Vindilisora es evidentemente Windsor, Norgales es North Wales, etc. De manera análoga están hispanizados los nombres de personas, en algunos de los cuales parece reconocerse un origen francés: Briolanja sería Brion l'Ange; Arcaláus provendría de Arc à Peau, y Angriote de Estraváus sería Andrieux des Traxaux. Claro que la etimología de estos y otros nombres se presta a las lucubraciones más fantásticas.

[2] Rafael Lapesa, «El lenguaje del Amadís manuscrito», BRAE, XXXVI (1956), 219-225.

[3] Los qvatro libros del virtvoso cauallero Amadís de Gaula: complidos (Zaragoza: Coci, 1508), en Madrid, CSIC, 1959-1969, vol. I «reimpresión aumentada», 1971.

[4] Véanse los comentarios del propio Place, obra citada, vol. II, p. XI. La crítica más pormenorizada a la edición está en la reseña de R. M. Walker, R., Ph. 33 (1980), 448-459.

[5] Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century, Research Bibliographies and Checklists, 23, Londres, Grant and Cutler, 1979. Ampliada por nosotros en un artículo en prensa en la revista Dicenda, está a punto de ser puesta al día por el propio autor.

[6] Véanse Celso García de la Riega, Literatura galaica. El «Amadís de Gaula», Madrid, E. Arias, 1909, pp. 89-94 y 164, y M.a Rosa Lida de Malkiel, «El desenlace del Amadís primitivo», R. Ph. VI (1952-1953), 283-289.

[7] Frida Weber de Kurlat, «Estructura novelesca del Amadís de Gaula», Revista de Literaturas Modernas, V (1966), 29-54.

[8] Véanse Daniel Devoto, «Folklore y política en el castillo tenebroso», en Textos y contextos, Madrid, Gredos, 1974, 202-241; y Juan Manuel Cacho Blecua, Amadís: heroísmo mítico cortesano, Madrid, Cupsa, 1979.

[9] Esto no es raro en una obra medieval que mezclaba con libertad lo histórico, lo legendario y lo imaginado. Un buen ejemplo son las crónicas de Alfonso X que observaban este sistema de recogida de material de orígenes muy diversos. Según Yurij Lotman corresponde a un momento clave de las culturas jóvenes que él llama «preocupación por los orígenes» en el que lo que se intentaba por todos los medios era enlazar la historia propia con el mundo clásico y aun el bíblico, buscando justificar una continuidad que era la mejor garantía de pervivencia futura para una dinastía o un reinado. Véase Semiótica de la cultura, Madrid, Cátedra, 1979, p. 202.

[10] Véanse C. G.ª de la Riega, obra citada, pp. 113-116, y J. M. Cacho Blecua, obra citada, pp. 407-413.

[11] Obra citada, pp. 366-388. Un gran apologista de la labor de Garci Rodríguez de Montalvo era M. Menéndez Pelayo, Orígenes de la novela, Madrid, CSIC, 1962, vol. II, pp. 351, 361 y 368.

[12] Véanse C. G.a de la Riega, obra citada, pp. 102-103; M.ª Rosa Lida, obra citada, pp. 149-156, y J. B. Avalle-Arce, «El Amadís primitivo», Actas del Congreso Internacional de Hispanistas, VI (1977), pp. 79-83.

[13] > Pueden verse al respecto Samuel Gili Gaya, «Las sergas de Esplandián como crítica de la caballería bretona», BBMP, XXIII (1947), 103-111; y J. G. Amezúa, «La oposición de Montalvo al mundo del Amadís de Gaula», NRFH, XXI (1972), 320-337.

[14] Véase Antonio Prieto, Morfología de la novela, Barcelona, Planeta, pp. 235-240.

[15] Federico F. Curto Herrero habla de una evolución tan importante que se puede considerar al Amadís iniciador de un nuevo género más que muestra del resurgir de lo artúrico: Estructura de los libros españoles de caballerías en el siglo XVI, Serie Universitaria XII, Madrid, Fundación Juan March, p. 22. También han hablado de modernidad frente a lo artúrico; C. Samoná, «L'Amadís primitivo e il romanzo d'amore quattrocentesco», Romania. Scritti offerti a Francesco Piccolo nel suo LXX compleanno, Nápoles, Armanni, 1962, pp. 451-466; Pierre Le Gentil, «Pour l'interprétation de Y Amadís», en Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh, París, CRIEH, 1966, II, pp. 47-54; y Helmut Hatzfeld, «La décadence de l'amour courtois dans Le Saintré, L'Amadís et le Tirant lo Blanc», en Mélanges de Littérature du Moyen Age au XXe siècle offerts à Mlle. Jeanne Lods, Paris, École Normale Supérieure des Jeunes Filles, 1978, I, pp. 339-350. Véase también: A. V. Beys- terveldt, «El amor caballeresco del Amadís y el Tirante», HR, 49 (1981), pp. 407-425.

[16] Véanse las críticas de Armando Durán, Estructura y técnicas de la

novela sentimental y caballeresca, Madrid, Gredos, 1973, pp. 105-111.

[17] García Márquez: historia de un deicidio, Barcelona, Barral, 1971, p. 177.

[18] Obra citada, pp. 29-54.

[19] Eugène Vinaver, The Rise of Romance, Oxford, Clarendon, 1971.

[20] Frank Pierce, «Unos aspectos menos conocidos del Amadís», Actas del Congreso Internacional de Hispanistas, V. Bordeaux, 1977, II, pp. 678-686.

[21] Obra citada, pp. 34-40.

[22] Véanse respectivamente: «Función de las profecías en el Amadís de Gaula», NRFH, 31 (1982), pp. 282-291; y El Amadís y el género de la historia fingida, Madrid, Porrúa, 1982.

[23] Francisca Domingo del Campo, El lenguaje en el Amadís de Gaula, Tesis, Madrid, Universidad Complutense, 1984.

[24] Amadís de Gaula, Barcelona, 1956, p. 7.

[25] Amour courtois et table ronde, Genève, Droz, 1973, pp. 43-56. Véase también J. D. Fogdquist, obra citada, pp. 87-111.

[26] Carlos García Gual, «Evocaciones caballerescas», en Luis A. de Cuenca, Floresta española de varia caballería, Madrid, Editora Nacional, 1975, páginas 13-22.

[27] Obra citada, p. 350. Véase también J. D. Fogelquist, obra citada, páginas 45-85.

[28] «El elemento mítico-símbólico en el Amadís de Gaula: interpretación de su significado», Thesaurus, XXIX (1974), 129-168.

[29] J. D. Fogelquist, obra citada, pp. 141-170.

[30] H. Thomas, Spanish and Portuguese Romances of Chivalry, Cambridge, 1920, p. 233.

[31] Véase M. Menéndez Pelayo, obra citada, p. 353.